



# LEÓN ARSENAL CORAZÓN OSCURO

La cruzada escocesa en la frontera de Granada



Lectulandia

Apasionante, épica, con todos los ingredientes de la gran novela histórica, incluyendo escoceses.

En agosto de 1330, el noble escocés James Douglas cayó, junto con muchos de sus caballeros, en un combate durante el asedio de la fortaleza granadina de Teba. Con su muerte se perdió la reliquia que llevaba al cuello, dentro de un cofrecito. Dicha pérdida fue una mácula para la cruzada y el rey Alfonso XI de Castilla dispuso que el relicario se recuperase al precio que fuese. Esa decisión arrastró por igual pero de distintas formas a personajes muy dispares: desde John Glendonning, escudero de sir James que no pudo estar junto a su señor el día del combate, a María Henríquez, hija del maestro Gamboa, al que el rey culpaba en parte de esa pérdida. León Arsenal novela con su habitual maestría un hecho real acaecido en el pueblo de Teba. Un suceso ocurrido en la España medieval que fue el verdadero origen del apodo Braveheart, «corazón valiente», popularizado hace unos años por el cine y que en realidad designaba al rey escocés Robert the Bruce, de quien James Douglas fue su más estrecho servidor.

**Lectulandia**

Leon Arsenal

# **Corazón oscuro**

ePub r1.0

Titivillus 18.08.15

Leon Arsenal, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi buena amiga Sandra Lazcano Masot.

Esta es una novela de personas que se ven ante reveses de la vida y de cómo se esfuerzan para sobrellevarlos y superarlos. Una historia de las de siempre, de las de toda la vida.

# INTRODUCCIÓN

En el año 1330, un grupo de caballeros escoceses, acompañados de escuderos y servidores, partieron de su tierra natal al mando de James Douglas. Douglas era un veterano de la guerra de independencia escocesa y fue uno de los hombres de máxima confianza del rey Robert the Bruce, muerto el año anterior. Y en esa misión no solo era el caudillo, sino también el custodio de un relicario de plata lacada que colgaba de su cuello. Otro de los caballeros cargaba con la llave de ese relicario.

La hueste tenía como destino Tierra Santa, ya que su objetivo era unirse a la cruzada contra los sarracenos. Sin embargo, al saber que en el sur de España se libraba otra guerra, bendecida como cruzada por el papa, decidieron unirse a esta última.

Ahí, en el sur, Alfonso XI de Castilla estaba decidido a recortar los territorios del reino nazarí de Granada. El rey granadino a su vez había recurrido a alianza con el sultán de los benimerines, que le había mandado gran cantidad de tropas, al punto de que se puede decir que ostentaban el mando militar efectivo en el reino.

Los escoceses fueron muy bien recibidos por don Alfonso y, de hecho, al iniciar la campaña, dio a Douglas el mando de las tropas extranjeras que habían acudido a la convocatoria de cruzada.

En el verano de 1330, un gran ejército —suma de las huestes del rey, de las de algunos ricohombres, de las tropas de las órdenes militares, de las milicias de varias poblaciones, de contingentes cruzados extranjeros y de bandas de aventureros que se habían unido a la campaña al olor de la guerra y el botín— cruzó la frontera con Granada y se dirigió a la conquista de Teba.

A cerrarles el paso salió el que las crónicas castellanas conocen como Ozmín, viejo general al mando de tropas bereberes y al servicio nominal de Granada. Acudió con toda la caballería que pudo reunir, tanto granadina como benimerín. Sin embargo, no se atrevió a arriesgar a sus fuerzas en una confrontación directa, que de acabar en derrota habría desguarnecido al reino de Granada.

En vez de eso, optó por quedarse al sur del río Guadalteba y confiar en que Teba resistiese. Porque Teba —para los musulmanes Hisn Atiba—, más que castillo, era toda una ciudadela de doble recinto que ocupaba dos mil quinientos metros cuadrados y estaba defendida por una muralla doble y un total de dieciocho torres.

En efecto, el ejército cristiano quedó atascado ante la fortaleza. Atascado y a más de media legua del río Guadalteba, de forma que tenía que enviar a sus rebaños y a sus aguadores a larga distancia. Algo que le hacía vulnerable a las partidas de jinetes de Ozmín.

Se produjo así una situación de equilibrio inestable, con Teba asediada, el ejército cruzado bloqueado ante sus murallas y con Ozmín al otro lado del río, hostigando pero sin plantar batalla. Y fue entonces, durante una de esas largas jornadas de agosto, cuando los cruzados escoceses de Douglas se enfrentaron a una cuadrilla de bereberes que habían cruzado el Guadalteba para atacar a los pastores y aguadores de los cruzados.

# TORNAFUYE

*El tornafuye era una táctica militar usada desde muy antiguo en la Península Ibérica. Consistía en fingir una huida a la desbandada para atraer al enemigo a la persecución, de forma que deshiciese su formación de combate o abandonase sus posiciones. Una vez conseguido esto, los presuntos fugitivos se revolvían contra los enemigos desordenados para aniquilarlos o, rebasándoles, ocupar sus posiciones abandonadas.*

Tan pagados de su honor como temerosos de la ira del rey, los navarros de la hueste de Guillermo Ximénez fueron los primeros en acudir en auxilio de los cruzados escoceses. No pudieron llegar hasta ellos. Les cerró el paso una cuadrilla de benimerines que llegaban al galope a reforzar a sus correligionarios. Fue así como en aquel día de polvo, hierro y sed fueron a chocar los navarros y los bereberes, a rienda suelta y con lanzas tendidas.

Para el joven Juan de Beaumont, aquel fue el primer combate digno de tal nombre que libró en su vida. Tuvo la suerte de que en aquella jornada Martín Abarca estuviese cerca y atento a él en la medida de lo posible. Pues Abarca no solo era su primo, sino que también le sacaba unos años y estaba ya curtido en guerra y cabalgadas.

Y fue doble suerte, porque lo que en principio parecía una escaramuza más, otra de tantas entre el real castellano y el río Guadalteba, degeneró con rapidez en batalla campal. Se convirtió en un gran combate al sumarse cuadrillas montadas de ambos bandos. Luchaban a la jineta, al galope. Unos arrojaban dardos al paso. Otros se tiraban lanzadas, estocadas y escudazos al cruzarse. Muchos murieron en aquel día de lanzas cerca del río.

La percepción del mundo había cambiado de forma drástica para Juan de Beaumont. Momentos antes se abría a sus ojos anchuroso. Cerros, arboledas, jinetes que trotaban a lo lejos. Ahora, al cargar contra los bereberes, ese mismo mundo se había constreñido a polvaredas, agitar de hierros, griterío, relinchos, atronar de cascos, clangor de armas.

—¡A ellos! ¡Vuelta! ¡A ellos!

Así bramaba Guillermo Ximénez, lanza en mano. Beaumont pudo ver a través de los velos de polvo cómo su primo Abarca volvía grupas, martillo de armas en puño.



Otro tanto hizo él, con su lanza todavía sin quebrar. Y también los demás, hasta treinta, todos juntos para buscar el enfrentamiento de nuevo.

Un enjambre de bereberes acudía en contracarga. En desorden y aullando, con los mantos coloridos al viento. Esos guerreros africanos eran una muralla móvil entre ellos y los escoceses. Les impedían prestarles la ayuda que con tanta urgencia necesitaban.

Al revolverse sobre la silla, Beaumont observó que llegaban refuerzos desde el campo castellano. Pero también lo hacían más benimerines. La lucha iba en aumento, el estrépito de las armas y de las cabalgadas crecía. Y los del bando cruzado no lograban avanzar un palmo. ¿De dónde habían salido tantos infieles? Se le ocurrió que hoy debía de haber más partidas incursoras al norte del río que de ordinario.

Pero no era tiempo de reflexiones. Los navarros cargaban entre gritos de guerra. Beaumont lo hizo inclinado sobre el cuello de su montura; tanto que las crines al viento le acariciaban el rostro. Llevaba la lanza tendida, en busca de algún enemigo. Los benimerines se acercaban con una rapidez que parecía sobrenatural, apuntando lanzas y blandiendo espadas centelleantes. Al mirar más allá de ellos, a través del polvo, Beaumont tuvo la impresión de que muchos escoceses habían sido derribados.

Aquellos extranjeros estaban rodeados por fuerzas muy superiores. Caballeros del lejano norte, ellos y sus corceles iban armados a la pesada. Bueno para cargas masivas en abierto. Pero eran lentos y, si se detenían, estaban perdidos. Justo lo que había sucedido. Estaban bloqueados y los benimerines cabalgaban a su alrededor como avispas furiosas.

Chocaron de nuevo navarros y moros, pero no de frente como la caballería pesada. Un benimerín pasó a gran velocidad a la izquierda de Beaumont. Vociferaba en su lengua y el manto azafrañado le aleteaba. Le lanzó un tajo al pasar y el navarro a su vez le sacudió con el filo del escudo.

Ambos se hurtaron al golpe del contrario. Y cada cual siguió su galopada en busca de nuevos enemigos.

Así se combatía a la jineta y en esas tácticas le había entrenado Abarca. A cabalgar sin pausa, a cambiar una y otra vez de dirección, a no arriesgar más de la cuenta, a tratar de herir sin ser herido.

Y sí. Había muchos escoceses ya a los pies de los caballos. Su mismo caudillo, el duque Jaime Dugel, estaba en aprietos. Él podría haberse librado de la aňagaza de los moros, porque se percató a tiempo. Pero no quiso dejar en la trampa a sus hombres. No quiso y ahora él mismo estaba atrapado.

En el instante crucial, solo un rato antes, el duque sí que mantuvo los ojos abiertos y la cabeza fría. Los navarros vieron de lejos cómo él y los más próximos refrenaban sus monturas al ver que los bereberes en desbandada se revolvían.

También pudieron más tarde dar fe de que parte de los escoceses, cegados por el polvo o la persecución, prosiguieron sin darse cuenta de que los benimerines giraban por ambos flancos para envolverlos. De que aquel noble de Escocia se lanzó en su

ayuda. Y de que los que con él estaban le secundaron.

Y así fue cómo, unos por otros, acabaron todos en la encerrona.

Ya muchos escoceses, auxiliadores y auxiliados, yacían por tierra. Y su caudillo enarbolaba su martillo de armas contra la nube de enemigos que le acosaban a estocadas.

Juan de Beaumont perdió de vista esa escena en su galopada errática. Acudió en ayuda de un compañero en apuros. Su sobreveste blancuzca ondeaba. El sudor le corría bajo el casco y la cota de malla. Las idas y venidas a caballo le daban una visión vertiginosa del mundo, a fragmentos y en ráfagas. Ahora una imagen fugaz de la fortaleza de Teba, allá en lo alto. Luego retazos del combate al galope entre bereberes y cruzados.

La carrera lo alejó del meollo de la lucha. Pegó una lanzada a un bereber que volvía. El otro interpuso la adarga. La vara saltó en pedazos, con tanta violencia que las astillas a punto estuvieron de lacerarle el rostro al navarro.

Mientras arrojaba el trozo que le había quedado en la mano para empuñar su martillo de armas, observó cómo allá a lo lejos venían más jinetes amigos. Ingleses. Inconfundibles sobre caballos enormes, con cruces rojas en escudos y sobrevestes. Caballería pesada que debía de estar de retén y que acudía, paradojas de la vida, en socorro de ese escocés que tanto daño les hizo en las guerras entre Inglaterra y Escocia.

Pero llegaban tarde. Juan de Beaumont hizo girar una vez más a su caballo. A su alrededor los demás navarros hacían lo mismo, entre gritos de guerra y voces de aviso. Delante tenían a casi un pequeño ejército de jinetes bereberes, fieros, desordenados, como surgidos por arte de magia de las piedras. ¿Cómo era posible? ¿Tantos había aquel día merodeando al norte del Guadalteba?

Otra carga. A la zaga de Martín Abarca. A lo más reñido de la lucha. Entre la confusión de jinetes a rienda suelta, de armas agitadas y de nubes de polvo, logró entrever una vez más al duque escocés. Solo ya, luchando contra muchos. Su suerte estaba echada. Los castellanos no habían logrado romper el cerco y los ingleses llegaban tarde.

Beaumont, azuzando a su caballo, repartiendo golpes de martillo y reveses de escudo, esforzándose en vano por llegar a los contados escoceses que seguían sobre sus sillas, presenció a poca distancia el final. El polvo que flotaba, así como ese cabalgar enloquecido, tratando de matar y no ser muerto, dieron a esas imágenes una pátina propia de los sueños, de casi irreales.

Pudo ver cómo el duque Dugel —a pocos cuerpos de caballo pero inalcanzable— soltaba su martillo de armas. Con este oscilando de la muñeca por una correa, se arrancó de un tirón el relicario que llevaba al cuello. Ese famoso de plata lacada, del que no se desprendía ni para dormir.

Lo vio girarse en la silla para arrojarlo por encima de las cabezas de los enemigos que le separaban de los refuerzos castellanos. En aquel instante de armas blandidas,

gritos y confusión, el navarro supuso que el duque, sabiéndose perdido, hacía un esfuerzo para salvar al menos ese relicario que había traído en custodia desde su tierra natal.

Pero era mucha la distancia y el escocés estaba herido. Le fallaron el cálculo o las fuerzas. El cofrecillo voló en arco para caer entre los jinetes benimerines. Pero, antes de que tocase el suelo, el duque enarbolaba ya otra vez su martillo. Cargó en solitario. Tan cerca estaba Juan de Beaumont que, por encima del tronar de cascos, hierros, gritos y relinchos, oyó cómo gritaba algo con gran vozarrón. Pero lo hizo en su idioma y el navarro no pudo entender qué dijo.

No llegó al relicario. La nube de jinetes moros se cerró sobre él con algarabía y revuelo de espadas. Juan de Beaumont tuvo que desviar su cabalgada una vez más, a la par que lanzaba un martillazo contra un bereber que trataba de herirle con su espada. Y ya no vio más.

Porque en esa ocasión los navarros no tomaron distancia para un nuevo ataque. Se apartaron en ángulo, conscientes de que los ingleses estaban ya cerca e iban ganando velocidad para una carga masiva.

Ahí asomaban ya por entre las polvaredas, haciendo retemblar la tierra. Desplegados, lanzas en ristre, con pendones de cruces rojas ondeando. Los bereberes de armaduras ligeras nada podían hacer contra esa caballería pesada, aparte de rehuir un choque que sería para ellos catastrófico.

Los moros se replegaban, cedían. Pero se llevaban con ellos los cadáveres, los propios y los de los vencidos. Tenían lo que querían. Habían ganado el día. Y los del bando cristiano, aunque dueños del campo de batalla, habían perdido a los cruzados escoceses. Y con ellos aquel relicario que estos con tanta devoción custodiaban.

# EL REAL, LA ALMORALLA Y EL ALFANEQUE

*Real es uno de los nombres que recibían los campamentos militares en la Edad Media. Sobre todo se aplicaba a aquel en el que estaba plantado el pabellón del rey, si este participaba en la campaña, o de no ser así donde estaba la tienda del general al mando. Almofalla se llamaba a la agrupación de las tiendas de una hueste en guerra. Alfaneque era un nombre para tienda grande y, en particular, la del rey o general.*

La ira del rey de Castilla, don Alfonso el Onceno, era a veces como hierro fundido. Roja, abrasadora, humeante. Otras, en cambio, parecía hielo que de puro frío quema. En todo caso, era siempre muy de temer. Y la ira estaba ahora ahí, agazapada al fondo de sus ojos claros. Como un león al acecho, presta a saltar a la menor provocación.

Se mostraba el rey parco de gestos y comedido en las frases. Nada de eso engañaba a Lope Núñez de Montenegro, que estaba acostumbrado al trato con los poderosos. Esa contención le alertaba sobre el verdadero estado de ánimo del soberano, tanto como sus idas y venidas por el pabellón. También la forma en que movía las manos. Y su voz en exceso calma.

Sí. La ira estaba ahí. Una tormenta que podía desatarse por culpa de una sola palabra imprudente. Montenegro había visto a hombres perder oficios y honores, y hasta la vida, en circunstancias similares.

También Henrique Gamboa —Gamboa el Viejo— presenció en su día sucesos así. Y por eso ahora que era actor y no testigo, ahora que era su destino el que estaba en el fiel de la balanza, medía con sumo cuidado lo que decía.

—Alteza, los escoceses estaban advertidos. Les habíamos explicado las tácticas y añagazas más comunes en nuestras guerras. Se las habíamos explicado a todos. Y no una, sino varias veces.

El rey se detuvo en su deambular por la carpa regia. Observó al maestro de ingenios con sorna sombría.

—¿No será entonces que los instructores no hicieron su trabajo como debían?

Gamboa —flaco pero recio, de grandes barbas entre rubias y canas, y rostro

renegrido por los soles del asedio— guardó silencio unos instantes. Los oficiales reales y los ballesteros de maza observaban sin osar casi ni pestañear. Se podía oír el vuelo de las moscas.

—Os juro por mi fe que no fue el caso. Yo en persona me ocupé de ello. Les instruí sobre las armas, las señas y las tácticas de nazaritas y benimerines. Les mostré cómo se lucha a la jineta. Les expliqué el tornafuye.

»Para estar seguro de que lo entendían sin equívocos, busqué intérpretes. Dos escoceses que sirvieron en las guerras de tu padre, don Fernando, que en paz descanse. Dos que luego se asentaron en Sevilla...

Asentía el joven rey como distraído. Con eso daba a entender que escuchaba, no que estuviese convencido. Enlazó las manos a la espalda para retomar su paseo por la tienda. Los presentes seguían cada paso con los ojos. Caminaba despacio, como el que reflexiona.

Vestía aljuba blanca y bonete colorado. Así, a la morisca, solía ataviarse en la intimidad, tanto por gusto estético como porque las prendas holgadas le eran cómodas. Se acercó a una mesa de campaña para servirse vino con sus propias manos. Se llevó la copa de metal a los labios.

—Entonces, ¿cómo es que ha ocurrido este desastre?

Gamboa el Viejo volvió a demorar la respuesta hasta el límite de lo prudente. Se frotó las manos y de sus mangas se alzaron motas de polvo. Venía del asedio. Por eso se había presentado ante el rey con cota de malla y cofia de cuero. Por eso estaba cubierto con el polvo de las cavas.

—Es difícil de precisar, alteza. Pero, por lo que cuentan los testigos, jinetes que trataron de auxiliarles, creo que el duque Dugel fue víctima del exceso de ímpetu de algunos de sus caballeros.

Don Alfonso detuvo el viaje de la copa a los labios. Con ella en alto, casi como en un brindis, se giró para clavar la mirada en su interlocutor.

—¿Qué dices? Mira, maestro Gamboa, que no es momento para acertijos.

—Desde luego que no, alteza. Discúlpame.

Cambió el peso del cuerpo a su pierna sana.

—Una patrulla avistó a una partida benimerín a este lado del Guadalteba. Quería atacar por sorpresa a uno de nuestros rebaños. El duque Dugel y los suyos estaban cerca y fueron a cerrarles el paso. Se produjo una escaramuza. Los benimerines cedieron y huyeron. Los escoceses les persiguieron y...

—Y esos malditos infieles les hicieron el tornafuye. Ya, ya.

Apuró de un trago, antes de posar la copa sobre la mesa con golpe seco.

—No me cuentes lo que ya sé, maestro de ingenios. Quiero que me digas por qué cayeron en esa trampa tan obvia si les habías explicado el tornafuye.

Montenegro se percató de que Balboa volvía a dilatar la respuesta. Supuso que el buen hombre tendría la boca seca. A él le ocurriría lo mismo de estar en su pellejo.

—Alteza, el duque era un caudillo experimentado. Entendió a la primera mis

explicaciones.

—De poco le ha servido.

—El duque se percató de la trampa. Varios de nuestros jinetes le vieron detenerse a tiempo. Por desgracia, su cuadrilla se había desorganizado. La persecución debió de encender la sangre y nublar el juicio a esos hombres.

»Dicen que cada cual iba por su cuenta, según la rapidez de su caballo. Se cegarían con las ganas de abatir enemigos. No debieron de estar atentos a nada más allá de la punta de sus lanzas. Ni siquiera a las señales del duque.

»Los más fogosos y los de caballos más rápidos se vieron flanqueados. El duque, al verlos en apuros, volvió grupas para acudir en su ayuda. Y los que estaban con él le siguieron, claro.

Una pausa, otro cambio de pierna.

—Así ocurrió todo. —Se frotó de nuevo las manos callosas, como si tuviera frío—. Podría decirse que murió por culpa de algunos de sus caballeros. No por la suya. Pero tampoco por la nuestra.

Don Alfonso se escanció otra copa de vino para acercarse acto seguido a las puertas de su pabellón. Los ballesteros de maza allí apostados alzaron los visillos. Entró a raudales luz de sol y una bocanada de aire cálido que estremeció los ropajes de los presentes e hizo temblar los pergaminos sobre las mesas.

El rey se detuvo en puertas, al resol. Con la copa en la diestra, se quitó el bonete, como para disfrutar de la brisa en la frente. Solía pararse justo en ese lugar porque desde ahí tenía buena vista no solo del real, sino también de la fortaleza de Teba.

Los de dentro, en cambio, no veían más que un rectángulo de cielo azul sin nubes. Y contra él la figura del rey, con su aljuba blanca ondeando en la brisa y los cabellos rubios al sol.

—¿Estás dispuesto a jurar que el duque no murió porque nosotros descuidásemos el avisarle de las argucias del enemigo?

—Por la santa cruz. Por mi fe y sobre una ballesta. Estaba avisado.

—¿Y jurarías que los nuestros no le desampararon en el peligro?

—Juraré. Nuestras cuadrillas acudieron sin demora. Hemos tenido bajas y podrían haber muerto todos ahí, porque había muchos más benimerines de lo que cabía esperar. Por suerte, llegaron más de los nuestros. Pero los moros eran tantos y luchaban tan fieros que no pudimos rescatar a los escoceses ni vivos ni muertos.

El rey bebió con parsimonia, siempre de espaldas.

—Ha sido mala suerte que hubiese tantos infieles hoy a este lado del río.

—Una desgracia, alteza.

—¿Pero por qué habría tantos?

—Tal vez preparaban un ataque desde varios puntos. Uno diferente del acostumbrado. Nuestras cuadrillas de a caballo están distribuidas para frenar incursiones de cierto tamaño. Un ataque masivo nos habría causado gran daño.

—Puede que tengas razón. Tendremos que corregir eso.

—Alteza, de ser así, ese combate inesperado desbarató los planes enemigos.

—Puede. En ese caso, los escoceses no habrían caído en vano.

Inmóvil, copa en mano, observaba la enorme fortaleza asediada.

—En fin. Está hecho y no tiene remedio. Que conste en las crónicas que no hemos sido responsables de esta pérdida aciaga.

Montenegro suspiró para sus adentros aliviado. Conocía bien al rey. O al menos lo conocía todo lo que se puede conocer a un monarca joven, batallador, colérico y nada dado a la contención. Por sus palabras, cabía pensar que no habría represalias contra Gamboa ni contra los de a caballo que estaban en el campo durante el desastre.

No obstante, sus frases siguientes indicaban que el peligro seguía ahí. Las pronunció a pleno sol, con los ojos clavados en Teba y de espaldas a los suyos.

—No tenemos culpa, pero sí deberes. El duque vino en misión sagrada. Por cumplirla se unió a nuestra cruzada contra el infiel. Luchando en ella ha muerto. La muerte siempre corteja al caballero que lo es de armas y no de patios y salones. Pero para nosotros sería una gran deshonra si no pudiéramos mandar a Escocia su cadáver.

Una pausa.

—Su cadáver y, por supuesto, también lo que custodiaba.

No se había dirigido a nadie en particular. Nadie por tanto respondió. En el pabellón solo se oía el susurro de telas en la brisa cálida y el vuelo de las moscas. En ese silencio, sus palabras finales cayeron como tajos sobre el poste de entrenamiento.

—Maestro de ingenios Gamboa, a ti te encargué instruir a los escoceses. Admito aquí, ante todos, que cumpliste con diligencia. Ahora te encomiendo el rescate de los cadáveres de los cruzados escoceses. En especial el del duque. Y también del relicario. Respondes ante mí de ello.

# INGENIOS

*Ingenios o engeños era el nombre que en la Baja Edad Media se daba a las máquinas de guerra. En especial, recibían ese nombre las destinadas a lanzar proyectiles, fuesen de piedra o incendiarios. Las había que disparaban gracias a la tensión de cables; era el caso de las catapultas o las espingardas. Otras lo hacían mediante juegos de contrapesos, como por ejemplo los trabucos, los trabuquetes o las cabrillas. Las de esta última clase eran las que lanzaban mayores pesos y a mayor distancia. Algunas cabrillas podían arrojar proyectiles enormes; hasta de quinientos kilos y a unos trescientos metros de distancia. Su fabricación se confiaba a artesanos especializados y la supervisión de sus operaciones en el campo de batalla correspondía a los llamados maestros de ingenios.*

Se había acordado tregua, estaban quietas las armas. Un sosiego impropio reinaba en las líneas de asedio y en las almenas. Casi nada se movía. Los ingenios parados. Las labores de cava detenidas. Ballesteros, peones, ingenieros; todos descansaban al resguardo de gatas y tapias albarradas. Hasta el aire estaba ese día quieto.

El escocés Blaylock, al que la fiebre dotaba de una sensibilidad anómala, era, al cabalgar, consciente de esas quietudes y silencios. El chacoloteo de los cascos de las caballerías y los gritos de las aves resonaban en sus oídos como estampidos. Olores a tierra removida, a estiércoles, a madera quemada, llenaban sus fosas nasales. Y los pendones al ondear eran estallidos de colores ardientes a sus ojos afiebrados.

Con las monturas al paso, atravesaban las líneas de asedio camino de la fortaleza de Teba. Una trama de cavas, muretes, máquinas de guerra, palenques no del todo desconocida. Los cruzados escoceses no habían participado en asalto alguno. Pero como a *fir* James, a quien el Señor tuviera en su gloria, nada tocante a la guerra le era indiferente, días antes quiso acercarse. Quiso ver con sus ojos los trabajos de cerco y tocar con sus manos los enormes ingenios. Y Blaylock, escudero y deudo suyo, fue uno de los que le acompañó en aquella jornada.

Siendo *fir* James como era, no pudo por menos que visitar el asedio en mitad de



uno de los combates. En horas en las que todo era clamor, gritos de órdenes, humo, restallar de cables, chasquear de maderos, zumbido de viroles, vuelo de proyectiles de ingenios. Pasaban sobre sus cabezas bolas incendiarias con estelas de humo negro y los bolaños se estrellaban con estruendos lejanos contra las torres y las grandes murallas.

Aquel día, el aire apestaba a pez y a chamusquina. El polvo en suspensión secaba las gargantas. Los sitiados respondían con sus pocos ingenios todavía operativos, así como con sus ballestas. Llovían sobre las zanjias rocas y oleadas de flechas. Los ballesteros castellanos respondían a descargas, los cavadores abrían la tierra con sus azadas, los ingenieros giraban los tornos de las máquinas, a resguardo de paveses adornados con cruces.

Sí. Para Blaylock, nada acostumbrado a esa forma de guerra, fue una jornada extraña. Y, ¿por qué no decirlo?, también aterradora.

Pero el alcaide de la fortaleza se había avenido a una tregua de un día. Por eso ahora estaba todo en calma. Por eso también era posible que tres jinetes de la cruzada se acercasen a Teba por el camino principal. A la cabeza Henrique Gamboa, caballero bueno de Estepa y maestro de ingenios en el ejército del rey. A su lado Gome Caldera, paisano y compadre suyo, viejo compañero de armas y hombre de confianza. Y algo detrás John Glendoning, al que apodaban Blaylock, que había sobrevivido, a su pesar, al combate que le había costado la vida a James, conde de Douglas.

Había momentos en los que temía no poder mantenerse sobre la silla. Aguantaba a fuerza de voluntad y gracias a un brebaje suministrado por un físico hebreo del campamento. Mucho había porfiado por subir con la embajada, pese a estar tan débil y todavía con fiebres. «Fiebres del real», así las llamó el físico. Fiebres malditas las consideraba él, pues le habían postrado e impedido cabalgar tras *fir* James aquella jornada fatídica.

—¡Ánimo, joven! —le intimó Gamboa sin volver la cabeza.

¿Por qué le había espetado eso? Tal vez porque notaba su debilidad. Sin duda iba atento, pese a no haberse girado ni una vez. Pero fue Gamboa quien más intercedió para que le permitieran acompañarle, tal vez por simpatía, ya que también él veía su honor en entredicho por culpa de una circunstancia ajena.

Cruzaron la cava más avanzada por un puente de tablones. Los cascos herrados retumbaban sobre la madera. Blaylock alzó los ojos. Ni una nube en el cielo. Era aún primera hora, pero no tardaría en apretar el calor. Sí. Iba a ser otra jornada de agosto sofocante en el cerco de Teba.

No pocos hombres de armas les seguían de lejos con las miradas, unos apoyados en las lanzas y otros descansando ballestas en el suelo. Bastantes interpretaron mal aquel acto. Muchos creyeron que pedía protección al cielo al entrar en tierra de nadie. Y no pocos se dijeron que tal vez la iba a necesitar.

Ninguno de los tres portaba casco, escudo o lanza. Así se había acordado. Pero sí cotas de malla, sobrevestes —blancuzcas con cruces negras los castellanos, azulada

con tres estrellas blancas el escocés— y cofias de cuero. Llevaban los caballos al paso e iban sorteando hoyos, escombros, bolaños perdidos.

Más de un espectador, al ver cómo se aproximaban a esa fortaleza de muchas torres, no pudo por menos que santiguarse y desearles la protección de los santos. No así Aznar Téllez, que también se había acercado esa mañana al asedio norte junto con los tres de su hueste. Él, brazos en jarras, puños en las caderas, no se ahorró una pulla al tiempo que señalaba con el mentón.

—Dos viejales, uno de ellos tullido, y un enfermo que casi no se puede valer. ¡Buena embajada mandamos a los moros!

Los suyos le rieron la gracia, hasta que les secó el buen humor una voz a las espaldas.

—Yo que tú sujetaría esa lengua, adalid.

Alguno se sobresaltó. No así Téllez, que se limitó a despegar los puños del cuerpo para girarse y encarar al que había hablado. Mantuvo la diestra lejos del pomo de la espada. Había reconocido por la voz a Lope Núñez de Montenegro, mayordomo del ricohombre Pedro Fernández de Casto, «el de la guerra», a quien el rey había encargado el asedio.

—¿Sujetar la lengua? ¿Por qué, señor?

El caballero gallego contempló colorado de enojo a ese pendenciero de arreos gastados.

—Porque, adalid, las lenguas son como los canes. Quienes las sueltan, corren el riesgo de perderlas.

Sonrió Téllez con amabilidad, como si lo considerase una salida ingeniosa y no una amenaza nada solapada. El mayordomo de Castro frunció el ceño al ver cómo ese castellano de barbas castañas y ojos verdosos le aguantaba con sonrisa socarrona. La mano casi se le fue a la espada, pero se contuvo y no por temor a cruzar hierros. Tenía con él a sus guardas y sin duda muchos de los presentes acudirían en su ayuda, pues era el segundo al mando en el asedio.

Pero no era momento para altercados ni lugar para dejar que cuestionasen su autoridad.

—Bien, adalid. Márchate. Y que se vayan contigo tus hombres.

—¿Por qué, señor?

—¿Si te dijese que porque aquí mando yo, en nombre de mi señor don Pedro, que a su vez lo hace en el del rey, no te bastaría? Pero evitemos enojos. Vamos a aprovechar la tregua para hacer obra de consolidación en las cavas de la zona.

»Vuestra presencia sobra, tanto como la de cualquier ajeno al asedio. Los ociosos estorban. Así que marchaos, que tendréis obligaciones que atender.

—Nuestras obligaciones están atendidas, pierde cuidado. Pero ya nos vamos, sí. Que si no acabaremos cubiertos de polvo y podrían confundirnos con peones.

Ajenos al incidente, el trío seguía su avance. Entre las posiciones avanzadas de los sitiadores y la muralla exterior de la ciudadela mediaban menos de trescientos pasos.

Corta distancia. La justa para que los ingenios alcanzasen con sus proyectiles a los muros y las torres. Proyectiles que, visto de cerca, no habían hecho el daño que debieran. Al menos no en aquellas murallas enormes de piedra.

Los árboles de sombra que flanqueaban el camino estaban rotos y quemados. Pero en cuanto a los muros... Había melladuras, sí. Escombros y bolaños a pie de muralla. Y, a simple vista, poco más. Si el machaqueo de proyectiles había causado daños estructurales en los lienzos, el ojo no lo apreciaba. No era solo que las murallas de Teba fuesen de sillares sólidos. Era que paramentos, torres, almenas, estaban bien contruidos, con ángulos capaces de absorber el impacto de los bolaños.

Pero Blaylock, antes que a rotos en mampuestos o merlones, tenía ojos para lo alto de las torres. En algunas ondeaban los estandartes rojos de Granada y los verdes y dorados del sultán benimerín. Pero en otras oscilaban cadáveres al extremo de cadenas y sogas. Cuerpos desnudos, mutilados por aves carroñeras que en esos mismos momentos estaban posadas sobre las carnes, picoteando.

Casi como si hubiese sentido su aprensión, habló ahora Caldera por encima del hombro:

—Sosiego, escudero, que esos de arriba no son tus compañeros de armas. El alcaide de Teba es un bueno. No deshonraría de esa forma a enemigos caídos en buena lid.

El veterano —recio, alto, de rostro expresivo y barbas rojas sembradas de canas— hablaba despacio, consciente de lo que le costaba al escocés entender el castellano de frontera. A este alguna palabra se le escapó, pero llegó a captar el sentido general. Eso le habían estado diciendo los ojos, pero había tenido miedo de engañarse. Mas no. Ahí, entre los que colgaban, no había cruzados escoceses.

—¿Quiénes son?

—¿Quién sabe? Están comidos por los cuervos y mi vista no es lo que era. Supongo que algunos serán espías e infiltrados nuestros. Otros serán moros. Reos de cobardía y desertores capturados en la fuga.

Blaylock levantó de nuevo la mirada a los cadáveres y a los pajarracos que revoloteaban en torno a la carroña graznando. Había visto espectáculos peores en su tierra natal. Mucho peores. Pero no por eso dejó de estremecerse. Se preguntó si esos cuerpos suspendidos entre el cielo y la tierra, a merced de las aves, no serían un presagio de lo que les esperaba a ellos mismos ahí adentro.

Luego agitó la cabeza para espantar esas ideas tétricas. Sentía náuseas y le daba vueltas la cabeza. Apretó los dientes. Azuzó a su montura para no rezagarse.

# BENIMERINES

*Los Banu Mari, llamados por los castellanos benimerines y también conocidos como mariníes, fueron la dinastía bereber que aprovechó la decadencia del imperio almohade para sustituirla. Con la ayuda nada desdeñable de mercenarios cristianos, establecieron un reino que se convirtió en la potencia hegemónica en el norte de África. Hecho esto, extendieron sus acciones al norte del Estrecho, ocupando plazas en el sur de España y tramando alianzas con el reino de Granada. Su intervención militar en España fue constante. En el momento de los hechos aquí narrados, el sultán benimerín era Abu el Hassan, cuyos pendones eran verdes y ornados con medias lunas y versículos del Corán dorados.*

Pero si aquel presagio lo era de su propia prisión, tormento y muerte, no pudo ser más errado. El alcaide no solo les recibió en persona y con grandes cortesías, sino que les dispensó toda clase de facilidades.

Les ofreció sombra, vino, descanso. Hasta les permitió quedarse un rato a solas con los cadáveres abajo, en los subterráneos donde los tenían depositados. Y en cuanto los guardas se fueron, Gamboa y su compadre Caldera se retiraron a una esquina en sombras, lejos de la luz de la única tea, para permitir un poco de intimidad al escocés con sus muertos.

Hacía frío abajo. Quizá por eso los tenían ahí. Así retrasaban la corrupción de la carne. Al oscilar de las llamas contemplaba Blaylock los cuerpos grises. Yacían todos encima de tableros sobre caballetes. Casi desnudos, con las partes pudendas tapadas con paños blancos.

A saber si los habían cubierto por pudor o por respeto. Pero era obvio que los moros no conocían nada de los rangos entre escoceses. No sabían quiénes eran altos y quiénes llanos. Estaban todos mezclados, sin otro orden que el que debieron de darles al desnudarlos y dejarlos encima de las mesas, a salvo de las ratas.

Crepitaba la tea. Bailaban luces y sombras sobre los rasgos yertos. Observaba Blaylock esos semblantes cenicientos, surcados muchos de sangre seca. Ahí los

hermanos Logan, juntos por casualidad o gracias a su parecido físico. Allí *fir* William St. Clair entre escuderos y algo más allá el propio *fir* James.

Desde las sombras, contemplaban los dos castellanos a ese joven alto, grande, de nariz aguileña y barba muy rubia, que se frotaba las manos y meneaba la cabeza ante los restos mortales de sus compañeros de aventura.

Olía a mohó, a humedad, a muerte. Danzaban las llamas. Se oían las garras de las ratas al corretear por las sombras y también los ecos de los pasos de algún guardia por túneles lejanos. Parado en la penumbra, miraba Blaylock al duque sin atreverse a acercarse a su cadáver. Le subía la congoja ante esa imagen postrera del que fuese su pariente y señor, tumbado ahí casi desnudo, con las heridas abiertas, los cabellos negros manchados de sangre seca, los rasgos lívidos y ya algo deformados.

Más ecos de pasos. Salió Blaylock de sus cavilaciones. Gamboa y Caldera abandonaron las sombras, el primero renqueando. Fue él quien indicó con un ademán al escocés que aguardase quieto.

Sin prisas, desarmado pero en compañía de hombres de armas, llegó un hombre de calzas oscuras y jaqueta listada, con bonete colorado de franja dorada. Rasgos aquilinos, ojos claros, barba cobriza. Ubaid al Tujibi, alcaide de Teba.

—Confío en que no tengáis queja del trato dispensado a los muertos.

Al igual que cuando les recibió a las puertas del recinto exterior, había hablado en granadino, un dialecto romance local, y no en castellano de frontera. Por culpa de eso y de su acento, no llegó Blaylock a entender palabra. Se apercibió de ello el alcaide, a juzgar por cómo enarcó una ceja.

—Este joven es escocés —aclaró Gamboa—. Los escoceses son un pueblo...

—Sé de sobra quiénes son los escoceses, buen caballero.

—Por supuesto, alcaide. Te pido disculpas. El caso es que no entiende el granadino.

Asintió el alcaide, pero no por eso cambió al castellano. Observó al extranjero al resplandor de la tea.

—Es bien alto y buen mozo. Pero no tiene buen aspecto. ¿Acaso fue herido en el combate? Los benimerines se jactan de haber matado hasta al último hombre con estrellas blancas.

Tardó el maestro de ingenios un instante en darse cuenta de que con eso se refería a los escoceses, por las tres estrellas blancas sobre azul que lucían en escudos y sobrevestes.

—No mienten. De los que estaban en el campo, no quedó ni uno. Y no. Este joven no está herido. Ha estado postrado con malas fiebres. Por eso no cabalgaba el otro día con los suyos.

—Malas son las fiebres, peores que dardos. Aunque a veces Dios nos manda daños que son bendiciones. Que le dé gracias. Esas fiebres oportunas le salvaron la vida.

—No creo que a él le parezca eso una bendición.

El alcaide volvió a enarcar una ceja. Gamboa le mostró las manos.

—Era pariente del caudillo escocés. También su vasallo. Su honor puede verse en entredicho por no haber estado a su lado en la última cabalgada.

—Comprendo.

El alcaide contempló de nuevo al escocés.

—Me desdigo. Ha tenido mala suerte. —Mostró igualmente las palmas entre un revuelo de mangas, como para dar a entender que los mortales nada pueden hacer contra lo que está escrito—. Respecto a los cadáveres...

—Sí, alcaide. Todo está en orden.

El granadino dio varios pasos por la estancia, a grandes trancos y con los ojos puestos en los cadáveres amaratados. Las luces de la tea corrían por las cotas, cascos y armas de los de su escolta.

—Sois testigos de que los cuerpos no han sido maltratados. Sus heridas son las que recibieron en batalla. No fueron después golpeados, lacerados ni mutilados. Me disculpo porque no los hayan lavado. Pero tenéis que entender que en estas circunstancias no andamos sobrados de agua.

Gamboa asentía. Apartó sus ojos acuosos del ir y venir del alcaide para llevarlos también a los muertos.

—¿Por qué los benimerines los trajeron al castillo?

—Para despojarlos. Vuestra caballería pesada se les echaba encima y no hubieran podido hacerlo en el campo.

—Sus arreos no eran ricos. ¿Para qué cabalgar con ese engorro? Más con nuestra caballería a las ancas, como bien has dicho.

—A las ancas, sí. Por eso se refugiaron aquí. La aparición de los ingleses les cortó la retirada. Más bocas que alimentar, maldita sea. Mal favor me habéis hecho unos y otros.

Se encogió de hombros. Se giró para encararle.

—Yo también les hice esa pregunta, buen caballero. Con todos mis respetos para este joven, sus ajuares eran pobres, dejando de lado los del caudillo y algún otro caballero. Pero parece que les llamó la atención lo extraño de sus señas. Ya sabes cómo son los bereberes. Curiosos como gatos.

Carraspeó. Una tos forzada que se alargó en ecos por los subterráneos.

—Te confieso que Aslam al Ghabra quiso colgarlos de las almenas. Al Ghabra es el adalid de los jinetes benimerines que dieron muerte a estos. No le consentí ese exceso. No somos salvajes. No podemos dar el mismo trato a enemigos buenos que a espías, cobardes y traidores.

—Sé que eres un bueno. He venido a apelar a ti. Te pido que me digas si hay modo de que podamos rescatar estos cuerpos.

El granadino reanudó su paseo por la cámara con el ceño ahora fruncido.

—Pocas cosas hay imposibles. Pero es verdad que los benimerines quieren conservarlos...

—¿Para qué? ¿Con qué provecho? El rey don Alfonso pagaría un rescate generoso.

Estos eran aliados extranjeros y considera su muerte como un baldón para las armas castellanas. Eso por no hablar de su honor propio.

—Don Alfonso es joven e impetuoso.

—Y tanto. ¿No podrías interceder ante los benimerines?

—¿Interceder? Yo no tengo que interceder ante nadie, buen caballero. Soy el alcaide del castillo. El rey Mohamed me encomendó sus llaves. Aquí mando yo, no ningún adalid del sultán verde.

Paseaba ahora con las manos a la espalda.

—Hay aquí muchos benimerines. Demasiados. Ya eran una parte considerable de la guarnición y ahora son todavía más, gracias a la llegada de al Ghabra y los suyos. Pero aquí mando yo.

Se señaló con un pulgar al pecho.

—Yo. No ningún aliado africano. Lo que al Ghabra quiera es problema suyo, no mío. Os vais a llevar a vuestros muertos. Mía es la autoridad en este asunto y pobre del que se atreva a cuestionarla.

Blaylock, aunque solo lograba pescar alguna que otra palabra, notó el alivio en Gamboa. Fue tan evidente como el que muestra un hombre que se libra de una armadura pesada tras una batalla muy larga.

—Te quedo reconocido. Y en cuanto al rescate...

—No sé yo si está bien pedir algo por unos muertos. Sí por los vivos. Pero lo honorable es entregar a los caídos a su gente para que les den buena sepultura. ¿Quién sabe si algún día no estarán nuestros propios restos en situación parecida?

Otra vez detuvo su deambular para encararse con el emisario castellano.

—Pero, ya que don Alfonso ofrece rescate, sí que pediré algo. Me servirá de justificación ante al Ghabra y sus zenetes. Es mejor no dar pie a disputas.

Carraspeó de nuevo. Más ecos a lo largo de los subterráneos en sombras.

—Que el rescate sean pellejos de agua. Pellejos grandes. Uno por muerto. Andamos escasos de agua. ¿Para qué ocultaros eso si lo sabéis de sobra? Esos pellejos nos vendrán bien y los benimerines no podrán oponerse al intercambio. Abastecemos lo primero.

—Bien pensado. El rey don Mahomet eligió bien al confiarte esta fortaleza. Mi señor don Alfonso se avendrá a pagar lo que pides.

—Te ruego que le hagas saber las circunstancias de todo este asunto. Tal vez así sea generoso con esta guarnición si la suerte del asedio nos es adversa, Dios no lo quiera.

—Me ocuparé de ello. No te pediré que nos des las armas de estos muertos. Son botín legítimo de guerra. Pero su caudillo llevaba al cuello un relicario. Uno de plata lacada que...

—¿Quién no ha oído hablar del relicario? Pero ahí, buen caballero, no puedo hacer nada.

Blaylock entendió la palabra «relicario». Supo pues de qué estaban hablando. Y

por la expresión pesarosa del alcaide, por cómo mostraba las manos y por cómo las comisuras de la boca de Gamboa se cargaban de amargura supo que la parte más importante de su misión había fracasado.

El maestro de ingenios quiso porfiar.

—Alcaide. Ese relicario es sagrado para los escoceses...

—Te lo repito. Sé de sobra qué contiene el relicario. Conozco también su historia. Se ha hecho también famoso en nuestro bando.

»Esa fama es ahora la causa de estas desdichas. Al Ghabra se ha apoderado de él y no está dispuesto a entregarlo.

—¿Qué quiere? ¿Oro? Don Alfonso le pagará lo que pida.

—No sé qué es lo que quiere. De verdad que no lo sé.

Se acarició la barba cobriza.

—Entre los benimerines hay hombres extraños, buen caballero. Guerreros de tribus aisladas y remotas. Resultan demasiado fanáticos para granadinos como yo. Y algunos tienen costumbres que no me parece que sean de buenos musulmanes. Este al Ghabra es uno de esos. Me mira de través, reprueba mis costumbres como relajadas. Pero luego se guarda ese relicario como si hubiese encontrado una piedra filosofal.

Gamboa casi resopló.

—¿Estamos hablando de magia?

—No sé de qué estamos hablando. Tampoco quiero saberlo, si te digo la verdad. Son nuestros aliados, los necesitamos. Pero, como a muchos de Granada, no me gustan nada. Y no te estoy desvelando ningún secreto.

—No. Es bien sabido.

Otra vez a deambular.

—Que sepas que esta situación me disgusta. Para empezar, esto no está bien. Y encima mi prestigio se ha visto dañado. Ese fanático soberbio se negó en público a entregarme el relicario.

Se paró para concluir con los ojos puestos en un cadáver.

—Como ves, ya intenté hacerme con él. No hay forma de conseguirlo sin lucha. Lo siento. Créeme que lo siento. Pero el rey don Alfonso tendrá que contentarse con los cadáveres. No es poco.



# ZENETES

*Zenetes o zánatas es el nombre que recibe toda una rama de los bereberes. Numerosos y belicosos, participaron en gran número en las guerras del sur de España, bien como soldados al servicio del sultán benimerín, bien como mercenarios de los granadinos. Su forma de combatir a caballo creó escuela. También sus armas. De hecho, su recuerdo ha quedado en el idioma español, que acuñó palabras derivadas a partir de su nombre. Jinete viene de zenete. La espada jineta es esa que ellos trajeron a España. Y combatir a la jineta se convirtió en una táctica guerrera para los españoles que perduró siglos y sobre la que se escribieron tratados.*

Pero recuperar los cadáveres de los escoceses no contentó al rey don Alfonso de Castilla. Tampoco contaba con ello Gamboa el Viejo. Pero sí con que al menos eso le aplacase. Eso mismo creía Montenegro, que había estado esperando su regreso a pie de cava. Y también Alfonso Fernández Coronel, alguacil mayor de Sevilla, aunque por razones distintas.

Se equivocaban todos.

El rey no se conformó con ese logro parcial. Antes al contrario. Su ira estalló como un tonel de pólvora. Como una de esas pelotas de paja, trapos y pez que sus ingenios lanzaban de noche contra Teba.

Perdió la compostura al saber que no tendría el relicario. Rugió. Maldijo. Iba de acá para allá por su alfanegue, blasfemando, insultando, pegando patadas a sillas y cofres. Incluso se arrancó el bonete colorado y lo arrojó sañudo al suelo de esteras y alfombras.

Tan fuera de sí estaba, tan congestionado, y dedicó palabras tan gruesas al pobre Gamboa, que los presentes llegaron a temer que lo mandase ajusticiar en el acto. Tan desatada estaba su cólera que nadie osó interceder por el maestro de ingenios.

Unos no lo hicieron por temor a convertirse a su vez en blanco de la inquina real. Coronel calló porque la experiencia le dictaba que mediar ante el rey en momentos así solía ser contraproducente. Don Alfonso, si se sentía discutido y contrariado, podía hacer matar a aquel por quien se trataba de interceder.

Pero el rey se contuvo en esa ocasión. Tras cubrir al veterano de injurias y reproches, lo despojó de su oficio y lo echó de su pabellón. Manos amigas sacaron a Gamboa, que estaba como tocado por un rayo. Y como el rey se fue al fondo de la tienda, muchos salieron a escape también, porque era mal negocio estar cerca cuando andaba de un humor así.

Entre esos estaban Montenegro y Coronel. También se fue Blaylock, atónito ante el espectáculo de la ira real desencadenada. Los tres echaron a andar en pos de Gamboa. Cada uno por su cuenta y por distintas razones. Montenegro para consolarle. El escocés para aclararle que a su entender nada había que reprocharle. Coronel para decirle que perdiera cuidado, que oficiales había en el real que intercederían para que le devolvieran su oficio.

Pero este último, que era el más rezagado, no llegó a cambiar palabra con él. Iba detrás y a paso vivo, con tres de sus guardas, no queriendo darle voces para no llamar la atención. Estaban en mitad de ese dédalo de pabellones, toldos, sombreros y corrales que formaban el real. Les separaban ya unos pocos pasos cuando Coronel vio cómo el maestro de ingenios trastabillaba. Cómo el escocés y Montenegro le cogían por los brazos. No lograron mantenerle en pie, pero sí que por lo menos no se fuese de boca al suelo.

Coronel apartó sin miramientos a los curiosos que comenzaban a arremolinarse. Al primer vistazo reparó en el rostro cárdeno, en la espuma en la boca. Blasfemó.

El escarnio público, los desdenes del soberano, el temor a perder la vida, habían sido excesivos para el veterano. Mantuvo el tipo en el alfanegue real, pero luego el disgusto se había cobrado su precio.

Se encaró con sus guardas.

—A su tienda, rápido. —Se volvió a Montenegro—. Que llamen a los físicos, amigo. Que acudan sin demora. Este bueno ha sufrido un ataque de congestión.

—La última palabra siempre es de Dios. Pero creo que es muy posible que el maestro Henrique salga de esta.

Así se expresó don Simuel Abenhuacar al apartarse de la yacija del veterano. Aunque se dirigía a Coronel, no dejó de advertir la mueca incrédula de Montenegro ante tal afirmación. Fue solo un pequeño alzar de cejas, pero también el alguacil mayor de Sevilla reparó en ella. Y en el gesto de esperanza, igual de esbozado, de Gome Caldera.

Abenhuacar —reposado de maneras, con manto de ricas telas y bonete oscuro— se encaró con el gallego.

—¿Dudas de mi opinión, caballero?

Montenegro, de cuero, hierro y cofia de armas, se encogió de hombros.

—¿Cómo dudar de los conocimientos y la experiencia del físico personal del rey?

La luz de sus ojos era sin embargo ambigua. Henrique Gamboa yacía en su camastro bien arropado. Al trasluz del sol en las lonas de la tienda no mostraba buen aspecto precisamente. Su respiración era de resuellos y estertores. Gome Caldera,

sentado a su lado, espantaba a las moscas. Había no pocas. Llegadas al sudor de la dolencia o al olor de la sangre, ya que el físico había practicado una sangría hacía un rato.

—Conocimientos y experiencia... Sí. Pero en este caso me apoyo más en la segunda que en los primeros. He constatado que, en caso de congestión, cuanto más añoso es el que la sufre, más fácil es que se recupere.

Observó que Montenegro volvía a alzar las cejas.

—Sí. No me preguntes la causa, porque no la sé. Pero los viejos tienen más posibilidades de superar estos ataques que los jóvenes. Y el maestro Gamboa no es ningún niño. Lo que no puedo predecir es en qué estado quedará. A menudo quedan secuelas, como bien sabéis. Media cara paralizada, miembros inertes... Aunque también en los hombres de edad es más fácil que todo eso se corrija o mitigue con el paso del tiempo.

Intervino Coronel, que se estaba impacientando con tanta disertación:

—¿Qué mandas que se haga, don Simuel?

—Necesita cuidados. Mejores atenciones de las que pueden dispensarles los hombres de armas... —Observó una mueca de Caldera—. ¿Sí, buen amigo?

—Eso está resuelto, don Simuel. He mandado aviso a Estepa para que su hija venga lo antes posible.

—¿Su hija? ¿Una dama en el real y al pie de un asedio?

—Es el único hijo que le queda vivo a Henrique. Y ella le adora. María le dispensará los mejores cuidados. Y si no es deseo del Señor que él viva, por lo menos podrá verle antes de que su alma se aparte del cuerpo.

—Zanjado entonces. —Coronel se encaró con el físico—: El rey se alegrará de saber que es muy posible que Gamboa viva.

Por tercera vez, Montenegro alzó cejas. Había creído que don Simuel se había acercado por compasión, ya que fue de los presentes durante el altercado en el alfaneque del rey.

—Entonces, ¿te envía nuestro señor don Alfonso?

El otro captó el sentido de la pregunta. El trato cotidiano con la humanidad, puesta en crudo por las enfermedades y el dolor, le habían hecho perspicaz en tal sentido. Asintió tan solemne como solía.

—Sí, amigo. Nunca niego auxilio a nadie si está en mi mano. Pero es el rey quien me manda. Estamos en campaña. Hay aquí miles de hombres de armas. Se combate en el asedio, así como entre aquí y el río. Y esta aglomeración ha desatado las fiebres. Pobre de mí si tuviese que atender en persona a todos los enfermos y heridos de nuestro bando.

Se volvió hacia Coronel.

—Y sí. El rey se alegrará de saber que es posible que viva.

—Mejor para todos. —El oficial de Sevilla se giró a su vez—. Amigo Montenegro, ¿podemos tener unas palabras en privado?

Fue para ambos un alivio dejar esa tienda de atmósfera enrarecida, llena de moscas y hedionda a doliente. No era que fuera oliese mejor. Caía la tarde. Apestaba a basuras, a cuerpos, a excrementos de acémilas. También a las cenas que ya se cocinaban. Entre el ruido de rodar de carros, de hombres y mulas yendo y viniendo en todas direcciones, Coronel tomó a Montenegro de codo para hablar en confidencia.

—El ambiente entre las tropas de asedio es malo. La moral está por los suelos.

—¿A mí me lo vas a decir?

—Es preciso sosegar ánimos.

Montenegro levantó las cejas. «¿Sosegar ánimos?». Así que el rey y sus oficiales mayores temían que el maltrato dispensado al maestro de ingenios Gamboa enconase a los ballesteros, peones, ingenieros, cavadores, artesanos, que se afanaban como hormigas en torno a las murallas poderosas de Teba. Claro. Recelaban de que la posible muerte de Gamboa, tras la ofensa del rey, hundiese una moral ya dañada por lo dilatado del cerco, lo infructuoso de los tiros, la defensa tenaz de los de dentro y el acoso de los jinetes moros fuera. Y por reveses como la muerte de los escoceses.

Se permitió una sonrisa ácida a los últimos resplandores de la tarde.

—¡Ay de mí! ¿Pues no pensé que el rey había mandado a su médico por simple remordimiento?

La sonrisa de Coronel fue en respuesta agria.

—Menos bromas, Montenegro, que eres hombre bragado. Esperar eso de un rey es como esperar que el agua de los ríos corra cauce arriba.

—Gamboa no tuvo culpa en la muerte del duque Dugel. No ha sido tratado con justicia.

—A tus años ya debieras saber que por donde pisan reyes no valen leyes. Y que las culpas nunca quedan huérfanas. Alguien acaba por cargar siempre con ellas. Y lo de menos es que sean tuyas o no.

»Siento que Gamboa haya sido tan mal tratado. Pero ese no es mi problema. Mi problema es cómo afecta eso a las tropas de asedio. El maestro es muy respetado. Todo un símbolo para muchos. Que le despojasen de su oficio de tan mala manera ha sentado como una puñalada. Y peor ha caído que sufriera una congestión del disgusto.

»Por eso te pido ayuda. Apacigua. Hay que levantar la moral. Los ánimos ya estaban ayer bajos. Estas alteraciones no los van a levantar precisamente.

Montenegro cabeceó en la ya casi oscuridad.

—Pues no. Para nada.

# LA GUERRA

*A finales de la Edad Media, la evolución militar y técnica llevó a dos tipos de guerra casi antagónicos en su concepción. La primera era la guerra guerreada. Esa era la vieja usanza. Una suma de cabalgadas, razias, aceifas, emboscadas y asaltos destinados a desangrar al enemigo. Era una mezcla de táctica casi de guerrillas y de oficio de pillaje que se practicó por parte de todos y durante siglos en las guerras de frontera.*

*La segunda era la guerra de asedio. Esta estaba hecha a partir de la construcción de fortificaciones y del arte de conquistarlas. Se desarrolló toda una arquitectura militar muy evolucionada, por un lado, y por el otro, artillería neurobalística y luego pirobalística, torres de asalto, cavas, minas, etcétera. Este tipo de guerra requería tecnología, medios, paciencia. Era una suerte de guerra de posiciones, enfrentada a la vieja guerra guerreada, que era una especie de baile de avispas.*

—¿Tú qué esperas de la vida, primo?

—¿Yo? Nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Bueno. Poder estar, poder seguir respirando. Con eso me basta. Estoy dispuesto a abrirme paso en la vida, caiga lo que caiga.

Abarca rio entre dientes, en la casi oscuridad de inicios de la alborada.

—Ya. Valerte de tus armas. Servir a reyes y señores. Ganar oficios, conseguir honores. Obtener tierras o botines que te permitan un día regresar como hombre acaudalado a Navarra. ¿No es eso?

—Más o menos. ¿No lo han conseguido otros antes? ¿Por qué no iba a lograrlo yo?

—Porque los tiempos cambian, primo. Cambian, y a toda velocidad. Te han llenado la cabeza con cuentos de viejas que podían ser ciertos en otras épocas, pero ya no. Los hombres con seso han de saber interpretar lo que ven sus ojos y obrar en consecuencia. Ya no es tiempo de eso que tú anhelas.

Así de sentencioso se mostraba Martín Abarca y no solo con las palabras. Su tono era enfático, los ademanes enérgicos. Tanto que casi hicieron sonreír a Juan de Beaumont. Lo disimuló porque no quería que se incomodase y dejase de hablar. Escondió la sonrisa al acariciarse esa barba rala suya, propia de los quince años. Se la había dejado crecer allí por vez primera, tanto por falta de agua para afeitarse como por el deseo de esconder su poca edad.

Una ráfaga de viento le hizo tiritar. Se arrebujo en la capa de cuero engrasado. Al alba solía hacer frío en aquellas tierras. Mucho, a veces. Martín Abarca, en cambio, no parecía sentir el relente. A decir verdad, estaba expansivo y no destemplado, como debiera ser luego de toda una noche de patrullar a caballo.

Rayaba el alba. Los cerros comenzaban a perfilarse en el gris. Dispersas por las laderas, titilaban las fogatas de los vigías cristianos. También en algunas torres de Teba parpadeaban luces. Fogariles y lámparas de los centinelas en las almenas.

Tras la noche larga en vela, se habían llegado a un sitio alto, en la parte noroeste del asedio. En la claridad incipiente, entreveían la mole de la ciudadela. Beaumont creía incluso ver pendones rojos y verdes en lo alto de las torres. Y si giraba la cabeza, podía intuir los reales cruzados, con las tiendas plantadas a ambos lados del camino que llevaba a Teba. Y entre ese mar de lona y cobertizos, una red de cavas, palenques, puestos de guardia y escucha, tormentario apuntando contra los muros...

Abarca se quitó el bacinete de hierro con nasal. Se echó atrás la capellina de mallas para quedarse tocado solo con la cofia. Con el casco en la mano, señaló en la dirección del río.

—En la ribera sur está al acecho Ozmín. Ozmín, primo, Ozmín. Dicen que ha venido a hostigarnos con todos sus bereberes, los más grandes contingentes de caballería granadina. Dicen que suman más de quince mil de a caballo.

»Ozmín es un viejo terrible, Juan. Ya estás viendo lo mal que nos las está haciendo pasar. Sus zenetes nos acosan sin descanso. Es un diablo sabio en guerras e intrigas. Creo que su único punto flaco es lo viejo que es. No porque le fallen las fuerzas, desde luego. Dicen de él que se las sabe todas. Pero «todas» las de antes, añadido yo. Y las cosas ya no son como antes. Me parece a mí que Ozmín es uno de tantos que no da a los cambios la importancia que tienen.

Apuntó ahora con el bacinete a Teba, cuyas torres más altas se doraban ya con las primeras luces del sol.

—Eso. Eso es el futuro de las guerras.

Señaló a las líneas de asedio, todavía en sombras.

—Y todo eso también. La suerte de los reinos se decidirá cada vez más con las guerras de asedio y no en guerras guerreadas.

—Las batallas son la jugada final. Pueden cambiar el curso de una guerra, es cierto. Pero son los asedios los que marcan ese curso.

Observó en la penumbra del alba a su primo.

—No entiendes lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

—No del todo.

—Escucha. Estamos ante Teba. Y Teba está cada vez más acuciada pero resiste. Resiste, y ese hecho obliga a los dos bandos. Al nuestro a atacar y a Ozmín a arriesgar cada vez más con su caballería. Apuesta por la guerra guerreada y no le está yendo mal. Pero no es mérito suyo y sí del terreno. Para poder cercar a Teba hemos tenido que acampar lejos del Guadalteba. Y eso nos obliga a enviar a por agua y a tener de acá para allá al ganado.

»Distancia. Ese es nuestro punto más flaco. Ozmín se ha dado cuenta y le está sacando buena tajada. Nos está causando no pocas bajas. Pero se equivoca en lo fundamental. Debiera haber guarnecido y abastecido mejor a Teba. Si no conseguimos expugnarla en un plazo razonable, tendremos que retirarnos. Será la derrota. La cruzada habrá fracasado sin librar batalla en campo abierto. Pero Ozmín es un jinete a la vieja usanza, como muchos de los nuestros. Tú dale a ese hombre cabalgadas...

Cesó de golpe en su perorata. Juan de Beaumont, al girar la cabeza, vio que había puesto los ojos en una de las sendas que unían las alquerías de la comarca con la fortaleza. Por ese caminito llegaba una comitiva.

El sol asomaba rojo por oriente. Sus primeros rayos tocaban ese sendero que discurría entre tomillos, romeros y jaras. Beaumont fue testigo de lo reducido de la partida. Dos hombres de armas a caballo, una dama sobre una mula y otras dos mujeres a pie, criadas sin duda. Tres ballesteros con sus armas al hombro y seis acémilas de carga guiadas por dos arrieros. Eso era todo.

Observó a la dama de la mula, que cabalgaba sentada de lado. Saya parda, toca, velos que impedían conjeturar siquiera sobre su edad. Espalda muy recta, eso sí, y las manos sobre el regazo.

—Martín, ¿quién será esa dama?

—María Henríquez, la hija del maestro Gamboa. ¿Quién si no? Le mandaron aviso de que su padre se moría y de que acudiese a toda prisa, no fuera que el Señor se lo llevase.

Se cubrió con la capellina de malla. Caló luego el bacinete de hierro.

—Tiene que ser ella. Muy raro sería que dos damas viniesen al mismo tiempo a un lugar tan impropio para ellas como un ejército en campaña.

Se atusó las barbas castañas con dedos enguantados.

—¿Y quién sino ella se atrevería a venir aquí, a dos pasos de la batalla? Dicen que es una mujer de armas tomar. Ya veo que es cierto y me parece que se han quedado cortos al definirla, primo. ¿Cuántas damas harían lo que acaba de hacer ella? Viajar por tierras inseguras y con una escolta tan magra.

—Lo habrán hecho por caminos secundarios. Si vienen de Estepa, la distancia no es tanta. Y han hecho el camino de noche.

—Buenas apreciaciones todas. Pero aun así, si se hubieran topado con una cuadrilla de moros, a estas horas sería muerta o cautiva. Así que a esa mujer o le falta

el seso o le sobra el coraje.

La dama viajera había reparado en aquellos dos hombres en la elevación a mano derecha. Le habría sido difícil no hacerlo, ya que el sol naciente daba ya ahí de pleno, lo que convertía esa ondulación en una isla iluminada entre terrenos más bajos todavía en sombras.

Pero su atención estaba puesta en las palabras de Fernando Ruiz, vecino de Estepa, viejo amigo de su padre y uno de sus padrinos, razón esta última por la que había ido en su busca y regresado con ella.

—El rey ha dado orden de no escatimar gastos. Ha mandado que sus capellanes organicen muchas misas por los escoceses. Que haya torneos funerarios y banquetes póstumos en su honor. La consigna es que no falte de nada.

—¿Y qué pasa con el entierro? ¿O todavía no hay nada decidido?

—Los difuntos estarán de cuerpo presente mientras dure el asedio. Los han colocado en andas cubiertas de paños negros y estarán en lugar señalado. Cuando Teba haya sido conquistada, los hervirán en vinagre para desprender la carne de los huesos. Las carnes las sepultarán aquí mismo, en el cementerio de los que han muerto durante el cerco. Es camposanto, bendecido por el obispo de Sevilla.

»Los huesos se enviarán a Escocia. Así lo acordó el rey con los caballeros escoceses.

—¿Caballeros escoceses? ¿No habían muerto todos?

Desde lo alto de su caballo pinto, Ruiz —rechoncho, rubicundo, con una expresión bien humorada que ni la capellina de malla lograba aferrar— se permitió una sonrisa fatigada. Llevaban toda la noche viajando y él sentía ardor de estómago de tanto esperar un mal encuentro por el camino.

—No. Cayeron el duque y todos sus vasallos. Bueno, todos menos uno que...

Dejó la frase en el aire mientras observaba con párpados entornados camino adelante.

—Ya es casualidad, María. Por ahí vienen tres de los escoceses. Y, si la vista no me traiciona, uno es precisamente el único hombre de armas del duque que sigue con vida.

María giró la cabeza, pues cabalgaba sentada de lado sobre su mula. Lo que sus ojos vieron fue a tres hombres de armas sobre caballos grandes. Traían las monturas al paso, viniendo al cruce con ellos. Las sobrevestes de los jinetes y las gualdrapas de las caballerías eran azuladas, con tres estrellas blancas. Portaban escudos con las mismas enseñas, martillos de armas y, en dos de los casos, también espadas que colgaban de las sillas de montar. Dado que iban sin cascos ni lanzas, debían de estar dando un paseo a caballo antes de que apretase el calor.

A unos cientos de pasos, Simon Locard, que en esa aventura se había ganado el sobrenombre de Lockheart, señaló con el mentón barbado. Un gesto perceptible para sus acompañantes, que no para los viajeros.

—¿Quién se apuesta una jarra conmigo a que esa que viene por ahí es la hija del



maestro Gamboa?

Le respondió el veterano Kenneth de la More, gruñendo entre dientes.

—No pierdas el tiempo con nosotros. Si lo que quieres es beber gratis, te sugiero que seas más simpático. Así tal vez consigas que alguien te invite.

Sonrió el caballero ante la salida del otro. Casi sin darse cuenta, rozó con los dedos enguantados la llave que le colgaba del cuello. Un gesto ya casi automático. Era como si necesitase constatar cada cierto tiempo que la llave seguía ahí. Llave del perdido relicario que había estado al cuello del difunto James Douglas.

Carraspeó, antes de volver a dirigirse a Blaylock:

—¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Que vamos a trasladar nuestro campamento y quiero que sepas la razón. Vamos a instalarnos tras las líneas de asedio. Don Alfonso no quiere que estemos demasiado expuestos. Hemos aceptado porque tenemos que llevar a casa los huesos de nuestros compañeros, y también el relicario cuando lo recuperemos. Para eso tenemos que ser los más posibles y ya hemos perdido a demasiados.

»Pero nuestro honor no quedaría bien parado si dejásemos que nos trataran como a inválidos o inútiles. Por eso vamos a plantar nuestras tiendas tras las líneas de asedio. No participaremos en cabalgadas, pero sí ayudaremos a la custodia de las cavas y los ingenios.

—Entiendo, *fir*.

—Te lo explico porque es mejor que sepas los motivos. Anoche celebramos un consejo de caballeros y acordamos encomendarte una misión.

»Queremos que te mezcles con las tropas castellanas. Que frecuentes sus fuegos, que bebas con ellos, que tomes parte en sus incursiones.

—Como vosotros dispongáis, *fir*. ¿Puedo preguntarte por qué?

—Claro que puedes. Pero, si no fueses tan impaciente, ya te lo habría dicho sin necesidad de que preguntaras.

—Bah. No le regañes —interrumpió Kenneth de la More—. Es joven. Tiene ganas de ser útil.

—Lo que tú digas. Explícaselo tú.

—Con gusto.

El viejo caballero, bragado en batallas y retiradas, antiguo compañero de correrías del llorado rey Robert the Bruce, se giró sobre su silla.

—Joven John, no nos atrevemos a confiar del todo en los castellanos. Corren rumores, sin duda malintencionados, acerca de que *fir* James cayó en una trampa acordada entre don Alfonso y los moros.

—¿Cómo? Pero...

—Espera. —El veterano había alzado la diestra—. Seguro que son chismes, unos de tantos. Pero es verdad que la abuela de Edward[1], Leonor, era castellana, hermana del bisabuelo de este don Alfonso. Y también es verdad que hay relación entre Castilla e Inglaterra.

—Con todos los respetos, *fir*, me parece una razón endeble. Y don Alfonso es un hombre de honor.

—Claro que es endeble. Pero no podemos correr riesgos. Por eso queremos que hagas lo que te acabo de decir. Y que tengas los ojos y los oídos bien abiertos.

—Así lo haré.

—Sé que andas escocido por no haber podido estar junto a *fir* James en aquel combate.

Levantó otra vez la mano.

—Sí, hombre, es humano. No importa que tu cabeza te diga que tenías tanta fiebre que no te tenías en pie. Las tripas dicen otra cosa. Considera que esta misión es un servicio póstumo a tu señor. Porque hemos de recobrar el relicario al precio que sea.

Cabalgaron unos pasos en silencio, entre el resonar de cascos y el piar de pájaros.

—Pero, aunque ingleses, castellanos y moros se hubieran conjurado contra *fir* James... ¿qué sacaría don Alfonso hurtándonos el relicario?

—Alfonso no, pero Edward sí. En estos momentos lucha por asentar su poder. Seguramente, arrebatarlos el relicario y lo que contiene le daría popularidad entre sus súbditos.

Escupió a un lado del camino.

—Todo eso son conjeturas. Pero no vamos a arriesgarnos y hemos de considerar todas las posibilidades.

—Don Alfonso es un hombre de honor.

El veterano se permitió una sonrisa agria.

—Joven, yo estuve durante años junto a un rey y conocí a varios que aspiraban a serlo. No confíes jamás en la palabra de un rey. Faltarán a ella siempre que les beneficie y no les faltarán cortesanos que se lo alaben ni clérigos que se lo excusen.

Lockheart rompió a reír.

—Viejo agrio. Tienes la lengua dura. Pero de reyes para abajo el honor sí existe. Y si no mira a esos que vienen de frente. Rápida ha sido la dama en acudir junto a su padre.

De la More sonrió a su manera, entre ácida y ruda.

—El honor es un bien precioso, frágil y peligroso. Su custodia suele poner en apuros. Y si no, mira a esos.

—¿De qué estás hablando?

—De la prisa que se han dado. ¿Te parece cabal que una dama viaje con esa escolta, habiendo cuadrillas enemigas en el campo?

—Sin duda es una mujer decidida.

—Una imprudente.

—*Fir* —se atrevió a mediar Blaylock—. Ese rechoncho de a caballo es Fernando Ruiz. Es amigo del maestro Gamboa.

—¿Y qué?

—Es frontero veterano. Conoce el terreno, dispone de información. De Estepa

aquí hay unas leguas. Han viajado de noche y seguro que lo han hecho por caminos apartados. Por parajes donde tenían pocas posibilidades de toparse con cuadrillas enemigas.

—Pocas no son ninguna.

No hubo respuesta a eso. Se estaban cruzando ya con la comitiva. Cambiaron con los de a caballo saluciones en latín. Y con la dama amagos de reverencia desde las sillas a las que ella respondió inclinando la cabeza.

Se fijó Blaylock en los ojos de ella. Oscuros, brillantes por encima del borde del velo de viaje. Ocurrió al paso, un instante. Luego la marcha de las caballerías los distanció.

De la More no volvió a hablar hasta que estuvieron distantes. Sin duda por costumbre arraigada, porque era difícil que ninguno de esos viajeros conociese su idioma.

—Quédate con la enseñanza, joven. Malas son las prisas. Muerto, nunca podrás recuperar el relicario.

# EL FONSAPIO Y LA TORMENTARIA

*Fonsario era la denominación que recibía todo el entramado de fosos y cavas que defendía a un castillo o a una ciudad. También podía llamarse así la trama de cavas y minas abiertas por unos sitiadores para expugnar y a la vez defenderse de salidas. Tormentaria es un antiguo término, heredado de los romanos y muy explícito, que designa al conjunto de la maquinaria de guerra empleada para atacar unas murallas.*

Se ponía ya el sol. Menguaba con rapidez la luz en el interior de la tienda. María Henríquez encendió una lámpara de barro, antes de regresar junto al camastro de su padre. Se sentó para tomarle una mano entre las suyas.

—Estuvieron todos los grandes, padre. Todos. Fue una misa magnífica. ¡Qué pena que no hayas podido asistir!

Los ojos acuosos del doliente giraron para encontrarse en los oscuros de su hija. Chisporroteaba la mecha de aceite. Danzaban las sombras por las esquinas de la tienda. Ella le limpió la baba que le caía por las comisuras de la boca. No sabía hasta qué punto entendía lo que le hablaba y le tenía sin cuidado. Había abierto ya los ojos. Había regresado de la oscuridad. Y eso era más de lo que esperaba cuando llegó el día antes al real, muy de mañana.

Yacía el maestro de ingenios bocarriba. Respiraba con fatiga, movía los ojos, tragaba ya purés y sopas. En esos extremos había sido tajante don Simuel Abenhuacar. Mientras un enfermo respirase y pudiera ingerir alimento, cabían esperanzas.

No había nadie más en la carpa. Había mandado ella salir a sus dos criadas, para poder estar un rato a solas con él. Hacía solo un rato que regresara de la gran misa de difuntos por los escoceses y tenía mucho que contarle.

—La misa la ha oficiado el obispo de Sevilla y le auxiliaban otros siete obispos. Siete, padre. Pocas veces se ha visto algo así.

Le soltó muy despacio la mano. Se la colocó en el lecho junto al costado para poder tener ella libres sus propias manos y quitarse la toca.

—Ni que ese duque escocés hubiera sido un rey. De caballero bueno para arriba, no faltaba nadie.

Libre del tocado, comenzó a cepillarse el pelo negro sin dejar de hablar.

—¿Sabes? Yo era una de las pocas mujeres presentes.

Eso era verdad solo en parte. Era cierto en lo que tocaba a las mujeres llamadas «de calidad». A aquellas con derecho a trato de respeto y asiento en ceremonias semejantes. Mujeres así rara vez pisaban los campamentos de guerra. Pero al fondo y a los lados, de pie, mezcladas con la soldadesca, sí que estuvieron busconas, cantineras, acróbatas. Porque nadie quiso perderse una ceremonia de tanta pompa.

Misa al aire libre. Un cielo sin una sola nube. Calor sofocante. Obispos, capellanes, acólitos con ropas talaras de brocados; las de las grandes ocasiones. El rey ceñía corona y los maestros vestían los hábitos de sus órdenes. Los ricoshombres, los nobles, los oficiales mayores, los caballeros; todos lucían sus mejores galas.

Sí. Fue una eucaristía con el boato de las raras ocasiones. Una misa mayor oficiada según el rito mozárabe por expreso deseo del rey. Y, para poner el contrapunto a los cánticos, los rezos, a los momentos de silencio recogido, un rumor lejano y constante de maquinaria de guerra, de golpazo de proyectiles de piedra contra las murallas de Teba.

No quiso el rey dar tregua ni siquiera durante la misa. Y como esta se había celebrado en uno de los cerros próximos a la fortaleza, María pudo desde su sitio divisar las cavas abiertas en la tierra, los ingenios enormes junto a los que los hombres se afanaban como hormigas. El vuelo de los bolaños. El ondear de pendones rojos y verdes en lo alto de las torres.

Don Alfonso de Castilla cumplió lo pactado entre Gamboa el Viejo y el alcaide al Tujibi. Mandaron a Teba una recua de mulos con pellejos de agua. Dos por cadáver en vez de uno. Una altanería muy propia de ese rey. Pero no bien las acémilas hubieron regresado con los cuerpos envueltos en sábanas, toda la tormentaria castellana reinició sus disparos con furia.

El rey, sañudo, quiso ordenar un gran ataque contra el parecer de sus oficiales. Estos, al menos, consiguieron que no lanzase a sus huestes al asalto directo. Pero manos de ballesteros avanzaron a resguardo de paveses de cruces negras sobre fondo blanco para batir las almenas con descargas de virotes. Al tiempo, cabrillas, trabucos, trabuquetes, espingardas y todo tipo de ingenios arrojaban bolaños, rocas, bolas incendiarias.

Bajo la tormenta de piedras, saetas y llamas, los ingenieros abrían cavas al resguardo de las gatas. Y, tras las primeras líneas, los carpinteros se afanaban en construir una bastida. Una muy alta. Una torre móvil para el asalto. Aún era solo una armazón sin terminar que en su momento recubrirían de cueros. Con ese ingenio enorme pensaba el rey dar una embestida definitiva por la cara noroeste de Teba, la más accesible.

Mientras sacerdotes y acólitos cantaban misa, a María se le iban los ojos a ese artefacto inconcluso. A los artesanos que hacían equilibrios sobre el entramado de vigas. Tanto esfuerzo por un cofrecito de plata lacada que llegó desde la lejana Escocia

al cuello de un duque ya muerto. Un relicario que pesaba en el alma soberbia del rey más que toda una cruzada bendecida por el papa. Pesaba más que todas las armas, armaduras e ingenios de su ejército.

Pesaba al punto de haberle hecho variar la estrategia del asedio. Don Alfonso había mandado desplazar tropas, levantar palenques, instalar campamentos y puestos de guardia todo en la redonda del castillo. Pretendía así cerrar el cerco e impedir que pudieran sacar el relicario de Teba. Eso al precio de alargar sus líneas, dada la gran superficie de la ciudadela y su posición entre cerros. Algo que debilitaba al ejército cruzado.

Su padre resolló. Fue un estertor, como de ahogo momentáneo. Se le escapó a ella un reniego.

—¡Cochino relicario!

—¡Niña! No digas eso.

Esa reconvención la sobresaltó tanto que dio un bote en el asiento. Casi se le cayó el cepillo de la mano. Tan ensimismada estaba que ni oyó entrar en la tienda a Gome Caldera. Se giró en la silla. El veterano, asomado por entre las lonas de entrada, la observaba con mueca de disgusto.

—Me has dado un susto de muerte. ¿Cómo entras en la tienda de una dama sin anunciarte?

—Di una voz, pero ni me oíste. —Entró del todo—. ¿Has cenado?

—No tengo hambre.

—Entonces acuéstate. Duerme algo.

—Es pronto.

—Ni el sueño ni el hambre saben de horas. Desde ayer no has parado un instante. Acuéstate.

—No. No quiero despertarme en noche cerrada. No hay nada más triste que quedarse en cama desvelada, dándole vueltas a la cabeza mientras todo el mundo duerme.

Echó una mirada a su padre, que había cerrado los ojos. Se incorporó.

—Él sí duerme. Vamos a dar un paseo.

El otro compuso una mueca de disgusto.

—¿Qué paseo ni que...? Está anocheciendo. Es mala hora, si es que alguna es buena para que una mujer de tu condición se pasee por un campamento de guerra.

Ella, sin hacerle caso, había desechado el cepillo para ponerse de nuevo la toca. Se echó a reír con fiereza mientras se la aseguraba.

—He estado los tres últimos años recluida en un convento. Ya que me ha sacado de mi retiro el mal de mi padre, deja por lo menos que me dé un poco el aire.

Echó una ojeada a Gamboa. Seguía con los ojos cerrados y respiraba de forma bastante más regular. Sí, se había dormido. Acabó de anudar las cintas de la toca.

—Me he pasado la vida oyendo hablar de la guerra. Primero a mi padre y a sus compadres. Luego también a mis pobres hermanos. Después a mi difunto esposo.

¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! Pues ya que estoy aquí, quiero ver cómo es de verdad. Verlo con estos ojos míos y no a través de las palabras de otros.

Caldera se atusó las barbas rojicanas con mueca de desagrado. Palmeó el puño de su espada lobera.

—Como gustes, tozuda. Mientras acabas de arreglarte, voy a reunir a unos cuantos...

—No. No molestes a nadie por mí.

—No pienso dejar que salgas sola. Ni tu condición ni el ser hija de quien eres es aquí escudo. La soldadesca no respeta nada.

—No tengo intención de pasear sola. Tú te sobras y bastas para guardarme. ¿Qué mejor guarda que la de uno de mis padrinos?

Pillado por sorpresa, el veterano no pudo esconder una sonrisa halagada. Volvió a palmear la empuñadura de la espada, ahora con talante bien distinto.

—Habrías sido buen adalid, niña. Sabes rendir a los hombres. Bueno, no se hable más.

Así fue cómo hombres de armas y artesanos, seguidoras del ejército y traperos, congregados alrededor de calderos y sartenonas, fueron testigos del paso de esa pareja insólita por entre las tiendas. Iban despacio, la una devorando detalles para ella nuevos y el otro circunspecto, atento a cualquier mal encuentro. Ella de saya y tocado pardos, con el velo alzado. Él añoso, de cabellos y barbas rojizas sembradas de canas, con jaqueta de paño leonado, cofia de cuero y espada al cinto.

Crepitaban las fogatas, burbujeaban los guisos. El cielo era violeta y las pocas nubes estaban teñidas de arrebol. Ella preguntaba. Él respondía y de soslayo vigilaba a los soldados, que a su vez observaban a hurtadillas a la dama.

No le gustaba a Caldera que llevase el velo alzado, mostrando el rostro a esa gente baja. Pero tampoco se animaba a decirle nada. ¿Para qué? No en vano la tuvo en brazos de recién nacida, ni pasó ella de niña casi tanto tiempo en el patio de la casa de él como en el de la suya propia. De sobra conocía los filos de su carácter. Llamarle la atención en ciertas cuestiones era la mejor forma de lograr que se encastillase en ellas.

Bien sabía María que no era recatado el caminar a cara descubierta en un lugar como ese y entre gentes así. Justo por eso lo hacía, a manera de desafío. Y Caldera era consciente de ello.

Así fue cómo los hombres de armas del rey, los de los grandes señores, las milicias concejiles y las cuadrillas de fortuna tuvieron la única ocasión de contemplar, aunque fuese a la luz pobre del crepúsculo, los ojos brillantes y los labios jugosos de la hija de Gamboa el Viejo.

Labios ahora algo fruncidos. Ojos que no se paraban en nada pero que tomaban nota de todo. De las cuadrillas que pasaban con los caballos al paso. De los centinelas que deambulaban con lanzas, lámparas y esquilas. De las agrupaciones de tiendas, cobertizos y sombrajos. Olía a guisos, a humanidad, a estiércol. Ladraban los perros, los vigías voceaban sus avisos y junto a las lumbres sonaban guitarras y cantares.

Con el último resplandor del día pululaba por el real toda la fauna humana de aquella cruzada. Fronteros y allegadizos, caballeros y vagabundos. Castellanos, aragoneses, portugueses, navarros, hasta moriscos aliados. Cruzados llegados de Francia, de Inglaterra, de Alemania... Unos se apuraban en busca de cena y descanso, otros de jarras de vino, partidas de dados, mujeres de alquiler.

Pasó un carromato cargado de heridos. Daba botes en los baches y las ruedas traqueteaban. Se le ocurrió a ella que esa carga humana debían de ser caídos en el ataque contra las murallas. De esa idea pasó a pensar en su padre, que dormía en su yacija un sueño primo hermano del de la muerte. Hizo chirriar los dientes.

—Todo esto por un cofrecito más pequeño que una perdiz.

—A veces la importancia de las cosas no se corresponde con lo que abultan.

—¿Qué tiene ese maldito relicario? ¿Qué lo hace tan importante?

En la ya casi noche el veterano Caldera se detuvo. Se giró hacia ella.

—María. ¿Me estás diciendo que no sabes lo que contiene?

—¡Y yo qué sé! Las reliquias de algún santo escocés, supongo. Si tanto desconsuelo sienten por su pérdida, les podemos regalar alguna de las nuestras. Desde luego, huesos de santo no es lo que nos falta.

Caldera frunció el ceño.

—Niña, no hables así. No te lo consiento. Eso es casi blasfemia. Recuerda que eres una dama de Estepa, no un balletero a sueldo. Parece mentira que salgas de un convento.

—Eso es porque no sabes cómo son los conventos por dentro.

—No, ni quiero saberlo. Y te equivocas sobre el relicario. No contiene restos de ningún santo. Guarda el corazón de don Roberto el Brus, difunto rey de los escoceses. Ella le miró atónita en la oscuridad.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿El corazón de un rey?

—No me digas que no lo sabías.

—Es la primera noticia que tengo.

—No es posible. Pero si la historia está en boca de todos.

—Estará. Pero como tú mismo acabas de recordarme, acabo de salir de un convento. Ese mismo convento del que Ruiz fue a sacarme hace tres días. Pocas noticias del mundo llegan intramuros.

Caldera meneó la cabeza con disgusto.

—¡Dios! ¡Qué enredo tan absurdo! —resopló—. ¿Pero quién podía imaginar que...?

Ni se le había pasado por la cabeza que la hija de su compadre no supiese cuál era el contenido del relicario. No obstante, una vez que caía en ello, resultaba casi obvio. Recluida en el convento, aislada, no había sabido de algo que fuera estaba en boca de todos. Y en esos tres días no se había preocupado de nada que no fuese la salud de su padre.

Reanudaron su paseo a la penumbra ya de las fogatas.



—Vamos a ver, María. Te cuento. Hubo una guerra entre los ingleses y los escoceses, que no aceptaban como rey a Eduardo Primero de Inglaterra. Don Roberto el Brus...

—Eso sí lo sé. No he estado en el convento toda la vida. Lo que no sabía era que el rey Roberto hubiera muerto.

—Dios se lo llevó de lepra el año pasado.

—¿Y cómo ha acabado aquí su corazón?

—Eso trato de explicarte, pero tú no haces más que interrumpirme. El rey Roberto no tenía el alma muy limpia y él era consciente de ello. Cargaba con muchos pecados, entre ellos el de haber hecho matar a un rival dentro de una iglesia. Había jurado acudir a la cruzada para expiar así sus culpas. Parece que era su intención sincera, pero, por desgracia, la lepra le impidió cumplir su promesa.

»El año pasado, ya moribundo, temeroso de que sus pecados y la falta a su juramento le privasen de la salvación eterna, pidió que le sacasen el corazón después de muerto. Que lo llevasen a la cruzada para poder cumplir lo jurado.

»Así lo hicieron sus leales. Sacaron el corazón y lo guardaron en un relicario de plata lacada. Ese relicario que ahora está en poder de los moros. Se lo confiaron al duque Jaime Dugel. La llave se la dieron a don Simón Locarque, otro noble escocés que aún sigue con vida y con el que me ha dicho Ruiz que os cruzasteis cuando llegabais ayer al real. Uno el relicario y otro la llave. Pero era el duque el que estaba al mando de la hueste. ¿Oíste alguna vez hablar del duque?

—No creo.

—Era un grande en su tierra, tanto por el poder que tenía como por sus hazañas. Fue uno de los adalides de la lucha contra los ingleses. Un hombre bravo. Un héroe para los suyos.

—De esos los hay a puñados por aquí.

Caldera sonrió en la media luz de las fogatas. Esa altanería de mujer frontera...

—No, María, no. Si la mitad de lo que cuentan es cierto, era de esos hombres que no abundan en ninguna parte. Sobre todo porque lo dicen también los ingleses, de los que era enemigo encarnizado. Era uno de esos caudillos a los que los hombres siguen a ciegas. Un caballero valeroso, sin temor a la muerte ni miedo a las fatigas.

—Ni que hablaras de un santo.

—De santo tenía poco. Dicen que los grandes hombres suelen ser despiadados. El duque Jaime lo era, desde luego. Cuando oía hablar de sus actos, no podía evitar pensar en nuestro señor el rey don Alfonso. Valiente, batallador, pagado de su honor, esforzado... y también de ánimo cruel y acciones terribles.

En su paseo habían trazado una suerte de elipse, de forma que regresaban ya sin pasar por los mismos lugares. A mano izquierda, tras una línea de tiendas, se alzaba resplandor de fuegos. De ahí detrás surgía un mar de fondo hecho de voces, gritos, risas, cantos. Caldera echó una mirada breve en esa dirección, antes de proseguir.

—El duque era uno de los oficiales de toda confianza del rey Roberto. Por eso

portaba en persona el relicario. Y por eso peleó en su defensa hasta el último aliento.

—No entiendo por qué los granadinos han devuelto los cuerpos pero no el relicario.

—Muy sencillo: porque no lo tienen. Los benimerines que se lo arrebataron al duque se refugiaron en Teba. Y ahí la mitad de la guarnición es bereber. El alcaide...

Dejó la frase en el aire al percibir que ella se había distraído con el resplandor y el ruido que surgían tras aquella línea de tiendas. Vio sin sorpresa cómo se desviaba. Era inevitable. Acarició el pomo de su espada, al tiempo que se ahorraba un bufido de contrariedad.

—Ya sabes lo que pasa con las tropas benimerines. Se supone que son aliados y que están a las órdenes de los oficiales del rey de Granada. Pero en la práctica solo obedecen a sus jefes. Se negaron a desprenderse del relicario y el alcaide de Teba no pudo persuadirles.

—¿Qué buscan con eso esos infieles? ¿Un rescate?

—Ojalá, porque entonces el remedio sería fácil. Don Alfonso pagaría sin rechistar. Pero me temo que lo quieren conservar como trofeo de guerra. El corazón de un rey cristiano que fue a la cruzada por deseo de su dueño, y que capturaron en batalla.

Habían rebasado las tiendas. Al otro lado tenía lugar un banquete nocturno en abierto. Mesas largas de manteles toscos, hogueras, antorchas y gran número de hombres agolpados alrededor de cántaras de vino y fuentes de viandas, entre vocerío, brindis y cantos.

—¿Qué celebran esos?

—Celebrar, nada. Es un banquete funerario en honor de los escoceses muertos.

—¿Ah, sí? Vamos a echar un vistazo.

# LINAJE, APELLIDO Y ESCUDO

*El linaje es un grupo humano formado por individuos con relaciones de ascendencia o descendencia entre ellos. Linaje no es sinónimo de apellido. Varios linajes podían y pueden tener el mismo apellido. Los escudos heráldicos eran propios de un linaje, no de un apellido. Por eso ahora un mismo apellido tiene asociados varios escudos heráldicos, ya que cada uno es propio de un linaje. La atribución general de un escudo a un apellido es moderna y espuria.*

*En cuanto a los apellidos, en la Edad Media no se seguían las mismas reglas que ahora. Un hijo podía o no adoptar el apellido de su padre, y eran habituales las personas que no tenían apellido en absoluto o que eran conocidas por un mote. A nuestros ojos, el sistema puede parecer un caso, pero a ellos les funcionaba de maravilla.*

Los navarros de la hueste de Guillermo Ximénez, que estaban en aquel convite, pudieron después contar cómo ocurrió todo.

Reinaba un jolgorio algo sombrío, como en todo banquete fúnebre. Celebraban a la memoria de los escoceses muertos, a costa de las arcas del rey y de las de algunos ricos hombres, que eran quienes pagaban todo aquello. No habían escatimado ni en luces, ni en viandas, ni en vino. Los esclavos no hacían más que sacar fuentes de hortalizas y carnes, y nunca estaban vacías las jarras.

En esas mesas se apretujaban sujetos curtidos de cicatrices viejas y barbas pobladas, vestidos de cuero y tela áspera, con cuchillos filosos en los cintos. Hombres de armas y fronteros, porque los convidados esa noche eran aquellos que tomaron parte en el intento de auxiliar al conde escocés. Hablaban a voces, cantaban con la boca llena, reían a carcajadas, bebían de cualquier jarra al alcance de la mano.

El navarro Martín Abarca era de los que se había regalado a gusto con el vino. Sostenía que, en casos así, mostrarse parco era ofender a la munificencia de los grandes. Y ahora, con el ánimo caliente por los caldos del sur, explicaba prolijo a Beaumont los principios de la guerra de asedio. A veces mojaba el índice en vino para

trazar líneas húmedas sobre el mantel áspero.

—Albarranas —dogmatizaba con voz pastosa—. Tapias albarranas. Ese es uno de los puntos débiles en los asedios castellanos.

—¿Por qué?

—Porque son unos asnos. Se empeñan en no levantar tantas como debieran. Y mira que los expertos aragoneses les insisten en ello. Pero son reacios. ¡Bah! Luego se extrañan de que las salidas por sorpresa de los de dentro les causen tantas bajas.

—¿Pero qué ganan no haciendo...?

—¡Que son unos asnos, te digo! Se empeñan en que el exceso de muros dificulta las maniobras de sus propias tropas. ¡Tonterías! Pero no hay forma de...

Le sacaron de su discurso unas voces destempladas. No eran gritos, pero el tono y las frases estaban acallando poco a poco las conversaciones próximas. Se estaba creando un círculo de silencio que crecía como las ondas de una piedra caída al agua. Mutismo que ahora había llegado hasta los navarros.

—... Bla, bla, bla. Palabrería sin sustancia. Mucho trabuco, mucha cabrilla, mucho maestro de ingenio y mucho artesano genovés. ¿Para qué? ¡Para nada! Aquí estamos, y es la prueba. Atascados por culpa de todos esos charlatanes.

—Ya te dije el otro día que cuidases tu lengua, adalid. Esas son palabras gruesas.

Esa réplica la dio alguien fuera de la vista de Juan de Beaumont. Su primo y algunos otros navarros se estaban incorporando. Hizo lo propio. Advirtió la presencia de algunos hombres con armas de asta y tabardos blasonados con seis roeles azules sobre plata. Guardas de los Castro. Cayó entonces en la cuenta de que la segunda voz era la de Montenegro.

Y ahora, ya de pie, pudo ver que su interlocutor, ese al que había llamado «adalid» era un sujeto de barbas castañas, bonete colorado y postura desafiante.

—¿Quién es ese brabucón?

—Aznar Téllez. Uno al que le sobran los humos.

—¿Es de los del rey?

—Tiene hueste propia. Una de pendón partido. Un manojo de vagos y allegadizos. Algo acababa de replicar Téllez, y los que con él iban le estaban riendo a carcajadas la gracia. Montenegro de nuevo le paró los pies.

—No te consiento que hables así de Gamboa. Es maestro de ingenios del rey.

—Ya no. El rey le ha privado con deshonor de su oficio. ¿No lo recuerdas?

—Eso es transitorio. Sigue siendo un maestro reputado, con muchos años de servicio.

—¡Bah! ¡Un inútil! Más inútil todavía que la media de los maestros de ingenios. Un viejo lisiado y palabrero que...

No remató la frase. Se giró y lo mismo hicieron otros. Los navarros se enderezaron para ver mejor qué pasaba. Entre los presentes acababa de irrumpir como un torbellino una mujer de ropas y toca pardas. Una joven de ojos oscuros que ardían como carbones al resplandor de las fogatas.

Tan volcados estaban todos en la discusión que nadie se había percatado de la llegada de María Henríquez, que se acercó a ese corro atraída por las voces. Y ahora había entrado de golpe a través de los hombres de armas que la miraban boquiabiertos, pues era como si una furia de ojos oscuros se hubiera materializado entre ellos a partir de la sustancia de la noche.

—¡Tú! ¡Tú! —Se atragantaba con las palabras de pura ira—. ¿Estás hablando de Henrique Gamboa? ¿El Viejo? ¿El de Estepa?

Aznar Téllez se había recobrado ya del asombro. Sonreía con cordialidad falsa, jarra de vino en mano.

—Aciertas.

Pedro Avellaneda, su lugarteniente, más sobrio o más prudente, lo tomó por el codo. Él se zafó de un tirón, salpicando de vino. Hizo una parodia de reverencia, fuese porque estaba borracho o porque esa era su intención.

—Supongo que tú eres María Henríquez, su hija. ¿Has venido a acompañarnos?

—Antes comería con los cerdos.

Se oía el crepitar de las llamas, el canto de los grillos, el vuelo de moscas. Todos observaban, unos cautelosos y otros alertas. Advirtió Juan de Beaumont que en los márgenes de la luz estaban tomando posiciones hombres con armas de asta. Por un instante, el corazón le dio un vuelco, pero luego creyó vislumbrar que al menos uno portaba tabardo con castillos y leones bordados. Alguaciles reales. Alguien debía de haberles avisado de que había problemas.

Mientras, Téllez había encajado el desaire ensanchando su sonrisa. Replicó al cabo de unos instantes de silencio:

—No me has entendido. No eres tú quien nos haría honor en caso de sentarte a mi mesa. Sería al revés.

Otra vez quiso Avellaneda tomarle por el brazo. Y de nuevo se desasíó con rabia. Observó Beaumont que el veterano de barbas rojizas canas que acompañaba a la dama posaba la diestra sobre el pomo de la espada. Con calma, no a modo de desafío. Un sosiego que estaba lejos de compartir ella.

—¿Hacer honor?! ¿Quién? ¿Un allegadizo de boca sucia a la hija de Henrique Gamboa?

El otro no perdió la sonrisa, aunque su sorna se tiñó de ferocidad.

—Ningún allegadizo. Aznar Téllez, hijo de Tello Rojas, al que el Señor tenga en su seno, es de sangre antigua y bien probada.

El veterano se inclinó sobre la dama. Algo quiso susurrarle al oído, pero ella no le dejó ni acabar la primera frase. Le cortó con un gesto brusco, sin apartar esos ojos como carbones de su interlocutor. Este agitó la jarra de vino.

—Tello Rojas, que no será recordado por tristes fracasos, como ocurrirá con otros. Tampoco su hijo —se golpeó de manera teatral en el pecho con la jarra— será recordado como los hijos de otros, por haber muerto de mala manera, sin ser capaces de proteger la vida de infantes de Castilla que...

Ella perdió la compostura y estalló como el agua que rompe a hervir. Como una hoguera golpeada por el viento. Con un chillido, se giró para agarrar lo que hubiera más cerca. Arrancó la partesana de manos de un alguacil real que se había ido acercando y que, desprevenido, estaba ahora a su derecha. Y con un movimiento fluido, gritando como una furia desatada, se tiró a fondo contra el ofensor.

Téllez, aunque borracho, acertó a esquivar. No del todo, porque la punta del hierro le hirió en el carrillo. Se tropezó con sus propios pies y cayó al suelo bramando de dolor y de rabia. Ella le tiró una segunda lanzada a las ingles, pero él logró rodar por debajo de la mesa.

La inmovilidad estupefacta del primer instante reventó entre gritos, denuestos, estrépito de vajilla rota, volcar de banquetas y carreras. Alguno de los de Téllez arrojó su jarra contra María Henríquez. Pero ella la desvió con la moharra de la partesana, con tanta habilidad como un lancero avezado.

Entre el tumulto de hombres, unos que querían quitarse de en medio y otros que echaban mano a los cuchillos, el propio Téllez surgió del otro lado de la mesa, puñal en mano. La puntada le había abierto el rostro de mentón a sien y no le había dejado tuerto de milagro. Cariensangrentado, saltó rugiendo por encima de la mesa.

María, lejos de amilanarse, le hizo frente con el arma a dos manos, la punta por delante. Su veterano acompañante ya había empuñado la espada. Los hombres de Téllez habían recurrido a cuchillos y banquetas, y algunos de otras huestes les habían secundado. Pese a su mayor longitud, poco iban a poder una espada y una partesana contra una treintena de hojas.

Pero, al mismo tiempo, otros, fronteros en su mayoría, empuñaban armas por María. También Montenegro y sus tres guardas tomaron partido por ella. Y otro tanto hizo Juan de Beaumont, sin pensar siquiera. Enardecido por el vino o por el jaleo, se vio corriendo en auxilio de la dama con un espetón en la mano. Y su acción arrastró a todos los navarros.

Mas, pese a la ira desatada, a los baladros e insultos, a los hierros desnudos, los dos grupos no llegaron a chocar. Porque por entre medias, sin miedo, pese a llegar a manos desnudas, se interpuso una figura enojada que hacía aspavientos con voces broncas.

—¡Atrás todos! ¡Atrás en nombre del rey!

Esos gritos rompieron como un torrente por entre los palmos que separaban a los dos bandos de armas enfrentadas. Y tras ese único hombre desarmado entraron en tromba alguaciles reales con escudos triangulares, partesanas y mazas.

La presencia de los oficiales del rey, con sus señas y sus armas, enfrió los ardores. También ayudó el hecho de que el que iba al frente de ellos era nada menos que Alfonso Fernández Coronel, alguacil mayor de Sevilla.

—¡Abajo las armas! ¡A las vainas!

Unos dóciles y otros remisos, fueron todos volviendo los hierros a los cintos o a las fundas. Todos menos Téllez, que se resistía. Pero los mismos suyos le sujetaron los

brazos. Avellaneda le quitó el cuchillo para que nadie pudiera hablar luego de desobediencia.

Coronel observó ceñudo a ese sujeto de rostro y jubón ensangrentado, pero no dijo nada. Se encaró con María Henríquez.

—La partesana, señora.

Ella se la entregó sin rechistar. Él sopesó el arma sin dejar de vigilar a Téllez con el rabillo del ojo. Ese se había puesto contra el rostro un paño que alguien le había alcanzado. Rechazaba a empujones a aquellos que intentaban sacarle de ahí. Coronel golpeó el suelo con la contera de la partesana.

—Por orden del rey, no ha de haber pendencias ni se permitirán duelos hasta que concluya el asedio de Teba. Haya, pues, paz. Que vuelva cada cual a lo suyo.

Se dirigió a María.

—Retírate, señora. Regresa al lado de tu padre.

Ella le miró con ojos ardientes. Luego a Téllez. Pero asintió sin rechistar.

—Eso haré, señor.

Se encaró, sin embargo, luego con los presentes.

—Obedezco porque lo manda el rey. Pero esto no quedará así. Delante de todos vosotros juro que la ofensa que me ha hecho ese mal hombre no quedará sin castigo. Hasta que eso ocurra llevaré luto.

Se bajó de un tirón el velo sobre el rostro.

—Nadie volverá a verle en público la cara a María Henríquez, hasta que mi nombre haya sido vengado.

Coronel se dirigió a Téllez con los labios fruncidos. De reojo, advirtió que Gome Caldera se llevaba a su ahijada de allí. Y que Montenegro con sus guardas les acompañaban. Mejor así, no fuera a haber alguna mala sorpresa entre esas mesas y la almofalla de Gamboa.

—Retírate tú también, adalid. Busca un físico y que te curen esa herida.

—¿Eso es todo?

—¿Quieres más? Me parece que por esta noche ya llevas de sobra.

—Esa, esa... —Por una vez contuvo su mala lengua—. Me atacó. Me pegó una lanzada.

—Doy fe. Lo vi todo y creí que te mataba.

—¿No piensas hacer nada? ¿Cómo cuadra eso con la orden del rey de no armar pendencia?

—Tal vez no entendemos igual qué significa «armar pendencia». Ya te he dicho que lo presencié todo. Oí vuestra discusión. Ofendiste al honor de su linaje. La insultaste a ella a través de los de su sangre. A mi entender, es igual que si hubieses sacado un cuchillo o la hubieses abofeteado. Ella defendió su honor y por Dios que lo hizo bien.

Téllez, oprimiendo contra la mejilla el trapo ya rojo, no se animó a replicar. Así que Coronel zanjó, partesana en mano.

—Si estás en desacuerdo, acude a nuestro señor el rey. Él hará justicia. Pero ten cuidado, no sea que esa justicia no te sea favorable. Mi consejo es que dejes estar el asunto. No remuevas las aguas.

Se desentendió de él para volver junto con los alguaciles reales. Entregó la partesana a su dueño.

—Custodia con más celo tus armas.

El herido, por su parte, ya cuando se marchaba puso un ojo en los navarros. El izquierdo, porque el derecho estaba cerrado de la hinchazón.

—Recordaré vuestras caras.

Eso se lo dijo a Beaumont. Pero fue Abarca el que le respondió con cachaza.

—Es curioso. Eso mismo te iba yo a aconsejar. Que no te olvidases de nuestras caras.



## PENDONES DE HUESTE

*Los pendones eran un elemento de gran importancia, tanto para identificar a las huestes como para transmitir señales en la batalla. Su uso estaba regulado, y, de hecho, Alfonso X el Sabio, en sus Partidas, dejó cuenta de cómo eran y quién podía usar los distintos tipos de pendones.*

*En lo que respecta a las huestes de a caballo, su forma y tamaño dependía de la cantidad de jinetes alistados. Así, si eran hasta cinco, la hueste tenía derecho a utilizar un pendón acabado en dos puntas o partido. Cuando se acudía con entre diez y cincuenta de a caballo se podía enarbolar bandera, que era más larga que ancha. De cincuenta a cien, ondeaban los pendones posadores, que eran agudos hacia el extremo. Aquellos que aportasen más de cien, así como las órdenes militares y las milicias concejiles, enarbolaban la señal cabdal, que era un estandarte cuadrado y con farpas (ondulaciones al extremo). El pendón cuadrado y sin farpas era exclusivo del rey.*

—¿Quién? ¿Quién es ese sarnoso que se ha burlado ante todos de la desgracia de mi padre?

María Henríquez había guardado la compostura todo el camino hasta sus tiendas. El rostro velado, la espalda muy recta, caminando con pasos medidos entre los guardas con la librea de Castro. No había esperado menos de ella Gome Caldera. No sería propio de la hija de Henrique Gamboa ponerse en evidencia en público.

Tampoco le sorprendió que reventase de rabia no bien cruzó la entrada de su tienda. Estalló como un tonel de pólvora, con fagonazo y estruendo. Los ojos oscuros le echaban chispas mientras manoteaba ante el rostro del veterano.

—¡Ha infamado a mis hermanos muertos! ¿Quién es ese? ¿Por qué? ¿Cómo se atreve?

Caldera cambió de sitio la única lámpara que lucía en la carpa, no fuese que los apavientos iracundos de María la derribasen y tuvieran un incendio. Sus propios

gestos eran calmos de manera deliberada. Conocía a esa mujer desde que la alumbró su madre. Sabía que el único antídoto posible contra sus arrebatos era el sosiego. Solo estaban presentes ellos dos y una de las criadas, Juana, que se mantenía prudente en una esquina. La otra, Paloma, velaba en esos momentos en la tienda de Gamboa el Viejo.

—Se llama Aznar Téllez.

—¡Ya sé cómo se llama! ¡Él mismo me escupió su nombre a la cara! ¿Pero quién es? ¿Qué tiene con los de mi linaje?

Caldera no respondió de inmediato. Dejó pasar un poco de tiempo con la excusa de servirse un poco de vino en jarrillo.

—Hazme un favor. Cálmate un poco.

—¡Que me calme! ¿Por qué tengo que calmarme?

—Para que pueda contarte lo que deseas saber.

Ella le hizo caso a su manera. Se despojó bufando de la cofia. Caldera dio un sorbo al vino. Observó al titilar de la lámpara ese rostro hermoso, teñido ahora de cólera.

—Ese es hijo de Tello Rojas, que era caballero bueno de Écija. En cuanto al porque de su odio... Tello Rojas era un banderizo de don Juan el Tuerto y tuvo un mal encuentro con tu padre.

—Ah. —Arrojó ella la toca sobre un arcón para girarse a prestar más atención.

—No voy a entrar en detalles. Yo estaba aquel día allí. Baste decir que apresamos a Rojas cuando llevaba un mensaje a los banderizos de don Juan. Tu padre lo mandó matar en el acto. Los ahorcamos a él y a dos de los suyos a la vera del camino, como a forajidos.

»Ese mensaje que llevaba fue la perdición no solo de él, sino de todos los suyos. Su linaje fue extinto y la familia lo perdió todo. Dos de los hijos se fueron a Portugal con la madre y no sé qué habrá sido de ellos. Este Aznar pasó a África y sirvió durante largo tiempo al rey de Tremecén[2].

»Regresó hará un par de años a Castilla. Aquellas alteraciones, las revueltas de don Juan el Tuerto, son cosa del pasado. Al rey le viene bien contar con hombres de armas bragados. Y este Téllez experiencia tiene, eso no se le puede negar.

»Se unió a la cruzada con una hueste de pendón partido. Un hatajo de canallas, pero hay que reconocer que saben de la guerra. Yo los ahorcaba a todos, pero no les voy a negar el coraje. Han prestado buenos servicios como atajadores. Han pasado a explorar muchas veces al sur del río, arriesgándose a una muerte terrible en caso de captura.

Dio otro trago, más que nada para tener tiempo de observar a María en la penumbra. Le estaba sucediendo algo que ya había visto otras veces antes. El rostro de la dama era ahora una máscara. Una careta hermosa de rasgos armoniosos y labios llenos. Ahí seguían los destellos de ira en sus ojos oscuros. Pero ahora su cólera era como vapor que se enfría. Se enfría pero no desaparece. Se hace vaho que churretea la piedra.

—Así que un pendón partido...

—Tres de a caballo más él. Malandrines. Gente de hierro fácil y malas intenciones. Todos compinches suyos desde los tiempos de Tremecén.

María se acercó al arcón sobre el que estaba el cántaro de vino. Con un gesto indicó a Juana que no se molestase. Se sirvió ella misma en una jarrilla.

—He jurado ante todos que ese perro va a pagar por sus babas y ladridos.

—Descuida. No bien acabe la campaña...

—¡No! No sería buena hija de mi padre si me quedase de brazos cruzados mientras ese malandrín se pavonea por ahí, sin castigo por las ofensas a mi linaje.

—María...

—No, no y no.

Caldera se guardó de hacer más réplicas. No había nada que hacer. El vapor de la ira se había convertido en hielo. Ella bebió un sorbo, se mordisqueó el pulgar.

—¿Sabes, padrino? Estoy pensando...

# MALANDRINES

*La palabra es de origen francés y designaba a los hombres de armas errantes que iban ofreciendo sus servicios a los señores y a los bandos en armas. Puesto que eran gente de mala vida, nada de fiar y dada a cometer todo tipo de fechorías por donde pasaban, la palabra acabó tomando el sentido negativo que en la actualidad tiene.*

El relente del alba y no el canto de los gallos o las esquilas de los centinelas despertó a los navarros. El primero fue el adalid, Guillermo Ximénez, que abrió los ojos tiritando. Y ya él se ocupó de despabilar a los suyos con empujones, reniegos y algún que otro puntapié.

Los hombres se frotaban las manos, se echaban el aliento en las palmas. Puede que los alrededores de Teba fuesen durante un día un infierno de calor, pero había noches muy frías. Y esa era de las que más, o eso sentían ellos en las puntas ateridas de los dedos y en los pies helados.

Clareaba. Los navarros dejaron aquel paraje de mesas sucias y fogatas apagadas para volver a su almofalla. Iban como almas en pena, destemplados, con mal sabor de boca y más de uno dando traspiés.

Juan de Beaumont era de los de paso inseguro. Había dormido sobre la mesa, entre charcos de vino, y el helor nocturno le había dejado entumecido. Era como si los pies no quisieran responderle, como si llevase clavos al rojo en la cabeza. Vomitó a un lado con grandes arcadas.

—No te salpiques las botas.

Martín Abarca se había parado a mirarle. Reía entre dientes, con los ojos rojos y las barbas alborotadas.

—Templa ese estómago, primo. Y ni se te ocurra rezagarte.

Beaumont se secó los labios con el dorso de la mano.

—¿Por qué?

—Porque ese Aznar Téllez tiene fama de malo. La dama le cortó anoche la cara y a nosotros nos la juró. ¿O ya no te acuerdas de nada, borracho? Es adalid de un puñado de malandrines, todos tan malos como él.

»No me extrañaría que tratase de darnos una mala sorpresa. Es lo propio en gente

de su calaña. Así que procura no salir solo durante unos días.

Retomaron el paso entre dos luces. Beaumont se metió las manos en las axilas. Le castañeteaban los dientes.

—Lo siento, Martín.

—¿Qué sientes?

—Que por mi culpa tengamos que andar a partir de ahora vigilando las espaldas. Siento haberme inmiscuido en una riña sin pensar y haberos comprometido a todos.

El hombrón, ahora displicente, descolgó la bota de vino que llevaba al hombro. Echó un trago largo e hizo gárgaras sin dejar de andar.

—¿Crees que obraste mal?

Tendió la bota a Beaumont, que rehusó con la cabeza al tiempo que sentía cómo el estómago se le daba vuelta.

—No. Estaba borracho, actué sin pensar. Pero ese buscapeas...

—Pues ya está. Si crees haber hecho lo correcto, no sé por qué andas pidiendo disculpas por ello.

Siguieron unos pasos en silencio. Iban a la zaga de los demás, que se arrastraban como un ejército vencido, aunque no por armas enemigas sino por el vino, el sueño y el frío.

—Martín, ¿qué es lo que había detrás de esa disputa de anoche?

—A saber. Ese Téllez tiene alguna cuenta pendiente con el maestro Gamboa. Eso está claro. Y me da que es cuenta de familia, no personal. Procuraré enterarme, ya que la pendencia nos incumbe ahora a nosotros también. Y hay más cosas detrás.

»¿No te diste cuenta de la cantidad de puñales que salieron a relucir anoche? Ahí estuvieron también de por medio las antipatías entre fronteros y allegadizos. Están siempre a la greña. Y aquí es como en Navarra, primo. Los bandos son capaces de acuchillarse incluso en plena batalla o con un enemigo a las puertas.

Se echó a reír a carcajadas, pasándose los dedos por la barba para desenmarañarla.

—Y ya que hablamos de cuchilladas... ¡Menuda le tiró la dama a ese fanfarrón! Si no se llega a apartar, lo deja en el sitio.

—Ya lo vi. Ni que supiera de lanzas.

—¡Y sabe! ¡Por Dios que sabe! ¿No viste cómo le alanceó? Directo al cuello. Esa conoce de hierros y del matar.

—¿Cómo es posible? ¿Una dama?

—Dama de frontera. La frontera es dura, primo, y duros son los fronteros. Aquí todos tienen muertos y daños a los que vengar. Estas tierras están llenas de varonas que saben cómo defender sus casas si se produce un ataque de moros estando los hombres fuera.

Dio otro trago al vino.

—Una mujer de armas tomar. Y guapa, ¿eh?

—Ya lo creo.

—Esa es de cuidado. Cuentan que teniendo catorce años le pegó tres puñaladas a

uno que la quiso acorralar. Uno que por ser pariente de guzmanes creyó que podía coger lo que le viniese en gana. Lo dejó casi muerto. Imagina, a uno de los de Guzmán...

—Mucho sabes de ella.

—No tanto, pero he procurado informarme. ¿Cuántas veces tendré que decirte que el conocimiento puede ser un arma tan...?

Se paró en seco al tiempo que echaba mano al cuchillo. Beaumont, al girarse sobresaltado, distinguió entre dos luces a una silueta con lanza o partesana en la mano. Buscó su cuchillo, pero ya para entonces su primo había extendido el brazo de la bota, para frenarle en el pecho. Y un instante después el joven advirtió que el que había salido a su encuentro no era otro que aquel veterano que guardaba la noche pasada a la belicosa dama.

—Buenos días. Perdón si os he sobresaltado.

—Disculpa tú. No te reconocimos con esta luz.

—Es que es hora muy temprana. Pero quise daros las gracias por socorrernos anoche.

—Fue un placer. Ese Téllez tiene la boca sucia. Se ganó con creces el tajo que le pegó tu ama en la cara.

—No es mi ama, sino mi ahijada. Y a ella le gustaría platicar con vosotros de cierto negocio.

—¿Con nosotros? —El hombretón señaló con la bota a los demás navarros, que se habían parado y vuelto para observar, curiosos—. ¿Con todos?

El veterano celebró la ocurrencia con una sonrisa amplia.

—Con vosotros dos solo. En privado.

—No seré yo quien desaire a una dama. Pero mejor hablamos luego, si no tienes inconveniente. Venimos del banquete. No estamos presentables ni en condiciones de conversar. Necesitamos dormir.

—Claro. Buscadme a lo largo del día por el real. Buscadme. No lo dejéis, que lo que mi ahijada tiene que deciros os va a interesar.

—No lo dudo. Descuida. Hoy mismo iremos a vuestra almofalla. Hacer esperar a alguien como tu ahijada sería descortés.

Se echó a reír.

—Descortés y, en vista de cómo las gasta, tal vez poco prudente.

# ALMETE

*Yelmo desarrollado a lo largo de los siglos XIV y XV. Supuso un gran avance porque no solo cubría por completo la cabeza, sino que además, al proteger cuello y hombros, hacía descansar el peso del hierro sobre estos últimos y no de forma directa sobre el cráneo. Un tipo muy popular y antiguo era el de visera en pico de gorrión por su forma de morro puntiagudo que ocultaba y protegía del todo la cara.*

Nadie podía negar los gastos hechos ni los esfuerzos realizados. Habían desbrozado y desempedrado unos terrenos próximos al real, cerca del camino. Habían levantado allí tablados, cadahalsos y toldos. Habían marcado pistas con gallardetes de colores vivos al extremo de colores vivos. Y ahora, mientras los ingenios seguían castigando las murallas de Teba, caballeros acorazados cruzaban lanzas al galope, con resonar de cascos y de hierros.

El escocés Blaylock, al sol junto a los toldos, asistía al torneo. Una vez más, no podía por menos que asombrarse de hasta qué punto los españoles —fueran del reino que fuesen— eran amigos de gastar su hacienda en atavíos y apariencias.

Galopaban caballeros de sobrevestes negras sobre corceles de gualdrapas también negras, tal como era preceptivo en los torneos funerarios. Negros eran los pendones que ondeaban en la brisa cálida. Los yelmos habían sido desprovistos de adornos y los escudos se portaban invertidos, todo según las estrictas normas.

Contendían los de a caballo entre nubes de polvo y estruendo. Y bajo los toldos se sentaban el rey de Castilla, los ricoshombres, los nobles españoles y extranjeros, los rangos altos de las órdenes militares. También los jefes de los escoceses. O más bien sobre todo ellos, pues las justas eran a mayor gloria de sus compatriotas muertos. Muertos de cuerpo presente, ahí a un lado, en andas de cobertores negros.

A John Glendoning, Blaylock, le cupo el honor de guardar esas andas. Por eso ahí estaba el joven, aguantando la solana, sin casco ni cota de malla pero con escudo y martillo de armas. Caía el sol a plomo. El sudor le resbalaba en regueros bajo el jubón. El polvo áspero se le agarraba a la garganta y él iba de un lado a otro para aliviarse del bochorno.

Esos paseos le permitían ver en ángulo a los notables sentados a la sombra. Todos

vestidos para la ocasión. Los maestros con sus hábitos, los nobles con tabardos, unos blasonados y otros con las cruces negras de la cruzada. Don Alfonso se ataviaba no a la morisca, como solía hacer en privado, sino con tabardo acuartelado, con dos castillos y dos leones bordados. Y otra vez ceñía corona, cosa que solo hacía en ocasiones señaladas.

Nuevos caballeros cargaban entre revuelos de telas negras. Chocaban lanzas contra escudos invertidos. Saltaban en pedazos las astas entre las aclamaciones de los que se agolpaban contra las vallas. Ondeaban los estandartes negros. Retumbaban apagados los tambores, con redoble lento.

Por la zaga del pabellón salieron Kenneth de la More y Alan Cathcart. El primero alzó un dedo para indicar a Blaylock que nada de formalismos.

—Salimos a estirar un rato las piernas. Tanto tiempo ahí sentados, manteniendo la compostura, le dejan a uno entumecido.

Echó una mirada de soslayo a las andas.

—Espero que el amigo James esté disfrutando del torneo. Al fin y al cabo, es en su honor.

Blaylock, acostumbrado al humor extraño del noble, se limitó a ladear la cabeza.

—Creo que le habría gustado más poder participar.

—Seguro.

De la More se volvió para observar cómo otros dos caballeros cargaban desde los extremos, lanzas en ristre.

—Me pregunto qué pretende don Alfonso con tanto despliegue y tanto fasto.

Los contendientes chocaron con estrépito. Uno salió despedido de la silla y aterrizó de espaldas, con sonido tremendo de golpazo. Acudieron algunos sirvientes a recogerlo. Alan Cathcart torció el gesto.

—¡Vaya caída! Pobre hombre.

De la More le echó una mirada ausente mientras lo sacaban entre muchos, porque con la armadura debía de pesar lo suyo.

—Creo que de momento no ha muerto nadie. Aunque hay bastantes heridos y algunos de consideración.

—Buenas lanzas que se podían haber aprovechado mejor en la batalla. —Cathcart se giró hacia Blaylock—: ¿Tú qué dices? ¿Por qué organiza todo esto el rey de Castilla?

—No soy quién para opinar. Pero supongo que don Alfonso quiere honrar la memoria de *fir* James. Y también de paso, supongo, bruñir su honor.

De la More le palmeó en el hombro.

—Buena apreciación.

—Procuro tener los oídos abiertos, *fir*, tal como me mandaste. Y eso es lo que he escuchado junto a los fuegos.

—Es muy posible. Pero creo que debemos tener en cuenta a más elementos. No dudo de que don Alfonso esté escocido en su honor. Es joven y acostumbrado a que se haga su voluntad. Pero también tiene consejeros astutos. Perros viejos. Me da que



esto es cosa de ellos. Con ello tratan de ganar tiempo.

—¿Tiempo, *fir*?

—Tiempo, joven. Tiempo para conseguir que caiga esta maldita fortaleza de Teba y poder recuperar el relicario. O yo no conozco a los hombres o este rey sacrificaría a todo su ejército con tal de poner a salvo su reputación. Todo esto es una forma de alargar nuestra estancia e impedir que nos marchemos con los cuerpos y sin el relicario.

Se rascó la mejilla.

—Eso suponiendo que de verdad no haga doble juego. Que pretenda recuperar el relicario, pero no para nosotros, sino para su pariente lejano Edward...

Se quedó mirando más allá de la pista del torneo con los párpados entornados y la boca fruncida.

—Joven, ¿sabrías decirme quién es ese de a caballo?

Blaylock volvió la cabeza. Al otro lado de la pista, por detrás de los espectadores, pasaban dos jinetes. El de delante era uno de sobreveste negra, a lomos de un alazán de gualdrapas negras. Portaba lanza y se cubría con un almete de pico de gorrión, adornado con penacho de plumas negras.

Al primer vistazo, por ese color, supuso que sería uno que acudía al torneo. Pero no. Justo las plumas lo desdecían, porque en los torneos funerarios era preceptivo despojar a los yelmos de penachos o cimera. Y del borrén de su silla colgaba un escudo triangular de fondo leonado, cruzado por barra[3] negra. Un escudo enlutado.

Observó con ojos achicados para protegerlos del sol. Ese jinete enlutado y el que con él iba cabalgaban despacio, indiferentes a lo que pudiera estar ocurriendo en el torneo. Al revés que los espectadores, que ni se habían dado cuenta del paso a sus espaldas de esos dos, absortos como estaban en los choques.

Y el que cabalgaba junto al enlutado era nada menos que Gome Caldera, el hombre de confianza del maestro Gamboa. Caldera, del que decían que había abandonado el real al día siguiente del altercado entre su ahijada María y Aznar Téllez. Algo que había desatado una tormenta de rumores y suposiciones. Y hete aquí que regresaba dando escolta a un extraño jinete de rostro cubierto y escudo enlutado.

—No sé quién puede ser, *fir*. Pero me parece que no viene al torneo.

El añoso De la More se ajustó el cinto de armas con sonrisa aviesa.

—Te preguntaba por su identidad. Qué le trae aquí te lo puedo yo decir aun sin conocerle de nada. Fíjate en cómo cabalga. No mira ni a izquierda ni a derecha. Observa las armas que porta. Ese no viene al torneo, no. Pero tampoco a la cruzada. Ese es un vengador, joven. Sangre es lo que viene buscando.

# BASTIDA

*Máquina de guerra con forma de torre. Las había de distintos tipos. Unas eran castillos fijos, de madera y cueros, que servían como una suerte de contrafortificaciones durante los asedios. Otras eran móviles, con ruedas, y se usaban tanto para situar en lo alto a ballesteros y batir las almenas como para arrimirlas a las murallas y asaltar los paramentos.*

Soplaba esa noche un viento huracanado que hacía estallar a las hogueras en lluvias de pavesas. Las ráfagas avivaban los incendios. Los hombres corrían a través de remolinos de chispas. Se gritaban por encima del rugir del aire. Chocaban armas entre clangor y centellas.

Blaylock era uno de tantos que había acudido al combate a medio vestir, casi a ciegas y sin una idea clara de qué estaba ocurriendo. Se desplazaba al resplandor de las llamaradas con su escudo de estrellas blancas sobre azul y el martillo de armas, muy consciente de ir a cuerpo descubierto. Gracias que había tenido tiempo de calar el bacinete antes de salir en pos de sus compañeros. Porque los cruzados escoceses eran de los que ahora peleaban a la luz del incendio, cruzando golpes con enemigos de cascos apuntados y turbantes.

Ardían tiendas y cobertizos, ardían los carromatos, ardían las pilas de materiales. La gran torre de asalto estaba en llamas. El griterío y el chocar de armas ensordecían, aturdían.

La guarnición de Teba había hecho una salida con éxito notable. Divididos en grupos pequeños, habían logrado escabullirse por entre las patrullas y los escuchas. Y eso que don Pedro Fernández de Castro, «el de la guerra», había mandado toda clase de precauciones e incluso había encomendado a su mayordomo, Montenegro, la guarda de la bastida.

Un enemigo sin casco y greñado surgió de la oscuridad para arremeter aullando contra Blaylock. Este esquivó a duras penas el golpe de cimitarra, hurtando el cuerpo y echando atrás la cabeza. Ni siquiera tuvo ocasión de responder con su martillo porque el otro siguió su carrera ululando, entre revuelo de rizos. Se le ocurrió al escocés que esos moros luchaban igual a pie que a caballo, tajando y acuchillando al paso.

Buscaba con miradas rápidas a sus paisanos. Su almofalla estaba no lejos de la bastida y todos ellos habían acudido al reclamo del incendio, los gritos y el entrechocar de armas. Medio desnudos, con escudos y aceros. Distinguía a veces a alguno de manera fugaz entre el tumulto y la agitación de sombras y luces. Luego los perdía de vista.

El castillo de madera ardía en toda su altura. Los incursores nocturnos habían logrado su objetivo. En alas de ese viento, el fuego subía rugiente por la armazón de madera. Era ya una atalaya de llamas que alumbraba en redor con rojo agitado.

Y un grito repetido se estaba imponiendo sobre la algarabía.

«¡Han matado a Montenegro! ¡Han matado a Montenegro!».

Eso era lo que voceaban. De boca en boca hasta convertirse en clamor.

«¡Han matado a Montenegro!».

El olor a quemado le llenaba los pulmones. La bilis le subió por la garganta. Viento huracanado, fuego, hierros. Noche de desastre. La bastida en llamas, muchos muertos. Y entre ellos también Lope Núñez de Montenegro, mayordomo de Pedro Fernández de Castro.

Otra ráfaga avivó todavía más el fuego de la torre. Saltaron llamaradas enormes. Volaban nubes de chispas y envolvían a los que combatían cerca. Sin duda que Montenegro había muerto ahí mismo, al pie de la máquina de guerra, tratando de protegerla con su propia vida.

Nuevos golpes de aire, más llamas, continuos estallidos de chispas. Al resplandor avivado descubrió a *fir* Alan Cathcart trabado en lucha furiosa contra dos moros. Corrió en su ayuda. Como de la nada surgió un enemigo de casco apuntado, envuelto en turbante, y una espada recta. Un benimerín. En esta ocasión, el escocés no intentó esquivar, sino que siguió su carrera para entrar al cuerpo a cuerpo.

Bloqueó la estocada enemiga con el escudo. Le abrió la guardia con el borde de este al tiempo que replicaba con martillazo de arriba abajo. El escocés era más alto y el benimerín, pillado por sorpresa, no alcanzó a bloquear con su adarga. El pico del martillo atravesó el casco del africano con resonar de yunque.

Espada jineta y adarga cayeron de manos yertas. La hoja de acero tintineó contra las piedras sueltas. Blaylock dejó que el cuerpo se fuera al suelo sin soltar su martillo, que se había trabado en el yelmo y el cráneo del enemigo.

Estaba tratando de liberarlo cuando un nuevo oponente brotó de la negrura, como un demonio en los hornos del infierno. Blaylock llegó a ver de soslayo un manto que ondeaba y un casco de damasquinados envuelto en turbante verde. Un adalid. Inclinado como estaba, con el arma bloqueada, no tuvo ocasión de defenderse.

Aunque no del todo. No consiguió detener al filo enemigo con el escudo pero sí desviarlo. Recibió el golpe de plano y el bacinete le salvó la cabeza. Pero aun así el tajo le mandó aturdido al suelo.

El bereber se arrojó contra él ululando, con la espada punta abajo para rematarlo en el suelo. A pesar de que todo le daba vueltas, el escocés consiguió girar panza

arriba, pararlo con los dos pies juntos y rechazarlo hacia atrás.

Una nube de chispas los envolvió. El bereber volteó la hoja. Blaylock se arrastró hacia atrás, intuyendo que iba a despearle a tajos. Pero el otro no llegó a descargar golpe alguno.

Sombra entre las sombras, una figura de negro emergió en la penumbra para alancear por detrás al zenete. Un demonio de la noche, con almete con pico de gorrión y plumas negras, que clavó su partesana en las corvas del africano. Malherido, el adalid bereber quiso girarse para hacer frente al nuevo enemigo. Le falló la pierna, dobló la rodilla y el de negro le clavó su partesana en la garganta.

El benimerín se derrumbó de bruces. Pero antes de que su boca tocara el polvo ya el de negro había desaparecido entre la agitación de llamas y sombras. Ni se paró a constatar si lo había matado.

Blaylock se sentó. Veía doble y borroso. Tanteó con torpeza en busca de su martillo de armas. Alguien le alzó del brazo.

—¡Arriba, hombre!

A pesar de los ojos desenfocados, reconoció a ese gigante, más alto todavía que él. Abarca, el navarro. Suerte que no era otro enemigo. ¿Estaría con el de negro? Tal vez, porque no bien le incorporó salió a la carrera en pos de él. Y a sus talones Juan de Beaumont, que era primo suyo.

A falta de martillo, se inclinó a recoger la espada del bereber que él mismo había matado. Casi cayó de rodillas, de lo mareado que estaba.

«¡Han matado a Montenegro! ¡Han matado a Montenegro!».

El grito resonaba como un redoble de tambor en su cabeza. No estaba en condiciones de combatir. Tampoco parecía necesario. Todo estaba en llamas: toldos, depósitos de madera, cuerda, brea. Llamas, oscuridad, humareda. La torre de madera era una mano de fuego contra los cielos nocturnos. A su resplandor, el campo se mostraba lleno de muertos. Y los moros se retiraban ya entre gritos, cánticos feroces y blandir de armas.

Tosió por culpa del humo. ¿Para qué seguir ahí? Habían incendiado la bastida, habían matado a Montenegro, habían acabado con no pocos artesanos. ¿Qué iban a ganar quedándose que no fuera morir con ellos a su vez?

Con la espada jineta en la diestra, se arrancó con la zurda el bacinete hendido. Al pasar la palma por el rostro lo notó empapado en sudor propio y sangre ajena. Echó una mirada ida a su alrededor. Se había quedado solo a la luz de los fuegos, entre muertos y armas caídas. En medio de su confusión mental, se dijo que tenía que dar las gracias al de negro por haberle salvado la vida.

Pero eso mejor mañana. Mañana. Ahora lo mejor era irse. Ponerse a salvo y descansar. Que alguien le viese ese golpe en la cabeza.

## GATAS, CAVAS Y ALBARRANAS

*Las gatas eran las coberturas móviles, de cueros sobre bastidor, bajo las que se protegían los hombres cuando abrían cavas en los asedios. Las cavas eran fosos o zanjias: trincheras que se abrían para aislar o minar a las murallas enemigas. Albarrana era el nombre de las tapias que se levantaban para proteger a los sitiadores en sus labores de asedio.*

—Fue un buen golpe. Me rajó de tal manera el bacinete que me lo dejó inservible. Se lo he vendido por nada a un herrero. Suerte que el tajo fue en ángulo y, aunque lo partió, resbaló sobre el almófar.

—Has tenido suerte. Busca otro casco lo antes posible.

—Ya lo he hecho. He conseguido un capacete de alas caídas a buen precio.

—¿Un...? —Kenneth de la More frunció la nariz disgustado—. ¿Qué pretendes, joven? ¿Que te tomen por inglés?

Blaylock sonrió.

—Estamos lejos de casa, *fir*. Y ese tipo de casco es una bendición en estas tierras. El ala protege del sol.

—Ahí tengo que darte la razón. —Echó una ojeada en dirección a las torres de Teba—. ¿Seguro que ese de anoche era el caudillo de los jinetes que mataron a *fir* James y capturaron el relicario?

—Está confirmado. Son varios los que le vieron aquel día en el combate y esta mañana han reconocido el cadáver.

—¿Qué han hecho con él?

—Que yo sepa, nada. Parece que por aquí respetan bastante a los cadáveres de los enemigos muertos. Al fin y al cabo, mañana pueden ser ellos los muertos y todo el mundo quiere que le den sepultura decente.

El noble echó una mirada de soslayo al joven, que parecía disfrutar del día, quizás porque había estado a punto de perecer la noche pasada. Muy alto, barba frondosa y clara. Ceñía espada que debía de ser botín de la escaramuza. Y se tocaba con un bonete azul de pluma blanca, sin duda adquirido a la par que el capacete.

—Resumiendo. Que ese misterioso enlutado vengó anoche la muerte de *fir* James.

—Y de paso me salvó la vida.

—Que tampoco es poco, sobre todo para ti. ¿Qué se sabe de él?

—Nada, fuera de que se aloja en la almofalla de Gamboa. Se rumorea que está formando hueste, porque ha reclutado a dos de a caballo que estaban con los navarros de Guillermo Ximénez.

De la More asintió muy despacio. Se volvió para, con los brazos en jarras, contemplar de nuevo la ciudadela de Teba, allá en el cerro de enfrente.

—Ya te dije que era un vengador, que ha venido buscando sangre. Y no ha podido entrar mejor. Al matar a ese caudillo benimerín, ha suavizado un poco el desastre de anoche.

Asintió Blaylock. Sí. Esa muerte era un poco de bálsamo en una llaga que supuraba. La noche no podía haber sido más funesta. La bastida incendiada. Muchas bajas, entre ellas la de Montenegro. El buen nombre de su señor, Pedro Fernández de Castro, en entredicho, pues a este había encomendado el rey de Castilla el asedio y por tanto la protección de esa torre de asalto en la que tantas esperanzas había puesto.

Justo hacia esos restos humeantes estaba vuelto el propio don Alfonso. Se encontraban en una loma, con buenas vistas de la fortaleza y de las labores de sitio. Le rodeaban ballesteros de maza, alguaciles, monteros, oficiales mayores, adalides de las huestes. Siendo como era, no había podido por menos que acudir escoltado por muchos de sus pendones. Sobre las cabezas de su séquito ondeaban grandes enseñas, unas de castillos y leones, otras blancas de cruces negras. Una enorme con una Virgen bordada y otra con tres calderos, ambas privativas del soberano. Era imposible que los de dentro, a la vista de todas aquellas señas que flameaban, no supieran que desde allí les observaba el propio rey de Castilla.

Pero don Alfonso no tenía ojos más que para las obras. Los peones abrían cavas a cubierto de gatas mientras los ballesteros, tras paveses hincados en el suelo, disparaban sus armas. Y los ingenios lanzaban proyectiles sin tregua. Habían dispuesto tres cabrillas en batería y los bolaños impactaban contra los muros con estruendo sordo. Pero esas murallas eran poderosas. De roca dura, torres sólidas y ángulos bien calculados. El martilleo de semanas todavía no había conseguido abrir brecha.

A veces la mirada del rey se iba a la estructura alta de vigas carbonizadas. Cuando eso ocurría, su ira casi se podía palpar. Le rodeaba de la misma forma que el aura dorada rodea a un santo.

Llegó un paje y, con el bonete en la mano, se dirigió al rey. Este, no bien oyó dos frases, se volvió para darle una respuesta seca. El paje se marchó. Los dos escoceses cambiaron entre ellos una mirada. ¿Qué había distraído al rey al punto de hacerle girarse?

Regresó el paje, abriendo camino a una figura inconfundible. Una de ropajes negros y almete de visera en pico de gorrión, con una partesana en la mano. La misma con la que la noche antes había matado a un adalid benimerín.

El rey se volvió de nuevo y lo reclamó con un gesto de la mano. Con otro ademán

indicó a sus guardas que le dejasen acercarse con la partesana. Y mientras el de negro salvaba esos pasos, los allí presentes, hasta entonces dispersos, comenzaron a aproximarse como limaduras de hierro atraídas por un imán. Los dos escoceses no fueron excepción.

El de negro había apoyado la contera del arma en el suelo para doblar una rodilla ante el rey. A una orden de este se puso luego en pie.

—... Vienes a mí de esta guisa, a rostro cubierto. Más vale que tengas una buena razón para ello.

Eso fue lo primero que oyó Blaylock. El rey no parecía molesto y sí intrigado. No le extrañó al escocés, que sabía de los gustos caballerescos del soberano. El visitante no se arredró. Asintió despacio, apoyado en su arma. Las plumas negras del casco ondearon. No era demasiado alto. Tal vez lucía esas plumas airosas para disimular ese hecho. Era de movimientos flexibles y algo en él delataba juventud. Cosa que no podía saberse por su voz, distorsionada por la visera del almete.

Esa visera era peculiar. Calada y no de rejilla. Un diseño nada común. Pero ya estaba respondiendo.

—Tengo esas buenas razones, alteza.

—Vamos a oírlas.

—Mi nombre es Jufre Vega. Soy pariente de Henrique Gamboa el Viejo, hasta hace poco maestro de ingenios en tu ejército. Llevamos la misma sangre.

»Hace unos días, un adalid de pendón partido infamó a Gamboa y por extensión a los de su linaje. Puso su valía y fidelidad en entredicho, sin respetar siquiera la memoria de los muertos.

—Estoy al tanto del incidente.

—Entonces sabrás también que la hija de Henrique hizo frente a ese baladrón. Que ante testigos se cubrió con velo y se declaró de luto. Juró no descubrir la cara ni quitarse el luto hasta que la ofensa esté vengada.

Don Alfonso puso un pie sobre una roca.

—Sigue.

—Por desgracia, Gamboa el Viejo no tiene hijos varones que puedan lavar su honor. Tenía dos, pero ambos murieron en guerra. Uno de ellos cayó al lado de vuestros tíos, los infantes don Juan y don Pedro, en el desastre de la Vega. El propio Gamboa no puede defenderse porque está postrado, aparte de que no se vale bien del brazo derecho. Le quedó medio inválido de una herida que sufrió en el asedio de Alcaudete, donde estuvo sirviendo a tu padre.

—Todo eso ya lo sé.

La voz de don Alfonso ahora había sido áspera, como si recelase de que el otro le estuviera reprochando algo. Pero el enlutado ni se inmutó.

—He venido a lavar el honor de los míos. Ya que mi pariente María se puso luto y velo, yo he hecho lo mismo. He jurado sobre la cruz guardar luto en ropa y escudo, y ocultar el rostro hasta haber vengado las injurias proferidas por Aznar Téllez. Por eso

me presento ante ti tapado.

—No seré yo quien pretenda que se rompa una promesa hecha sobre sagrado. Y menos si es por una causa como la que cuentas.

Apeó el pie de la roca.

—Pero eres de buen cuerpo, amigo. Y de lo ocurrido anoche se desprende que eres bueno con las armas. ¿Cómo es que no estabas con nosotros en la cruzada?

—Causas ajenas a mi voluntad me mantienen apartado del servicio de las armas. De no ser así, juro que aquí hubiera estado desde el primer día, en primera línea.

—Ya. ¿Y a qué vienes? ¿A retar a Téllez?

—Sí, alteza.

—¿No sabes que tengo prohibidos los duelos hasta que conquistemos Teba?

—Sí. Por eso acudo a ti. Te pido tu venia porque la ofensa fue grande. Más estando Gamboa yacente y sin familiares que le pudieran valer.

—Tu causa es loable. Pero no haré excepciones.

Le dio la espalda para contemplar de nuevo el campo de asedio. Aquel esqueleto de torre humeante. Las fosas y las cavas. Las manos de ballesteros. Los defensores que hormigueaban por los paramentos, el ondear de estandartes rojos y verdes en las torres de Teba. Hasta ellos llegaba el clamor confuso del combate. Un rumor que iba y venía como el oleaje.

—No. No haré excepciones. Pero, ya que se trata de una cuestión de honor y puesto que anoche me prestaste un buen servicio, te voy a dar mis razones.

Observó cómo una bola incendiaria pasaba echando fuego y humo negro para estrellarse contra una de las torres cuadradas.

—Esto es una cruzada. En mi real hay hombres de muchas naciones cristianas. Han venido hombres de armas de todas las coronas de España. Milicias de todos mis reinos. Ricoshombres y señores. Órdenes militares. Cruzados de Francia, Alemania, Inglaterra, Flandes, Borgoña, Escocia... Una simple disputa entre dos hombres podría ser tan peligrosa como una chispa en un pajar.

»Cualquier altercado podría extenderse como un incendio y acabar provocando enemistades entre muchos. Hacer que huestes enteras abandonasen la cruzada. Ya ocurrió en el pasado y no pienso consentirlo. Por eso, aunque aplaudo tus razones, no permitiré ese duelo.

Un silencio largo. Vega permanecía inmóvil, partesana en mano, con las plumas negras del yelmo ondeando. El rey, de espaldas, observaba el asedio.

—Alteza, con tu venia. Aguardaré. Pero ya que el honor de Gamboa el Viejo está en entredicho por la muerte de los escoceses y la pérdida del relicario, te pido una merced. Dame permiso para levantar una hueste a mis expensas y unirme al asedio.

El rey le respondió por encima del hombro, señal de que la audiencia estaba terminada.

—Hazlo en buena hora.



## ESPADА JINETА

*Espada de una sola mano, de hoja recta, con dos filos y caras acanaladas para hacerla más ligera. Sus arriaces o guardas eran en forma de U y el pomo solía ser esférico u ovoide. Fue introducida en España por los zenetes, adoptada de ellos por los nazaríes de Granada y de ahí pasó a los cristianos.*

—Te pido disculpas, señora, por presentarme en tu tienda de esta guisa.

Esa fue la expresión que usó un Blaylock con cada vez mayor soltura en el castellano de frontera. Y la excusa la formuló a santo de haber acudido a la carpa de María Henríquez casi como si volviese de un combate, con jubón de cuero y algo polvoriento de las cabalgadas.

—¿Disculpas? No, señor. No tienes que pedir perdón por tu atuendo. Eres hombre de armas y esto es un asedio. Me parecería mal lo contrario. Me disgusta ver a hombres junto a las cavas vestidos como si fueran a dar un paseo por los patios del alcázar de Sevilla. Si salen los moros como la otra noche, ¿qué contragolpe van a dar así vestidos?

—Tienes razón, señora.

—Cúbrete, por favor.

En respuesta a esa invitación, el visitante se tocó con el bonete azul de pluma blanca. Al menos había podido sustituir la cofia de armas por ese gorro. Porque lo cierto era que no tenía otra ropa que ponerse y no podía dejar de sentirse azarado al reparar en la riqueza del atuendo de la anfitriona. Vestido negro con brocados y el pelo negro recogido con agujas. Sin velo pese al juramento, que después de todo había sido hecho respecto a mostrarse en público y no había dicho nada de en privado.

En todo caso, había un gran contraste entre sus ropajes y el hierro y cuero del escocés. Aunque no se había sorprendido este de eso. Ya conocía de sobra hasta qué punto los castellanos gustaban del boato. Una inclinación que les llevaba a gastar todo lo que tenían en ropas, armas, ornatos.

Escatimaban, a cambio, en mobiliario y comodidades. Era como si viviesen de cara al exterior, pura fachada. Y María Henríquez no era la excepción. Su tienda estaba amueblada sin lujos. Arcones que hacían también las veces de mesas, asientos de viaje, lámparas de barro, vajilla de madera. Ni camas se veían, así que ella y sus

criadas debían de dormir en yacijas desmontables.

El único detalle lujoso ahí era un instrumento de cuerda. Uno muy hermoso, de caja panzuda, que colgaba de uno de los postes.

—Juana, no te quedes ahí parada. Vino, mujer.

La vieja se incorporó de su asiento para servirles tinto en dos tazones de madera. La anfitriona alzó el suyo.

—A tu salud, señor. Que el Señor te dé honores y te mantenga salvo.

—A la tuya, señora. Por la recuperación de tu padre y la reparación de las ofensas.

Un relámpago pasó por los ojos oscuros de María. Chocaron con formalidad los tazones antes de beber. Blaylock contuvo el impulso de chasquear la lengua, porque el vino era fuerte y de regusto áspero.

Ella le mostró un asiento, antes de recogerse el vuelo de la falda para ocupar otro vacío.

—Y bien, ¿qué se te ofrece, señor?

El visitante se tomó unos latidos antes de responder. Bebió un sorbo, sintiendo sobre los muslos el peso del envoltorio de tela de saco que había acarreado hasta esta tienda. Ella se mostraba cortés, pero trasmitía una sensación casi de hielo. Algo en su tono, en la forma en que le miraba y movía las manos, le causaba la impresión de estar sentado frente a un casi enemigo.

—Antes de nada, quisiera saber cómo está tu padre. Nos conocimos el día que fuimos a Teba, a negociar con su alcaide.

—Te agradezco el interés. Mejora poco a poco, a Dios gracias. Ya sabes que despertó, pero está paralizado y apenas se le entiende lo que habla. Sin embargo, nos asegura don Simuel Abenhuacar que mejorará con el tiempo.

—Me alegro. Tu padre es apreciado en el real.

—No por todos.

Esa respuesta afilada provocó un silencio. Blaylock dio otro sorbo a su tazón al tiempo que paseaba la mirada por la tienda. Olía a hierbas aromáticas ahí dentro. Volvió a reparar en el instrumento colgado del poste.

La anfitriona observaba a ese extranjero tan alto, de barbas tan rubias y manos grandes. No andaba él del todo descaminado al intuir hostilidad, porque no podía evitar ella un ramalazo de antipatía contra el visitante. Sentir que estaba ante uno de los responsables indirectos de la caída en desgracia de su padre. Si esos escoceses hubieran viajado a Tierra Santa con el corazón de su rey, como era su intención primera...

—Venía también a ver si podía hablar con Jufre Vega. Pensé que le encontraría aquí.

—Estuvo, pero se marchó hace un rato. Es un hombre de hábitos solitarios.

El escocés asintió. Puso los ojos en las motas de polvo que danzaban en un rayo de luz. Uno que se colaba por un resquicio entre dos costuras de las lonas de la tienda.

—Quería agradecerle que me salvase la vida anoche.

—Eres muy considerado. Descuida, se lo diré de tu parte.

—Hay algo más.

Blaylock dejó el tazón sobre un arcón próximo para tomar con las dos manos el envoltorio de arpillera que tenía sobre los muslos. Se incorporó cuan alto era. Y María vio asombrada que, de bajo las vueltas de esa tela basta, surgía una espada jineta. Una de factura magnífica, en vaina de cuero fino y pedrería.

—¿Pero qué nos traes, señor?

—Anoche, Vega mató al adalid de los jinetes benimerines refugiados en Teba. No solo me salvó la vida, sino que me hizo un favor. Lo último que quisiera es haber caído bajo las armas del mismo moro que causó la muerte de *fir* James.

»Esta era su espada. Yo mismo se la quité al cadáver. En buena ley, le pertenece a Jufre Vega como botín de guerra.

Ella se incorporó de forma tan brusca que casi sobresaltó al visitante. Dejó su tazón en el primer lugar que encontró, antes de tomar el arma que le tendían. Con ella en las dos manos, miró directo a los ojos claros del otro.

Se asombró él de la fuerza de su mirada. Se asombró también de que luego bajase esos ojos oscuros al arma. De que desenvainase con lentitud. De que blandiese en alto esa espada de filos rectos y arriaces en forma de U. De que tendiera la hoja para cortar aquel rayo de luz que se colaba, para así observar los destellos de sol sobre el metal pulido.

—Excelente espada, señor. Digna de un gran adalid.

La envainó igual de despacio. Volvió a mirar a los ojos del visitante. Se permitió una sonrisa altiva.

—¿Te sorprende que sepa de espadas, señor? Soy una mujer de frontera. Pero tú no sabes, claro, qué significa criarse en la frontera.

Él recogió su cuenco de vino. Sonrió con amabilidad por encima del borde.

—Yo también nací en la frontera, señora. En *mi* frontera. La de Escocia con Inglaterra. —Bebió—. Tienes razón, no sé qué significa criarse en tu frontera. Pero sí sé lo que significa hacerlo en la mía. Cosa que a tu vez tú no sabes.

Ella se echó un poco para atrás.

—Por supuesto, señor. No era mi intención ofenderte.

—No lo has hecho.

—Juana. Más vino, mujer. —Le mostró la espada—. Este es un presente grande. Eres muy generoso. No sé cómo vamos a corresponderte.

—No tenéis que hacerlo, ni tú ni Vega ni nadie. Es de Vega por la ley de la guerra. Me salvó la vida, acabó con el responsable directo de la muerte de mis compañeros. ¿Qué menos que traerle lo que es suyo?

—Eres un hombre honorable.

—Procuro hacer lo que debo. Eso es todo.

Ahora fue Blaylock quien brindó, esta vez con un simple alzar de tazón.

—Pero, si crees que debes corresponderme, te pediría que intercedieras cerca de

Vega. Porque me trae un tercer motivo. Esta mañana oí cómo obtenía permiso del rey para levantar una hueste de a caballo. Quisiera unirme a ella.

Ella, espada en zurda y cuenco en diestra, lo miró una vez más, directo a los ojos.

—¿Por qué? Tú ya estás con los cruzados escoceses.

—Sí. Pero ellos tienen ahora que reservarse. Su primer deber es el de custodiar los restos de *fir* James, y los del relicario cuando lo recuperemos, en el regreso a Escocia. No participarán en más combates, a no ser que se vean abocados a ello, como pasó anoche.

—¿Acaso tú no compartes esa obligación?

—Yo era pariente y deudo de *fir* James. Uno de sus escuderos, diríais aquí. Debí haber muerto a su lado, pero las fiebres me tenían en cama. Mi honor está también en juego y *fir* Kenneth de la More ha intercedido por mí. Es... vosotros diríais que es el decano de nuestra cuadrilla. Ha conseguido que el consejo de caballeros me dé licencia para buscar de forma activa el relicario. Por eso quiero unirme a Vega.

Ella se llevó el tazón a los labios. Pero en lugar de beber se mordisqueó el pulgar, como pensando.

—Uno más de a caballo nos vendría bien. Sí. Muy bien. La hueste de Vega ha de ser de bandera y no de pendón partido como la de ese malhechor de Téllez.

Blaylock sonrió.

—Me alegro de que pienses que puedo ser útil, señora, aunque sea para hacer bulto.

Ella se sonrojó ante la sonrisa del otro.

—Disculpa. No quería decir eso. Tu valor y tu pericia con las armas quedaron acreditados de sobra anoche. Y el gesto que acabas de tener muestra que eres un hombre honorable. Si tu deseo es unirme a la hueste, dalo por hecho.

—Es mejor que antes hables con Vega.

—Soy yo la que paga la manutención de la hueste. Algo tendré que decir, ¿no? En todo caso, te aseguro que Vega no pondrá ninguna objeción.

Fue a descolgar aquel instrumento de cuerda panzudo que colgaba de un clavo en un poste para poner en su lugar la espada.

—Vi cómo la mirabas antes. ¿Sabes qué es?

—Una guitarra morisca. Ya he visto que se toca mucho por aquí.

—Es popular entre los hombres de armas, sí. Un hidalgo frontero no lo es de verdad si no sabe de música y poesía tanto como de hierros y caballos. ¿Sabes tú tocar, señor?

Sonreía de nuevo con frialdad. En respuesta, Blaylock le mostró otra sonrisa amable. Ya se iba acomodando al carácter al parecer algo espinoso de la anfitriona.

—¿Tocar? Nací con un laúd en las manos, señora.

—Una afirmación altanera. Y una guitarra morisca no es un laúd.

—No creo que me costase mucho dominar sus cuerdas. Allá en mi frontera también sabemos tanto de música como de guerra.

Ella, la guitarra en una mano y la espada en la otra, volvió a sonreír.

—En esta frontera, afirmaciones como esas hay que demostrarlas.

—También en aquella. Cuando gustes. Quedo a tu disposición para cuando lo estimes más conveniente.

## LOS VOLUNTARIOS DE LA FE

*El reino nazarí de Granada, enfrentado a reinos que ya eran mucho más extensos y poblados (y eso incluía no solo a los cristianos de España, sino a veces también a estados musulmanes de África, pues las alianzas eran inestables) se veía obligado a movilizar ejércitos enormes para las dimensiones de su territorio. Una fuerza de choque, muy numerosa, hecha de zenetes, eran los llamados voluntarios de la fe. Estos hombres, réplica de los cruzados cristianos, a caballo entre el mercenario y el fanático religioso, fueron un contingente muy importante del ejército granadino, aunque su lealtad podía estar más de parte del sultán benimerín que del rey granadino. De hecho, participaron en ocasiones en luchas de poder internas. Estaban comandados por el caudillo de los voluntarios de la fe o, en su idioma, saydy al guza.*

Lo que Aznar Téllez vio en el lugar convenido fue a un anciano sentado en mitad de la noche. La cita era al sur del Guadalteba, cerca del río pero a resguardo de posibles miradas gracias a una chopera y a los relieves del terreno. Un viejo, sí. Cruzado de piernas sobre una manta y al amor de una lumbre, con un ajedrez delante y un tazón a mano. Abu Said Utman ben Abi il-Ula, general benimerín al que los cristianos llamaban Ozmín.

Téllez entró en la luz a pie, con el caballo de las riendas. Ya el sonido de cascos debía de haber avisado al anciano. Sobre todo porque esa noche el viento estaba en calma. Pero el viejo no levantó la cabeza ni dio muestras de haber oído nada. Envuelto en manto blanco, tocado con turbante verde, bebía con parsimonia *qahwa*<sup>[4]</sup>, esa infusión negra a la que tanto se había aficionado en los últimos tiempos. Tenía los ojos puestos en una partida de ajedrez ya empezada.

Se llevó el tazón a los labios. Movi6 un pe6n.

—Ven. Ven al fuego, que la noche est6 fría. Te puedo ofrecer *qahwa* caliente.

Había hablado en dialecto zenete. Su visitante at6 su montura a un matorral, antes de arrimarse a la fogata. Se retir6 la capellina de malla y ech6 una ojeada a su

alrededor. Todo estaba quieto y ni una hoja se movía. Pero seguro que por ahí próximos, a solo unos pasos, estaban los guardas de Ozmín, bien atentos al menor de sus gestos.

—Se agradece el calor del fuego en una noche así. En cuanto al *qahwa*, prefiero abstenerme, gracias.

—Nunca me lo aceptas. No tendrás miedo de que eche en él un bebedizo y ate así tu voluntad a la mía, ¿verdad?

—No, *saydy*. Mi voluntad está atada a ti por lo que me has pagado y por lo que sabes sobre mí. Es solo que no me gusta el sabor del *qahwa*.

—Sabor, sabor... no es cuestión de paladar, hombre. A mí me gusta tanto como el manjar más fino. Pero hay algo más que eso. El *qahwa* me da vida. Me ayuda a estar tan activo como cuando tenía muchos menos años.

—Entonces, cuando llegue a tu edad me lo plantearé. Entretanto prefiero rehusar, si no te parece descortesía.

—Toma asiento.

Téllez se desciñó despacio el cinto de armas. Había una manta dispuesta en ángulo recto con la del anciano, a su mano izquierda. Se sentó con las piernas cruzadas y aguardó. Crepitaba la hoguera y cantaban los grillos en la oscuridad. El viejo contemplaba la partida.

Había algo irreal en toda esa situación. El veterano general a solas en plena noche, muy cerca de la margen sur del Guadalteba. ¿A qué esa extravagancia? Ozmín era ya muy anciano. Tal vez esta fuese tan solo una de esas manías propias de su edad. O tal vez no. Ese hombre llevaba la guerra y la intriga en la sangre. Se había dedicado en cuerpo y alma a ellas desde hacía décadas, y era un maestro a la hora de manejar todos los recursos. Y eso incluía a las situaciones. Ya tenía en cuenta eso el cristiano, que no estaba dispuesto a dejarse impresionar por toda esa escena nocturna.

A su vez, el bereber conocía de sobra a ese castellano de ojos verdes y rencores acumulados. Había prestado buenos servicios cuando era mercenario del rey de Tremecén, espionando para los benimerines. Una jugada que ahora se repetía en el cerco de Teba, con resultados igual de sustanciosos.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó sin alzar la cabeza.

Téllez contuvo el gesto de llevar la mano a la herida que le surcaba el rostro, medio oculta por la barba.

—Una disputa.

—¿No había prohibido don Alfonso toda pendencia entre cruzados?

—Esto fue un altercado de borrachos que acabó con un poco de juego de hierros.

—Ay, el vino... —Abarcó con la mano el tablero—. Mueve.

Téllez observó adusto la disposición de las piezas.

—¿Esta es tu idea de una partida justa? Está ya empezada y has tenido tiempo de estudiar todos los posibles movimientos.

—He hecho más que eso. He estado jugando contra mí mismo, poniéndome en el

lugar de ambos jugadores. Cuando guerreas, es útil meterse en la piel del enemigo y preguntarte qué harías de estar en su lugar. Eso ayuda a prever no solo sus acciones, sino también las posibles consecuencias de las tuyas propias.

—Razón de más. No será una partida justa.

—Tampoco he dicho que lo fuese. En eso consiste la guerra. En lograr que la guerra sea como una partida desigual... desigual a tu propio favor, claro. Mueve.

Aznar Téllez desplazó una torre negra sin rechistar. Ozmín movió otro peón blanco, antes de despegar los labios.

—Ya que hablamos de guerra... ¿qué noticias me traes?

—Los de Teba hicieron una salida nocturna contra la bastida que estábamos armando en la cara norte. Fue todo un éxito.

—Eso ya lo sé, hombre. Las llamas se veían a leguas de distancia. Cuéntame algo que yo no sepa.

—La torre ha quedado inservible. Es un montón de maderos carbonizados. Tendrían que empezar de nuevo y los de dentro mataron a no pocos artesanos. Así que a la premura en tiempo se le uniría la escasez de carpinteros. Supongo que descartarán el levantar otra nueva.

—Esas sí que son buenas noticias.

—También te agradecerá saber que en la escaramuza murió Lope Núñez de Montenegro.

—¿Ese no era la mano derecha de Castro, el conde gallego?

—El mismo. Su mayordomo. Era él quien dirigía las labores de asedio en la práctica. Su señor le había encomendado la protección de la bastida en construcción.

—Defendiéndola murió. Que Dios le premie.

Bebió otro sorbo de brebaje negro.

—¿Y cuáles son las malas noticias?

Ahora fue Téllez el que movió una de sus piezas, antes de preguntar con cautela.

—¿Por qué supones que las hay?

—Si te lo explicase, sabrías tanto como yo. Pero el caso es que hay también malas noticias, ¿no es cierto? Pues dámelas.

—En la salida nocturna cayó uno de tus adalides. El que dirigió a los jinetes que mataron al conde escocés.

—¿Aslam al Ghabra? ¿Muerto?

—Encabezó la salida. Consiguió con creces sus objetivos, pero él lo pagó con la vida.

—Que Dios le premie también. Era un hombre valiente aunque temerario. Y los temerarios no suelen llegar a viejos. En todo caso, su muerte no fue en vano.

Téllez movió un peón negro.

—No, *saydy*. Y tengo otras nuevas que te agradecerán más. Los ánimos están muy bajos en el campo cruzado. La resistencia de Teba, el acoso de tus jinetes, la muerte del conde escocés, la pérdida del relicario... todo eso ha hecho mella. Y ahora se le ha



sumado la quema de la torre de asalto, lo que supone la frustración de los planes que tenía don Alfonso.

—Todo eso está muy bien. ¿Pero tantas pequeñas victorias sumadas han tenido alguna consecuencia real?

—Juzga tú mismo. Don Alfonso tuvo hoy una entrevista con el maestre de la Orden de Cristo. Una plática a cara de perro. Los de Cristo desean retirarse y el rey ha llegado a ofrecerles oro para que no lo hagan.

—¿Qué ocurre? ¿Han surgido disensiones entre castellanos y portugueses?

—No es eso. Pero la Orden de Cristo había apalabrado su presencia en la cruzada por un mes. Ese periodo es el que les pagó de sus propias arcas don Dionis de Portugal. El mes ha pasado y los de Cristo no están por la labor de seguir en el asedio.

»Creo que no ven claro que toda esta campaña llegue a buen término. No se trata de los gastos, porque ya te digo que el rey don Alfonso les ha ofrecido oro y el maestre ha rehusado. No están a gusto en esta campaña.

»Son quinientas lanzas, *saydy*. Quinientas, y no lanzas cualesquiera. Caballeros y pardos. Veteranos bien armados y aguerridos. Muchos de ellos antiguos templarios.

—Esa sí que es una buena nueva. —Se pasó la mano por las barbas—. ¿Cuál es la mala que lleva aparejada?

Téllez rompió a reír en esta ocasión.

—¿Cómo eres, *saydy*! Bueno, los ánimos de los cruzados estarán por los suelos, pero eso no va con don Alfonso. Cuantos más reveses sufre, más se encona. Está hecho un caldero de ira. Ya que no hay tiempo para construir más ingenios, ha ordenado a los que tenemos que aumenten la cadencia de tiro, y a los de a pie que estrechen el cerco...

—Ya, ya. No me extraña. Es hombre tiene alma de pedernal. Si lo acaricias, te raspas los dedos. Y si lo golpeas, solo consigues sacar chispas.

Desplazó un alfil.

—¿Qué hay del relicario?

—Sigue dentro. Ya te he dicho que han estrechado el cerco. Si los de dentro tratan de sacarlo, se arriesgan a que los cruzados los capturen y lo recuperen.

—Ese relicario tiene que salir de Teba, no importa el riesgo.

Se abstrajo en el tablero. Jugaron varios movimientos en el silencio de la noche. Habló por último Téllez, usando ahora el título en árabe del anciano general:

—*Saydy al guza*, ¿por qué es tan importante para ti ese relicario?

—El relicario en sí mismo no me importa nada.

—¿Entonces?

—En la guerra ocurre lo mismo que en el ajedrez. Cuando mueves una pieza provocas una cadena de acontecimientos cuyas consecuencias solo se hacen evidentes varias jugadas más tarde.

»Matar al conde escocés y quitarle el relicario fueron buenas jugadas. No solo fue un golpe a la moral de los cruzados, sino que nos sirvió también de cebo para don

Alfonso.

»Sí, amigo. Don Alfonso es un batallador, un conquistador dispuesto a vencer al precio que sea. Y eso se puede usar contra él. Su orgullo le escuece porque ha perdido el relicario. En su ira ya se ha vuelto contra servidores leales. Hay que conseguir que ese orgullo suyo le lleve a cometer más imprudencias. Por ejemplo, atacar en masa con sus tropas contra Teba.

Se acarició nuevamente la barba.

—El problema está en que mi plan solo se cumplió a medias. La caballería cruzada reaccionó con mayor rapidez de lo que yo había supuesto. Aslam tuvo que refugiarse en Teba. Y eso nos ha dejado a todos en una situación muy difícil.

»El relicario está en Teba. La tormentaria de don Alfonso machaca día y noche los muros. Mi jugada puede volverse contra mí, porque la presencia del relicario es un acicate para atacar con denuedo. ¿No lo ves? Es preciso que lo saquemos de ahí dentro. Así se aliviará la presión.

—*Saydy*, ¿es ese el único motivo por el que deseas el corazón?

—¿Cuál si no?

—Corren rumores por el real castellano. Se dice...

—Habla claro.

—Se dice que tienes a magos del desierto a tu servicio. Que harán magia con el corazón, porque fue el de un rey victorioso. Magia que te conseguirá la victoria.

—Magia, magia... Yo creo en Dios y confío en mi espada. Ese corazón de un rey muerto me servirá para encadenar al de otro vivo gracias al orgullo del segundo, no mediante ninguna hechicería.

Desplazó una torre. Sin darse cuenta, Aznar Téllez se paseó la yema de los dedos por la herida de la mejilla. Estudió unos instantes el tablero y resopló.

—Tú ganas, como casi siempre. Tengo que regresar a la orilla norte.

Asintió el bereber sin levantar la cabeza.

—Sí. Márchate. Tengo que pensar, replantear mi estrategia a partir de lo que me has contado.

—¿Mandas algo antes de que me vaya?

—Ya te haré llegar mis instrucciones. Pero entretanto quiero que hagas correr chismes por el real castellano. Hay que sembrar la duda, los recelos, la confusión.

—Eso dalo por hecho. Sé cómo hacerlo.

—Sé prudente. Muy prudente. Los rumores son armas poderosas. Un solo infundio en campamento enemigo puede ser más destructivo que un incendio.

—Pero los rumores son asimismo armas difíciles de manejar sin cortarse los dedos. Y no quiero recibir la noticia de que tus pedazos descuartizados cuelgan a la entrada del real. Te quiero vivo. Eres una pieza clave en mis planes.

# ALMOGÁVARES

*Tropa de infantería muy ligera, originaria de Cataluña. Los almogávares apenas usaban protecciones corporales, se tocaban con casquetes semiesféricos o simples redes metálicas. Sus armas eran la azcona, que era una lanza corta, y un cuchillo ancho y filoso llamado cotell —en castellano cortel—. Su efectividad fue tal y sus éxitos tantos que Alfonso X el Sabio creó en Castilla un cuerpo de almogávares, a imitación del original.*

Sin miramientos, el morisco al que todos llamaban Mahomed Dobra de Oro hacía rodar a puntapiés el cadáver enemigo. Bajaba este dando tumbos por entre rocas, matojos y troncos de fresno. Y ya por el camino, con su caballo ruano al trote, regresaba aquel hidalgo aragonés al que todos llamaban «el de Sangarrén». Con capellina y dardo en mano, trayendo a rastras a otro muerto al extremo de una cuerda.

Las monturas resoplaban y piafaban mientras ellos cabalgaban por entre los fresnos, con los ojos atentos y las armas prestas. Blaylock, desde lo alto de su bayo, dividía su atención entre esos dos y Jufre Vega, que les observaba, muy tieso sobre su alazán de gualdrapas negras. A la izquierda del adalid se mantenía en todo momento Gome Caldera, que era quien portaba la bandera negra de la hueste.

Esa bandera tan deseada por María Henríquez, posible gracias a que siete de a caballo seguían ya a Vega en sus correrías[5]. Hueste que acababa de librar su primer combate. En realidad, escaramuza. Una tan corta como sucia, sin hechos de armas de los que nadie pudiera vanagloriarse.

Más que escaramuza, emboscada tendida a unos moros de a caballo que habían tratado de sorprenderlos. La hueste había estado explorando hacia el noroeste toda la mañana. Había avistado algunas partidas de jinetes enemigos, pero, como de común acuerdo, todos habían evitado un choque armado. En esos terrenos, la lucha no se buscaba de frente, sino tratando de sacar ventaja, como ya estaba descubriendo el escocés.

Ventaja quiso sacar una cuadrilla de nazaríes que debieron de avistarles o encontrar las huellas de sus caballos, y pretendieron atraparlos por la espalda. Pero el de Sangarrén, que galopaba a la zaga del grupo, les vio de lejos mientras les seguían el

rastró. Una veintena de a caballo con seis o siete ballesteros que corrían agarrados a los borrenes de las sillas.

Los cazadores resultaron cazados en uno de los fresnedales que tanto abundaban al oeste de Teba. Los de la hueste negra solo tuvieron que describir un círculo al amparo de la arboleda para cargar de flanco contra los nazaritas, que cabalgaban fiados de tenerlos delante.

No se produjo ni choque. Cuando ellos se lanzaron al galope por entre los fresnos, el enemigo se desbandó. Dobra de Oro mató a un ballestero de un flechazo mientras los demás huían a la desbandada. Y el aragonés abatió a uno de los de a caballo con un dardo. A eso se redujo el amago de combate.

El ballestero muerto rodó desmadejado al pie de los caballos. Dobra de Oro sacó un virote del goldre<sup>[6]</sup> del muerto. El morisco era un hombre recio, un frontero hirsuto, renegrado y de largas greñas negras. Olisqueó la punta de forma ostentosa, antes de tendérselo a Gome Caldera, que se lo llevó a las narices. Hizo una de sus muecas.

—Envenenado.

El de Sangarrén soltó la cuerda. El muerto que venía arrastrando quedó en el polvo de la senda y él azuzó a su ruano para ponerlo a la par que el bayo de Blaylock.

—Virotos envenenados. Los ballesteros de las Alpujarras envenenan sus flechas. Son gente dura, muy sufrida. Me recuerdan a los de mi tierra.

Aquel hidalgo de cara ancha y manos grandes aludía con frecuencia a «su tierra». Por eso le llamaban el de Sangarrén, que era de donde venía. Según él mismo afirmaba, se había sumado a la cruzada del rey castellano por «deseo de hazañas» y no de ganancias. Y quizás porque era forastero se percataba más que otros de que el escocés Blaylock ignoraba datos que para los demás eran de manejo cotidiano.

—Las Alpujarras, amigo, son unas sierras en el corazón del reino de Granada. Si han bajado ballesteros de tan lejos y luego de tanto tiempo de asedio es que el rey Mahomet está dispuesto a conservar Teba al precio que sea.

El segundo ballestero, el otro de a pie, se colgó la ballesta a la espalda para tirar de cuchillo. Un cortel ancho y filoso, de aspecto atroz, que tal vez le había ganado ese sobrenombre suyo de Fierros. Ese era otro frontero, cristiano este e igual de duro y renegrado que el morisco. Un antiguo ballestero almogávar que se había alistado en busca de ganancias.

Le sacó el yelmo al granadino de a caballo muerto. Lo agarró por los pelos largos y aceitados, y de un tajo le abrió la garganta, de forma que la sangre sin cuajar salió en fuente.

Blaylock advirtió que ese acto sobresaltaba a Vega. Oyó que se dirigía a Caldera, con esa voz campaneante producida por los calados de la visera.

—¿Qué hace ese?

—¿A ti qué te parece? Cortarle la cabeza.

—¿Es necesario?

—Claro que lo es. El rey ha ofrecido galardón por cada incursor muerto. Y la forma de demostrar que se les ha matado es llevar sus cabezas y sus armas.

—¿Armas?

—Por las cabezas solas no pagan, que hay mucho sinvergüenza suelto. Los oficiales del rey han de asegurarse de que lo que se les entrega son de verdad cabezas de incursores enemigos. Los hay capaces de asesinar a labriegos para decapitarlos y cobrar luego los galardones.

Fierros, con el cortel chorreante en la mano, iba ya a por el segundo enemigo. Vega y Caldera espolearon a sus caballos para seguir rondando por entre los árboles, de forma que el escocés ya no oyó más. El de Sangarrén, que también había prestado oídos, y que se había dado cuenta de la atención del escocés, se pasó una mano enguantada por el rostro, como hombre que estuviese fatigado.

—Nuestro adalid es un diablo con las armas en la mano. Pero está bastante verde en los usos de la guerra. ¿Será verdad eso que dicen de que era ermitaño?

—No sé. Los que le rodean le guardan bien el misterio.

—Bien. No importa. Ya aprenderá y rápido. Es bueno que tenga a su lado a ese perro viejo de Gome Caldera.

Escupió a un lado.

—Tú también tienes que aprender, amigo.

—¿Yo?

—Ya sé que has guerreado en tu tierra, pero esto es la frontera de Granada.

Señaló con su dardo a la cabeza del escocés.

—Capacete de ala caída. Buena elección. Es aireado y protege del sol. Pero llevas demasiada armadura. —Apuntaba ahora a la cota de malla bajo la sobreveste azulada con las tres estrellas blancas—. ¿O no tienes calor?

El escocés rio de forma abierta.

—Me estoy cociendo.

El de Sangarrén se echó a reír también de forma tan estruendosa que las carcajadas reverberaban a lo largo de la arboleda.

—Busca algo más ligero o se te harán llagas por el sudor. Eso si un día en una cabalgada a pleno sol no te da algo. Además, es mucho peso. Tu montura se fatigará y eso puede serte fatal.

Fierros se echó las dos cabezas por los cabellos al cinto, sin importarle que la sangre le gotease en las calzas. Se quitó un instante el casco hemisférico, forrado de blanco y con cruces negras, propio de los almogávares, para secarse el sudor. Miró con sorna al balletero moro.

—Hoy tampoco tendrás tu caballo.

El otro se encogió de hombros, antes de echarse sobre el derecho su ballesta.

—Otro día será. No me importa caminar unos días más.

Aquel morisco del campo de Osuna se había unido a la hueste alegando que lo que él pretendía era hacerse con una montura de guerra. Aunque por algún

comentario que se le escapaba de vez en cuando, más de uno sospechaba que alguna cuenta pendiente tenía que ajustar con sus correligionarios de Teba. Su apodo le venía de que tenía fama de codicioso.

Salieron del fresnedal con las monturas al paso. Martín Abarca, que había estado vigilando en las lindes de la arboleda, puso su caballo a la par que el de Blaylock.

—Escocés, sería bueno que estuvieses atento. Me da que ha habido algo raro en esta escaramuza.

—¿Raro? ¿El qué?

—Es como si supieran que íbamos a pasar por aquí.

Blaylock se removió en la silla. El sudor le corría por el cuerpo, tenía el camisote empapado. Llevaba razón el de Sangarrén. Tenía que equiparse de manera más acorde a ese clima cálido y a las cabalgadas ligeras.

—¿Por qué dices eso? Nos avistarían y nos siguieron. ¿Qué tiene eso de raro?

El navarro, tocado con el bacinete con placa nasal que aspecto tan fiero le daba, meneó la cabeza.

—Todo es posible. Pero mucho me parece que han cuadrado los tiempos entre nuestra llegada a estos parajes y su aparición. Y llevaban con ellos ballesteros. Tú piensa lo que quieras. A mí no me gusta nada.

—¿Sugieres que alguien les avisó de que salíamos y de que veníamos hacia esta zona?

—¿Quién sabe? Están pasando cosas raras. Varias de nuestras cuadrillas y algunos atajadores avezados han sido sorprendidos de una forma que... me resulta extraña. Y no dejo de pensar en el incendio de la bastida y en cómo los moros sortearon a nuestros escuchas.

Blaylock no respondió nada. Estaba pensando en cómo había caído *fir* James con todos los suyos. En lo que se decía del gran número de jinetes moros que hubo aquel día en el campo. Se le achicaron los ojos.

Abarca le palmeó en el hombro, haciendo tintinear la cota de malla bajo la sobreveste.

—No es cuestión de volverse loco ni de perder el sueño. Pero sí de andarse con tiento. Mucho ojo, escocés, que puede que tengamos al enemigo en casa.

Chascó la lengua al tiempo que azuzaba a su montura para adelantarse. Rezagado se quedó el escocés, pensando.

# EL DESASTRE DE LA VEGA

*Gran derrota sufrida por las armas castellanas durante la minoría de edad de Alfonso XI. Tuvo lugar en 1319 y en ella murieron los infantes don Juan y don Pedro, tío abuelo y tío respectivamente del rey. Eso supuso una calamidad terrible para el reino, más allá del descalabro militar. Los dos infantes eran regentes junto con María de Molina, abuela del rey. Muertos ambos, quedó el rey, con solo ocho años de edad, sin valedores con poder militar. Se desató guerra de banderías, con el infante don Felipe, don Juan Manuel y don Juan el Tuerto apropiándose del reino y dejando las fronteras desguarnecidas, lo que llevó a que fueran muy castigadas por los moros.*

A la entrada quedó el joven Juan de Beaumont de guardia. Dentro, Gome Caldera se ocupó de anudar los cordones de los toldos de la puerta, de forma que nadie pudiese irrumpir de manera intempestiva. Se giró luego con mueca de disgusto. Jufre Vega había dejado que las criadas de María Enríquez le desciiñesen el cinto de armas, antes de sentarse.

Ahora aquellas dos le estaban librando ya del almete de hierro negro. Caldera se echó atrás a su vez la capellina de malla, con un resoplido. Con la boca todavía fruncida, observó el rostro que salía a la luz al retirar el yelmo emplumado.

Muchos en el campamento habrían pagado —algunos de ellos fortunas— por poder echar un vistazo a la cara que se ocultaba tras esa visera de pico de gorrión. Seguro que ninguno soñaba siquiera con que bajo el casco se escondía la propia dueña de esa tienda, María Henríquez.

Pero ahí estaba ella, al resplandor del sol que traslucía por los toldos. Sentada en ese asiento de cuero sin respaldo. Vestida como un hombre de armas y con la cabeza cubierta por cofia de armas.

Se quitó esta última prenda para dejar suelto el pelo negro. Su criada Paloma le deshebilló la parte superior de la cuera de armar. Lo justo para descubrirle los hombros y, a través de la ropilla, masajearse los. María suspiró hondo.

—¡Por Dios! Gracias, Paloma. Ese almete será todo lo útil que quieras, padrino,

pero le destroza a una los hombros.

—Más los destroza un martillazo bien dado.

Caldera descibió igualmente su cinto de armas. Lo arrojó sobre uno de los arcones, antes de librarse de guantelete y capellina.

—Acolcha más las hombreras y no te quejes tanto. Si llevases bacinete o capacete ya verías, ya. Cuando pasas demasiado tiempo cubierto, sientes como si la cabeza se te fuera a hundir como un huevo.

Aceptó el jarrillo de vino que le ofrecía Juana. Dio un sorbo. Resopló luego, señalando a María con el recipiente.

—Ya que hablamos de eso. Si quieres jugar a los hombres de armas, aguanta el tipo y lleva el juego hasta el final.

—¿Qué dices, padrino? —murmuró ella, más atenta a sus hombros martirizados.

—Fue patente tu sobresalto cuando Fierros le cortó la cabeza a aquellos moros.

Ella alzó ahora los ojos.

—Me pilló de sorpresa.

—Ya lo noté, ya. Y lo malo es que algún otro se dio también cuenta.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Pero no te das cuenta de que Jufre Vega es la comidilla del real? Está en boca de todos. ¡Anda que no daría más de uno lo que fuese por saber quién es y de dónde ha salido exactamente!

Ella, ya libre de la cuera de armar y del jubón, vestida solo con ropilla y calzas, recibió de manos de Juana un jarro de vino. Se echó a reír en esa forma afilada que tan bien conocían Caldera y las dos criadas.

—Ya lo sé, padrino. Pero te digo que es una suerte eso. Ya he comprobado que la gente de armas es tan chismosa como las monjas. Tienen la lengua igual de larga. Igual de venenosa también. Y eso nos ayuda.

Caldera, recostado contra un poste, no respondió nada, pero el curvar de su boca lo decía todo. Ella volvió a reírse.

—Dicen por ahí que Vega es un hijo bastardo de mi padre. Que lleva distinto apellido, que otro pasa por ser su padre. Que no quiere que todo eso se sepa y que esa es la razón de que haya acudido aquí a rostro cubierto y con nombre supuesto.

Rio por tercera vez, con luces danzando en sus ojos oscuros.

—Aunque también los hay que dicen por ahí que Vega es mi amante.

Volvió a suspirar cuando las manos fuertes de Paloma la masajearon otra vez. Por encima del borde de su jarro, Caldera observó adusto a su ahijada. Mientras pensaba en una posible réplica, las fosas nasales se le llenaron del aroma a hierbas con las que aquellas tres mujeres saturaban su tienda. Un olor bien distinto a la pestilencia a enfermo de la carpa de su compadre Gamboa.

—Me parece que te tomas todo esto a broma. No debieras. Y tienes que medir tus actos y reacciones en público.

—¿Broma? Yo no me tomo a la ligera nada que tenga que ver con mi honor,



padrino. Parece mentira que tú me digas eso. Que me ría no quiere decir que no te escuche con atención. Siempre lo hago. Pero ya sabes que a veces puedo ser muy risueña.

Bebió.

—Razón no te falta. Tal vez sería útil que Juan de Beaumont se volviera a vestir de Vega. Que nos vean juntos.

El otro asintió. Ya lo habían hecho así en más de una ocasión, para que la gente los viese a los dos a la vez, al pie de la almofalla.

—Esa es una buena idea. Qué mejor forma de evitar que a alguien se le pueda ocurrir que...

Le cortó Juana, que había tomado una pierna de su ama para descalzarla.

—Pues no se hable más. —Le sacó una bota—. Vamos a desnudarla. Sal de aquí, Caldera.

El aludido apuró, antes de dejar el jarro en el primer lugar que encontró a mano.

—Me preocupa el escocés, Bailoque. Ese está siempre ojo avizor a todo. Será porque es forastero y muchos detalles le chocan. Pero ese se dio cuenta de que te sorprendías y se sorprendió a su vez. Lo vi en la expresión de su cara.

—Ya le buscaremos una solución, padrino. Pero apiádate ahora de mí, que estoy molida y acalambrada.

Rezongando, el otro recogió capellina, cinto de armas y guanteletes, y se marchó entreabriendo los toldos lo justo para pasar. Paloma se ocupó de anudarlos de nuevo, mientras Juana despojaba a María de calzas y ropilla. Le pasó los dedos por la espalda y las costillas.

—Niña. Tienes rozaduras y mataduras.

A María se le escapó una mueca cuando los dedos de la criada tocaron una zona enrojecida.

—¿Te extraña? Estoy rota de cabalgar con la armadura y el almete. Roza todo.

—Hay que hacer lo que dice Caldera. Tenemos que acolchar en estas zonas o se te van a abrir heridas.

Paloma intervino sin levantar la mirada del emplasto que estaba preparando.

—Ese gruñón suele llevar razón en casi todo lo que dice. Estás jugando un juego peligroso, María.

—No lo juego por propia voluntad.

Las otras dos rompieron a carcajadas, sin necesidad siquiera de cruzar los ojos. Juana apretó con fuerza los hombros desnudos de su ama, para soltar tensiones.

—¿Qué pretendes, niña? ¿Te has creído que puedes engañarnos a nosotras? ¿A nosotras, que ayudamos a traerte al mundo? Siempre te gustó jugar con hierros y con caballos.

Paloma se allegó para pasarle el paño mojado por los roces y los moretones. María dio un respingo al escozor. Suspiró luego, ahí sentada, desnuda, en la media luz de su tienda.

—Ay, qué maravilla. ¡Cómo alivia! Dadme un poco más de vino.

Juana volvió a apretarle los hombros.

—Ya está mal que te disfraces. Pero no eres hombre de armas para andar emborrachándote al cabo del día, de regreso de la cabalgada.

Le sirvió, sin embargo, algo más de la jarra. María dio un sorbo. Se apartó los cabellos negros que le caían sobre el rostro.

—En cuanto a lo de caballos y hierros... ¿Por qué voy a negarlo? De pequeña envidiaba a mis hermanos. Oía a mi padre y a sus compadres cuando se sentaban a hablar y hubiera dado lo que fuese por ser como ellos. Ser hombre e ir a la guerra.

—¡Bonito deseo! ¡La guerra! La guerra lisió a tu padre. La guerra se llevó a tu esposo, a tus hermanos, a mi hombre y al de Paloma, a mi padre y a tres de mis hermanos... Y ahora a ti no se te ocurre otra burla que disfrazarte de hombre. Tomar armas y cabalgar contra el moro para poder retar a duelo algún día a ese sarnoso de Aznar Téllez.

—Me disfrazo de hombre por el honor...

—Que no mientas, que es pecado.

María resopló, haciendo vibrar los labios.

—No te voy a negar que disfruto con las cabalgadas. Es como siempre había soñado. Y la otra noche, cuando luchamos al pie de la bastida en llamas, sentí...

No acabó porque no fue capaz de encontrar las palabras. Bebió un poco más. Paloma le pasó un nuevo emplasto, esta vez por las rozaduras de los muslos. Habló Juana de nuevo:

—Presta atención al aviso de ese jamelgo de Caldera. Extrema las precauciones. Si se descubriera que Jufre Vega es en realidad una varona, no podrías llevar a cabo tu venganza.

—Que sí. Tendré cuidado, descuida.

Plegó las piernas, ahora que había acabado Paloma de frotárselas. Apoyó los antebrazos sobre los muslos, evitando las zonas doloridas. Se quedó ahí, con el jarro entre las manos y los cabellos cayendo hacia delante.

—¡Dios! Estoy molida y muy cansada. Y mañana otra vez a campear...

Se puso de repente en pie, de un tirón. Apartó el jarro para tomar su espada. Esa espada jineta que le había entregado el escocés Bailoque. La desenvainó, estudió la hoja a la luz de última tarde que se colaba por las lonas. Después se sentó a aceitarla.

Pasar el paño por ese acero recto de filo doble y hoja acanalada le hizo pensar en el escocés. Los ojos se le fueron a la guitarra morisca que colgaba del poste.

—Sacad ropa, que voy a ver a mi padre.

—Después. Tienes que descansar.

—Ahora. Sacad ropa y ocupaos de las piezas de armadura. Si viene alguien preguntando por Vega, ya sabéis lo que tenéis que decir. Que se ha ido por detrás y no tenéis ni idea de dónde pudiera estar.

Sentada desnuda en la penumbra, con los cabellos sueltos y la espada entre las

manos, puso de nuevo los ojos en la guitarra morisca. Sonrió como para ella misma.

—Mi padrino sabe lo que se dice. Nada de extremos sueltos. Antes de que caiga la noche, mandad a alguien con un recado a la almofalla de los escoceses. Que le dé a Bailoque un mensaje de mi parte.

—¿Qué mensaje?

—Que tiene una cuestión de guitarras pendiente conmigo. Y que ya va tardando en saldarla.

—¿Eso es todo?

—No te preocupes. Él entenderá, y será más que suficiente.

# QUITARRAS

*Había en esa época dos tipos de guitarras. Una era la guitarra latina, antecesora directa de lo que ahora llamamos guitarra española. La otra era la guitarra morisca, a caballo entre la anterior y el laúd, con caja en forma de pera y clavijero en forma de hoz. Fue muy popular en ese siglo en España. Después su uso declinó y acabó por desaparecer, desplazada del todo por la guitarra actual.*

Con la espalda muy recta y las manos sobre el regazo. Con la cabeza ladeada, pero solo lo justo para demostrar un interés cortés. Así la habían educado y así se sentaba María Henríquez. Tan quieta como una estatua, escuchando cómo el escocés Blaylock cantaba a los sonos de la guitarra morisca.

De nuevo esa noche soplaba aire. Brisa suave que avivaba brasas, que hacía ondear el velo y las mangas bobas del vestido negro de la dama. Al amparo de ese velo de encajes, además de oídos prestaba ella ojos a ese extranjero que guitarreaba al resplandor del fuego.

Nunca habría creído que fuese tan buen intérprete, al punto de que había conseguido preñarle con su cantar. Y aún más que su voz o sus habilidades como guitarrista le habían fascinado las propias manos. Manos grandes de hombre de armas o de campesino. Tan grandes que parecía imposible que fuesen capaces de arrancar aquella música a la guitarra morisca. Máxime cuando el instrumento le era extraño.

Pero ahí estaba, tocando con las uñas y no con una púa. Rasguñaba las cuerdas, sacaba melodías perfectas. Y también era buen cantor. Uno de esos a los que la voz le cambia de registro al cantar. Le salía honda, resonante, con una cualidad bronca que la hacía agradable y distinta.

Pero ya menguaba en su canto. Iba apagando poco a poco los sonos de la guitarra. Remató su canción. Cayó un silencio largo sobre ese círculo de luz del fuego. Blaylock se quedó con la cabeza ladeada, las manos sobre el instrumento. El resplandor le alumbraba media cara. El aire nocturno estremecía la pluma blanca de su bonete azul.

Habló por fin María en tono neutro:

—Tengo que reconocer, señor, que no tocas nada mal.

Blaylock, con la cabeza todavía inclinada, se permitió una sonrisa calma.

—No soy de los que fanfarronean. Y ya te lo dije. Soy bueno con el laúd. Me pareció que esta guitarra morisca no iba a resultar tan diferente y así ha sido. No es tanta la complicación.

—Probablemente para ti no. Pero la tiene y mucha. Los hay que nunca llegan a dominar la guitarra morisca.

—Me parece que no es mi caso.

—No, no lo es.

Volvió a sonreír con amabilidad el escocés. Acarició el mástil pulido del instrumento. Sus afirmaciones no eran del todo exactas, pero se iba a cuidar muy mucho de revelárselo a la dama.

Porque, a raíz de aquel intercambio algo espinoso de frases en la tienda de ella, había procurado frecuentar las hogueras de primera hora de la noche. Esas en las que hidalgos, soldados y frailes ambulantes tocaban y cantaba al oscurecer. Así, además de prestar oídos a cualquier rumor interesante, había podido observar cómo se tocaba la guitarra morisca. Más que eso, porque hasta había logrado que en alguna ocasión le dejasen una y le enseñasen algunos de sus trucos.

Ella seguía en la misma postura, con las manos siempre sobre el regazo, el velo negro ondeando a cada soplo de aire.

—Esa canción... ¿es de tu tierra?

—De donde nací. Sí.

—¿Y eso en lo que cantabas que era? ¿Escocés?

—*Inglis*.

—¡Ah! ¿Inglés?

Blaylock alzó por fin la mirada para ponerlo en los ojos oscuros bajo el borde de la pieza de encajes negros.

—No. Inglés no. Eso es lo que hablan los ingleses. *Inglis*. Es lo que hablamos en mi tierra.

—¿Un inglés que no es inglés? ¡Qué curioso...!

—No le veo la curiosidad. ¿Acaso no habláis aquí un castellano de frontera que es muy diferente al que hablan los castellanos de Castilla?

—Es verdad. —Pareció como si sofocase una risa—. Y, ya que sale el tema, ¿te entiendes bien con los de la hueste?

—Con unos mejor, con otros peor.

Pasó él los ojos al fuego y ella cambió muy despacio de postura. Comenzaba a llevar la conversación a donde quería.

—¿Qué opinión te merece a ti Jufre Vega? Como adalid, me refiero.

Blaylock tocó un par de acordes antes de responder, como si reflexionase al compás de los sonos de la guitarra.

—A mí me enseñaron a no discutir ni sobre mis mayores ni sobre mis superiores.

Tocó otra nota.

—Pero, ya que eres tú y esta es una conversación privada, te diré que es bueno con las armas y que parece también bueno dirigiendo a los hombres. Pero se le ve un poco verde, como dicen por aquí.

Ella sonrió. Una sonrisa intuida tras el velo.

—¿Verde? ¿Lo dices porque se sobresaltó con los descabezos de moros? Sí. Me lo contó Caldera.

—Sí. Por eso y por algún otro detalle.

—A Jufre le pasa un poco lo que a mí. Por razones ajenas a su voluntad ha estado alejado del mundo un tiempo.

—¿Quieres decir que ha salido de un convento?

—No puedo darte detalles. Es un tema sobre el que he jurado guardar silencio.

Asintió el escocés e inclinó la cabeza para tocar otro par de notas.

—¿Y sobre ti, señora? ¿Tampoco puedes dar detalles?

—Todos los que quieras conocer, si es que no te aburres. Yo sí he estado en un convento, como entiendo que ya has oído. Me he pasado ahí los últimos años.

—No pareces mujer de clausura. Y no quiero con esto parecer irrespetuoso.

Ella volvió a sonreír.

—Más que irrespetuoso eres de buen ojo. No. No soy mujer para la clausura.

—¿Entonces...? —Otro acorde de la guitarra.

—Mi esposo cayó prisionero hace algo más de tres años en una escaramuza. Yo me encerré en un convento a esperar su regreso. Por desgracia, murió cautivo antes de que pudieran rescatarle.

—Siento oír eso.

—Así es la vida en la frontera, señor.

Esa había sido otra de esas respuestas altaneras tan propias de ella. Solo que en esa ocasión el hielo fue momentáneo.

—Hace ya de eso un año, pero decidí permanecer en el convento. No es un lugar en el que fuese feliz, pero había sufrido tantas pérdidas que...

Se detuvo por un instante. Pareció como si hubiese pensado que estaba siendo demasiado confidente y cambió de nuevo de registro.

—El caso es que me sacó del claustro la dolencia de mi padre. Por eso te he dicho que en más de un sentido me parezco a Jufre.

El escocés rasguñó la guitarra morisca. Pasó una ráfaga de aire que aventó una bocanada de chispas.

—En tal caso, los tres compartimos algo. Yo también estuve en un convento.

—¿Un buen mozo como tú? ¡Pero qué desperdicio para las armas de tu tierra!

—Me enviaron de pequeño y con pocos años era un chico más bien enteco.

—¿Enteco tú? —Ahora rompió a reír de forma abierta—. ¡Imposible!

Sonrió él en respuesta, inclinado sobre la guitarra.

—Pues lo era. Flacucho, escaso de cuerpo. Ya ves qué bromas gasta la vida. No sé si se debió a que con los frailes se comía mucho mejor, pero lo cierto es que estando

con ellos di el estirón. En el convento tuve no solo puchero. También aprendí a leer, a escribir y a hacer cuentas. Eso en mi tierra es un gran privilegio. Es un lugar duro y áspero, castigado por las guerras fronterizas y civiles.

—Esta tierra también es dura, señor. Aquí vivimos guerreando todos contra todos.

—Cree en mi palabra cuando te digo que Escocia es más pobre que Andalucía. Pocos hombres de armas han tenido ocasión de aprender a leer, a escribir, a todo eso que aquí se considera prenda indispensable de hidalgo.

»Allá pocos se pueden permitir los paños, los bordados y las alhajas que aquí son bastante más cotidianos.

Sonrió, la cabeza siempre inclinada sobre el instrumento.

—La prueba está en que aquí los hay que, sin ser ellos nadie, se burlan a nuestras espaldas de las forma de vestir de mis compañeros y yo. Se ríen, dicen que somos unos desarrapados...

—Es la primera noticia que tengo. Pero si alguien se atreve a eso en mi presencia, haré que le den de palos.

—Gracias, pero no será necesario, señora. Si eso ocurre, tan solo pídele que me lo diga a la cara. Yo sabré darle la réplica adecuada sin necesidad de intermediarios.

Ella le observó a la luz del fuego, ahí, pasando los dedos por el mástil, la caja, las cuerdas.

—Bien respondido, señor. ¿Y por qué saliste del convento?

—Porque yo también perdí hermanos mayores y tuve que ocupar su lugar. —Otra de esas sonrisas tuyas sosegadas—. Ya ves, señora, que la vida es muy parecida en toda frontera. Está hecha de azares, pérdidas, mudanzas...

Tocó una vez más. Unos sones suaves que quedaron vibrando en la noche. Se incorporó.

—Con tu permiso, debo retirarme. Es muy grata tu compañía, pero mañana me espera cabalgada.

Ella asintió al tiempo que se levantaba también. Recobró la guitarra morisca de manos del otro, que afirmó.

—Buen instrumento, señora. Hermosa factura, excelente sonido. Te agradezco que me hayas dejado tocarlo. Me ha hecho feliz volver a tocar y confío en que me permitas repetirlo.

—Con gusto, señor. En esta almofalla eres dos veces bienvenido, porque un buen instrumento solo lo es de verdad cuando está en buenas manos.

# CALDEROS

*El caldero era símbolo de nobleza y riqueza. Significaba que aquel que lo ostentaba en sus pendones era un hombre lo bastante poderoso como para dar sustento a la hueste que le seguía. De ahí que el caldero fuese uno de los emblemas que el rey de Castilla concedía a un notable cuando le hacía ricohombre, el rango más alto en la nobleza. Es por eso también que solo el rey lucía un pendón con no uno sino tres calderos.*

Jufre VEGA observaba recostado en su partesana. Observaba también don Pedro Fernández de Castro, «el de la guerra», aunque él con los puños en las caderas y los labios prietos.

Otro tanto hacían los de la hueste negra que estaban con ellos, así como los oficiales y guardas del ricohombre. El único que hacía gestos y hablaba era Martín Abarca. Señalaba con una vara, ahora a la fortaleza, luego al campo de sitio y después al suelo, donde había dibujado un mapa a base de líneas, chinas y palitroques.

Estaban en lugar alto, desde el que tenían buena vista del punto que sufrió la salida nocturna de los defensores. Soplaba aire de agosto que les cortaba a veces el aliento de puro ardiente. Agitaba las plumas negras del almete de Vega, estremecía las barbas de los hombres de armas, hacía ondear sobre sus cabezas los estandartes de Castro: el cruzado, el de los seis discos azules, el del caldero.

Los ojos de todos seguían a la vara. Apuntaba a la bastida carbonizada, a las murallas, luego de vuelta al mapa en el suelo. Hasta ellos llegaba el fragor de los ingenios y de los movimientos de tropas. Desde su posición, podían ver cómo una tropa de moriscos aliados, con jaquetas rayadas y pañuelos en la cabeza, corrían como gamos entre matojos y peñas, buscando apostaderos favorables desde los que hostigar con sus ballestas a las almenas.

Abarca cesó en su perorata. Palo en mano, se volvió hacia el ricohombre de sobreveste blanca con cruz negra. Este le observó con el ceño fruncido, como si no supiese bien qué pensar. Pasó varias veces los ojos del campo de asedio al mapa en el polvo. Torció el gesto, puso la mirada en las torres de Teba.

—¿Traición?

—A la vista salta, señor.



Abarca se quitó la cofia para pasarse la mano por los cabellos sudorosos. Sí que hacía calor ahí arriba, a la solana. Pedro Fernández de Castro se volvió hacia el campo de asedio con los brazos en jarras.

—Eres convincente, navarro. No esperaba una explicación tan atinada por parte de un simple hombre de armas. Y no te tomes a mal mis palabras.

El hombrón se atusó la barba con los dedos entreabiertos.

—Me interesa la guerra de asedio, señor, y no la guerreada. Ando en cabalgadas hasta que pueda servir en algún castillo.

—Ya. Cuando esto acabe, vete a hablar con alguno de mis oficiales. Ya veremos qué puede arreglarse.

—Te lo agradezco mucho, señor.

Unos pasos más allá, el de Sangarrén le pegó un codazo a Blaylock, hablándole al oído.

—¿Qué, amigo Bailoque? ¿Te has quedado en Babia?

—No sé lo que es Babia.

—Que me da la impresión de que no te has enterado ni de la mitad.

El otro compuso una mueca de resignación, con el rostro a la sombra del capacete. No andaba descaminado el aragonés. Se había perdido en aquel diálogo en castellano de frontera sostenido a varios pasos de distancia y con dos acentos muy fuertes. Y del discurso de Abarca no había llegado a entender gran cosa.

—Atiende, hombre. Esas rayas son Teba, nuestras cavas y albarranas. Los palos los retenes y palenques. Las piedritas las patrullas...

—Eso ya lo he visto. Lo que no...

—Aguarda, impaciente. Lo que el amigo Abarca ha tratado de demostrar al señor de Castro es que su mayordomo Montenegro no anduvo falto de diligencia. La bastida estaba defendida de sobra. Había escuchas y patrullas por todos lados.

—¿Y a qué nos lleva toda esa explicación?

—A que es imposible que un grupo tan nutrido llegase tan lejos sin ser detectado. No puede ser que tantos hombres de armas se presentasen al pie de las carpinterías sin que nadie diera la alarma.

—Imposible no es. Ocurrió.

—Sí. Pero no gracias a la habilidad de los de la salida ni tampoco por azar. Alguien debió de guiarles por entre los escuchas, lejos de los recorridos de las patrullas nocturnas.

—¿Y si mandaron a unos pocos por delante...?

—¿Pero no ves que Montenegro había dispuesto una verdadera red de vigilancia? Una red, sí, lista para atrapar a cualquier pez que quisiese pasar por ella. Para encontrar un paso, degollando escuchas y evitando retenes, los moros habrían tenido que emplear toda la noche. Montenegro era perro viejo en materia de asedios. Cambiaba posiciones y patrullas cada dos días.

Como si hubiera oído los cuchicheos a sus espaldas, Castro se giró para estudiar el

mapa en la tierra. Se golpeó de repente la palma de la mano con el puño cerrado, con sonido restallante por los guanteletes.

—¡Traición!

El exabrupto fue tan brusco que sobresaltó a todos los presentes, en mayor o menor medida según el temperamento de cada cual. Jufre Vega, que había estado contemplando una de las torres cuadradas de Teba, se giró, partesana en mano. Habló con esa voz metálica suya:

—Traición. Sí. Alguno de los nuestros informa a los de dentro. Tal vez también al ejército de Ozmín que acecha al otro lado del río.

Uno de los oficiales de Castro quiso mediar.

—Los espías son parte de la guerra. También nosotros tenemos unos cuantos en campo enemigo...

—Ya. Pero los suyos parecen mejor informados. Me parece que hay que «agradecerles» a ellos no solo la pérdida de la bastida, sino también la de más de una de nuestras cuadrillas montadas. Quién sabe si no serán responsables también de la muerte del conde escocés y de la pérdida del relicario.

Castro se giró una vez más a contemplar el campo.

—No especulemos. En eso no eres imparcial, Jufre Vega, porque esa pérdida causó la desgracia de tu pariente Henrique Gamboa.

—Como gustes, señor. En todo caso, tenemos que preguntarnos qué buscaban los traidores propiciando esa salida nocturna.

—¿No es evidente? Destruir la torre de asalto antes de que estuviese acabada.

—Sí, señor. ¿Pero solo eso?

—¿Qué si no?

Vega golpeó con la contera de su partesana en el suelo.

—¿Me permites que te hable con sinceridad?

—Adelante.

—Tal vez, además de privarnos de la bastida, buscasen crear disensiones entre el rey y tú. Me has dado permiso para hablar con sinceridad. Por eso me atrevo a decirte que corren habladurías sobre la negligencia de Montenegro. Negligencia que Abarca te ha demostrado que no es tal.

Señaló al mapa con la partesana.

—Pero se habla de ello. Se habla hasta demasiado. Es como si alguien estuviese esparciendo chismes y rumores.

—¿Y qué ganan enemistando al rey contra mí?

—Crear una excusa para levantar el asedio sin mácula para don Alfonso. Los ánimos están bajos, Teba resiste y tú tienes enemigos poderosos. Enemigos que aprovecharán una coyuntura desfavorable para ti.

»Si consiguen influir en don Alfonso en tu contra... si nos retiramos, siempre se te podrá achacar a ti el fracaso. Aducir que dirigiste mal las labores de asedio y que no fuiste capaz de proteger la bastida. El honor de don Alfonso quedaría así a salvo de lo

que sería de hecho una gran derrota, puesto que esto es una cruzada.

El ricohombre, siempre de espaldas, ladeó la cabeza para murmurar.

—Atinada reflexión la tuya.

Varios de sus oficiales comenzaron a hablar a la vez. Aprovechó el de Sangarrén para comentar por lo bajo:

—Lo mismo le ocurrió al maestro Gamboa. No importa los servicios prestados a este rey y a su padre, el que quedase medio impedido, el haber perdido a sus dos hijos varones... El rey descargó en él cualquier culpa por la muerte de tu señor el conde para lavarse él las manos.

—No es el mismo caso. Un noble no es igual que un hombre de armas.

El aragonés se echó a reír en sordina.

—Claro que no. Y menos este, que es el señor más poderoso de Galicia y uno de los más grandes de toda Castilla. Pero ya lo acaba de decir Vega. Como a todo hombre encumbrado, no le faltan los enemigos igual de altos. La cosa se está poniendo fea y alguien tendrá que cargar con las culpas si todo se estropea. Y camino de ello llevamos. Los caballeros de Cristo se marchan.

Blaylock inclinó un poco más la cabeza tocada con capacete.

—¿Los portugueses? ¿Está confirmado?

—Como que hoy hace un calor del infierno. Don Alfonso no ha conseguido retenerlos y hoy mismo dejarán la cruzada. Otro golpe más para la moral.

El escocés no replicó nada. Quinientos de a caballo al mando del maestre de la orden. Muchos de ellos antiguos templarios, pues el rey de Portugal había creado esa orden para acogerlos en ella cuando el Temple fue disuelto por el papa. Y, como decía el de Sangarrén, no era solo la pérdida de una fuerza de primera. Era una brecha en el sentimiento de cruzada que, mal que bien, aglutinaba a ese ejército de huestes dispares.

Pero Castro y Vega estaban hablando de nuevo. Volvió el escocés a lo inmediato y, mientras reajustaba su mente al castellano, se perdió las primeras frases del segundo.

—... es evitar otro golpe parecido o peor. Y para ello tenemos que preguntarnos en qué forma y por dónde podría venirnos ese golpe.

—Ya que planteas el acertijo, dame tú la solución.

Vega se giró para apuntar a Teba con su partesana, las plumas negras del yelmo estremecidas por el aire cálido.

—Ahí dentro está el relicario, señor. Si consiguen sacarlo, si llega a manos de Ozmín...

Dejó la frase en el aire y justo por eso todos entendieron mejor que si la hubiese rematado. Eso sería otro clavo en el prestigio de Castro y un nuevo mazazo para la moral de la cruzada.

El ricohombre asintió, todavía de espaldas y con los ojos puestos en el campo de asedio.

—Eres un hombre misterioso y supongo que por eso hablas siempre de forma algo oscura. Pero, si tienes algún plan, es hora de que lo estudiemos.

## АДАЛИД Y АЛМОСАДЭН

*Adalid y almocadén son términos, en general, sinónimos y designaban a jefes de huestes. Sin embargo, en ocasiones parece que el segundo término se reservaba más bien a aquellos que capitaneaban compañías de peones. El primero se usaba más con los que dirigían unidades de a caballo.*

En la oscuridad, recrujían los cordajes, los cabrestantes, el maderaje de los ingenios. Entrechocaban con estruendo los brazos contra los travesaños, se gritaban los ingenieros. Olía a fuego, a quemado, y los proyectiles en llamas volaban incendiando la noche. Se estrellaban con fogonazos contra las murallas de Teba. Muchos las rebasaban para caer como maldiciones en el recinto exterior, ahí donde se refugiaban los habitantes de las alquerías con sus enseres y ganados.

La noche retumbaba de golpazos, resonar de metales, voces de guerra. Al resplandor de una media luna amarilla, grupos de ballesteros batían con sus descargas las almenas. Desde arriba los defensores replicaban, cubriendo con sus tiros de ballesta a los que apagaban los focos de incendio.

Para Juan de Beaumont, que nunca antes había estado en un asalto nocturno, la experiencia resultó espantosa. Era como estar en el infierno. Un infierno hecho de sombras, llamas, silbido de viroles, olor a chamusquina, bolas de fuego que volaban como cometas de condenación.

Intimidaba pese a que esa noche la hueste negra no participaba en el ataque contra las murallas. Un asalto que no buscaba tanto abrir brecha como agotar a los de dentro. Aunque el rey don Alfonso no debía de descartar una posible entrada, pues era sabido que grupos de almogávares y moriscos aliados rondaban las murallas mientras los contingentes mayores atacaban al amparo de sus escudos.

Justo sobre eso le murmuraba al oído Martín Abarca a su primo, tanto para instruirle como para distraerse en esa espera en la oscuridad.

—... con clavijas de madera. Por eso atacan en redondo y por tantos puntos. Si encuentran un hueco desguarnecido, se acercarán, meterán las clavijas en los huecos entre los mampuestos y subirán. Y si logran llegar arriba...

Puso Beaumont los ojos en la ciudadela alumbrada por la luz de la luna y los tiros incendiarios.

—Hay que tener valor.

Aludía a lo fácil que debía de ser fallar en la oscuridad. Meter mal una clavija y, al colgarse de ella o pisar, precipitarse al vacío. Pero Abarca lo entendió en otro sentido.

—No es cuestión de valor y sí de valer. Porque hay que valer para ese empeño. No pueden esperar piedad si les sorprenden. Si no los flechean o degüellan, acabarán colgados de las torres.

—¿Y aun así...?

—El rey ha ofrecido galardones sustanciosos a quienes logren hacer pie en los adarves. Y los hombres han venido a ganar oro y honores.

Sonrió pensativo en las sombras.

—Galardones. Eso es lo que esta noche pueden ganar. Y, en su defecto, quizás la muerte, que libera a todo hombre de preocupaciones y fatigas.

Se sorprendió Beaumont ante esa reflexión. No era algo que a él se le hubiese pasado ni de lejos por la cabeza. Y no se trataba de que su primo tuviese muchos más años que él. No los tenía. Pero siempre había tenido aspecto de mayor, gracias a su gran tamaño y barba cerrada. Y a su gusto por darle vueltas a las cosas. Por algo, siendo adolescente, los otros muchachos le llamaban «el abuelo»...

Pero al parecer se libraba un combate a su mano derecha. Oían con claridad el griterío y el clangor de armas. También lo habían advertido ya otros de la hueste, que estaban entre las sombras, a pie y con los caballos de las riendas.

Blaylock, tras atar su bayo a un matorral, se acercó hasta el de Sangarrén. Señaló con el pulgar en dirección al estruendo del combate, pues los relieves del terreno solo les permitían oír y no ver.

—¿Una salida nocturna?

—Seguro.

—Tienen valor. En pleno ataque de nuestras tropas se atreven a salir.

—Valor o astucia. O las dos cosas a la vez.

—¿Astucia por qué?

—Mira, escocés. El peso del ataque recae esta noche sobre gentes allegadizas, no sobre las huestes del rey, las milicias urbanas o las tropas de las órdenes militares. La mayor parte de ellos son compañías de desarrapados, mal armados y peor dirigidos por almocadenes de baja estofa.

Se echó atrás la capellina de malla, se rascó la barba dura.

—Los de dentro lo saben. Seguro. De alguna forma se han enterado y por eso han salido. Esta noche van a beber los cuchillos, amigo.

No se animó a replicar el escocés. Era cierto que en la cruzada había muchos desposeídos en busca de botín o un pedazo de tierra. Hombres de a pie, llegados algunos solo con una lanza. Gentes a los que los fronteros tildaban con desdén de «allegadizos».

Crecía el estruendo del combate. Pasó un proyectil incendiario, iluminando los cerros a su paso. Pensó Blaylock en esa afirmación de que los de dentro de alguna

forma habían sabido del bajo nivel de las tropas que atacaban esa noche.

Por suerte, ellos no tomaban parte en todo eso. Estaban apostados en una de las sendas al sur de la fortaleza. Todo ese terreno escabroso estaba entrecruzado de caminillos. Al fin y al cabo, aquella ciudadela que con tanta tenacidad resistía era el centro de una población dispersa en alquerías. Poblados ahora desiertos, porque sus habitantes habían tenido tiempo de huir o refugiarse ahí dentro.

Si la hueste negra acecha entre las sombras, junto a la senda, era por acuerdo con don Pedro Fernández de Castro. Los argumentos de Abarca habían sido bálsamo para el orgullo magullado del ricohombre. Tras convencerle de la actividad de espías enemigos en el asedio, le había demostrado que había un número limitado de puntos por el que unos jinetes podrían escapar del asedio. De evadirse aprovechando justo momentos como ese, hechos de noche, confusión, combate.

A partir de ahí, había sido fácil conseguir que situase escuchas y retenes en esos puntos. Todos hombres fieles, capaces además de tener la boca cerrada, porque no convenía que los espías sospechasen que su existencia había sido descubierta. Era por eso que ellos mismos cerraban esa noche uno de los pocos caminos posibles.

Dos figuras salieron de entre las sombras. Greñuda una, con casquete hemisférico la otra. Dobra de Oro y Fierros.

—¡Malditos! —respingó Gome Caldera—. Me habéis dado un susto de muerte.

Y no era el único que se había sobresaltado, porque aquellos dos eran sigilosos de verdad. Sin inmutarse, habló el balletero almogávar:

—Vienen por el camino.

Los hombres se congregaron de inmediato alrededor de esa pareja. Jufre Vega se adelantó, las plumas negras del almete ondeando al resplandor de la luna.

—¿Quién viene? Sé más preciso.

—Al oído, una veintena. De a caballo pero se acercan desmontados. Vienen de Teba y traen algunos peones por delante.

De golpe sintió Blaylock calor en el cuerpo. Jinetes tratando de abandonar a hurtadillas Teba, aprovechando el fragor del combate nocturno. ¿Acertaba entonces Abarca? ¿Serían benimerines tratando de sacar el relicario?

Caldera estaba dando órdenes, con la anuencia de Vega.

—Vosotros dos a las cuevas y aprestad las ballestas. Tú a ese lado. Tú al otro. —Se giró a los de a caballo—. Montad. Vamos a esa zona en sombras. Aprestad las armas y procurad tener tranquilos a vuestros caballos.

Se situaron en una zona donde, gracias a las laderas y a la posición de la luna en el cielo, estaban ocultos en un estanque de negrura, al punto de que casi no se veían unos a otros. En esas tinieblas resonó la voz metálica de Vega:

—Aguardad a mi voz de ataque. Sobre todo y al precio que sea, que no pase ni uno.

Y tras eso, ya no hubo más palabras de nadie. Se quedaron allí, sobre los caballos, en la oscuridad. A ratos sonaba un casco contra el suelo, el resoplido de alguno de los

corceles. Alguna vez pasaba un proyectil en llamas, lejos. Los hombres esperaban en sombras, acariciando a sus monturas para que no se pusieran nerviosas. Por suerte, el escándalo de la lucha —ese mismo con el que contaban los benimerines para salir inadvertidos— enmascaraba los relinchos ocasionales y el tintineo de los metales.

Apareció una figura en la senda. Luego otra y después todavía otra más. Iban de un lado a otro, desconfiados. Ojeadores locales que tal vez regresasen a Teba, una vez hubiesen logrado sacar de ahí a los jinetes.

Por azar o algún error de los ingenieros, una bola de fuego pasó volando muy cerca, iluminándolo todo a su paso. Al resplandor, Blaylock acertó a vislumbrar a los atajadores moros. Flacos, secos, con pañuelos anudados a la frente y ballestas en las manos. Fue un instante. Luego la luz se alejó y esos hombres volvieron a convertirse en sombras.

Pero se habían parado en seco. Tal vez alguno había visto algo al resplandor del fuego viajero. O tal vez fue solo que quedaron deslumbrados. Fuera como fuese, alguno de los dos ballesteros que los acechaban decidió que era mejor no arriesgarse.

Blaylock llegó a oír el silbido de la flecha. Una de las siluetas se desplomó sin un lamento. Un chascar de dedos más tarde cayó otro. Ese lo hizo aullando como un perro escaldado. Su compañero, en lugar de devolver el tiro, echó a correr dando berridos de alarma. Y de más atrás le respondieron gritos, acompañados de un resonar de metales inconfundible. Los enemigos estaban montando en sus caballos.

—¡A ellos! —rugió Vega.

A la par que daba esa voz, se lanzaba ya a la carga por la senda, seguido por Caldera con la bandera negra. Y con ellos todos los demás, entre gritos de guerra y estruendo de cascos.

En lo que a Blaylock le pareció un suspiro, chocaron con los moros, que llegaban cargando para tratar de forzar el paso.

La colisión entre las sombras fue tremenda. Gritos, relinchos, campaneos de las armas al chocar contra escudos y cascos. Jufre Vega, que por haberse lanzado a la carga el primero iba un par de cuerpos adelantado, cruzó lanzas con un enemigo. La suya encontró el cuerpo del benimerín y lo pasó de lado a lado. La de este topó con el escudo enlutado del de negro. Saltó la vara en pedazos, pero consiguió arrancar a Vega de su silla.

Blaylock azuzó a su bayo. Creyó ver cómo Caldera interponía su montura para proteger al adalid caído. Pero el escocés no pudo llegar a ellos porque se tropezó con una sombra al galope y de frente. Consiguió desviar a su caballo. Evitar a toda costa choques de frente, eso le habían enseñado en esos días. Su lanza alcanzó a la adarga del africano, en tanto que la del otro pasaba por encima de su hombro. El golpe le quebró la vara, pero hizo caer no solo al jinete, sino también al caballo enemigo, con una gran voltereta que quizás aplastó al primero.

Arrojó el trozo de asta para empuñar a toda prisa su espada jineta. Esa misma que días antes le había clavado a un enemigo como los que ahora tenía delante. Pero ya los



africanos reculaban y volvían grupas en confusión. Ignoraban que eran más que los cruzados y, además, habían chocado en total desventaja. Porque los de la hueste negra venían cargando y con arrancada, en tanto que ellos acababan de montar y estaban casi parados sobre sus caballos. Eso había hecho que al primer envite más de uno se fuese al suelo.

Galopaban ya de huida a través de las sombras. Llevaban de las riendas las monturas de varios compañeros heridos, y a algunos incluso les sostenían por el brazo o la espalda, para evitar que cayesen.

Caldera bramaba:

—¡No les persigáis! ¡No les persigáis!

El propio Blaylock, que había hecho amago de ir en pos de los fugitivos, tiró de las riendas. Miró a su alrededor, entre las sombras de luna, aturdido tanto por lo feroz como por lo fugaz del enfrentamiento. Luego arreó a su caballo para acercarse ahí donde ya Caldera y su vecino Ruiz, descabalgados, ayudaban a incorporarse a Vega. Debía de estar aturdido por el porrazo de la caída, porque no hacía otra cosa que decir:

—Mi caballo. ¿Dónde está mi caballo?

—Aquí, adalid.

Juan de Beaumont salió de las sombras con el alazán de las riendas. Entre Caldera y Ruiz le ayudaron a montar. Observó Blaylock mientras sacudía el brazo derecho. Lo sentía entumecido por el impacto de su lanza contra la adarga. Y no era el único que tenía alguna herida o lesión menor.

Claro que peor parte se habían llevado los benimerines. Pues eso eran, en efecto, a juzgar por sus ropajes. Hasta tres yacían muertos, despatarrados en el polvo del camino. Y a alguno más podían haber matado, porque muy mal iba alguno de los que se llevaron con el caballo de las riendas.

Volvió a la carrerilla Doble de Oro, con las greñas negras ondeando. Venía mohíno, porque había salido en pos de los caballos descabalgados, pero al parecer no había logrado coger a ninguno. Oyó Blaylock decir a Fierros con sorna:

—Vaya, amigo. A lo que veo, tampoco esta noche conseguiremos caballo.

Muy cerca, el de Sangarrén se echó a reír ante la ocurrencia. Puso su caballo a la par que el del aragonés.

—¿No debíamos haberles perseguido?

—No. Qué locura. Con esta oscuridad y en este terreno, lo único que conseguiríamos sería lastimar a nuestros caballos o rompernos nosotros la crisma. Galopar en estas condiciones queda para los que tienen que hacerlo para salvar la vida, como esos amigos con los que acabamos de medirnos.

—Ya.

Caldera dio una voz, emprendieron ya ellos también la retirada, no fuese que los de dentro mandasen ballesteros por los cerros. Blaylock se aproximó a Jufre Vega, que cabalgaba casi doblado.

—¿Cómo te encuentras, adalid?

—Quebrado —fue la respuesta escueta a través de la visera calada.

—Vamos —medió Caldera—. Apuremos. Tienen que verte esa caída.

—¿Llevaba alguno el relicario? —se interesó, a pesar de sus dolores, el enlutado.

—Es posible. Cruzaste lanzas con su adalid, creo. Iba al frente, como tú. Le dejaste arreglado, pero entre varios cuidaron de que no cayese al suelo. Así que tal vez lo llevaba él. Pero, de ser así, no hemos logrado recuperarlo.

—Pero hemos impedido que lo sacasen.

—Eso sí. —El veterano meneó la cabeza en la oscuridad—. Apuremos. Vamos a avisar a los de don Pedro de Castro para que sitúen a ballesteros en la senda. Nosotros por esta noche ya hemos cumplido.

## PADRINOS Y COMPADRES

*Padrinos eran aquellos que acompañaban al padre al bautizo de un hijo. Eso, en una sociedad poco letrada, tenía una importancia enorme. A falta de documentos escritos, eran ellos los que daban fe de que tal persona era hija de quien decía ser hija. De ahí que se escogieran con cuidado los padrinos, que fueran muchos y que se estableciese un vínculo especial entre padrinos y ahijados. Vínculo que también existía entre padre y padrinos, que eran entre ellos compadres.*

Llegando al real castellano, la hueste negra comenzó a dispersarse. Más de uno se fue a que físicos o curanderos les viesan puntadas de lanzas o contusiones. Uno de ellos fue Blaylock, que sentía el brazo entumecido y temía haberse descoyuntado el hombro. En cuanto a Jufre Vega, que cabalgaba con obvia dificultad, se lo llevaron a la almofalla de los suyos.

Una vez allí, por orden suya, lo metieron en la tienda de María Henríquez. Y antes de entrar mandó que no llamasen a físico alguno. Ya le curaría Paloma, que sabía de pótimas, de coser cuchilladas y de reducir fracturas, y de la que decían que valía tanto como el mejor de los médicos.

A las puertas de la carpa se apostaron Abarca y Beaumont, que no solo habían salido ilesos del enfrentamiento, sino que también estaban en el secreto de quién se ocultaba tras el almete pico de gorrión. Vega entró apoyándose en Caldera. Y por el coro de chillidos, preguntas e insultos que estalló de inmediato ahí dentro, se dijo Abarca que por nada del mundo hubiera querido estar en la piel del veterano.

Razón no le faltaba. De hecho, oyó cómo rugía el veterano.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Se van a enterar en todo el real!

Las dos criadas, sin hacerle el menor caso, sin dejar de lamentarse y recriminarle, tomaron a su ama por los brazos y se la llevaron a la yacija abierta.

Mientras ellas liberaban al enlutado del almete, Caldera se quitó los guanteletes y, tras arrojarlos sobre la tapa de un arcón, se echó atrás la capellina de cota de malla.

Juana tiró a un lado el almete, sin miramientos, de forma que rodó por el suelo de estera, resonando como un caldero viejo. Libraron a María de la cofia de cuero, le soltaron los cabellos.

—¡Qué locura! ¡Maldito idiota! ¡Esto tenía que ocurrir!

Caldera se llevó las manos a las sienes, como hombre enloquecido por la algarabía.

—¡Pero basta! ¡Parecéis gallinas! ¡Me vais a volver loco!

Ellas, sin dejar de denostar, comenzaron a desnudarla. María Henríquez, pálida y con los labios apretados, dejó que le quitasen guanteletes, botas, coderas. Juana se encaró con Caldera.

—¡Ya sabía yo que esto iba a acabar mal!

—Calla y atiéndela.

—¡Calla tú, viejo idiota! —Agitó una bota bajo sus narices.

Paloma, también barbotando enojos, se aplicaba ahora a examinar a su ama. Le palpaba el cuerpo por encima de la cuera de armar. Entendió Caldera que si no había soltado esa prenda era por temor a que tuviese alguna herida de arma. Se pasó la mano por la barba rojiza y cana.

—No tiene cuchilladas. Pero se cayó del caballo.

—¿Algún hueso quebrado? —rezongó la otra, sin mirarle siquiera.

—No, no —respondió por primera vez María entre dientes, como el que contiene el dolor.

Paloma entonces comenzó a soltar la cuera de armar.

—Fuera de aquí, Caldera maldito.

El veterano salió de buena gana, con los guanteletes en la mano. Porque si las palabras y los gestos matasen, él ya habría muerto ahí dentro como pasado por un centenar de flechas. Refunfuñaba al cruzar la entrada. ¡Como si encima tuviese él la culpa del empeño de su ahijada!

Rayaba a oriente. Se acercaba ya el día. Soplaban un viento gélido, muy propio de la última noche. Agitaba en la oscuridad los pendones y hacía resonar las lonas y los cueros de las tiendas.

Martín Abarca se encaró con él al tiempo que se frotaba las manos.

—Una noche larga, ¿eh?

—Y tú que lo digas, amigo.

—¿Sanará? —se interesó Juan de Beaumont.

—Claro que sanará, joven. No tiene nada roto y se repondrá rápido. Ha sido sobre todo el susto.

Se echó el aliento en las manos ahuecadas.

—Pues sí que hace frío, ¡rediós! Juan, procura estar a mano. Tal vez tengas que volver a vestirte de Jufre Vega.

—Como tú mandes.

—Será mejor que te quedes en la almofalla. Mira, vete a mi tienda y duerme un rato. —Se giró a Abarca—: Vete a acostar tú también.

—¿No quieres que me quede de guardia?

—No creo que sea necesario.

Echó una mirada de fastidio a su espalda.

—Después de todo, ahí dentro están esas dos locas. Pobre del que se atreva a entrar sin permiso.

## ALGEBRISTAS

*En árabe significa algo así como «reductores». También llamados ensalmadores y hernistas (aunque no siempre significaron exactamente lo mismo), eran los profesionales que se ocupaban de reducir fracturas, tratar luxaciones y, en general, atender todos los problemas relacionados con el sistema osteoarticular. La figura perduró durante cientos de años, y a partir del siglo xv, fue una de las profesiones que el Tribunal del Protomedicato estaba facultado para certificar y vigilar.*

—¿No te encuentras bien, señora?

María Henríquez había sonreído en la penumbra de su tienda. Una sonrisa a caballo entre el desmayo y la dureza.

—Pues no, señor. No me encuentro bien. Si estando bien de salud tuviese el aspecto que imagino que tengo, sería entonces hora de que me preocupase.

Se alegró Blaylock de la poca luz que había dentro. Esa respuesta ácida, muy acorde con el carácter de la dama, le había hecho casi ruborizar. Se le ocurrió que debía de tener el pabellón medio a oscuras adrede. Que le había recibido sentada en las sombras para ocultar en la medida de lo posible su estado. Porque solo había en el interior la luz que se filtraba al trasluz de las lonas. Y aun así, el escocés se había percatado de lo macilento de su rostro, así como de que estaba más recostada que sentada.

—¿Puedo interesarme sobre lo que te aqueja, si no es indiscreción?

—No lo es. Dice Paloma que he cogido fiebres del real.

—Siento oír eso. Yo las pasé hace poco y me dejaron mal parado. Si molesto, tal vez sea mejor que me marche.

—Si molestases, no te habría recibido, señor. ¿No crees?

Esta vez Blaylock ni se inmutó. No le iban a pillar desprevenido dos veces tan seguidas y en idénticas condiciones. Ella giró la cabeza.

—Paloma, mujer, trae vino. Siéntate, señor.

Él se desciñó la espada, antes de ocupar uno de aquellos asientos de madera y cuero.

—¿A qué obedece tu visita, señor?

Con la espada morisca en su vaina, atravesada sobre los muslos, Blaylock se quitó el bonete azul para pasarse la mano por el cabello corto y rubio.

—Venía a ver qué tal se encuentra Jufre Vega, señora. No salió anoche muy bien parado de la escaramuza.

—Más bien quedó bastante maltrecho. Sí. Pero fue cosa del momento. No tiene más que mataduras sin mayor importancia.

—Me alegro, porque corren toda clase de rumores sobre ello por el real.

—Que chismorreen lo que les venga en gana.

El visitante aceptó una taza de vino de manos de Paloma, al tiempo que asentía. Después la criada sirvió a su ama. Alzaron las tazas a modo de brindis, sin moverse de los asientos.

—Por una pronta recuperación de Jufre Vega —dijo él.

—Así sea. Aunque ya está en pie. Como puedes comprobar, ha salido a sus asuntos. —Bebió un sorbo—. ¿Y tú cómo te encuentras, señor? Me dijeron que también fuiste herido anoche.

—¿Yo? ¿Herido? Te han informado mal.

—¿No te lesionaste el brazo al lanzar a un enemigo?

—Ah. Estaba pensando en cuchilladas.

Sonrió al tiempo que, casi por instinto, se llevaba, la mano izquierda al hombro derecho.

—Sí. Me quedó algo dolorido el brazo del choque. Pero no tiene importancia.

—Todo lo que tiene que ver con el brazo derecho tiene importancia, señor. No por nada el derecho es el brazo de la espada.

—Dicen en mi tierra que el brazo de la espada no vale nada sin el brazo del escudo... —Volvió a sonreír, con la espada sobre los muslos y la taza en la mano—. En serio. No es nada.

—Espero que sea verdad. Ha habido hombres que en tesituras semejantes, por hacerse los duros y no acudir a los físicos, quedaron medio inválidos. Debiera examinarte algún algebrista. Los hay muy buenos en el real.

Él se llevó la taza a los labios, todavía sonriendo. Al beber, se llenó la nariz con esos olores a hierbas aromáticas que perfumaban el interior de esa tienda.

—Te agradezco el interés, pero entre los míos también hay más de uno que sabe de luxaciones y fracturas. Descuida. No deseo colgar las armas por no haber dado importancia a un mal golpe.

—Eso está bien. Me disgustaría que la hueste perdiese a un hombre de armas de tu valía.

—Y a mí me disgustaría que la hueste perdiese a su adalid. ¿Cómo es posible que Jufre Vega no esté descansando de las fatigas y los golpes de anoche?

—No es hombre de estar ocioso.

—Aun así...

—Jufre es como es, Bailoque. Aborrece estar mano sobre mano, y la verdad es que

no le gusta demasiado la compañía humana. Ya que podía tenerse en pie, se marchó.

—Ya.

Miró a su taza y descubrió algo azarado que estaba vacía. Paloma entendió que era una manera de reclamarla y acudió con una cántara sin que su ama se lo indicase. Él aceptó que le rellenaran la taza. Se intimó a beber con más calma, no fuese que el vino le nublase el entendimiento.

María alargó su taza para dar a entender que también quería más.

—Así que tienes el brazo derecho en perfecto estado. —Sonrió—. Muy bien. Vamos a comprobarlo.

De ahí mismo, a su lado, sacó un instrumento de cuerda. Aquella guitarra morisca que solía colgar de uno de los postes del pabellón. Paloma la tomó de manos de su ama para entregársela al visitante que, a su vez, dejó sobre un arcón la taza para recogerla.

Acarició el mástil, rozó las cuerdas. Tuvo que contenerse para no llevarse el instrumento a las narices y oler la madera encerada. Deslizó las yemas de los dedos por la caja panzuda con forma de pera.

Ella le señaló con el mentón.

—El derecho no es solo el brazo de la espada. También es el de tocar.

—Cierto.

—Ya que estoy aquí, yacente por la dolencia, y que tú tienes el brazo en buen estado, haz la merced... Toca.

Él levantó del instrumento sus ojos claros para ponerlos en los oscuros de ella. Sonrió de esa manera tranquila suya.

—Con gusto, señora.

Volvió a agachar la cabeza, tocada con bonete azul de pluma blanca. Apoyó los dedos izquierdos sobre los trastes. Acarició con los de la diestra la curvatura de la caja. Los paseó luego por las cuerdas para arrancarles unos primeros tañidos de tanteo mientras ella le observaba.

Luego, comenzó a tocar.



## FALSABRAGAS Y GALGAS

*La falsabraga es muro bajo, aislado y delantero que servía para proteger los lienzos principales de los proyectiles, así como para romper las cargas masivas contra las murallas. Por galgas se conoce a las piedras que ruedan cuesta abajo. El nombre les viene de que bajan dando saltos. En la guerra llamaban así a las rocas que se hacían rodar por los taludes para aplastar a los enemigos que atacaban.*

En esa ocasión el aire no estaba en calma. No. De hecho, era como si la misma noche rebosara de furia y bramase. Soplaban un viento frío y rugiente. Sacudía las copas de los árboles, de forma que en la oscuridad se oía entrechocar a las ramas. Hacía danzar a las llamas, aventaba bocanadas de chispas rojas, agitaba el manto del moro y la sobreveste de su visitante cristiano.

De nuevo había convocado el viejo general a su espía a una reunión en la ribera sur del Guadalteba. Otra vez los dos solos al calor de una fogata. Obediente, Aznar Téllez había salido de madrugada con la excusa de atajar cerca del río. Y, tras cruzar las aguas, se había encontrado con que otra vez le aguardaba Ozmín sentado sobre una manta, con café a mano y un tablero de ajedrez delante.

El caudillo de los voluntarios de la fe se había llevado el tazón humeante a los labios. Con parsimonia, con los ojos puestos en la partida de ajedrez. Al baile enloquecido de las llamas, sus rasgos parecían más afilados que nunca. Tanto que no pudo dejar de pensar Téllez en lo que se decía.

Corría más de un rumor acerca de que el general estaba muy enfermo. Bien pudiera ser. Era como si se estuviese secando, como si se consumiera poco a poco, camino de quedarse en poco más que piel y huesos. Y luego estaban todas esas rarezas suyas de los últimos tiempos. Esas reuniones nocturnas a solas, esas partidas de ajedrez que jugaba contra sí mismo...

El viento aullaba. Una ráfaga en especial violenta levantó una explosión de chispas. Alzó los ojos Ozmín a tiempo de ver cómo esas luciérnagas rojas se remontaban efímeras hacia la oscuridad.

—Esta noche andan sueltos los demonios, amigo.

—Sí, *saydy*.

—Es una señal. Pero un hombre de fe no debe temer ni a los demonios ni al propio miedo.

Bebió.

—Y tú y yo somos hombres de fe. ¿Verdad, amigo?

»Hay algo que siempre me ha intrigado y que aprovecho ahora para preguntarte. ¿Por qué en su día declinaste abrazar la verdadera fe cuando te lo ofrecimos?

—¿Te sorprende?

—Sí, porque, aunque sea de forma oculta, has renegado de tu pueblo. A cambio de oro, nos suministras informaciones que les causan bajas, pérdidas y que pueden llevarles a la derrota.

—Tú acabas de decirlo, es una cuestión de oro contante y sonante.

—Pero, tras los servicios que nos prestaste espionando en Tremecén, si hubieras abrazado la verdadera fe, el sultán te habría dado cargos, honores...

Téllez mostró los dientes a la luz de las llamas, en amago de sonrisa.

—Creo que te estás equivocando respecto a mí, *saydy*. Y los errores, como tú siempre dices, pueden ser perniciosos.

»Soy leal a mi fe y a mi sangre. Y yo no he renegado de nadie. No he traicionado al rey de Castilla puesto que me considero desnaturalizado. Ya no soy su vasallo ni él es mi señor. Sus esbirros mataron a mi padre, despojaron a mi familia y el propio rey mandó extinguir mi linaje.

»No le debo nada, excepto agravios. Soy libre de servir al rey de Aragón, al de Portugal, al de Tremecén o a tu sultán. Soy un hombre sin solar, sin linaje, sin raíces. Nada debo a nadie.

—Tienes razón. Te había juzgado mal.

El viejo se sirvió un poco más de café caliente, antes de mirar por primera vez a los ojos de su visitante.

—Así que no es el deseo de oro el que alientas, amigo, sino el de venganza.

—Los dos, *saydy*. Los dos. No son incompatibles. ¿Qué mayor placer que hacer daño al que te lo hizo y además sacar beneficio de ello?

—Puede ser un placer refinado, muy cierto. —Bebió de forma reposada—. Pero me da que esta noche no me traes muy buenas noticias.

—Tienes razón, como casi siempre. A veces me pregunto para qué me necesitas, si pareces saber de antemano lo que tengo que contarte.

—Mis hombres recogen muchos rumores, pero no siempre los rumores son ciertos. Aun así, a veces los hechos hablan por ellos mismos. Mis manos están vacías. No ha llegado a ellas el corazón de ese rey leproso. Así que eso me indica que no han podido sacarlo de Teba.

Otro sorbo de café.

—Pero, por otra parte, no tengo noticia de que don Alfonso lo haya recuperado. Si algo así hubiese ocurrido, lo estarían festejando en el real enemigo por todo lo alto. Así que ese relicario sigue dentro y a salvo.

»Si te refieres a eso, tienes razón. No necesito que nadie venga a contármelo. Para eso ya tengo el entendimiento que Dios me ha dado. Yo lo que quiero es saber los porqués y los detalles.

El otro asintió. Llevaba puesta la capellina de malla, lo que le daba un aire más circunspecto que de ordinario.

—Llevas razón, *saydy*. Intentaron sacar el relicario hace un par de noches. Conseguí hacerles llegar información acerca de la situación de escuchas y de un ataque nocturno programado. Sé que planificaron la salida con sumo cuidado y que...

—Al grano. Cuando uno es viejo, aprende el valor del tiempo.

—Sí, *saydy*. Hicieron una salida nocturna contra el tormentario y otra a modo de contraataque contra tropas que se habían acercado a las murallas. Y, al socaire de toda esa confusión, un grupo de tus jinetes bereberes trató de romper el cerco por un lugar en el que parecía posible.

—Parecía, pero no lo fue, entiendo.

—No. Fuese por azar o previsión, lo cierto es que había una hueste apostada en el camino elegido. Se produjo una escaramuza y tus jinetes tuvieron que regresar a toda prisa a Teba. Dicen que en ese enfrentamiento murió el jefe de tus jinetes refugiados en el interior. El que sustituyó a Aslam al Ghabra...

—¿De quién se trata? Su nombre.

—No lo sé, *saydy*. No es más que un rumor.

—Ya. ¿Y el relicario?

—Tus jinetes lograron salvarlo. Retroceder con él en su poder.

—Entonces, la posible muerte de ese nuevo adalid es irrelevante. Ya me enteraré de su nombre y de si ese rumor es verdad. Dios le premie si ha muerto. Pero, desde un punto de vista estratégico, él y todos los que están en Teba no son más que esto. —Le mostró un peón—. Piezas menores del juego. A veces, con este tipo de piezas, el mayor valor reside en que son sacrificables.

Devolvió con cuidado el peón blanco a su casilla.

—Mi gran problema es que ahora me he visto atrapado en mi propio juego. He arrinconado a don Alfonso, pero yo a mi vez me veo también muy obligado. El relicario está en Teba y justo por ese motivo don Alfonso ataca sus murallas día y noche con furia renovada.

»Solo veo tres salidas a esta situación. La primera es que el relicario siga dentro y los cruzados acaben entrando en Teba, cosa que sería catastrófica para Granada, porque toda esta comarca quedaría de forma irremediable en su poder. La segunda es que tratemos de sacar de ahí el relicario, como se hizo la otra noche. Y eso abre dos opciones.

»Una es que caiga en sus manos, como, por lo visto, estuvo a punto de ocurrir. Eso sería malo, porque elevaría la moral de los cristianos y les daría ánimos para proseguir con su asedio. Otra es que logremos sacar el relicario y que este llegue a mis manos.

—¿Y de verdad cambiaría eso el curso de la guerra?

—Eso solo Dios lo sabe. Pero algo así hundiría todavía más la moral de los sitiadores. Están atorados ante los muros de Teba, comidos de enfermedades, sufriendo el acoso de mis jinetes, escasos de agua y sufriendo reveses.

—¿Crees que algo así sería determinante para hacer que levantasen el asedio?

—¿Quién sabe? Ya se han marchado los portugueses de la Orden de Cristo. Y no hay que olvidar que don Alfonso es joven y soberbio. Si empujado por una mala noticia como esa tuviera la pésima ocurrencia de lanzar a sus tropas en masa o cruzase de forma imprudente el río...

Frunció la boca, meneó despacio la cabeza como para ahuyentar espejismos.

—A lo que importa... Hay que aliviar la presión sobre Teba, sea sacando de ahí el relicario o mediante alguna maniobra.

Aznar Téllez se despojó de los guanteletes para tender las manos al calor de las llamas.

—Hay una circunstancia que debes conocer. La hueste que impidió la otra noche la salida del relicario está al mando del mismo adalid que abatió a Aslam cuando incendiaron la bastida.

Ozmín, con un caballo entre los dedos, alzó la cabeza, con una nueva luz en sus ojos cansados.

—¡Ah! ¿Jufre Vega? ¿El del escudo enlutado?

—Ese mismo. Veo que ya has oído hablar de él.

—¿Cómo no, amigo mío? Necio sería si te tuviese a ti por única fuente de información. Y no lo digo como algo personal, sino como norma.

Recogió su tazón para beber un poco más de café.

—Vaya, vaya. Vega el enlutado. Y dime, ¿acaso les estaban esperando?

—Eso parece. No es normal que una hueste de a caballo esté apostada en mitad de la noche en una senda al sur de Teba mientras se produce un ataque.

—No. Nada habitual. ¿Será que tienen informadores dentro?

—¿Por qué no? El alcaide ya ha colgado a más de uno en lo alto de las torres. Y siempre hay desertores que escapan con informaciones a modo de salvoconducto.

El viejo torció el gesto.

—Volvemos a especular. En todo caso, imagino que ese hecho habrá subido la moral. A los soldados les gustan los héroes.

Téllez volvió a tender las manos al fuego, con gesto hosco esta vez.

—Tú lo has dicho. Jufre Vega es el personaje del momento en el real.

—Algo habrá que hacer al respecto.

—Yo puedo ocuparme, *saydy*.

—No. —El bereber meneó la cabeza tocada con turbante—. No sería prudente. Un asesinato te señalaría de inmediato a ti. Aparte de que, como te consume el odio contra ese hombre y todos los de su sangre, es muy posible que tú mismo te delatases con algún acto precipitado.

Sonrió ante la expresión cautelosa del otro.

—Sí, amigo. Sé de las cuentas pendientes que tienes con Jufre Vega y sus parientes. ¿Creías que iba a ignorarlo? Olvida el asesinato. Sería una temeridad por tu parte, y por la mía una acción nada honorable. Pronto tendré que dar cuentas a Dios y no deseo cargar con una muerte infame. Jufre Vega es un enemigo de guerra. Ha de caer en buena lid, en lucha cara a cara.

—Entonces, ¿qué tienes planeado?

—De momento, nada.

Ozmín volvió a agachar la cabeza para volcar su atención al juego. Alargó la mano hacia el tablero y el viento rugiente le agitó la manga del manto.

—Nunca hay que precipitarse. Tengo que reflexionar. Estudiar los movimientos posibles y las consecuencias que podría tener cada uno de ellos.

»Y pensar. Pensar. Hay jugadas dentro de jugadas, y esas son las más complejas y valiosas. Es posible mover una pieza de tal forma que, con independencia del destino que corra y de si alcanza su objetivo o no, su acción sirva de apertura a otra jugada de mucho mayor calado.

Desplazó un alfil negro.

—Sí. Se me está ocurriendo... pero tengo que sopesarlo. Pensar con sumo cuidado.

## CORONAS Y REINOS

*Por corona se conocía a todos los territorios bajo el mando de un rey. Había cuatro coronas en esa época en España: la de Castilla, la de Aragón, la de Navarra y la de Portugal, a la que había que añadir el reino de Granada, que a veces estaba dividido en dos, y el reino cristiano de Mallorca, que no tardaría en ser absorbido por la corona aragonesa.*

*Reino era todo territorio que obedecía a unas leyes comunes, distintas de las de los demás. Las coronas estaban formadas por reinos. Algunos respondían a razones históricas, como, dentro de la corona de Castilla, el reino de León y el reino de Castilla. Otros a razones políticas, como el de Toledo, en el que las pugnas entre los emigrantes castellanos, que obedecían a sus fueros, y los leoneses y gallegos, que se regían por el Fuero Juzgo, llevaron a convertirlo en una unidad política bien diferenciada.*

*Aparte de eso había reinos independientes, como el señalado de Mallorca, así como señoríos —como el de Vizcaya— y otros casos especiales, como Cataluña, que no tenía cortes ni ningún órgano representativo propio hasta la Guerra de los dos Pedros, que les obligó a instituir uno para oponerse a las recaudaciones de Pedro el Ceremonioso de Aragón con destino al conflicto con Pedro el Cruel de Castilla.*

Tras varias noches de vendaval, el viento estaba en calma. Ardía tranquila la hoguera y en el silencio se oía cantar a los grillos. Crepitaban las ramas, olía a leña quemada y en esa atmósfera quieta esos olores tenían casi sabor a casa.

Guitarreaban los hombres a la luz de las llamas. Vihuela de mano, dos guitarras latinas y una morisca. Cantaba el de la vihuela en castellano de Castilla, esa lengua tan sonora y cerrada que a Blaylock le resultaba tan difícil, hecho ya a ese otro castellano de frontera en el que se entendía ahí todo el mundo. Pero los tres con los que estaban

eran dos hidalgos castellanos y el tercero —que tocaba una guitarra latina— era un fraile ambulante, un begardo nativo también de algún lugar de Castilla.

El propio Blaylock tocaba la morisca, que le habían prestado para la ocasión y de buena gana, pues se iba haciendo en el real fama de buen músico. Llevaban ahí largo tiempo, desde que cayera el sol, unas veces tocando todos juntos y otras en duelos de acordes.

El canto del de la vihuela, que era un hombre de armas fibroso y de nariz aguileña, comenzó a declinar. Acompañando, los guitarristas fueron apagando sus sonos. Murió el canto y alguien que se había detenido a escuchar, justo al borde de la luz del fuego, se retiró. Se fundió con la oscuridad de la noche.

El fraile de hábito pardusco observó el lugar donde hasta un instante antes estuvo esa silueta inmóvil. Habló sin volver la cabeza:

—Escocés, dicen por ahí que tu adalid está malherido y otros cuentan todo lo contrario. Que mató a diez y salió sin un rasguño. ¿Qué es lo que hay de cierto?

Torció Blaylock el gesto, pero más que nada porque estaba tratando de interpretar lo que le había dicho. Aquel maldito begardo se olvidaba cada dos por tres de con quién estaba hablando y cambiaba de continuo al castellano de Castilla.

En cuanto a la pregunta en sí, no cabía sorprenderse de ella. Incluso pudo imaginar más o menos por qué ese fraile ambulante, mientras veía retirarse al oyente espontáneo, le había hecho la pregunta. Era muy posible que aquel desconocido al borde de la luz le hubiese hecho pensar en Jufre Vega. Una de las pequeñas leyendas del real era que el enlutado tenía la costumbre de despojarse del casco para deambular. Que, aprovechando que nadie conocía su rostro, se acercaba a los fuegos de campamento para escuchar y conocer.

Esa era la explicación que algunos daban a sus continuas desapariciones. Otros decían, en cambio, que se retiraba a rezar en despoblado, pues era un eremita que había abandonado su soledad para vengar la ofensa a su sangre. Hasta se rumoreaba que era un antiguo templario que se había refugiado en algún desierto a la disolución de su orden.

Se dijo el escocés que era normal tanta habladería. Aquello era un asedio, se vivía entre el fragor de los asaltos y el descanso sobre las armas, en espera de que la caballería enemiga se animase a cruzar el río, antes de que cayese Teba. Cualquier incidente circulaba alrededor de los calderos más rápido que la moneda falsa, deformándose hasta hacerse irreconocible.

—No, no está malherido. Pero tampoco mató a diez anoche.

—¿Seguro?

—Yo estaba allí. Lo vi con estos ojos. Cayó del caballo y quedó aturdido por el golpe. Pero a la tarde del día siguiente ya estaba bien.

El de la vihuela dejó su instrumento con tanto cuidado como si fuese de cristal. Se acercó a la fogata y, mientras tendía las manos, preguntó:

—¿Y qué es eso de que entre los que mató estaba el nuevo adalid de los jinetes

benimerines refugiados en Teba?

—Pegó una buena lanzada a uno, eso es verdad. No sé si lo mató o no, aunque es muy posible que así sea. Lo que no sé es si era o no adalid.

—¿Entonces por qué dicen eso?

—Tendrás que preguntárselo a los que lo cuentan y no a mí. Yo solo puedo decirte que es verdad que iba el primero. Pero no sé si eso le convierte a uno en adalid.

El de las manos tendidas al fuego le miró desconcertado. El begardo cambió miradas con los otros dos hidalgos. El de más edad, guitarra en mano, se rio entre dientes.

—¿Entonces también es falso que ese supuesto adalid cargaba con el relicario y que estuvisteis en un tris de recuperarlo?

—No sé de dónde se saca la gente todas estas historias y detalles. No sé si llevaba encima el relicario. Vestía manto, combatíamos al galope, era de noche... Yo no vi nada y estaba allí. Y créeme que nadie tiene más interés que yo en recuperar el relicario. Igual interés puede, pero más no.

Ese hidalgo de más edad se sentó con la guitarra en el regazo.

—¿Y si todos esos chismes fuesen informaciones salidas de dentro, de Teba?

—Eso ya sería otra cosa, desde luego.

Habló de nuevo el de la vihuela, de espaldas, con las manos otra vez tendidas al fuego:

—Pues, amigo Bailoque, me alegro de saber que Jufre Vega está en plenitud de forma. Porque lo va a necesitar.

—¿Por qué? ¿Vamos a dar un asalto general contra las murallas? ¿Sabéis algo de eso?

—¿Asalto? No, que yo sepa. ¿Por qué dices eso?

—¿Cómo que por qué? Por lo que acabas de decir acerca de que Vega necesitará estar en forma plena.

El de la vihuela se giró para mirarle. Cambió miradas de desconcierto con los otros.

—¡Hombre! —exclamó el de más edad—. No me digas que no lo sabes.

—¿Saber el qué?

—Que esta tarde llegaron varios caballeros granadinos. Venían del campo de Ozmín. Unos nazaríes de vestimentas lujosas, con abanderado y todo.

—Ni idea. ¿Pero qué tiene que ver eso con Jufre Vega?

—Que venían como heraldos de otro caballero de Granada. Traían un desafío de su parte para Jufre Vega. Le reta a duelo singular.



# NAZARÍ

*Dinastía mora que gobernó el reino de Granada desde 1238 hasta su caída en 1492. Por extensión se puede usar el nombre para designar a los súbditos de su reino. Ya en el siglo XIV, su existencia estaba marcada por las turbulencias internas, levantamientos y golpes palaciegos, así como por la presión constante de Castilla, que iba arrancándole territorios unas veces y obligándole a comprar paz a cambio de tributos otras.*

Por la mañana, antes de que apretase demasiado el calor, huestes de ambos bandos fueron a encontrarse a algo más de media legua al oeste de Teba. Los montaraces y atajadores cristianos que corrían por los altos, en busca de posibles emboscados, podían ver cómo los de a caballo se aproximaban entre ondear de pendones, con la tierra trepidando bajo los cascos de sus monturas.

Por esa zona el terreno era menos accidentado que al sur de la fortaleza. De hecho, el lugar acordado para el duelo era un rellano entre cerros al sur del río Almargen. Y hasta una de esas elevaciones habían cabalgado Blaylock y el de Sangarrén, a otear para asegurarse de que no había celadas.

Desde allí arriba, sobre su caballo, si se giraba a oriente, el escocés podía ver a los cruzados desplegándose con el sol a la espalda. Un mar de lanzas y de pendones. Enseñas blancas con cruces negras o rojas, con castillos y leones, con las cruces florlisadas negras de Calatrava, las verdes de Alcántara, las apuntadas rojas de Santiago...

Tan absorto estaba en ese ondear de lienzos sobre las puntas que casi le sobresaltó el vozarrón del de Sangarrén:

—Quinientos nuestros de a caballo. Así fue pactado.

Señaló con su dardo hacia el oeste.

—Y ahí otros quinientos de los moros. Ni uno más, ni uno menos.

En efecto, allá por el oriente y con el sol de cara se acercaba otro contingente grueso, erizado de lanzas y pendones que en su caso eran unos rojos y otros verdes. Blaylock se giró para contemplar dudoso ese despliegue de fuerzas. Se acarició la gran barba rubia.

—¿Seguro que no habrán planeado nada?

—Y tan seguro. Amigo, los granadinos antes se dejarían cortar la mano derecha que faltar a un acuerdo de esta clase.

—¿Y Ozmín?

—Ese es muy zorro pero noble, y si tratase de armar algo, los de Granada se lo impedirían...

—¿Y qué hacemos patrullando por estos altos entonces?

—Hacemos lo que debe hacerse. Ni más ni menos.

—Ya.

Asentía el escocés sin estar convencido. Avizoraba por los alrededores con ojos achicados. Inclina a veces la cabeza, para que el ala del capacete le protegiera del deslumbre del sol. Pero, por más que miraba, no veía nada que se pudiera considerar sospechoso.

Bajó los ojos al llano. Allí habían clavado gallardetes rojos al extremo de varas finas para formar un gran cuadrado. Y hacia ese lugar se destacaban ya de las respectivas huestes dos parejas de a caballo, cada uno con un pendón. El que salía del contingente cruzado portaba una bandera negra. La bandera negra de Jufre Vega. Pese a la distancia, los dos observadores pudieron reconocer en el portaestandarte a Gome Caldera, y en el que le acompañaba a Fernando Ruiz, su compadre y vecino.

—¡Pardiez! —barbotó el de Sangarrén—. ¿Pero ya van a ultimar detalles? Escocés, apura. Bajemos o no llegamos.

Arreó a su montura con un chascar sonoro de lengua. Blaylock tiró de las riendas para seguirle en el descenso. No andaba desatinado el aragonés. Como tuvieron que bajar por la ladera meridional, cuando llegaron hasta los quinientos cruzados, los negociadores ya estaban de vuelta con los últimos flecos atados. Y Jufre Vega con los otros que habían de acompañarle se había situado en primera línea con sus caballos.

Según apuraban a sus monturas para acercarse, Blaylock observó al adalid. Calaba su almete de pico de gorrión y plumas negras, por supuesto. Portaba también el escudo enlutado, de banda negra sobre fondo leonado. Pero su montura no era el alazán de siempre, sino un tordo de estampa muy fina, cedido por un caballero de Santiago para ese duelo.

Las armas ofensivas del de negro eran su espada jineta, un martillo de armas y dos jabalinas en una aljaba que colgaba de la silla. Así había sido acordado. Nada de lorigas, placas o cotas de mallas. Para la ocasión vestía jaqueta negra que le permitía blandir hierros o disparar proyectiles sin estorbarle los movimientos.

Si estaba nervioso no lo demostraba. O tal vez ese envaramiento, ese cabalgar tan tieso era la forma en la que daba salida a sus nervios. ¿Quién podía saberlo? Lo único cierto es que, cuando llegaron a su altura, se permitió una risa metálica a través de los agujeros de la visera.

—¿Qué? ¿Nos aguarda algún emboscado, Bailoque?

Bailoque. Así le llamaban los castellanos, que parecían tener la costumbre de renombrar a todo y a todos según se acomodaba mejor a su propia lengua. Sonrió con

serenidad.

—Ningún emboscado, adalid. Pero eso solo significa que no los hemos visto, no que no los haya.

Medió Caldera, bandera negra en puño y con tanta seriedad como acostumbraba al hablar de ciertos temas.

—Vuestro celo es loable, amigos. Pero descuidad, nadie mancillaría su honor con motivo de un duelo singular.

—¿Y para qué tanta lanza en el campo entonces?

La respuesta de Caldera le recordó a la del aragonés de un rato antes.

—Las cosas se tienen que hacer bien. Hay que respetar las costumbres. Y también acordarlo todo hasta el mínimo detalle. Esa es la mejor forma de que no haya malentendidos peligrosos.

El escocés estuvo a punto de sobarse las barbas. «Malentendidos peligrosos». Se le ocurrió que más peligroso sería que Jufre Vega resultase vencido o, peor, muerto. Pero ya había discutido sobre ese extremo la noche antes con el propio Caldera, al amor de una fogata.

Había argumentado con ardor sobre lo desacertado que había sido el aceptar el desafío del caballero granadino. El veterano le había dado la razón a todo con meneos de cabeza, antes de responder en tono resignado.

—Ya no tiene remedio. Y no se le pueden pedir monedas a la luna, amigo. Es verdad que rehusar no sería motivo de deshonor. Pero tampoco daría prestigio precisamente. Y eso es algo que una persona como Jufre Vega no podría sufrir.

—¿Pero cómo no ve que es una encerrona? Los moros saben de la popularidad que ha ganado Vega entre los cruzados. Son conscientes de que sus hazañas han conseguido animar a los hombres. Y confían en que todo eso se desvanecerá como humo si su campeón consigue vencerle en duelo.

Caldera bufó, con las manos tendidas al fuego.

—¿Crees que no se lo he dicho? Todo eso y mucho más. Pero es tan... —regruñó por lo bajo—, es tan tozudo y pagado de su honra como María. Es un rasgo de esa familia, como de otras lo son el color de los ojos o el pelo. ¡Rediós! ¿Por qué crees que mi compadre Henríquez sufrió esa congestión apenas salir de la tienda del rey? Porque no pudo soportar que le escarneciera así, en público.

—Veo que conoces bien a Vega.

—¿Conocer? ¿Bien? —resopló como un caballo—. Tanto como a la propia María. Pero sobre ese tema mejor ni hablar. ¡Ni tocarlo! He jurado guardar secreto absoluto y la mejor manera de hacerlo es ni rozar en conversación el asunto.

No había insistido el escocés. ¿Para qué? El misterio rodeaba al enlutado. Era parte de su esencia. Nadie sabía nada, y los pocos que sabían no despegaban los labios. Todo eran rumores, nada certezas. Y ahora ese desafío atizaba todavía más las habladurías y toda clase de especulaciones desatinadas.

Una comitiva de nazarís había acudido ante don Alfonso con gran boato.

Pendones en lanzas, ropajes de terciopelos y brocados, armas y yelmos damasquinados. Caballos magníficos, vaharadas a perfumes a cada ondear de las telas. O eso le contaron a Blaylock, que no estuvo allí. Portaban toda clase de presentes para el rey castellano y un desafío para Jufre Vega. Balban ibn Satib, caballero de Granada y pariente lejano del rey Mohamed, le retaba a duelo singular, donde él quisiera y con las armas que eligiese.

Regresó Blaylock al presente porque Jufre Vega se arrancaba impetuoso, con gran estruendo de galopada. Se libró a toda prisa de escudo y capacete. Se lo entregó a quien encontró más cerca. Estaba pactado que quienes acompañasen a los campeones lo hicieran desprovistos de yelmos, escudos y lanzas. Picó a su caballo para alcanzar a los acompañantes de Vega, que eran los de a caballo de la hueste negra más un par de hidalgos al servicio de don Pedro Fernández de Castro y un caballero de Santiago.

Le fue fácil distinguir a Balban. Sin duda era aquel alto y vestido de rojo sobre soberbio caballo negro de gualdrapas también rojas.

Todo rojo en las vestimentas del granadino no podía ser casual. Porque rojo era el color de los estandartes de los nazaríes, como verde lo era el de los del sultán Abu el Hassan y anaranjado el de los de su hijo Abu Inan. Al lucirlo, Balban se proclamaba paladín de todo su bando. Y al verlo, reparó el escocés en que, en cambio, don Alfonso se había cuidado de no mandar con Vega ni estandartes ni oficiales, para evitar así el verse salpicado por una posible derrota del enlutado.

Pero ya estaban llegando al cuadrilátero de gallardetes rojos sobre varas. Cada grupo se desvió para situarse a su derecha y a suficiente distancia, en tanto que los campeones se quedaban en los extremos oeste y este, respectivamente, próximos a las varas.

Se produjo un intermedio. Los padrinos de Vega aguardaban sobre sus caballos, con el sol en los costados izquierdos. Sí. Aquel iba a ser otro día de gran calor. Allí parado, Blaylock fue consciente del silencio que reinaba en el campo, acentuado por los resoplidos de los caballos y los cantos de algunos pájaros.

El caballero de Granada alzó un dardo. El sol destelló en la punta. A esa señal, el abanderado de los suyos ondeó el estandarte rojo. Caldera, tras mirar a Vega, agitó a su vez la bandera negra.

—Atentos —demandó el veterano con voz ronca.

El escocés sintió que se le erizaba el vello al oír esa sola palabra. Estaban ahí para garantizar que no hubiese traiciones. Que Balban no cruzase el cuadrado de gallardetes para disparar un dardo a distancia menor de la acordada. Que no empuñase un arma no pactada. Que los suyos no irrumpieran en el campo de duelo.

Todo eso trató el de Sangarrén de explicárselo la noche antes. Pero él ya conocía de sobra las reglas, que eran más o menos iguales que en su tierra. La clave estaba en que nadie perdiese los nervios. Se trataba de evitar que, aun sin mala intención previa, al calor de la lucha o viendo peligrar a su campeón, alguien quebrase las normas y arrastrase al combate a sus compañeros.

Se pusieron en movimiento los dos jinetes casi a la vez, casi como si hubiesen estado de acuerdo. Su arrancada sorprendió al escocés, que había esperado que lo hiciesen a rienda suelta, cada uno dejando a su izquierda las varas para disparar dardos al cruce. Pero no. Lo hicieron al trote, ambos con un proyectil en la diestra y los escudos embrazados. Y al llegar a la vertical realizaron una maniobra para él insólita.

Refrenaron las monturas y las hicieron girar para enfrentarlas con el cuadrado de por medio, con las armas siempre prestas. Pero no las dejaron ahí quietas, en absoluto, sino que las forzaron a desplazarse de lado, a uno y a otro, mientras amagaban el tiro.

Blaylock, tieso sobre la silla, acarició con dedos enguantados el pomo de la espada jineta que colgaba del borrén delantero. Con la sangre encendida, admiró aquel baile de caballos. Esos movimientos de costado exigían tanto monturas buenas y bien entrenadas como jinetes de primera. Ahora comprendía por qué Vega había trocado su alazán de guerra por esa otra montura más fina. Ahora comprendía por qué ese bayo era tan valioso.

Así estuvieron largo tiempo, como los caballos bailando enfrentados y ellos blandiendo dardos. A la postre fue el de Granada el que primero se arriesgó a lanzar. A Vega no le hizo falta ni siquiera interponer el escudo. Solo necesitó tirar de las riendas para llevar a su caballo a la derecha. Y el proyectil pasó silbando a más de un brazo de distancia por su izquierda.

Pero Balban no esperó a ver si tu tiro daba en el blanco. No acababa de salir el dardo de su mano cuando ya arreaba al caballo para ponerlo al galope. Vega disparó de forma precipitada antes de picar también espuelas.

El de Sangarrén maldijo de forma resonante al ver cómo ese dardo pasaba muy por la grupa del caballo negro.

—¡Mierda, escocés, mierda!

—¿Qué pasa, hombre?

—Que ha sido una treta. Eso pasa. Y Vega ha picado. Ese moro ha conseguido que malgaste uno de sus dos dardos.

—Él también ha perdido uno. Empate.

—Empate, mis narices. Balban tiene fama de bueno con la espada. Es mejor con ella que con los dardos. ¿Por qué te crees que Vega eligió duelo a dardos? Y Balban trata de llegar al cuerpo a cuerpo. Que los dos pierdan un dardo es un buen cambio... para él.

Hablaban sin despegar los ojos del campo. Los duelistas corrían vueltas mortíferas alrededor del cuadrado de gallardetes. La táctica del granadino había sido salir de sopetón para ganar unos cuerpos de caballo. Y azuzaba ahora a su montura buscando colocarse a la zaga de Vega, que había optado por huir y no por revolve.

Ya estaba dándose cuenta el escocés de que aquel era un estilo de duelo complejo. Que había diversas estrategias posibles y que un despiste podía dejar a uno en

desventaja mortal.

Pero Vega no había caído en la trampa. No se había aturullado. Salió al galope a tiempo, por lo que la ventaja del otro no era concluyente. Tras dos vueltas, quedó claro que Balban no iba a conseguir colocarse tras Vega ni por tanto darle por la espalda. Conscientes de ello, al poco, los dos comenzaron a reducir el paso de sus cabalgaduras.

Al llegar a su lado original del cuadrilátero, volvieron a enfrentar a los caballos. Se reprodujo aquel baile lateral. Iban y venían entre ondear de gualdrapas y destellos de las puntas afiladas de los dardos. Los gallardetes rojos se agitaban a golpes erráticos de un aire cada vez más cálido. Blaylock sudaba bajo la capellina de malla. Sentía cómo los hilillos le resbalaban por el cuello abajo y no sabía si tanto sudor se debía al calor en aumento o a la tensión de estar ahí, sin poder hacer nada excepto observar aquella danza mortífera.

De nuevo lanzó el de Granada. Solo que esa vez él fue el sorprendido. Porque Vega anticipó el lanzamiento y azuzó a su caballo en lugar de interponer el escudo o disparar a su vez. El dardo pasó inofensivo a espaldas del enlutado, que ganó un trecho gracias a que su rival no esperaba tal reacción.

Se produjo otra galopada atronadora alrededor del cuadrado, en esa ocasión con el de negro intentando disparar contra la espalda del de rojo.

Sin embargo, su empeño fue tan vano como el de su rival momentos antes. Tras otro par de vueltas, asumió su fracaso y fue refrenando su montura para no agotarla. Balban, al verlo por encima del hombro, hizo lo propio.

Quedaron otra vez en línea, solo que ahora Vega conservaba el último dardo. Reanudaron ese juego ecuestre de llevar a los caballos a derecha e izquierda, ahora entre velos de polvo levantado por las carreras. Vega blandía, amagaba. El granadino guiaba a su montura de gualdrapas rojas, con la adarga siempre presta.

Así largo rato, mientras los padrinos de ambos observaban con la boca reseca por el polvo y la crispación. Y de repente Vega hizo algo insólito. Tiró pero hacia abajo, de forma que el dardo se clavó en ángulo en el centro del cuadrilátero.

Unos y otros contemplaron boquiabiertos la vara que vibraba sobre la tierra reseca.

—Pero ¿por qué ha hecho eso? —preguntó Blaylock con voz ahogada.

Le respondió Caldera sin volver la cabeza:

—Creo que nuestro adalid tiene empacho de romances.

Pese al sarcasmo, la voz le salió como un graznido. Acto seguido, se las compuso para soltar por un instante las riendas y pasarse un trapo por la cara, porque la tenía bañada en sudor.

Los duelistas se habían quedado inmóviles sobre los caballos, separados por el perímetro de gallardetes. Luego el granadino sacó su espada, que era curva, ancha y filosa. Lo hizo despacio para saludar con ella, sin duda en homenaje al gesto de su rival. Vega desenvainó con igual lentitud su espada jineta.

Salieron de nuevo al galope, solo que esta vez de frente, al encuentro, cruzando el cuadrado que solo servía para separar mientras el duelo fuese a dardos. Vega cargó con el brazo extendido y la espada de punta, en tanto que Balban lo hacía volteando su cimitarra.

Se cruzaron al galope, cada uno por su derecha. Ni la estocada de Vega ni el tajo de Balban encontraron al cuerpo del enemigo. El segundo ni lo intentó. Trató de quebrar de tajo la hoja tendida del enlutado, pero este se la hurtó al golpe desviándola en el momento justo.

Se revolvieron en un tramo muy corto. Tanto que de nuevo se admiró el escocés del dominio de los jinetes y del entrenamiento de las monturas. Pero fue un pensamiento fugaz, porque ya se echaban los contendientes encima el uno del otro. Esta vez por la izquierda. Al encontronazo.

Todo fue muy rápido. El de Granada descargó un tajo de arriba abajo que Vega bloqueó con su escudo, al tiempo que tiraba una estocada a la garganta del moro. Este la desvió con su adarga. Mientras lo hacía, tal vez porque era la reacción que esperaba, el cruzado pegó con su escudo de canto contra el rostro de su enemigo.

Balban se echó atrás para esquivar. No lo logró del todo. Recibió un golpe de refilón y, aunque no debió de sufrir mucho daño, como estaba ya desequilibrado, salió despedido de la silla. Sabía caer, porque rodó para ponerse en pie sin demora. Pero el enlutado le espantó al caballo con un escudazo en las ancas, de manera que le hizo arrollar a su propio jinete.

Un clamor creciente a su izquierda le indicó a Blaylock que los de su bando habían comenzado a vitorear a su campeón. Aún el nazarí se incorporó, maltrecho pero con la cimitarra todavía en la mano. Vega le pasó por encima con su caballo, antes de que pudiera ponerse en guardia. Y esta vez ya no se levantó.

—¡Atentos pero quietos! —graznó más que exclamó Caldera.

El escocés apoyó la mano en el pomo de la espada, con un ojo en los duelistas y otro en los padrinos de Granada. Aquel era un momento crítico. Alguien podía arrancarse en auxilio del vencido y arrastrar consigo al resto.

Pero los granadinos se quedaron en su sitio. Vega había hecho dar la vuelta a su caballo, pero no lo hizo pasar de nuevo por encima del caído. Desde lo alto de su montura, espada en mano, con las plumas negras del almete ondeando, observó al enemigo de casco apuntado y ropajes rojos que yacía despatarrado. Alzó despacio su espada jineta. El duelo se había acabado.

Las aclamaciones a mano izquierda ganaban intensidad. Los quinientos de los cruzados agitaban lanzas, vitoreaban, tremolaban pendones. También del lado de los moros hacían ondear sus estandartes rojos y verdes, aunque de forma más discreta. Era una cortesía, un homenaje al vencedor.

Vega ya venía con su caballo al paso y la espada todavía en puño. Los padrinos de Balban se acercaban a su campeón, cabalgando despacio y con las manos bien visibles para no dar lugar a malentendidos. Varios de ellos descabalaron. El escocés vio cómo

sentaban al de rojo. Cómo le quitaban el casco y cómo hablaban entre ellos. Así que el campeón de Granada muerto de momento no estaba.

Caldera se dirigió a Vega no bien le tuvo al alcance de la voz:

—Buen duelo —aprobó con sequedad—. Y ahora, adalid, lo mejor es que nos marchemos.

—¿Y mis dardos?

—No te preocupes por ellos. Ya los recogerán los granadinos. Nos los harán llegar junto con la espada y el caballo de Balban.

Gruñó algo para sus adentros, como hombre que se traga la bilis, antes de añadir:

—Por cierto, la próxima vez que se te ocurra tener un gesto como el de antes, te sugiero que sueltes el dardo. Solo déjalo caer. No lances contra el suelo. No hay forma mejor de arruinar una buena punta que clavarla en la tierra seca.



# TABARDO

*Ropón sin mangas que se usaba por encima de otras prendas. Podía ser de factura tosca o muy rica, de buenas telas y blasonado. Las prendas sin mangas eran una constante en esa época, ya que daban más libertad para mover los brazos, algo muy útil cuando se trataba de manejar las armas. Sin mangas eran las sobrevestes y también las gonelas, especie de túnicas largas, al revés que los tabardos, que nunca bajaban mucho de la cintura.*

En esa ocasión, fue Gome Caldera el que tuvo que hacer esfuerzos para mantener la compostura mientras estuvieron en público. Y eso le supuso esforzarse largo rato. Tras el duelo, Jufre Vega se tomó su tiempo para recibir el homenaje y las felicitaciones de varios notables del ejército cruzado. Y aún después fue atendido por el rey, que le cubrió parabienes, y remató asistiendo a una misa oficiada por capellanes de don Pedro Fernández de Castro.

Así que no regresaron a la almofalla de Gamboa hasta ya entrada la tarde. Vega se fue derecho a su tienda porque, al no haber abierto la visera en todo el día, estaba muerto de sed. Caldera por su parte acudió al pabellón de María Henríquez. Pero como se entretuvo a conversar con algunos vecinos de Estepa, que tenían sus tiendas justo al lado, cuando entró ya Vega había pasado de una carpa a otra —pues estaban lona contra lona— y se estaba sentando para que le desarmasen.

Caldera se despojó de los guanteletes. Con ellos en la mano, observó callado cómo las criadas retiraban el almete. Las tres mujeres estaban parloteando. Las dos criadas soltaban un torrente de preguntas. Su ama contestaba, afirmaba, negaba, se reía de alguno de los comentarios.

El veterano solo despegó los labios cuando la cabeza y los hombros de María estuvieron libres.

—Buen duelo, a fe mía —afirmó con voz calma.

Ella alargó las piernas para que le descalzasen.

—Gracias, padrino. Tu aprobación vale para mí más que un galardón del rey.

El otro, de pie, le lanzó una mirada atravesada.

—Ha sido impresionante la forma en que has dominado a tu caballo.

—Es una montura excelente. Y ya sabes lo mucho que me gustó siempre montar.

—¿Cómo no voy a saberlo si yo mismo te enseñé? Recuerdo que mi esposa y yo discutimos y mucho por ese motivo. Aquella vez que el caballo aquel, el ruano, te tiró, ella estaba tan furiosa que me rompió una cántara en la cabeza.

Ella sonrió con párpados caídos. Las otras dos ya le habían quitado las botas y estaban trasteando en las correas de la cuera de armar. Caldera fue hacia un lado, luego al otro. Y por fin explotó.

—¡Dios me condene! —Arrojó con rabia los guanteletes sobre uno de los arcones—. ¿Es que me tomas por tonto? ¿A qué rayos has estado jugando estos años en el convento?

Las criadas se interrumpieron para mirarle atónitas. No así María que, sin inmutarse, se quitó ella misma la cofia para soltarse el pelo. Sonreía casi con languidez.

—¿Qué te pasa, padrino? ¿Te ha dado demasiado el sol?

Él la señaló con el dedo.

—¡De mí no te burles, que te cruzo la cara! Siempre fuiste muy buena jinete. Naciste con don para las espadas y los caballos. Pero no es posible que, tras años de no montar, hayas recobrado la habilidad en estos pocos días.

—Hay cosas que no se olvidan.

—¡Sandeces! Si uno ha estado tiempo sin practicar, no...

Le cortó Juana, bufando a su vez.

—¡Caldera! Date la vuelta, idiota, que tenemos que quitarle el jubón. ¿No ves que está exhausta? Ni siquiera tendrías que estar en el interior de esta tienda. No es decente.

—¿Decente? Hay muchas cosas que no son decentes, entrometida. Tu ama y yo tenemos asuntos que aclarar. Así que calla. Y en cuanto a lo de exhausta, ella se lo ha buscado. Si se mete en juegos de hombres, tendrá que acomodarse al ritmo.

Se dio empero la vuelta. Sin embargo, no contentas con esa acción, las dos criadas tendieron una cortina que habían cortado en previsión justo de situaciones así. Tras esa tela, María dejó con alivio que le quitasen jubón, calzas, camisote.

Caldera, de espaldas, oía el frufú de las telas. Olía los aromas a hierbas con las que esas tres mujeres perfumaban el pabellón. Y rumiaba entre dientes su indignación.

—María, María, júrame que no has estado haciendo escapadas del convento.

Solo recibió un silencio que interpretó con un reconocimiento. Volvió a estallar con voz bronca.

—¡No tienes cabeza!

—El convento es un lugar gris y estéril —replicó ella tras la cortina—. Si supieras lo que es estar ahí, día tras día...

—¿Y por qué tendría que saberlo? Fuiste tú la que eligió la clausura, cabeza hueca. Hay que pensar en las consecuencias de los actos antes de llevarlos a cabo, no después.

Más roces y recrujir de telas.

—Padrino, tú sabes lo quebrantada de espíritu que estaba cuando di ese paso. Estaba desorientada y no sabía qué hacer. En aquel momento parecía una buena decisión.

Esa vez él no respondió nada. Siguió a eso un silencio matizado por los sonidos del mover de ropas. La cabeza de Juana asomó por el borde de la cortina.

—¿Qué haces ahí de espaldas?

—¿Cómo que qué hago...? ¡Tú me dijiste que me volviese!

—Pero eso fue antes de tender la cortina.

Él se giró de nuevo, jurando.

—Me vais a volver loco.

Volvió a escucharse la voz de María tras la tela que partía el pabellón.

—Juana. Sirve vino a mi padrino.

La otra salió del todo para escanciar un jarrillo. El otro aceptó con el ceño fruncido. Y María prosiguió.

—En ese convento no había otra cosa que hacer aparte de rezar, coser, chismorrear...

—Al grano y sin rodeos. Responde. ¿Has estado saliendo disfrazada de varón?

—Sí, pero con careta de cuero.

—¿A qué?

Ahora ella se rio oculta tras la cortina.

—¿Crees que salía a encuentros galantes? No, padrino. Salía a cabalgar, a sentirme al aire libre...

—¡Maldición!

No pudieron continuar porque alguien comenzó a golpear con la palma abierta la entrada, haciendo resonar las lonas recias. Caldera se revolvió casi bramando:

—¿Qué pasa ahí ahora?

—Pasa, para empezar, que debieras dejar de dar voces —le respondió Ruiz, que se había quedado fuera de guardia.

—Doy las voces que me da la gana.

—Bueno. Pues tú sigue así si quieres que todo el real acabe por enterarse de nuestro pequeño secreto. Deben de estar oyéndote hasta en Teba.

—Ya. Tú a lo tuyo, compadre.

—A lo mío estoy, pero tú no me dejas. Estoy tratando de advertiros de que se acerca Bailoque.

—¿Bailoque? ¡Lo que nos faltaba! Sal a su encuentro y entreténle como sea. Yo salgo ahora mismo.

Se volvió hacia la cortina.

—¿Has oído eso, María?

—Sí. Vestidme. Rápido.

—Seguro que viene a hablar con Vega.

—Dile que ya no está. Que se ha marchado. Ese vestido, ¡rápido!

Caldera apuró de un tirón su jarro. Puso los ojos en el almete, depositado sobre un arcón.

—Hay que ocultar las ropas y las armas de Vega. Que no se os olvide nada.

—Descuida. Tú sal a entretenerle.

—Ahora. Pero antes quiero decirte unas palabras.

—¿Sobre qué, padrino? No es momento de recriminarme.

—De lo del convento ya hablaremos, ya. Pero ahora se trata de otra cuestión. Quedó muy caballeresco eso de renunciar a disparar el segundo dardo. Pero los grandes gestos es mejor dejárselos a los romances. Si te ves precisada a batirte otra vez, Dios no lo quiera y a mí me dé fuerzas para impedírtelo, no lo hagas. Esto no es juego, María.

—No fue gesto. Es que no tuve valor para disparar contra alguien que no podía responder.

—Pues tendrás que aprender. Si te metes en asuntos de hombres...

—Ya, ya. ¿Algo más?

—Que fue igual de caballeresco no aceptar la espada de Balban como trofeo ni su caballo como botín. Pero tengo que decirte que ha sido una pérdida cuantiosa. Ese caballo hubiera valido una pequeña fortuna.

—Por eso se lo he devuelto.

—Mantener una hueste es caro, María.

—Entiendo tu punto de vista, padrino. No sabes lo mucho que te agradezco que te preocupes por mí, por mi seguridad y por mis negocios. Pero ponte en mi lugar. Jufre Vega es ahora un héroe para los de nuestro bando. Ya viste cómo me aclamaban.

Caldera, ya a las puertas de la tienda, rio con aspereza.

—María, María, a los hombres de armas y a las cantineras les conmueven los gestos nobles y las hazañas. Pero si el oro se va como agua entre los dedos, la fama lo hace como humo en el viento.

Como la otra no contestó nada, comenzó a desatar los lazos de la entrada.

—Tú sabrás lo que haces. Salgo ya, que mi compadre Ruiz no podrá entretener mucho más a Bailoque. Le diré que se ha ido y que no sabemos ni adónde ni cuándo regresará.

—Dile que le ruego que me visite en mi tienda.

—Lo dicho. Tú sabrás.

Entre rezongos, el veterano salió por el resquicio entre lonas, mientras la dama apremiaba a sus criadas a vestirla.

Pero se equivocaba la dama con tanta prisa, porque tiempo tuvo de sobra para vestirse y aún para esperarle. Tanto que, cuando por fin el otro entró en la tienda, ella llevaba largo rato aguardándole sentada en la penumbra, ataviada de negro pero sin el velo, como era costumbre suya cuando estaba dentro de su carpa.

Al verle pasar se incorporó despacio, con una expresión de fastidio que rozaba

casi el enojo.

—Bienvenido, señor, aunque ya casi desesperaba de verte entrar. ¿Te parece cortés hacer esperar tanto tiempo a una mujer?

El escocés enarcó una ceja. Se destocó, pues había tenido tiempo de trocar la cofia y la capellina por el bonete azul de pluma blanca.

—Te pido disculpas. Aunque debo señalar que en mi tierra dicen que nadie debe esperar de otro lo que este no le ha ofrecido.

Ella enarcó también una ceja.

—Aquí se dice en cambio que de donde no hay no se puede sacar.

—No parece una frase muy amable.

—No lo es. —Se giró hacia el fondo de la tienda—. Juana, Paloma, vino para nuestro visitante. Toma asiento, señor.

El otro aceptó una taza rebosante de tinto, porque las criadas ya habían servido, anticipándose a la orden de su ama.

—Gracias.

—Y dime, ¿qué es eso que te ha retenido tanto tiempo fuera, en puertas? ¿Tan interesante es la conversación de mis padrinos, comparada con mi compañía?

—Para nada. —Él se instaló sonriendo en una silla—. Pero yo venía a ver a Jufre Vega.

—No está. ¿No te dijeron que se había marchado? —Ella se sentó también, recogiendo el vuelo de la falda con las dos manos.

—Sí. Pero mi visita no es de cortesía. Se trata de algo que, en su ausencia, he considerado conveniente discutirlo con Caldera. Después de todo él es su alférez...

María Henríquez hizo un mohín por encima del borde de su cuenco.

—Bailoque, por favor. Odio esa clase de rodeos. ¿Qué es lo que pasa?

—Se trata de Aznar Téllez.

A la mención de su enemigo, la expresión de ella se tornó entre sombría y cautelosa. Un relámpago le pasó por los ojos oscuros.

—¿Qué hay con ese malandrín?

—Qué él y los de su hueste salieron a campear esta tarde hacia el oeste. Regresaron hace un rato.

—¿Y qué?

—Que me ha llamado la atención porque suelen atajar por las orillas del río Guadalteba.

—No entiendo adónde nos lleva eso.

—Tal vez a nada. —Sonrió a su manera tranquila, quizá para quitar hierro a esa réplica—. Pero me ha dado que pensar. Y no solo a mí. También a Martín Abarca.

Cada vez más alerta, María bebió un sorbo.

—¿Pensar qué? Señor, vamos muy despacio.

—Tal vez porque el asunto es espinoso. O porque yo soy lento, al menos cuando tengo que expresarme en vuestro idioma.

Sonrió al advertir el mohín de la otra y cómo la irritación le asomaba a los ojos.

—Tanto Abarca como yo sospechamos desde hace unos días de ese Téllez. De él, de sus hombres, de sus idas y venidas. De las cosas que hacen y de cómo sus comentarios siembran entre los hombres alteración y descontento.

—¿Podrían ser los espías de Ozmín?

—O unos de sus espías, sí. Por oportunidad bien podrían ser. Por motivos no sé.

—¿Y por qué no compartisteis esas sospechas con Jufre Vega?

—¿Por qué estás tan segura de que no lo hicimos?

Ella le observó casi airada.

—Porque me lo habría dicho.

—Muy segura estás. Aunque tú le conoces bien.

Bebió.

—No, no le dijimos nada porque son solo eso, sospechas. Pero ahora han salido a campar esta tarde por el oeste. Y Abarca ha sabido que una de las cuadrillas que atajaban por esa zona no ha regresado.

—Insisto. ¿Adónde nos lleva eso?

—Tal vez a ninguna parte. Pero lo hemos estado hablando y la discusión nos dejó intranquilos. Decidimos que era mejor que Vega lo supiese.

—¿Qué esperáis que haga? No puedo ir al rey con una sospecha tan endeble.

El otro sonrió, al tiempo que bebía de nuevo.

—No esperamos nada. Creímos que era nuestra obligación avisar a Vega, pues es nuestro adalid. Dado que no está y nadie sabe cuándo volverá ni dónde encontrarle, lo consulté con Gome Caldera. De eso hemos estado hablando y por ello he tardado en visitarte.

Ella se mordisqueó los labios. Se incorporó.

—¿Y qué habéis decidido?

—Que salgan a atajar por esa zona nuestros dos ballesteros. Son montaraces expertos y conocen estas tierras.

—Es buena idea.

Él también se incorporó.

—Me alegro de que la apruebes. Por eso entenderás que he de dejarte. Voy a avisarles para que salgan, que la tarde está avanzada.

—Por supuesto.

Él puso el jarro en manos de Juana.

—Entonces, con tu permiso...

—Espera.

Ella se fue para el fondo mientras él la observaba intrigado. Su criada Paloma se había anticipado a su acción, ya que le puso en las manos una pieza de tela doblada. Azul, según pudo ver él. Miró, cada vez más curioso. Ella le puso la pieza en las manos, casi cohibida.

—Esto es para ti. Tómallo. No deseo entretenerte. Tienes cosas que hacer. Pero

antes te ruego que te lo pruebes.

Lo desplegó y la intriga se trocó en asombro. Un tabardo, uno azul con tres estrellas blancas. Ella se lo mostró.

—Lo hemos bordado las tres, nos hemos dado prisa. Es buena tela, señor.

Él lo tomó despacio, casi sonrojado.

—Pero yo...

Ella sonrió con ferocidad, perdido su azoramiento.

—Te dije, señor, que no dejaría que nadie se mofase de tu forma de vestir. Esto es del mejor paño. —Hizo un gesto con la mano—. Nada de formalidades. No te demores en avisar a los ballesteros. Como tú mismo has dicho, se hace tarde.

## ATAJADORES Y MONTARACES

*Atajadores era uno de los nombres que antiguamente recibían los exploradores militares. De igual forma, los montaraces o monteros eran aquellos hombres duchos en desplazarse y reconocer los terrenos agrestes. Existió, de hecho, una guardia, los monteros reales, que se ocupaban de tales menesteres, tanto en las cacerías como en la guerra.*

Mala suerte era que justo esa noche el viento estuviese en calma. No soplaba ni pizca y eso les obligaba a avanzar de sombra en sombra con extremo cuidado. A tratar de no quebrar ramas, de no pisar palitroques, de no hacer rodar algún canto y, en general, a procurar evitar esos ruiditos que, en el silencio de la noche, podían sonar como golpes de atambor.

Ese mismo silencio, al menos, les había advertido con antelación de la llegada de una cuadrilla de jinetes. Y el sonido de cascos a su vez les había permitido seguirlos a distancia prudente sin ser oídos. Lo hacían lo bastante cerca como para que Juan de Beaumont los viese con cierto detalle al claro de la luna. Cascos envueltos en turbantes, lanzas filosas, sillas magníficas, mantos holgados. Benimerines.

Aquellos bereberes también trataban de evitar hacer ruido en exceso. Por eso iban a pie con las monturas de las riendas. A veces alguno acariciaba los belfos de su bestia, para aquietarla. La presencia de esos jinetes, así como tanta cautela, eran señales de que algo ocurría. Esos no eran incursores nocturnos. Y si no lo eran, ¿qué hacía esa cuadrilla de por lo menos cincuenta, a esas horas y al oeste de Teba?

Al divisarlos entre las sombras lunares, tras consultar entre cuchicheos, habían decidido seguirles. En ese momento pareció la decisión lógica, pero ya se estaba preguntando Juan de Beaumont si no se habrían metido en la boca del lobo. Porque ahí adelante había un escucha. Un granadino, a juzgar por lo que podían distinguir en esa penumbra. Manto corto, pañuelo a la frente, ballesta en las manos y cuerno de aviso colgando de un cordón al cuello.

Había surgido de la oscuridad para salir al paso de los benimerines. Les estaba indicando por señas que siguieran en una determinada dirección. Y la presencia de ese nazari abría todo un saco de preguntas e incertidumbres. Si había escuchas, era que también había un campamento. ¿Un campamento enemigo ahí, al oeste de Teba



y por tanto del real castellano? ¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

Una vez que los bereberes pasaron con los caballos de las riendas, el granadino regresó a la negrura. Pero, ya sabiendo que estaba ahí, les fue fácil a los tres atajadores vislumbrar dónde se había apostado. A resguardo de una peña, invisible a no ser que se le estuviera buscando con los ojos.

Los tres aguardaron mientras los ecos de las herraduras se iban alejando. Por lo inmóvil que estaba, el escucha debía de haberse quedado dormido nada más sentarse. No era de extrañar. El silencio punteado por el chirrido de insectos arrullaba. La noche era tibia. No era fácil mantenerse en vela sentado en esa oscuridad, inmóvil, con tanta quietud alrededor.

Juan de Beaumont, que de los tres era el más impaciente, se había girado para consultar con la mirada a sus compañeros. Fierros había desenvainado esa hoja carnícera de almogávar, el cortel. Hizo el gesto de pasarse el filo por el cuello. Pero Dobra de Oro negó con el índice, antes de hacer un cuchareo con el brazo para indicar que era mejor rodear y rebasarlo.

Se conformó el almogávar, que envainó algo hosco el cuchillo. Y contornearon. Delante los dos fronteros, que eran escaramuceros avezados, con las ballestas en bandolera y las diestras cerca de los puñales. Tras ellos Beaumont con una azcona, atento sobre todo a pisar por donde lo hacían sus compañeros, para no hacer ruido.

Así dejaron atrás al escucha. Se dijo para sus adentros Beaumont que luego tendrían que pasar por ahí de regreso. Iba muy alerta. Oía el sonido de cascos ya lejos y cada pequeño ruidito que causaban sus pies le sonaba como estampidos. Hasta su propia respiración le resultaba atronadora. Incluso los olores le parecían delatores. El suyo corporal propio y el de sus compañeros. Sentía que le llenaban los pulmones al punto de que le parecía increíble que no llegasen hasta las narices del durmiente y le alertasen. Incluso imaginaba oler a los caballos que tan por delante de ellos iban ya.

Estaba justo en esas imaginaciones cuando Dobra de Oro se giró de golpe para encararse con él. Observó desconcertado ese rostro fiero y renegrido de greñas y barbazas muy negras, y se preguntó si habría hecho algo mal. Pero el morisco se golpeteó con el índice en un lado de la nariz, antes de alzar el rostro y hacer amago de ventear.

Olisqueó asimismo Beaumont, primero intrigado, luego perplejo. Entendió al cabo de unos instantes. El aire de la noche apestaba a caballo. Caballerías y no pocas, ni tampoco muy lejos. No habían sido alucinaciones olfativas suyas. Volvió a olisquear, tratando de decidir de qué dirección procedía ese hedor a animales y estiércol. Pero no hacía falta. Sus dos compañeros parecían haberlo averiguado ya, porque reemprendieron la marcha y esta vez con las ballestas en las manos.

Con cada vez más cautela, si eso era posible, optaron por meterse por terreno agreste. Oían ahora una marejada sorda de relinchos, resoplidos, piafar. En un momento dado, los dos fronteros se colgaron las ballestas a la espalda, antes de echarse al suelo para seguir a cuatro patas. Beaumont les imitó, preocupado sobre

todo porque la punta de su azcona no chocase contra ninguna piedra.

Cuando, siempre imitando a los dos veteranos, se asomó por el borde de unas peñas, casi se le escapó el arma arrojadiza de la mano. Desde luego, el morisco no fanfarroneaba cuando afirmaba que se conocía toda esa comarca como el patio de su casa. Les había guiado bien y al punto exacto. A uno desde el que se tenía buena visión de un valle por el que corría un curso de agua.

Y lo que había pasmado al joven era que aquel lugar recoleto estaba lleno de tropas de a caballo. ¿Cuántos habría ahí? Al claro de la luna, uno podía pensar que miles de jinetes, aunque no eran muchas las fogatas encendidas. No era de extrañar que oliese a cuadra. Sí que no hubieran oído desde mucho más lejos el rumor que esos millares de caballerías juntas producían. Tal vez fuera producto de las condiciones geográficas. El valle contenía los sonidos. Ocultaba también las luces a cualquier observador situado más al este. Y ese río suministraba agua para abreviar a los caballos.

Espiaron durante un buen rato. Lo que estaba viendo al resplandor lunar no dejaba lugar a dudas. De alguna forma, por algún motivo, los benimerines habían trasladado a parte de su caballería a ese valle. Ahora descansaban. Pero sin duda al alba...

Tan absorto estaba Juan de Beaumont en lo que sus ojos le mostraban, así como en sus propias cavilaciones, que casi dio un brinco cuando le tocaron en el hombro. Al girar la cabeza se encontró con el rostro cejijunto de Fierros a un palmo del suyo.

El almogávar apuntó con el pulgar a la espalda. Un gesto inconfundible. Hora de retroceder y escabullirse.

Don Alfonso de Castilla no solo era un hombre temperamental. Anidaban en él rencores arraigados por todo lo que tuvo que sufrir durante su minoría de edad, cuando parientes ambiciosos y nobles levantiscos socavaban su autoridad. Y el hecho de no haber cumplido ni veinte años no ayudaba a sosegar su ánimo. Menos en esos momentos, cuando estaba atascado con todo su ejército ante las murallas de Teba, en trance de ver fracasar a su cruzada.

Se decía que había perdido el sueño, que su ira explotaba por nimiedades. Pero justo ese insomnio al menos le hacía más accesible a noticias en horas intempestivas, porque le pillaban aún en pie. Y ahora algunos oficiales mayores iban llegando a su alfaneque, sacados del sueño por los ballesteros de maza. Acudían a goteo a la tienda, vestidos de forma apresurada, bostezando, preguntándose qué mosca le habría picado al rey para convocarlos de madrugada.

Él estaba parado en el exterior de su tienda, en la penumbra de las antorchas. No soplaba viento y las llamas ardían tranquilas. Estaba vuelto hacia la sombra de la fortaleza recortada contra las estrellas. Llevaba su espada envainada en la mano, no por defensa, sino como si fuese una vara de autoridad.

Tenía los ojos clavados en aquella mole oscura. Pasaban cada cierto tiempo proyectiles en llamas, como meteoros incendiando la noche. Muchos se estrellaban

contra los muros, con estallidos tremendos de llamas. Pero algunos rebasaban las almenas para caer en el recinto intermedio.

Observaban el paso de las bolas llameantes por la oscuridad. Y los presentes le observaban a él sin que ninguno se animase a decir nada.

—Maldito Ozmín. Perro diablo. Qué bien nos ha burlado.

Soltaba esas frases como un gato que expulsa una bola de pelos que le ha estado pesando en el estómago. Nadie contestó, aunque entre ellos se habían ido poniendo al tanto de la situación, en voz baja. Añadió por encima del hombro.

—Burlado. Sí. Esa es la palabra. Porque nadie puede decir que ese viejo maldito haya faltado a los términos acordados para el duelo.

Golpeó con furia el pomo de la espada, antes de girarse para preguntar, todavía desde la entrada.

—¿Cuántos calculan tus atajadores que puede haber en ese valle?

De las sombras del fondo salió un personaje de armas de ropajes negros, cubierto con un almete con visera de pico de gorrión y plumas negras.

—Era difícil de precisar. Pero calculan que no menos de dos mil.

—¿Seguro? Mira que dos mil son muchos y, con la oscuridad, es fácil confundirse.

—Son hombres avezados, alteza. Pero si dudas, dispones de oficiales duchos que pueden interrogarlos y sacar sus propias conclusiones.

—No hay tiempo.

Como para recalcar esa afirmación, pasó un proyectil incendiando la noche a sus espaldas. Aprovechó ese intermedio para intervenir Alfonso Fernández Coronel, alguacil mayor de Sevilla:

—Mil, dos mil, tres mil... eso no importa. La jugada está clara.

—Pues explícamela. Ya sabes que no me gustan los rodeos.

—Ha sido una buena treta, muy propia de ese zorro. Incita a un duelo singular, y mientras mueve tropas con esa excusa. Aprovecha para desplazarlas sin que nosotros nos demos cuenta.

—¿Cómo han podido llegar ahí tantos sin que nadie lo advirtiese? ¿Es que mis vigías y mis patrullas están ciegos?

Carraspeó el notable. Se tomó un instante para elegir palabras, temeroso de que alguna expresión mal elegida le costase a alguno la cabeza o los ojos.

—Unos pocos jinetes expertos pueden moverse levantando polvaredas, simulando que hay grandes masas de caballería en marcha. Al amparo de ese polvo, sus tropas se han ido desplazando en cuadrillas pequeñas. El truco es viejo.

El rey se giró de nuevo para contemplar desde la entrada la sombra masiva de Teba. Volvió a golpear con saña el puño de su espada.

—¿Qué pretenden? ¿Qué pretenden?

—Para averiguarlo, solo tenemos que preguntarnos qué es lo que no pretenden.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no me gustan los acertijos?

Coronel carraspeó por segunda vez.

—Por supuesto, alteza. Te ruego que me disculpes. Me refiero a que esos benimerines no pueden esperar estar mucho tiempo ahí sin ser descubiertos. Aparte de que seguramente no tienen forraje para tantas caballerías.

—Al grano.

—Sí, alteza. Si ahí no pueden quedarse, eso ha de ser un punto de reunión, un lugar de pernocta. Y mañana...

Pese a las intimaciones del rey, dejó la frase en suspenso. Don Alfonso, en lugar de encolerizarse, acabó el pensamiento por encima del hombro.

—Mañana nos atacarán.

—A esa conclusión debemos llegar.

—Pero atacar, ¿cómo?

—Sobre eso debemos deliberar. No hay tantas acciones que puedan llevar a cabo. Debemos estar preparados para todas y cada una de ellas cuando despunte el alba.

—Tienes razón. —Se giró, pero esta vez para dirigirse a los ballesteros de maza allí presentes—: Despertad a mis adalides. Que acudan aquí sin tardanza. Hay mucho que discutir en lo que nos queda de noche.

—Alteza...

—¿Sí? —Don Alfonso se encaró con Jufre Vega.

—Con tu permiso. Te sugeriría despertar a todos los que sea menester, pero con discreción. No debieran acudir a tu alfanegue llamando la atención.

Un destello de enojo pasó por los ojos claros del rey.

—¿A qué viene eso? No es momento de demoras.

—De demoras no, pero de discreción sí. Los bereberes están en ese valle al oeste, a escasa distancia. Si mis hombres los detectaron, fue por una suma de circunstancias. Te recuerdo que una partida de atajadores que debía asegurar la zona no volvió esta tarde. Hemos de suponer que los pasaron a cuchillo para que no nos alertasen.

—¿Y?

—Que mucho me temo que en todo esto anden mezclados espías y traidores en nuestro propio real. Si se produce alboroto nocturno, se sabrá. Se harán preguntas, habrá especulaciones. Los espías de Ozmín se enterarán y es posible que le envíen recado.

»Y si Ozmín recibe aviso, si sabe que su treta ha sido descubierta, se retirará. No ganará, pero tampoco perderá. Y puede que nosotros perdamos una ocasión de oro.

Ahora el que carraspeó fue Pedro Fernández de Castro, que hasta entonces no había despegado los labios.

—Opino como este adalid, alteza. Es menester que despertemos a los indispensables y con discreción. Que les pidamos que acudan por separado y sin llamar la atención.

El rey los miró con el ceño fruncido.

—De acuerdo. —Lanzó una ojeada a la entrada abierta, como si temiese ver que ya estaba clareando—. Pero rápido. Rápido.

## ATAMBORES Y ATABALES

*Atambores y atabales eran dos instrumentos de percusión muy socorridos en la Edad Media. El primero es lo que ahora llamamos tambor. Ambos están formados por un parche tenso sobre una caja. Se diferencian en que la caja del atambor es cilíndrica y la del atabal hemisférica y a menudo de metal.*

*De igual forma, dos de los instrumentos militares de viento más populares eran los cuernos y las bocinas. Los cuernos, como su nombre indica, estaban hechos de asta. En cambio, las bocinas, a las que los árabes y andalusíes llamaban añafiles, estaban fabricadas de metal.*

Aunque era primera mañana, castigaba ya el sol. Tanto que Blaylock, que sentía cómo su capellina de malla se iba recalentando, se la retiró sobre los hombros para quedar cubierto solo por la cofia de armas. Al ver que el de Sangarrén, que cabalgaba a su lado, le miraba de soslayo, se sintió obligado a justificarse.

—Hace un calor del diablo.

El aragonés le contestó con una mueca.

—Más hará dentro de un rato. Pero algunos no llegarán a sufrirlo, amigo. Hoy va a ser un día muy largo para unos y el más corto de su vida para otros.

—Vaya una reflexión sombría.

—¿Sombría? En absoluto. Es el reflejo de la simple realidad. Es bueno mirar de frente a las cosas y saber hacia dónde se dirige uno. Y hoy le vamos a ver las muelas a la muerte.

Ahora fue el escocés el que observó de reajo a su compañero. Cabalgaba la hueste negra englobada en un contingente mayor. Les arropaba el polvo, les envolvía el trueno de los cascos de muchos caballos. Pese a sus comentarios, el hidalgo aragonés no parecía en absoluto preocupado. Tampoco incómodo con el calor en aumento, al revés que el escocés. O eso se podía deducir de que no se hubiese quitado ni bacinete ni capellina. Su sobreveste, blancuza con cruces rojas, ondeaba al cabalgar y él parecía tan cachazudo como de costumbre.

—Sangarrén, ¿no te inquieta lo que nos pueda esperar ahí delante?

El aludido sonrió. Meneó la cabeza. Golpeó con los nudillos la silla de montar y

acarició luego el pomo de su tizona, que colgaba junto al martillo de armas.

—No, amigo, no. Mira que he estado en combates, y sin embargo... Verás, siendo muy joven le pedía a Dios que me conservase la vida y me ayudase a mantener el coraje. Ahora ya no le pido nada de eso. Tampoco la victoria. Lo único que le pido es que no me quede mutilado o impedido. Que antes que eso me dé la muerte.

—Sin un brazo o una pierna, un hombre sigue siendo un hombre. Muerto solo es carne.

—Yo no lo veo así. No quiero verme cojo o manco, arrastrando mi existencia... pero mira, no entremos en discusiones de esa clase. No es momento.

Inspiró y expiró con fuerza, como si con el aire expulsase malas ideas.

—Vamos a disfrutar de estos instantes. Cabalgamos a pleno sol, escocés. Estamos plenos de fuerzas y en posesión de nuestras armas. No hay gallo capaz de cantar más alto que nosotros. Y por fin ha llegado la hora de la tan ansiada batalla.

Sonrió Blaylock. Trotaban hacia la ribera del Guadalteba en formaciones prietas de caballería. Los vigías apostados cerca del río habían avistado con las primeras luces a grandes contingentes de jinetes moros. Llegaban con intenciones manifiestas de cruzar en masa las aguas. Y el rey don Alfonso había mandado de inmediato a parte de sus fuerzas a plantarles cara.

—Batalla ansiada, ¿para quiénes?

—Para casi todos. ¿O no? Unos porque ven la oportunidad de ganar honores. Otros de hacerse con botín. Y muchos, entre los que me encuentro, estábamos ya hastiados de estar un día tras otro esperando un choque que nunca acababa de llegar.

»Maldito Ozmín. Es un diablo viejo y sabe de hombres. Por algo ha estado al acecho al sur del Guadalteba. Se ha dedicado a rompernos los nervios. ¿O no estabas tú deseando que por fin diese la cara?

—A nadie le gusta estar a la espera, es verdad. Pero yo no pretendo botín ni fama. Lo único que deseo es recuperar el relicario. Devolver el corazón del rey Robert a casa y que mi honor quede a salvo.

—Ay, el honor. ¡Qué carga tan pesada! Está bien esto de cabalgar junto a hombre que pelea por su honor y no por despojos o por unas cuantas fanegadas de tierra cultivable.

El escocés volvió la cabeza hacia él. Sonrió ante tal salida.

—Pues lo mismo digo. Aunque yo no juzgaría con dureza a algunos hombres. Es difícil pensar en el honor cuando se tiene la barriga vacía.

El de Sangarrén rompió a carcajadas. Sí. O estaba de un humor excelente o era de los que con la risa daban salida a los nervios previos a la lucha armada.

—Por Dios que tienes buena cabeza, amigo Bailoque. Si la vida te da margen para ello, no me cabe duda de que llegarás a ser un hombre sabio.

—¿Sabio? Tú pareces serlo bastante, aunque sea a tu manera un poco extraña. —Recolocó la espada jineta que colgaba de la silla, para que no le golpease contra la pierna—. La verdad es que no acabo de entender qué te trajo a la cruzada. No es el

afán de botín, desde luego. Y me da que tampoco combatir a los enemigos de la fe.

—Respecto a lo segundo, te doy la razón, para mi vergüenza. No tengo ningún interés en degollar infieles. Total, por sus falsas creencias ya les espera el fuego eterno...

Se encogió de hombros, azuzó a su montura para que no se rezagase.

—Tampoco busco ganancia, tienes razón. No soy rico, pero en mi pueblo ni pan ni techo me faltan. Soy de linaje antiguo y desciendo de hombres ricos en hazañas. Por eso estoy aquí, con mi rocín y mi tizona. Vengo a hacer las mías propias.

—¿Solo por eso has viajado tantas leguas?

El aragonés volvió a reírse.

—¿Cómo que solo por eso? ¿Te parece poco? Nací en una tierra dura, amigo. Dura en todos los aspectos. En Sangarrén hay más apellidos ilustres que habitantes. A veces la herencia puede ser una carga muy pesada. Yo no puedo desmerecer a mis antepasados, si quiero que mis paisanos me respeten y ser alguien entre ellos.

—¿No ves como a tu manera eres un hombre sabio? Piensas en cosas que casi todos aceptan por costumbre, sin darle más vueltas.

—Ya. Pues hablando de sabios, sabio sería que te pusieras capellina y capacete.

—Creo que estamos todavía lejos del río.

—Es probable. Pero por ahí —señaló con su dardo a los cerros— hay sitios en los que se puede apostar un balletero audaz. Ir a caballo y a cabeza descubierta es una invitación a que te disparen un virote.

El escocés se encogió de hombros. Sin embargo, se echó la capellina de malla, antes de encasquetarse el yelmo.

No dejaba de pensar en lo que les esperaba tal vez en breves momentos. Cabalgaban en formaciones porque el terreno impedía desplegarse en un frente amplio de caballería. Aunque eso, a su vez, les servía para disimular que no eran la caballería cruzada al completo. El rey castellano se había quedado en su real con sus jinetes y parte de las mejores compañías de los de a pie.

Lo cierto era que al clarear, cuando comenzaron a sonar atambores y atabales, todos abandonaron aprisa las tiendas y cada cual acudió bajo sus pendones. Los hombres gritaban que la caballería enemiga estaba cruzando el río para atacar a los cruzados en su propio campamento. Que el viejo Ozmín acudía a presentar batalla porque Teba no podía sufrir por más tiempo el asedio en redondo al que le sometían desde hacía semanas.

Pero el escocés, ahora que cabalgaban envueltos en la polvareda, no dejaba de pensar en lo corto que había sido el consejo de guerra. ¿Por qué, en vez de tomar el mando, el rey había encomendado la dirección de esas tropas a don Pedro Fernández de Castro? Eso no cuadraba en absoluto con el carácter ardiente del joven rey.

¿Y dónde estaban los dos balleteros de la hueste negra? No se encontraban en la almofalla Gamboa cuando él llegó a toda prisa a unirse a la bandera negra. Ciertamente había sido el último en presentarse, porque había dudado sobre cuál debía ser su

lugar. Si tras la bandera negra o junto a sus compatriotas. Pero la llegada de un oficial real a las tiendas de estos últimos con el ruego de que se armasen, pero no para la batalla sino para una hipotética defensa de los ingenios en caso de salida de los de Teba, había inclinado la balanza.

Con la bendición de Kenneth de la More, caudillo de facto de los escoceses, Blaylock había cabalgado como el diablo a tiempo de sumarse a la hueste negra cuando esta ya salía a reforzar a la caballería de la Orden de Santiago.

Sobre la marcha, se fue enterando de que la cosa no era tan sencilla como decían los hombres a voces, mientras aprestaban armas y caballos. Ya de camino, Gome Caldera había puesto sobre aviso a aquellos que, como el escocés, todavía no conocían los detalles. Y entonces la ausencia de los dos ballesteros cobró sentido nuevo.

El veterano, con la bandera negra bien firme en la diestra, había ido al grano.

—Nos han anunciado que la caballería mora está cruzando el río con intención de presentar batalla. Y es cierto. Pero es todo una añagaza. Una parte considerable de los zenetes, tal vez con el propio Ozmín al mando, están escondidos al oeste del real, en un valle.

—¿Escondidos? ¿Al oeste? —Fue el de Sangarrén el que preguntó—. ¿Qué es lo que pretenden?

El casi siempre bien humorado Ruiz se echó a reír.

—Vete y se lo preguntas al viejo lobo. Que te lo explique, y después tú nos lo cuentas a nosotros.

El de Sangarrén se había reído a su vez.

—Casi entonces que prefiero quedarme con la incógnita.

Martín Abarca hizo avanzar a su caballo para ponerlo a la par que el del aragonés.

—Querrán sacar a nuestra caballería del real. Atraerla al río y tenerla ocupada para poder atacar el real. Lo arrasarán, matarán a todos los que encontrasen a su paso, se apoderarán de víveres y bagajes. Luego destrozarán nuestros ingenios y masacrarán a las tropas de asedio...

—Basta, basta —gruñó Caldera—. Creo que lo han entendido y no es necesario llamar a la mala suerte aventurando posibles desgracias.

Sin embargo, por el camino, Blaylock pudo ir conociendo más detalles a retazos. Por ejemplo, que cabía a los de la hueste negra el mérito de haber destapado la celada, gracias a los dos ballesteros y al joven Beaumont, que esa mañana cabalgaba ojeroso pero ufano.

Otro detalle era por qué el rey había enviado al ricohombre Castro al río. Se había quedado él mismo a proteger el real y había dado al noble gallego el mando de la caballería de las órdenes militares, de los cruzados extranjeros y de algunas milicias de ciudades. Lo más granado de sus tropas montadas, aparte de la caballería real. Así devolvía a Ozmín su propia jugada: enviar a una parte simulando que era el todo.

De hecho, y para reforzar el engaño, habían salido también compañías de a pie. Estas marchaban con gran algazara detrás de los de a caballo. Entre el polvo, parecían



un ejército enorme, pero en realidad eran bandas de gentes baldías. Esos que habían llegado por su cuenta a esa campaña. El rey se había reservado a sus propios peones y ballesteros, así como a los de las milicias urbanas.

—Es una apuesta arriesgada, ¿no? —Esa fue la apreciación de Blaylock al conocer los pormenores.

—Pues sí —admitió de buena gana Ruiz—. Pero no queda otra. No queda. Si hubiésemos rehusado plantar batalla junto al río y nos hubiésemos desplegado junto al real, Ozmín habría sabido que su treta había sido descubierta.

—¿Y eso es tan malo?

—Claro, hombre. Se retiraría y volveríamos a la situación de antes.

—Pero así nos arriesgamos mucho. Si somos derrotados en el río o junto al real, estaremos perdidos. Los moros se cerrarán en tijera y nos harán pedazos. Ellos, en cambio, en caso de ser batidos, siempre pueden retirarse.

—Sin grandes apuestas, no hay grandes ganancias.

—No es mucho consuelo.

Ruiz había sonreído a su manera bonachona.

—No te preocupes tanto, escocés, que el rey sabe lo que hace. Tiene con él a gente buena. Y ha mandado refuerzos a las líneas de asedio, para evitar malas sorpresas.

Blaylock había guardado silencio, nada convencido. El real castellano estaba plantado de tal forma que cerraba el paso a un posible ataque desde el norte contra las cavas y los ingenios. Pero no había que descartar que cuadrillas sueltas de benimerines flanqueasen para, en el tumulto de la batalla, caer sobre las posiciones de asedio más laterales. Era lógico mandar socorros a esas zonas.

Y eso sin duda explicaba la ausencia de los dos ballesteros.

Ballesteros que en ese preciso instante caminaban por la zona más oriental de las líneas de asedio, a pleno sol y de malas pulgas. El almogávar con su ballesta terciada sobre el hombro y el morisco con la suya en bandolera a la espalda. Gruñían, escupían en el polvo y a cada dos por tres echaban ojeadas hacia el noroeste, recelando de ver aparecer al galope a las cuadrillas de zenetes.

Mientras se dirigían cada vez más hacia el este, iban pasando por puntos en los que aguardaban tropas de a pie. En unos casos se ocultaban en las cavas, en otros tras afloramientos rocosos o a la sombra de arboledas. Peones de las milicias de Sevilla, de Écija, de Osuna, de Estepa. Costaba precisar de dónde era cada compañía, pues tenían órdenes no solo de no mostrarse, sino también de tener plegados los pendones. Había que evitar que algún posible avizorador enemigo se diese cuenta de que el fonsario y la tormentaria estaban guardados por más y mejores tropas de lo que debiera.

Fierros volvió a escupir, como si algo se le agarrase a la garganta.

—Me da, moro, que hoy tampoco vamos a ganar caballos.

Se reía entre dientes y con maldad. El morisco greñado reacomodó hosco la bandolera de su ballesta.

—Tú ríe, necio. Ya veremos si ríes tanto dentro de un rato. Hoy no es día de

pensar en caballos y sí de salir de esta con el pellejo intacto.

—¿Has tenido algún sueño? ¿O has estado haciendo una de esas adivinaciones de brujo que hace tu gente?

—¿Qué adivinaciones? Todavía tengo los sesos dentro de la cabeza y trabajan, al menos hasta que apriete mucho el sol. ¿Es que no ves lo apurados que vamos a estar aquí? Abu Said Utman y sus salvajes van a caer sobre nosotros. Y a la espalda tenemos Teba, con los de dentro deseando salir a cuchillo.

—¿Y crees que...?

—Yo no creo nada. Pero sí sé que, como logren romper nuestra defensa, nos van a aplastar como a piojos entre dos dedos.

Ahora fue él quien escupió con rencor.

—Y también sé que tengo la garganta seca. Venga esa bota.

El almogávar se detuvo a reacomodar la ballesta de través sobre el hombro. Le tendió la bota de vino aguado, con la mirada puesta en la distancia.

—El rey está en el real con todos sus jinetes y sobre las armas. Así que algún plan tendrá.

—Seguro. Pero lo mismo en esos planes no entra que tú y yo salgamos vivos, tarugo.

Echó atrás la cabeza para empinar la bota y echar un trago largo. Eructó.

—Que vamos a enfrentarnos con Abu Said Utman, el maldito. Ese sí que es un mago. O más bien un diablo. Siempre guarda trucos en las mangas del manto.

Fierros lo contempló hosco. Señaló luego con su ballesta.

—Pues ya que hablamos de diablos, mira quiénes andan por ahí. Y no parecen tampoco nada contentos.

El morisco, con la bota entre las dos manos, le echó una mirada, antes de seguir la dirección de la ballesta. Enseñó los dientes.

—Vaya, vaya...

Porque allá, por delante de la cava más de retaguardia, pasaban en esos momentos cuatro jinetes al trote. Una hueste de pendón partido. Aznar Téllez y los suyos. Y tenía razón el almogávar. Por la forma en que arreaban a sus caballos, se ponían unos a la altura de los otros y discutían, parecían estar disgustados.

El morisco dio otro trago.

—Poco contentos o con ganas de pelear. Vete tú a saber. Pero en algo te doy la razón. Esos son unos malos. Y ese Téllez tiene al diablo en el cuerpo. Sigamos hacia donde nos han mandado, que prefiero ni tenerle cerca. Me pone la carne de gallina solo con verle, porque ese hombre tiene muy mala sombra.

Tal vez porque allá, más allá de la última cava, un balletero le había señalado con su arma, Téllez había hecho girar a su caballo. Reconoció enseguida a esos dos que caminaban costeano la trinchera. Les dedicó una mirada llena de cólera. Pero no estaba ni poco contento ni deseoso de entrar en combate, sino hirviente de ira. Colérico por verse ahí atrapado.

—No es mi sino morir aquí de manera tan estúpida —casi bramaba por lo bajo—. No puede ser.

—¿Te quieres calmar, hombre? —le instaba su abanderado, Avellaneda, que cabalgaba a su lado portando en vertical el pendón partido blanco y verde.

—¿Que me calme? ¿Por qué me voy a calmar? Maldita mi suerte. ¿Pues no nos mandan aquí? Aquí, donde podemos morir atrapados entre la cava y una carga de los jinetes de Ozmín.

Otro de los que cabalgaba con él, Juan Pulgar, apuntó:

—¿No nos dijo el oficial del rey que nos pasó recado que nos hacían honor? Que nos mandaban aquí porque somos una hueste de buenos luchando.

Téllez se echó a reír con voz rasposa.

—Con poco te conformas. Nos dan halagos como a los perros les dan huesos. Más nos valía que nos hubiesen mandado de descubierta. Podríamos haber avisado a los de Ozmín de que su treta ha sido desenmascarada. Seguro que el viejo nos habría dado buena recompensa.

Avellaneda suspiró, porque años de mudanza y exilios le habían hecho fatalista.

—Así es la guerra, adalid. Nunca está uno seguro de cuál será su fortuna. No queda otra que pasar como se pueda esta. Y te sugiero que contengas tu ira, que nos están mirando. A ver si van a pensar que tenemos miedo.

Cerca del río, una vanguardia de cruzados extranjeros había chocado con jinetes granadinos. Los de la hueste negra, de flanco por el ala derecha de su contingente, podían oír el clangor de armas, los gritos, los cascos de los caballos a la carrera, los bramidos metálicos de las bocinas de bronce. Ver era imposible. Se lo impedían tanto las unidades de a caballo que galopaban entre nubes de polvo como los relieves de terreno.

El grandote Martín Abarca aparejó su caballo al de Vega.

—Adalid, ¿no convendría saber qué está ocurriendo con exactitud?

El del yelmo con pico de gorrión se volvió a él.

—¿Cómo?

El navarro señaló con su lanza a un alto que tenía delante y a la izquierda.

—Desde allí arriba quizá podamos ver algo. Subamos con los caballos. Mira. Ya están allí dos de nuestros atajadores.

El almete negro se giró en dirección a Caldera, que se mantenía a su izquierda con la bandera negra. El veterano asintió de manera casi imperceptible. Vega picó espuelas entonces sin más palabras, y el resto le siguió.

Ganaron con facilidad el alto. Tenía razón Abarca. Desde allí arriba se gozaba de una visión amplia hasta el río. Y lo que antes era solo oído se convirtió de golpe también en visto.

Aunque la primera visión fue de caos total. Había arbolado hacia el río. Cuadrillas de distintos tamaños galopaban entre los fresnos, sin orden ni concierto a simple vista. Allí un gran destacamento de santiaguinos. Algo más allá cruzados borgoñones.

Un poco a la derecha, jinetes que, por sus pendones rojos, debían de ser jinetes nazaríes.

Más adelante, cerca de la ribera, entre los árboles, unos y otros se encontraban con gritos, lanzadas y espadaos. Y hacia ahí convergían jinetes de ambos bandos. Más que un gran choque frontal, parecía un encontronazo entre dos partidas que se estaba convirtiendo en aglutinante para la batalla.

Los dos atajadores que ya estaban arriba se les arrimaron. Dos fronteros barbudos de jubones claveteados y bacinetes de hierro, a lomos de pencos tan desgarrados y correosos como sus dueños.

—¡La que se está liando!

—Y tanto —respondió Ruiz—. ¿De dónde sois vosotros?

—De Osuna.

—Ah. Nosotros de Estepa.

El otro asintió con tanto énfasis como si le hubieran desvelado un gran misterio. Pura cortesía. A esas alturas, no había nadie en el bando cruzado, ni quizá tampoco en el moro, que no hubiese oído hablar de la hueste negra y de su misterioso adalid de almete cerrado.

El mismo atajador gruñó.

—Se han enzarzado y bien. Esperemos que no sea una trampa.

El de Sangarrén observó a los que combatían a rienda suelta por las arboledas. Se frotó con el dorso del guantelete el mentón barbudo.

—Apostaría dos fanegas de trigo a que no. Si los moros hubiesen querido atraernos, no se habrían trabado con nosotros en inferioridad. Habrían cedido ante nuestra carga para llevarnos a la orilla sur y allí hacernos pedazos.

El frontero lo miró atravesado.

—¿Y cómo explicas esto entonces?

—¿No sabes que Ozmín está con buena parte de sus zenetes al oeste de nuestros reales?

Observó ufano las miradas que cambiaban los dos fronteros.

—Sí, amigos. Esas de ahí abajo son fuerzas de distracción. Han cruzado el Guadalteba para alejar a nuestra caballería de los reales y tenerla ocupada.

El otro frontero se rascó la sotabarba.

—¿Distracción? Pues están luchando.

—Eso ya lo veo.

—¿Y cómo...?

—No lo sé. Supongo que uno no puede estar nunca del todo seguro con los hombres. En mis tiempos, estuve en alguna retirada fingida que se convirtió en desbandada real. A veces los planes astutos son frágiles por complicados.

»Tal vez alguna de sus partidas ha chocado por azar con una de las nuestras, y así ha comenzado todo. O quizás algún adalid moro no entendió las órdenes. O si las entendió, dejó que le pudiese la sangre ardiente...

Caldera le cortó.

—Amigo Sangarrén, tiempo tendremos de discutirlo esta noche junto al fuego, si vivimos para contarlo. Ahora tenemos lugar y obligaciones asignadas. Bajemos, que, si llevas razón, ante los ojos tenemos las consecuencias de que los hombres olviden cuál es su deber.

El primer aviso de que se acercaba la caballería bereber fueron las voces largas y ásperas que se pasaban los vigías de la defensa. Aunque bien es verdad que aquellos dos ballesteros debieran haberlo advertido antes gracias a la polvareda lejana. Pero estaban en cuclillas y con las miradas gachas, absortos en jugarse moneda menuda a las tabas.

Primero levantó la cabeza el cejijunto Fierros, como sabueso alertado por algún ruido sin identificar. Y una fracción más tarde hizo lo propio Dobra de Oro, con las tabas sin lanzar en el puño. Solo entonces se dieron cuenta de que flotaba en el ambiente como un trueno lejano y el suelo casi vibraba.

La noticia de que el enemigo llegaba corría ya como el fuego a lo largo de las defensas. Los hombres que habían estado vagueando, a la sombra los que podían, unos matando el tiempo con el juego o conversaciones y otros dormitando, se aprestaban para la lucha. Empuñaban armas, ajustaban arreos, se colocaban los cascos. Formaban grupos y, a la vista de la polvareda, discutían sobre cuántos serían los moros y qué planes traerían.

Los almocadenes les acallaban. Les obligaban a agacharse o a buscar relieves del terreno tras los que ocultarse. Con voces ásperas intimaban a mantener plegados los pendones.

Dobra de Oro sacudió la cabeza, de forma que sus greñas ondearon. Señaló con su ballesta. Sí. Ahí estaban ya las avanzadas enemigas. Al trote todavía. Jinetes dispersos entre nubes de polvo. La vanguardia de una masa enorme de caballería que llegaba oculta por la polvareda.

Trepidaba ya la tierra. Centelleaban las puntas de las lanzas entre el polvo en suspensión. Cambiaron una mirada de desaliento. Cargaron como de común acuerdo las ballestas, porque se les echaban encima y la cava no iba a detenerlos.

Justo entonces comenzaron a sonar con gran estruendo instrumentos de guerra. Trompas y bocinas. Tambores y atabales. Los almocadenes mandaron salir a los hombres, y que ahora sí desplegasen e hicieran flamear los pendones. La algarabía guerrera y la visión súbita de las enseñas coloridas hizo que los bereberes contuviesen su carga, tal y como se esperaba.

Los dos ballesteros, con las armas prestas y apuntadas, veían por las miras a los caballos casi encabritados por la brusquedad con que los habían sofrenado. El desorden cundía en las líneas benimerines. Los adalides moros galopaban por delante de los suyos para contenerlos. Dobra de Oro, al volver los ojos por un instante hacia su izquierda, vio que allá a lo lejos la caballería real estaba saliendo del campamento.

También lo advirtió Aznar Téllez, que aguantaba con los suyos por delante de la

cava y que hacía solo un instante se daba ya por muerto. Se veía arrollado por esa carga masiva de jinetes. Y ahora, pese a haber salvado la vida, maldecía a la mala suerte que le había impedido avisar a Ozmín.

Aunque tampoco era necesario.

El viejo general, que cabalgaba entre los suyos, como siempre había hecho en las batallas cruciales, había divisado a la caballería de sobrevestes y gualdrapas adornadas con cruces negras que salía del real. Comprendió de inmediato que don Alfonso había descubierto o adivinado la treta. Y que también él había dividido a su caballería para engañarle. Entendió también que el castellano tampoco tenía intención de librar una batalla campal, a no ser que le obligasen a ello. De haberlo querido, habría aguardado oculto tras su real hasta que los benimerines estuviesen casi encima de las primeras tiendas y no pudieran retirarse sin luchar.

Era obvio que no quería jugárselo todo a una sola baza. Tampoco lo deseaba Ozmín, máxime cuando había acciones que podían reportarle más beneficios. Mandó tocar añafles y, envueltos en una gran polvareda, sus jinetes africanos tiraron de las riendas para galopar hacia el sur.

Fierros observó ceñudo cómo se apartaban. Sacó el virote antes de apretar el gatillo de la ballesta, para no tener la cuerda tensa más tiempo del imprescindible. Se colgó el arma al hombro, descolgó a cambio la bota. Dio un trago, soltó un eructo.

—Esos no vuelven.

Dobla de Oro le arrancó la bota de la mano. Bebió e hizo gárgaras.

—Se van hacia el río. Dios ayude a los que ahí están.

Fierros recuperó la bota para dar un segundo trago.

—Que se las apañen como puedan. Nosotros ya hemos hecho nuestra parte. Bastante susto hemos pasado.

—Verdad. Hoy lo único que hemos sacado es miedo en el cuerpo. En una cosa tenías razón, perro. Hoy tampoco conseguiremos caballos.

Tal como vieron los de la hueste negra desde el alto, la vanguardia mora había chocado mal y a destiempo contra los cruzados extranjeros. Un mal comienzo que empeoró al sumarse al combate más contingentes de ambos bandos. El resultado era que los de Ozmín estaban ya cediendo. Que los cristianos los empujaban contra el río. Que los granadinos volvían grupas en confusión y eran alanceados por los flancos y por la espalda.

Algunas cuadrillas moras de refresco cargaban desde atrás. Pero era más para aliviar la presión sobre sus compañeros que por la esperanza de poder volver las tornas a la batalla. Esa se había perdido al primer choque. Las monturas chapoteaban con estruendo y espumar en las aguas del Guadalteba. Los adalides daban voces y dirigían intentos de contracarga. Todo era tumulto y clamor, mientras los alféreces intentaban poner al menos a salvo los pendones rojos de Granada y los verdes del sultán.

Los de la hueste negra pudieron verlo todo desde el cerro, pues ahí seguían con los

dos atajadores de Osuna, pese a las admoniciones de Caldera. El de Sangarrén descolgó la bota que llevaba colgada de la silla para echar un trago de vino.

—Bueno, amigos. Comienza bien la jornada. Esto ha quedado listo a la primera. Así que ahora...

Le interrumpió un toque largo de bocina, repetido enseguida por otras. Se giraron en las sillas de montar. Los grupos de caballeros y pardos de Santiago, que eran los que tenían más cerca, estaban dando vuelta a sus cabalgaduras. Entre el polvo, formaban con las lanzas apuntadas al norte. Se veían mensajeros al galope de uno a otro escuadrón.

El de Sangarrén colgó la bota para ajustarse el bacinete.

—¡Dios me castigue! Parece que he hablado de más.

—De más y antes de tiempo —rezongó Ruiz, antes de apuntar con su lanza en dirección a una polvareda lejana—. Por ahí viene Ozmín con lo más granado de sus voluntarios de la fe, dispuesto a amargarnos el día.

—¡Abajo! —tronó con su voz de campana Jufre Vega.

—¡Ya lo habéis oído, charlatanes! —le secundó con voz bronca Caldera, picando espuelas para seguir con el pendón negro al adalid.

El aragonés golpeó con los nudillos contra la silla de montar. Un gesto que imitaron el escocés y los navarros. Arrearon a sus monturas para no rezagarse respecto al adalid y los dos veteranos.

Se unieron a un grupo de calatravos de cruces florlisadas negras, tal como estaba acordado, a tiempo de cabalgar en refuerzo de los de Santiago, que ya parecían haber colisionado con el enemigo. Luego todo sucedió muy rápido.

Había sido todo un honor el que les situasen junto a las grandes formaciones de las órdenes militares. Los monjes guerreros no estaban ahí por casualidad. El rey de Castilla sabía que Ozmín podía atacarlos mientras luchaban junto al río. Era una maniobra posible, además del ataque directo al campamento. Por eso había colocado en ese flanco a los más aguerridos y disciplinados.

Y ahora se veía el acierto de la prudencia. Porque desde el norte llegaba lo más granado de la caballería de Ozmín.

Los cruzados quedaban en inferioridad de número y entre dos enemigos. Suerte que el terreno les favorecía. Ese mismo terreno que les había obligado a llegar divididos impedía ahora también a los tres mil bereberes una carga masiva. De haber podido realizarla, las cuadrillas montadas de los cruzados que cubrían esa zona habrían sido barridas como hojas secas. En un suelo así chocaron por contingentes, entre cerros, y los zenetes no pudieron abrumarles con su número.

La hueste negra tuvo un encontronazo rápido. En aquel terreno y entre fresnos se dieron casi de narices con los enemigos y no hubo forma de evitar un choque directo. En un instante, todo fueron jinetes que se cruzaban al galope entre alaridos y blandir de armas. Caballos que caían dando volteretas, centellar de aceros al sol entre los árboles, lanzas que se hacían astillas, rechinar y campaneos de metales al encontrarse.

Blaylock, rota su lanza sin provecho contra una adarga enemiga, recurrió al martillo de armas, temiendo partir también la espada. Hizo girar a su caballo entre los árboles, al tiempo que trataba de ubicar a amigos y enemigos. Allí estaban los dos navarros, galopando juntos. Pero el caballo de Ruiz corría suelto y el veterano yacía por tierra. Y allá estaba Caldera con la bandera negra, inclinado sobre el cuello de su caballo.

Parecía herido. El escocés azuzó a su bayo entre gritos de guerra y blandir de martillo. El de Sangarrén llegó antes y se hizo con la bandera negra, que el otro parecía no ser capaz de defender. Vega había metido mano a la espada y acudía en auxilio de su abanderado. Y a su vez los dos navarros corrían a respaldar al enlutado.

Porque los zenetes de mantos coloridos convergían contra este último aullando. Caían sobre él con gran blandir de espadas y lanzas, deseosos de ser ellos los que abatiesen a ese adalid de ropajes negros y yelmo cerrado del que tantas historias se contaban.

Cambió el escocés la dirección de su galopada. Mejor auxiliar a Vega, que ya el de Sangarrén sabría defender la bandera. De hecho, lo vio alancear con ella a un osado que pensó que podía arrebatársela. Hasta se las arregló para sacar de allí a Caldera, con el caballo de las riendas.

Acudían santiaguinos y calatravos en su ayuda. Los moros cedieron de inmediato. Huyeron sin perder instante y Blaylock ni tuvo que cruzar hierros en defensa de Vega. Volvió a cambiar de dirección para llegarse, ya al trote, hasta Caldera y el de Sangarrén. Acalorado, se echó hacia la nuca el capacete.

—Un poco flojos estos enemigos, ¿no?

El aragonés, que tenía el pendón punta abajo, para que resbalase la sangre y no manchase la tela, le echó una mirada bienhumorada.

—¿Flojos? Mis narices.

—¿Cómo que no? En cuanto han llegado refuerzos han salido por pies. Y eso que estábamos a la par.

—No les ha espantado eso, sino los jinetes del rey. ¿No oyes?

Tras una mirada perpleja a su interlocutor, Blaylock giró el cuello. La capellina de malla le estorbaba para escuchar. Pero sí. Se oían gritos, relinchos, toques de bocina. Llegaba caballería en número considerable. Luego sabrían que don Alfonso, al ver que Ozmín se retiraba tan rápido, comprendió que se iba para caer por la espalda sobre los del río. Y él mandó sin pérdida de tiempo a don Rodrigo Álvarez de Asturias con dos mil jinetes en la misma dirección.

Así que el viejo general bereber, en lugar de atrapar como a una nuez a las fuerzas de Castro, se vio en el trance de ser triturado con lo mejor de sus jinetes. No entraba en sus cálculos que los suyos fueran vencidos en el río con tanta rapidez. Pero lo cierto era que, cuando llegó, sus jinetes habían pasado las aguas de vuelta y huían en desorden, perseguidos por los cruzados.

En tal tesitura, Ozmín mandó gritar el «sálvese el que pueda». Viendo imposible



una retirada en orden, eligió asumir gran número de bajas, antes que ser aniquilado entre dos caballerías.

Pero eso lo sabrían más tarde, en los fuegos de campamento. Ahora, a pleno sol, con las armas en claro, empapado en sudor, oliendo a caballos, Blaylock se giró hacia Caldera, al que la sangre le corría por el brazo izquierdo.

—Hay que cortar esa hemorragia —espetó el de Sangarrén.

—Ya se encargarán otros —rezongó el veterano—. Tú preocúpate de defender la bandera.

Llegó Vega al trote.

—¿Qué tienes, Caldera?

—Un tajo de cuidado. Eso es lo que tengo.

Él mismo se estaba metiendo un paño bajo el jubón, para taponar la herida.

—¿Dónde está Ruiz? ¿Qué ha sido de mi compadre?

Blaylock se giró en la silla. Se había olvidado del veterano, al que habían desmontado en la refriega. Vio que los dos navarros bajaron de sus caballos para atenderle. Lo habían recostado contra un tronco. Al ver que los miraban, Abarca hizo girar en el aire la mano abierta, para indicar que se encontraba más o menos.

Caldera resopló.

—Vive. ¡Menos mal! ¿Cómo le iba a decir a su esposa que...?

Le cortó Vega con esa voz como de campanas, producto de la visera.

—Ocúpate de seguir vivo tú también. Te vas a desangrar.

—De peores he salido, descuida. Seguid. Uníos a la persecución. No os rezaguéis por nuestra culpa, que no faltarán quienes nos ayuden.

## BRINDIS

*Se dice que el brindis, la costumbre de chocar copas, ahora de cortesía, era en tiempos una medida de prudencia. Al golpear con fuerza, parte de la bebida de cada copa pasaba a la otra, lo que hacía que si una estaba envenenada perecían los dos por haberse mezclado los líquidos. De igual manera, quien convidaba a beber de un jarro o una bota daba primero el trago, lo que era garantía de que no había veneno en ella.*

—¿Cómo va eso, hombre?

—¿Cómo va a ir? Fatal —rezongó Caldera—. Me siento como si me hubiera pasado por encima toda una carga de caballería pesada. Yo ya no estoy para ciertos trotes, amigo.

El de Sangarrén se echó a reír de forma estruendosa, con los pulgares en el cinto.

—¿Qué dices? Lo que no mata, adorna. Las cicatrices de hierros son para un hombre de armas lo que los padrinos para un bautizado. Son ellas las que en tiempos futuros darán fe, ante el que quiera preguntar, de que estuviste ahí, en la batalla, con las armas en las manos.

Su interlocutor quiso sonreír ante esa salida. Pero lo cierto era que no tenía muy buena cara al resplandor del fuego. Eso al menos pensó el de Sangarrén, por más que se mantuvo risueño. Se había acercado a la almofalla Gamboa, a interesarse por los heridos, aun a riesgo de que estuviesen durmiendo, dado lo avanzado de la hora. Pero se encontró con que Gome Caldera velaba. Sentado a solas ante una fogata de carbones, con una manta sobre los hombros y la cabeza, y con el brazo izquierdo en cabestrillo.

—Para lucir las heridas hay que llegar a viejo. Y hay que saber también cuando se está haciendo uno eso: viejo. Es mi caso. Ya no estoy para guerras y cabalgadas.

—¡Bah! Un palmo de acero se lo meten en el cuerpo al más pintado. Estas cosas pasan.

—Ya. Pues para mí tengo que en mis años mozos este puntazo no me lo habrían dado, no. Anda, siéntate.

El aragonés no se hizo de rogar. Se soltó el cinto de armas mientras el andaluz

alargaba la mano sana hacia la jarra de barro. Dio un buen trago antes de ofrecérsela al visitante, que aceptó de buena gana.

—¿Cómo anda tu compadre Ruiz?

—Molido y lleno de mataduras. Pero por suerte sin heridas abiertas ni nada quebrado.

Le quitó casi el jarro al de Sangarrén. Echó una mirada agria al interior del recipiente.

—¡Rediós! Venías seco, Sangarrén.

—Y sigo seco. Ha sido un día largo de batalla y calores. Tuvimos que pelear duro a la otra margen del río, amigo. Bien duro. Te librate de esa.

—Hubiera preferido no perdérmela.

—Seguro. Corrimos a los moros hasta sus reales, en Turón. Ahora andan algunos envidiosos diciendo que fue un paseo. De paseo nada. Ese lobo de Ozmín estuvo echándonos a sus mejores hombres en cargas, para frenarnos. Al pie mismo del real nos plantaron cara con ballesteros.

Recogió la jarra, que el otro acababa de llenar de un cántaro de vino con cierta dificultad, porque solo se valía de una mano. Dio otro trago largo.

—Sí, hombre. Ha sido un día largo, trabajado, rojo...

—¿Hemos tenido muchas bajas?

—No demasiadas. Al Señor demos gracias. Nuestra causa es santa y Él nos ampara.

Otro trago antes de mirar al anfitrión por encima del borde, casi desconcertado.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te han contado lo que ocurrió al otro lado del río? ¿No has hablado con nadie?

—Pues no. Me trajeron aquí derecho, todavía sangrando como un cerdo. Suerte que Paloma restañó la herida. Pero luego, con el cansancio, la pérdida de sangre y la pócima que me dio la vieja, me entró un sueño tremendo.

Recobró la jarra para beber y gruñir luego.

—Si cuando digo que ya no estoy para ciertos trotes... Dormí tan profundo como si hubiera muerto. Pero hace un rato me desperté y el dolor de esta maldita herida me ha impedido conciliar de nuevo el sueño. El caso es que dormía cuando los nuestros volvieron, y que ellos dormían ya cuando yo desperté.

Entregó al otro la jarra antes de tender su mano sana al fuego.

—¿Y tú qué? ¿No descansas? ¿O es que en tu pueblo es costumbre velar después y no antes de las batallas?

—No te burles de mi pueblo, que estando como estás no puedo retarte.

Sonreía. Se rascó con la zurda la barba corta y dura, haciéndola sonar.

—Yo tampoco he conseguido dormir. Me ocurre a menudo cuando estoy demasiado cansado. De pura fatiga me quedo despierto.

—El mal sueño es una de las señales de que uno va para viejo.

Le quitó la jarra para rellenarla por segunda vez.

—Vamos a ver si este vinillo te ayuda a dormir.

—¿Qué dices? A mí el vino podrá matarme, pero jamás tumbarme.

Caldera se llevó la jarra a los labios, riendo entre dientes la ocurrencia. Pasó una ráfaga de aire que agitó las llamas y a él le hizo estremecer. Entregó la jarra al otro para abrigarse con la manta.

—Ay, diablos. Estoy destemplado. Será la pérdida de sangre.

—Y que ha refrescado. Mira que hoy hizo calor. ¡Qué horno! Ojalá rematemos pronto este maldito asedio.

Bebió con largueza. Al bajar la jarra, pareció cambiar de humor. Habló con los ojos puestos en el fondo del recipiente.

—En fin, Caldera. Que me alegro de que estés más o menos bien. Pero, ya que estamos aquí los dos solos, me gustaría comentar contigo una cuestión algo delicada.

—Pásame el vino y habla como si estuvieras en tu propia casa.

—Así lo haré. Verás. A ti y al amigo Ruiz os retiraron tras el choque en la ribera norte. Los moros no aguantaron ahí. En cuanto ese demonio de Ozmín vio que podía quedar atrapado entre dos cargas, pasó con los suyos hacia el sur, en fuga.

—Eso lo sé, hombre. Yo estaba allí, aunque sangrando como un puerco. Me extraña esa desbandada. Estamos hablando de Ozmín y sus voluntarios de la fe. Me han dicho que perdieron a muchos hombres en esa retirada.

—¿Muchos? Fue una verdadera matanza. Pero no estoy de acuerdo contigo. Esta mañana Ozmín demostró que es el mejor general de Granada. Fue capaz de perder a muchos para no perderlos a todos. Entre lo malo y lo peor, eligió lo primero. Hay que tener madera para eso.

Caldera, jarra en mano, pareció rumiar lo que el otro decía.

—Puede que tengas razón. De ser así, debió de ser una decisión amarga para un batallador como Ozmín.

—Pues por eso digo que esta mañana demostró su temple. Otro se habría dejado cegar por el orgullo y probablemente habría perecido con todos los suyos, como un héroe pero en vano. Y aun así...

Recuperó la jarra para beber.

—Y aun así, amigo, el río bajaba hoy rojo. Rojo.

—No hace falta que me lo expliques. He visto más de un río rojo. Unas veces por la sangre enemiga y otras por la de los míos.

—Y otras por ambas mezcladas.

—Cierto. Así es la guerra.

—El caso es que les perseguimos. Y como ya te he dicho, aunque combatían sin tregua, lo hacían para frenarnos y ayudar a escapar a los suyos, no porque esperasen vencer. Y así, a choques, llegamos al real moro en Turón.

»Ahí se acabó la persecución. Ya sabes cómo son estas cosas. Cada cual se lanzó a por botín. A por lo que hubiese más a mano, antes de que otros se apropiasen de ello. Todos al saqueo. De no haber sido por eso, habríamos matado al doble o al triple de

enemigos.

Le tendió la jarra.

—Habríamos roto sin remedio al ejército de Ozmín.

Caldera volvió a reír entre dientes y a beber.

—Sí. Supongo que el muy lobo huyó hacia su real con toda intención. No para resistir allí, sino sabiendo que los nuestros se pararían a saquear. Trocó los bagajes por las vidas de sus jinetes. Espero que los de nuestra hueste sacaran buena tajada.

—Descuida. Hemos vuelto con acémilas, armas de acero bien templado, paños de calidad...

—¡Magnífico!

—Pero justo de eso quería hablarte.

Caldera levantó con viveza la cabeza. El resplandor del fuego pareció ahondar las arrugas de su rostro.

—No me digas que hubo disputa por el reparto del botín.

—No. Respecto a eso, quédate tranquilo.

—¿Entonces?

El de Sangarrén se rascó de nuevo la barba dura. Caldera quiso beber. Soltó un denuesto al tiempo que ponía bocabajo la jarra, en demostración de que estaba vacía.

—Voy a rellenar. Pero habla, hombre, antes de que acabemos tan borrachos que no sepamos ni lo que decimos. ¿Cuál es el problema?

—El problema es Jufre Vega.

—¿Qué pasa con él?

—Que lo dicho. Cuando llegamos al real de los moros todos se lanzaron al pillaje y nosotros no nos quedamos atrás, como podrás suponer. Pero Vega se puso furioso. Quería a toda costa que siguiésemos persiguiendo a los enemigos.

Se encogió de hombros.

—Se le iría la cabeza con el ardor del combate. ¿Quién iba a ser tan tonto como para seguir? ¿Seguir mientras los demás se llenaban las alforjas? ¿Te imaginas?

Caldera resopló. Dio un trago de la jarra y se la tendió al visitante.

—Vaya por Dios. ¿En qué acabó todo, hombre? No me tengas en ascuas.

—Conseguí convencerle de que hacer eso sería una locura. No podíamos seguir en solitario mientras todo nuestro ejército se quedaba atrás. Habríamos muerto para nada. Con ese argumento conseguí refrenarle.

Caldera volvió a resoplar, como siempre que andaba desazonado.

—En fin. Ocurre que Vega es un poco peculiar.

—Yo diría más bien raro, dicho sea con todos los respetos. Es un campeón con las armas y tiene madera de caudillo. Pero a veces muestra remilgos de monja.

Como viera que el otro se sobresaltaba, se apresuró a añadir.

—Es un decir, hombre. Tú ya me entiendes.

—Sí. Claro.

Como de común acuerdo, ambos volvieron los ojos al fuego. Caldera carraspeó.

—Puesto que ha salido el tema, me gustaría pedirte algo. Ya ves que estoy herido al punto de que me va a ser imposible cabalgar. Por tanto, me gustaría que a partir de ahora y hasta que sane seas tú el alférez y lleves la bandera negra.

El de Sangarrén frunció el ceño.

—Es un honor que pienses en mí. Pero no me parece correcto. Le corresponde a Ruiz llevar la bandera en tanto tú no estés repuesto.

—Que los dos sabemos que no lo estaré ya en esta campaña. El asedio, para bien o para mal, no durará tanto. Ruiz ha quedado maltrecho tras la caída de hoy. Y es hombre que no gusta de responsabilidades. Nunca quiso oficios ni mando de hombres.

—Siendo así...

—Tú eres perro viejo. Y acabas de señalar algo a tu manera. Vega está algo verde, por más que sea bueno con las armas. Ya que yo no voy a poder estar cerca, me quedaría más tranquilo si alguien como tú está a su vera. Alguien que le guarde en la batalla y le dé buenos consejos.

Bebió.

—Alguien que sepa encauzarle con razones de peso, como has hecho tú hoy. Que esas son las únicas que pueden desviar de su camino a los tozudos.

## ALARDES Y GALARDONES

*Los alardes eran los desfiles de las tropas o las milicias con sus mejores galas guerreras. Galardones eran los premios y recompensas que se daban a aquellos que hacían grandes méritos o realizaban sonadas hazañas.*

—Buena jugada, *saydy*.

Un solo velón sobre la mesa daba algo de luz a la estancia. A cada chisporroteo de la mecha, Aznar Téllez entreveía a hombres armados junto a los muros. Porque en esa ocasión el viejo Ozmín no le había citado al raso ni en la ribera, sino en una de las alquerías al sur del río.

Acudir a la cita le había supuesto un viaje arduo pese a las pocas leguas. Después de cabalgar por senderos estrechos al claro de la luna, el resplandor de las antorchas en la alquería había sido casi un bálsamo para Téllez. Y eso que el espectáculo que se le ofreció en el patio no fue nada tranquilizador. A la luz roja de las teas, se veía repleto de benimerines armados hasta los dientes. Guerreros de mantos vistosos y barbas fieras que no descansaban pese a la hora, ocupados unos en cuidar de sus aceros y otros de atender a los caballos.

Hombres de armas, voluntarios de la fe que alzaron los ojos al presentarse en mitad de la noche aquel jinete vestido a la cristiana, con sobreveste sin cruces, capellina de malla y el rostro oculto tras una máscara de cuero. Un recién llegado que encajó sus miradas —curiosas, recelosas, hostiles, según la naturaleza de cada cual— sin inmutarse. Estaba hecho al trato con moros guerreros. Y si estaba allí era porque le había convocado el propio maestro de los voluntarios de la fe, luego de aquella jornada larga de derrota y muertes para las armas nazaríes y benimerines.

No tenía que temer ni la prisión ni la muerte. Tampoco la delación, pues hasta el último allí era musulmán ardiente y devoto del viejo general. Pero incluso así el castellano había optado por ropajes sin señas y esa careta de cuero que le ocultaba el rostro.

Le habían guiado un par de moros lugareños, y una vez en la alquería, otros, bereberes estos de la guardia personal de Ozmín, se ocuparon de llevarle hasta el general. No le sorprendió la presencia de tantos guerreros. Los cruzados, pese a haber llegado hasta el real de Ozmín en Turón, se habían replegado a la ribera norte tras saquearlo. Y los jinetes de África habían regresado con la caída del sol.

En cuanto a esa alquería, estaba abandonada. También los labriegos del sur del Guadalteba habían huido con animales y enseres, aunque en su caso más por miedo a los bereberes que a los cruzados. Para el pueblo llano, cualquier soldadesca era igual de temible y su presencia siempre se saldaba con pillajes, muertes y toda clase de violencias contra ellos.

Por ese motivo, tampoco sorprendió a Téllez la desnudez de la sala ni la tosquedad del mobiliario escaso. Sin duda, los que allí vivían se habían llevado cuanto pudieron y lo poco que quedó había sido robado hacía tiempo por las cuadrillas de jinetes. Si unos y otros habían dejado esa mesuca y esos taburetes, era justo porque no valían nada.

A la mesa tosca se sentaba el anciano. En esta ocasión no tenía delante ningún tablero de ajedrez. Tal vez porque ahora estaba en medio del vértigo de una partida en la que, según sus propias palabras, era jugador y pieza. Fue esa reflexión la que le llevó a hacer ese comentario sobre la «buena jugada».

Ozmín, antes de responder, había bebido con parsimonia. Porque lo que no había cambiado era que también allí estaba bien provisto de café humeante. Al parpadeo de la vela, había observado con ojos fieros a su visitante, como si rumiase el halago recibido.

—¿Eso te parece?

—Excelente, *saydy*. Según tus propias palabras, un movimiento que en realidad abría una jugada más ambiciosa. Porque entiendo que el duelo fue solo una treta para poder desplazar tropas.

—El duelo tenía su valor. De haber sido vencido Jufre Vega, la moral de los cruzados se habría resentido. Pero tienes razón. Contaba con que eso me permitiría mover contingentes al oeste del real castellano.

—Una maniobra brillante.

—Gracias. —Exhibió una sonrisa seca en la penumbra oscilante—. Pero el resultado es lo que importa. He sufrido una gran derrota, y gracias a Dios que no ha acabado en desastre total. La parte débil del plan era que podían detectarnos. Tres mil jinetes son muchos jinetes.

—Yo, *saydy*, hice mi parte. Eliminamos a una partida de atajadores que podía acercarse demasiado adonde aguardabas con tus jinetes.

—Me consta. Dime, amigo, ¿qué pudo pasar? Yo también tenía escuchas y pensé que serían suficientes como para que ni una lagartija llegase al valle sin ser detectada.

—Don Alfonso cuenta con atajadores y montaraces avezados. Hay en sus filas fronteros que conocen bien estas tierras. Y tampoco le faltan moriscos aliados, algunos incluso nativos de esta comarca.

—Tampoco le faltarán espías entre mi gente. Estos granadinos no son nada de fiar... En fin.

Bebió otro sorbo de café.

—No tiene remedio ya. Hemos de pensar en el futuro. Por suerte, pude salvar al



grueso de mis huestes. Tengo que hacer planes. Ver qué margen de acción me queda, sin lanzarme a acciones suicidas. Las tornas han cambiado y supongo que ahora los cruzados estarán eufóricos.

Téllez guardó un silencio prudente y Ozmín, tomando eso por asentimiento, dejó con golpe seco el cuenco sobre la mesa.

—¿Tienes alguna información que me pueda servir? Ahora, como tras los naufragios, cualquier pedazo vale.

—Entonces tal vez te interese saber que no todos los cruzados están igual de contentos.

Los ojos de Ozmín relumbraron por un instante a la luz de la vela. Pese a esa luz escasa, reparó Téllez en lo demacrado que estaba, quizá por la suma de tensión, edad y falta de sueño.

—Habla.

—Los de a caballo han regresado cargados de botín y con cautivos. Ahora lo están celebrando. Pero las compañías de a pie no tuvieron oportunidad ni de combatir en el río. Ni en la orilla norte ni en la sur. Y por supuesto que luego se quedaron todavía más rezagados. Ni llegaron a tu real. No participaron ni en la batalla ni en el saqueo. Todo lo más, alguno con suerte pudo despojar a algún muerto olvidado en el río.

—¿Y qué? Supongo que el rey don Alfonso dispondrá reparto de galardones y dinero entre todos.

—Entre todos no. El rey y los ricoshombres solo alimentan y reparten con los alistados bajo sus pendones. Pero hay muchas compañías de a pie llegadas por su cuenta. Gentes baldías. —Mostró los dientes en mueca fiera—. Allegadizos, ya sabes, como llaman los fronteros a los que acuden en busca de fortuna.

»Para ellos no hay sustentos ni repartos. Vienen a su albur y se marchan si se cansan o si se desaniman, sin que nadie les diga nada. Hoy han salido a buscar batalla con grandes esperanzas y han vuelto con las manos vacías. Ni tienen motivos para la alegría y sí para el disgusto.

—Interesante. Pero ¿cómo se le podría sacar partido?

—Vengo del real cruzado, *saydy*. La visión de los despojos ha encendido la envidia y el rencor entre los de esas compañías. Lo que te propongo es que cuadrillas de tus jinetes se acerquen a incursionar al norte del Guadalteba. No mañana, sino pasado a primera hora.

—¿Para qué? Mandaría don Alfonso a los suyos. Ahora estamos en desventaja.

—No, *saydy*. No lo hará mientras los tuyos no supongan una amenaza cierta. Estarán todos descansando porque hoy ha sido un día duro y mañana andarán de juerga y vendiendo el botín a traperos y chamarileros.

—Continúa.

—Si alguien atizase los malos sentimientos de esas gentes baldías, sería muy posible que, al saber de la presencia de los tuyos en el río, saliesen a plantar batalla por su cuenta y riesgo, imprudentes. Y...

—Y entonces sería la ocasión de atraerlos y aniquilar a gran número de esos. No es mal plan.

Juntó las manos para mirar por encima de los dedos entrelazados a su visitante.

—Y ese alguien que habrá de atizar esos resquemores serás tú. Tú y tus hombres. Pero ¿qué ventaja me reportará masacrar a tropas de ínfima clase, más allá de derramar sangre de infieles y enemigos?

—De entrada, rebajar de forma considerable la euforia desatada por la victoria de hoy.

—Y después...

—Después, si alguien sabe sembrar la cizaña, es posible que gran número de esas compañías se marchen desalentadas. Todos les tienen a menos, pero seguro que les echarán en falta cuando llegue la hora de lanzar un asalto en masa contra Teba.

Un silencio. Luego Ozmín meneó despacio la cabeza.

—Eso que propones es muy peligroso para ti.

—El peligro nunca me echó para atrás, si había una posibilidad razonable de éxito. Ya estoy en situación delicada. Que lo sepas. Ya sabes que hay una enemistad personal entre Jufre Vega y yo. Sus hazañas y la victoria en duelo han hecho de él un héroe para los cruzados. Y, en consonancia, mi prestigio ha menguado.

»Por otra parte, me consta que los suyos me vigilan. Creo que sospechan que algo tuve que ver con la muerte esos atajadores que nunca volvieron del oeste. Desde entonces, no me quitan ojo.

Al resplandor de la vela, Ozmín sonrió con maldad. De repente, pareció de verdad un diablo. Uno muy viejo.

—Todo eso puede arreglarse.

A un gesto suyo, algo dramático, uno de sus guardas se apartó de las paredes para depositar un saco sobre la mesa. El propio Ozmín lo abrió para, sin dejar de sonreír como un demonio, sacar por los pelos una cabeza cortada. Téllez contempló hosco ese semblante exangüe de boca abierta y ojos en blanco.

—¿Quién es?

—Al Faar. Adalid de Granada y uno de mis lugartenientes en esta campaña.

Ahora Téllez lanzó una mirada entre atravesada e inquieta a su interlocutor.

—¿Has hecho matar a uno de tu consejo de guerra?

—Sí. Pero no a uno cualquiera. Al necio que, pese a mis órdenes terminantes, cargó por su cuenta esta mañana contra los cruzados.

Agitó por los pelos largos la cabeza.

—Este, este es el imbécil que rompió la unidad de mi caballería en el Guadalteba. Por su culpa, comenzó la batalla antes de tiempo y con los míos fragmentados. Por su culpa, cuando llegué yo, ya nada había que hacer.

Volvió a sacudir la cabeza por los pelos, cerca de la vela.

—En suma. Este es el responsable de que yo, Abu Said Utman ben Abi il-Ula, *Saydy al guza*, con cicatrices de cien batallas en el cuerpo, haya sido al final de mi vida

derrotado por un rey cristiano en campo abierto.

—Y lo has hecho ajusticiar.

—Ni lo sueñes. ¿Matar a un adalid de Granada? Bastante mal se llevan mis zenetes y los granadinos. Serían capaces de abandonarnos, pese a que estamos aquí ayudándoles a defender sus propias tierras.

Dejó caer la cabeza, que resonó como una piedra contra el tablero de la mesa. Gruñó.

—Sus tierras, sí. Porque lo que es su fe... no sé si la tienen.

Tomó de nuevo el cuenco de café.

—En fin. Él y sus guardas fueron pasados a cuchillo hace un rato, de manera discreta. Y ahí es donde puedes entrar tú.

—¿Cómo, *saydy*?

—Regresarás al campo cristiano con esta cabeza. Contarás que tu hueste emboscó a este adalid y le dio muerte junto con varios de los suyos. Y así todos contentos. No sabía yo cómo solucionar este embrollo y mira por dónde tú me lo has puesto en bandeja. No recaerán sospechas sobre mí por esta muerte. Y tú ganarás notoriedad. Y por si no bastase...

Levantó la diestra y frotó pulgar e índice. Un gesto que los suyos interpretaron a la perfección. Acudieron con varias espadas, anillos, una bolsa bien provista.

—Esto llevaban encima Al Faar y sus compañeros. Tuyo es. Cuenta que los sorprendisteis a este lado del río, ya de noche. Esto serían despojos de los muertos. Y usa esta ganancia con provecho.

# PORTILLO

*Brecha abierta en las murallas por los disparos de los ingenios o por hundimientos producidos por las minas.*

Volaban los bolaños para estrellarse en tiro concentrado contra un lienzo concreto de la muralla. Uno en la cara norte, ya en malas condiciones. Aún desde la distancia se le veía resquebrajado, que iba cediendo a cada impacto resonante de los proyectiles esféricos de roca.

Y sin embargo, aquella imagen, para otros alentadora, había sido de decepción para María Henríquez. Desencanto tan patente que hizo sonreír a Blaylock.

—¿Qué esperabas, señora? —No se pudo ahorrar la zumba cortés—. ¿Que hubiera toda una sección de muralla por los suelos?

María, que encajaba mal las chanzas a su costa, le miró con ojos que echaban chispas sobre el borde del velo negro. Replicó, sin embargo, con voz sosegada.

—Más o menos, eso es lo que contaban en el real.

—Las historias, de boca en boca, suelen crecer y crecer hasta que los enanos se convierten en gigantes.

—Ya.

No contestó más, porque el buen humor con el que comenzó el día se había esfumado. Era cierto que la noticia de que parte de la muralla se había hundido corría por el real. Y ella era una de las que la habían dado por buena, pensando que por fin, tras semanas, los disparos de los ingenios habían dado su fruto.

Se empeñó en verlo con sus propios ojos. Caldera, con su brazo herido, no era escolta adecuada, pero quiso la suerte que Blaylock se presentase en la almofalla a interesarse por Caldera y Ruiz, y a saber cómo iba la recuperación de Gamboa el Viejo. María no desperdició la ocasión de pedirle que la escoltase hasta las líneas de asedio, al menos hasta donde fuera prudente, para poder observar. El escocés accedió, aunque no sin enarcar una ceja.

Así fue cómo las tropas de asedio vieron pasar a aquel extranjero alto de barbas muy rubias, a pie y con cofia de armas. Conducía de las riendas a una mula y, sobre ella y de lado, una mujer de negro, con toca y velo. Al reconocer a la hija de Gamboa el Viejo, los hombres de armas los llamaban a voces y más de un maestro de ingenios acudió a saludar a la dama.

Mostraban así respeto a la hija de Gamboa, pariente de ese Jufre Vega que había

lavado con sus victorias el honor de esas tropas. A la postre, el empeño del enlutado por ajustar cuentas con Aznar Téllez era un poco el de todos ellos. No en vano el segundo, al cuestionar al maestro Gamboa, había puesto en entredicho el valor y las habilidades de las tropas de asedio.

—Dicen que Vega y tú, además de llevar la misma sangre, sois parecidos en algunos rasgos de carácter.

—¿Ah, sí? ¿Como por ejemplo...?

—La tozudez, porque sois muy mirados en cuestiones de honor... y también el candor.

Ella se revolvió en la silla con ojos de fuego. Acababa de caer de la forma más simple en una trampa tendida a su vanidad. Él sonreía con sosiego, los ojos puestos en aquel trozo de muro que se tambaleaba.

—Pronto las habladurías se harán verdad. Esa muralla no tardará en ceder y dicen que entonces caerá todo el lienzo de golpe.

—¿Qué has querido decir con eso de «candor»?

—¿No es evidente? Candor es creer lo que cuentan gentes que ni siquiera se han acercado al asedio. Yo también oí esta mañana esos cuentos.

Sonrió.

—Oyendo a algunos, cualquiera habría creído que hasta las torres de Teba se habían derrumbado. —Señaló con el mentón—. Y eso que solo hacía falta volver la mirada para comprobar que no era así.

Ella no cambió de posición siquiera. Blaylock seguía sonriendo con los ojos puestos en la ciudadela. Era obvio que trataba de pincharla.

—Dejemos ese tema. ¿Qué es lo que hay con Vega y su «candor»?

—Que ayer se enojó cuando nos detuvimos, como los demás, a saquear los reales de Ozmín.

—¿Y no tenía motivos para ello?

—No. Ninguno.

Ahora sí que se agitó ella, picada.

—¿Ah, no? Si en vez de pararnos a disputar por telas y ollas hubiéramos seguido la persecución, habríamos exterminado al ejército moro. El reino entero de Granada habría quedado abierto a nuestras lanzas.

—¿Pararnos? ¿Habríamos? —El escocés enarcó una ceja—. Lo dices como si hubieras estado allí.

Ella volvió a revolverse disgustada.

—Es una forma de hablar. Y te agradecería que no dieras la vuelta a la conversación con esas sutilezas.

—No era mi intención. Y te insisto en que Vega no tenía razón al enfadarse. Todo nuestro ejército se lanzó al saqueo. ¿Deberíamos habernos quedado como tontos sin nuestra parte?

—Y yo insisto a mi vez. De no habernos comportado como forajidos, habríamos

aniquilado a Ozmín.

—La guerra no es así, señora. Tiene sus propias reglas y es preciso conocerlas. No se trata solo de sobrevivir, sino también de ganarse el respeto de los compañeros de armas.

—¿Desapruebas encima la actitud de Vega?

—No tanto. Pero ese candor del que te hablaba puede ser un rasgo de carácter digno de aplauso en una dama como tú, pongamos por caso. Un adalid, en cambio, debiera curarse lo más rápido posible de eso.

Tres bolaños disparados en batería se estrellaron contra el muro. Un par de merlones se vinieron abajo con estruendo y polvareda. Blaylock frunció los ojos, tratando de evaluar a la vista los nuevos daños. Habló con la mirada puesta en la muralla:

—No es el primer incidente. Recuerda que no quiso aceptar el caballo de Balban el Tuerto. Un caballo por el que más de uno habría pagado una verdadera fortuna, incluido el propio Balban para recuperarlo.

—El caballo, el caballo... seguís todos a vueltas con el asunto de aquel caballo.

—Es que era extraordinario. Es cierto que el gesto que tuvo con Balban le ha reportado fama, pero a cambio perdimos una buena suma.

—Ahora eres tú el que habla de «nosotros», señor. Así que todo se reduce a que andáis escocidos porque pensabais embolsaros parte de su venta.

Blaylock, con las riendas de la mula en la mano, volvió a ella los ojos claros. Sonrió amable.

—No, señora. Yo solo espero reparto de lo conseguido en combate. Vega era dueño único de los despojos del duelo. Pero mantener una hueste, aunque sea pequeña, cuesta. Y la venta o el rescate del caballo negro habría sido una ayuda, digo yo.

María bufó bajo el velo negro.

—¡Por Dios! Todos habláis igual.

—¿Quiénes son «todos»?

—Caldera, Ruiz, ahora tú.

—Será porque nosotros, al revés que Vega, tenemos los pies en la tierra.

Ella rio con dureza.

—¿Los pies en tierra o los ojos en el suelo, a ver si encuentran monedas? No pensáis más que en ganancias.

—Uno lucha por lo que no tiene o por defender lo que sí tiene. —Se encogió de hombros—. Si no, ¿para qué luchar?

—Mira al de Sangarrén. No vino a la cruzada buscando botín. Ni tú tampoco, señor, a pesar de que te expreses sobre este tema como si fueras un chamarilero.

—No he hablado de botín. He dicho lo que se tiene o no se tiene. Al de Sangarrén, según él mismo, no le faltan en su tierra ni pan ni lumbre. Ha venido en busca de hazañas para destacar y estar a la altura de sus antepasados.

»Y mi caso no cuenta. No hice este viaje por decisión propia, sino al servicio de *fir* James, a quien el Señor tenga en su gloria. Y *fir* James vino por su honor, que le obligaba mucho porque tenía una alta posición en Escocia.

»Es eso de lo que te hablaba hace un instante. El de Sangarrén busca acrecentar su prestigio y mi señor buscaba mantener el suyo.

»¿No ocurre lo mismo con Vega? Lucha por defender el honor de vuestro linaje. El mismo Aznar Téllez, por muy odioso que resulte, es víctima de circunstancias que le superan y también pelea por un lugar al sol...

Se interrumpió al darse cuenta de que se estaba dejando llevar por la vehemencia. María Henríquez le estaba mirando desde lo alto de la mula. La luz de sus ojos oscuros había cambiado.

—¿Así que resulta que además de buen músico eres un sabio, Bailoque?

Él volvió a sonreír. Una sonrisa deslumbrante entre las grandes barbas rubias.

—No. Pero en el convento tuve la fortuna de escuchar a verdaderos sabios. Hombres de paso que se alojaron en nuestras celdas y comieron en nuestro refectorio. En Escocia la tierra y el clima son duros, y en la frontera siempre estamos en guerra. Hay que dedicar mucho tiempo y esfuerzos a la simple supervivencia. Escasean los hombres letrados, y en esas condiciones el saber es diez veces más valioso. Cuando uno accede a una pizca de conocimiento, da gracias al Señor por ello y lo guarda como el mayor de los tesoros.

—Me sorprendes, Bailoque.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien.

Se cruzó el silencio entre ellos. Volvieron como de común acuerdo los ojos a la muralla. Otra descarga de bolaños se estrelló contra la zona dañada con impacto atronador. Blaylock apuntó pensativo.

—No tardará en ceder.

—Creo que eso ya lo has dicho antes. Y tampoco es necesario que nos quedemos aquí hasta que eso suceda, ¿no? ¿Serías tan amable de llevarme de vuelta?

Había recuperado el tono sarcástico de otras veces. Blaylock sonrió como solía, antes de tirar de las riendas de la mula.

Dieron así la espalda al martilleo de los ingenios y a las maniobras en el campo de las manos de ballesteros. Mientras regresaban cruzando las líneas de asedio, María preguntó por el tabardo azul con estrellas blancas. Porque ese día el escocés vestía una gonela blancuzca con cruces negras descoloridas, comprada a un ropavejero.

—A buen recaudo.

—¿Por qué no te lo has puesto? Ayer lo llevabas en la batalla.

—¿Cómo sabes eso?

Ella se echó atrás por un instante en la silla, como pillada en falta. Se echó a reír luego bajo el velo.

—Qué difícil es sacarte nada, Bailoque. Siempre te las arreglas para dar la vuelta a

las conversaciones. En cuanto al tabardo... ¿Crees que después de haberlo bordado con mis manos no me iba a preocupar por su destino?

—Ayer lo llevaba, sí. Hoy no por una razón muy sencilla. A mí también me habían picado los rumores sobre la brecha abierta. Pensaba acercarme de todas formas a echar una ojeada y no quería que el polvo de las cavas manchase una prenda así.

María Henríquez no contestó, tal vez porque no encontró respuesta apropiada. Cruzaron una de las cavas por un puente de tablones que se podía derribar en caso de salida enemiga. Los cascos de la mula resonaban sobre los tablones. Un sonido que hizo recordar al escocés cuando pasó, junto con Gamboa y Caldera, rumbo al castillo, en busca de los cadáveres de sus compañeros. Al hilo del recuerdo preguntó:

—¿Cómo está tu padre?

—Ya se le va entendiendo mejor. Todavía sigue desorientado y confuso.

—¿Puede valerse por sí mismo?

—Cada vez más. Pero hay que estar atentos a él y ayudarle todavía a comer.

—Hay que darle tiempo.

—Eso dice don Simuel Abenhuacar. Mandó que camine y que se le dé conversación para ayudar a...

Se le apagó la voz. No completó la frase, como si hubiera perdido el hilo. Blaylock, que hasta ese instante iba atento a guiar por buen terreno a la mula, volvió los ojos primero a ella y luego en la dirección de su mirada.

Delante, había grupos de soldados de espaldas a ellos. Observaban un alboroto de hombres a pie y a caballo que tenía lugar un poco más allá, a retaguardia de las líneas de asedio. Al mirar por encima de los soldados, la primera impresión del escocés era que se trataba de un tumulto festivo y no de un altercado.

Chascó los labios al tiempo que tiraba de las riendas para llevar a la mula a la izquierda y tener mejor visión. María, con una mano sobre el velo ahora, para que la brisa cálida no lo alzase, preguntó:

—¿Qué pasa ahí?

Entendió Blaylock el sentido de la pregunta. Puede que aquellos estuviesen celebrando, pero sus demostraciones no parecían amistosas con respecto a las tropas de asedio, ni estas las recibían bien. Se notaba eso último en las actitudes de los ballesteros que miraban con las armas en tierra y las manos sobre las culatas. Los de allá afuera hacían caracolear caballos, agitaban lanzas, les dirigían gestos de burla.

A buen paso, venía a su encuentro un hidalgo al que el escocés reconoció como uno de los oficiales de don Pedro Fernández de Castro en el asedio.

—Os tengo que pedir que no sigáis.

—No pensábamos hacerlo. ¿Qué ocurre ahí?

—Nada de importancia. Unos que están demasiado alegres y han venido a hacer burla. Pero ya hemos mandado a hombres de confianza para evitar que los nuestros salgan a replicarles y haya pelea.



Intervino María, aunque algunos no lo habrían considerado decoroso:

—¿Y qué mosca les ha picado a esos para que vengan a buscar pendencia?

—Seguro que le han dado de más al jarro y, ya bien calientes por dentro, les ha dado por ahí. —Señaló con sonrisa de desdén—. Si te fijas, algunos no se tienen casi en los caballos.

Blaylock sonrió.

—Como sigan con tanta cabriola, alguno se va a partir el cuello.

—Eso será su problema. No seré yo el que lo sienta ni pague de su bolsa misas, si eso ocurre.

—¿Y qué es lo que los tiene tan contentos?

—Parece que celebran que unos emboscaron a un lugarteniente de Ozmín. Le sorprendieron al sur del río y lo mataron a él y a varios de sus guardas.

Titubeaba. Blaylock frunció el ceño. María se había envarado en la silla, con los ojos clavados en el revuelo de jinetes. El oficial carraspeó.

—Señora. Me parece que has visto ya cierto pendón. Debo aclararte que el que mató a ese moro es Aznar Téllez. Es él quien ha estado convidando a vino para celebrarlo y me da que es él quien ha incitado a esos borrachos.

Blaylock reprimió una mueca de disgusto. Ese era pues un incidente más entre tropas de asedio y huestes de la guerra guerreada. Una rivalidad que se solapaba a las malas relaciones entre fronteros, milicias y compañías de los llamados allegadizos. Remató el hidalgo, sin mirar a la cara a María.

—Os ruego que aguardéis. Aguardad, que no será mucho tiempo. Ya hemos mandado aviso. Vendrán los alguaciles reales y echarán a esos pelaires. Que tampoco tengo yo muy claro que los nuestros se contengan, como esos sigan haciendo burlas. Al fin y al cabo, los hombres tienen sangre en las venas.

María apartó con esfuerzo la mirada de los jinetes. Otra vez con la mano sobre el velo, habló con una calma que sorprendió a Blaylock. Aunque enseguida comprendió que ella jamás se rebajaría a mostrar enojo ante una provocación así.

—Aguardaremos lo que tú dispongas, señor. No tenemos prisa y es un placer disfrutar de compañía de buenos.

Sonrió bajo el velo.

—Sobre todo si la charla está amenizada por un buen espectáculo de bufones.

Los alguaciles reales no tardaron en llegar en gran número y armados hasta los dientes. Su simple presencia bastó para ahuyentar a los jaraneros. Se marcharon sin necesidad de que se les exigiese, y ellos dos pudieron seguir su camino.

Pero ya el humor de María se había echado a perder. Y no mejoró cuando más tarde Téllez y su corte de borrachos se acercaron a seguir su burla cerca de la almofalla de Gamboa. Algo desde luego nada casual.

Ella, al pie de las tiendas, los veía cabalgar entre agitar de pendones, pasándose pellejos de vino al trote y dando grandes voces. Acabó por estallar y a Caldera le tocó soportar el chaparrón. Lo hizo con los pulgares metidos en los sobacos del colete de

cuero y una mueca exagerada de resignación.

—Ya vale. Cálmate.

—¡Cálmame! ¿Por qué voy a cálmame? —rugía ella en sordina bajo el velo—. Nos están provocando.

—Tengo ojos. Ya lo veo.

—¿Y hemos de sufrir que esos tiñosos vengan a burlarse de nosotros en nuestras mismas barbas?

—Tú no tienes barba.

Ella contuvo un grito de ira. Él, siempre con los pulgares en las axilas, observó a los que hacían piruetas con los caballos.

—Así os caigáis y quedéis lisiados, cabrones —masculló—. Ya se cansarán, María.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Eso tenemos que hacer? ¿Aguantar su insolencia hasta que se aburran?

Él compuso ahora una mueca de fastidio.

—Podría coger una ballesta y tumbar a alguno. O llamar a nuestros vecinos, que también están comiéndose los nudillos de rabia, y darles una buena lección. Pero no creo que a nuestro señor don Alfonso le gustase. Ya sabes que tiene prohibidas las pependencias.

—Ya. Y esos se aprovechan.

—María, María. Que no eres ya una niña para coger estas pataletas.

—Me hierve la sangre de ver a ese... —No acabó, ahogada de rabia al observar al propio Téllez que ondeaba el pendón partido de su hueste, entre alaridos bufos de guerra.

—Sosígate, que nada se puede hacer. Ese se aprovecha de que es su día de gloria, como hace poco fue el tuyo... el de Vega, quiero decir.

—¿Es que lo vas a comparar?

—¿Qué diferencia hay?

Bufó, y por un instante pareció a punto de perder la paciencia.

—¿No te lo advertí? La admiración de la gente es efímera. Y la de los hombres de armas más todavía. Hoy están dispuestos a morir por ti, a seguirte hasta el infierno, y mañana te cortarán el cuello sin pestañear.

Observó con expresión casi colérica a los escandalosos.

—Ya te di mi opinión en su momento. Elegiste mal. Entre el aplauso y el caballo negro, debiste optar por lo segundo. Al menos tendríamos dinero. Se nos habría ido tan rápido como la celebridad, pero por lo menos nos habría servido para pagar gastos.

—No me sermonees, por favor. No es momento.

—Tú has preguntado qué hacer. Yo te estoy respondiendo. Esto es lo que debemos hacer: darles la espalda y seguir con nuestros quehaceres, como si no estuvieran ahí. Si nos quedamos aquí, mirándolos, les damos a entender que sus burlas causan efecto. Y eso es lo que buscan. Con nuestra simple presencia les

animamos a insistir.

Ella pareció calmarse de golpe. Lo advirtió Caldera en cambios imperceptibles en su postura. Se quedó ahí todavía un instante en silencio, tapada con los velos negros y con los ojos puestos en los borrachos que cabalgaban entre gritos.

—Tienes razón, padrino, como casi siempre. Ignorémosles, que tiempo habrá de vengar esta nueva afrenta.

—Eso es.

—Dame tu brazo sano, aunque sea el de la espada. Vamos a ver a mi padre, a ver cómo se encuentra.

## TOCAR MADERA

*Esta costumbre de tocar la madera para espantar a la mala suerte proviene de una bula papal. Durante las batallas, les resultaba peligroso a los caballeros cristianos santiguarse, ya que al llevar la mano a la frente exponían las axilas a los tiros de ballesta sarracenos. Por ese motivo, se dictó una bula que permitía sustituir el santiguarse por tocar la madera de las sillas de montar, ya que era ese el material de la Santa Cruz. Con el paso del tiempo, ese acto se convirtió en un gesto supersticioso para ahuyentar a la mala suerte y el maleficio. Tal vez siguió el mismo proceso que el exclamar ¡Amén!, ante un estornudo, debido a la creencia de que al estornudar podían colarse por la boca los demonios.*

La fogata era de maderos viejos y restos. Olía mal, pero a su calor se apretujaban los borrachos. Se calentaban las manos en las llamas y se pasaban cuencos de vino picado. Justo al límite del resplandor había un carromato parado; uno de pellejos de vino custodiado por varios hombres fuertes. El vehículo de uno de esos vinateros ambulantes que rondaban por el real vendiendo vino malo.

Si había parado y había casi una treintena de hombres bebiendo, era porque esa noche convidaba Avellaneda, el lugarteniente de Aznar Téllez. Vino de ínfima calidad, mezcla de los posos de otros pellejos. Pero a los que nada tenían en la bolsa, esa bebida les sabía a gloria.

Sin embargo, lo que debiera ser celebración se había ido trocando en lamentos, denuestos y quejas ásperas. Eso al menos es lo que vieron varios muchachuelos que se acercaron a curiosear. Algunos de aquellos mismos pillos de campamento que tan buenos servicios habían prestado ya a Abarca y que iban como sabuesos siempre a los talones de los hombres de Téllez.

Hablaba un hombre largo y seco, de barbas grandes y pocos dientes, que vestía jubón de cuero claveteado.

—Al final, ¿qué somos aquí? Nadie, nada.

Se expresaba con una suerte de resignación, contrapunto a la ira sorda y el rencor

de otros. Un segundo hombre, este macizo como un buey, le quitó el cuenco de vino antes de darle la réplica.

—Nada no. Los de a pie como nosotros somos a la guerra lo que los perros a la mesa. Nos dejan lo que cae del plato.

—¿Qué dices? Más nos valiera. Al menos a los perros les echan los huesos.

Recobró el cuenco para apurarlo con avidez, como si estuviera muerto de sed. Acudieron un par de taberneros con más recipientes llenos, porque Avellaneda había apalabrado dos pellejos grandes con la orden de que no faltase vino en ningún momento.

Bebían, y con el vino les salían el veneno y los agravios. El flaco, cuenco en mano, declamaba casi:

—Ayer, ayer, ¿no acudimos con presteza a la batalla? Marchamos al encuentro de la caballería enemiga. Hombres de a pie, en desventaja pero sin miedo. Y al llegar, ¿qué nos esperaba? Nada. ¿Qué sacamos de la jornada? Algún martillo de armas, algún cuchillo perdido, lanzas rotas y caballos muertos a los que cortar tajadas para no morirnos de hambre. Eso fue todo.

Bebió más.

—Los de a caballo guerrearon. Saquearon el real de Ozmín, volvieron cargados de despojos y con cautivos. Para ellos, todo. Para nosotros, nada, excepto burlas.

Los presentes mascullaban, escupían ofensas, discutían y se daban unos a otros razones para estar disgustados. Alguien se llegó al flaco para darle más vino. Avellaneda lo palmeó, riendo, en el hombro.

—Un hombre entrado en años como tú debiera saber ya que todo en esta vida hay que ganárselo.

El otro le lanzó una mirada aviesa, pero no dijo esta boca es mía. Después de todo, Avellaneda era el que convidaba. Uno de los mocosos que acechaba le dio un codazo a otro para murmurar:

—Téllez no está aquí.

—Da igual, tonto —contestó su compinche, igual de por lo bajo—. Si Avellaneda está invitando, es porque Téllez se lo manda.

Un tercero les empujó antes de llevarse el dedo a los labios y señalar, porque el flaco volvía a hablar y era difícil oírle por los muchos presentes y sus conversaciones solapadas.

—¿No hicimos méritos, amigos? Marchamos a la batalla...

Avellaneda se echó a reír por encima del runrún de voces.

—Eso ya lo has dicho. Y también has dicho lo que importa. Que no conseguisteis nada.

Volvió a reírse y, como un prestidigitador, sacó de repente una cimitarra de factura hermosa a la luz de la fogata.

—Mirad, mirad. A nosotros nos pasó ayer algo parecido a lo vuestro. Nos enviaron a proteger las líneas de asedio. Se ve que esos torpes no son capaces de

defenderse ellos solitos. Nos pasamos la jornada en una posición en la que no podíamos esperar más ganancia que la muerte, si los zenetes atacaban en masa.

Blandió la cimitarra, de forma que el resplandor del fuego corrió por la curva de la hoja.

—¿Creéis que esta espada la gané ayer defendiendo las cavas?

Ahora todos los borrachos le prestaban atención. Avellaneda volvió a enarbolar la cimitarra.

—¿Por qué estoy yo aquí invitando mientras vosotros os lamentáis, y no al revés? Porque nosotros, los de Aznar Téllez, en vez de resignarnos a nuestra suerte, salimos a campaar después de la batalla. A eso se le llama «ganarse la suerte». A la suerte hay que buscarla. En vez de echarnos a descansar, salimos y obtuvimos buena recompensa.

Arrebató el cuenco al flaco sin dientes. Dio un trago y apuntó al carromato.

—¡Más vino! Si se acaba, abre otro pellejo. Que no falte. —Se encaró con los concurrentes—. Yo también he pasado penurias. Sé compartir cuando tengo.

Apuró.

—Mal os irá si os sentáis a esperar a la buena suerte. Uno tiene que buscársela.

Llegaron los empleados del vinatero con más cuencos. Los presentes se arremolinaron a su alrededor. Uno de los borrachos, que había salido a orinar, regresó con tanta prisa que arrolló a los muchachos. Farfullando reniegos, repartió pescozones al paso.

—Creo que ya hemos visto bastante —murmuró uno de los chicos, mientras se frotaba el cogote.

—Sí. Esos no nos van a dar ni un sorbo de vino.

—No. Vámonos ya, a ver qué podemos sacarle al navarro.

## VELAS

*Velar, estar en vela, desvelado y expresiones semejantes vienen de las formas en las que en la Edad Media se medía el paso del tiempo durante la noche. A falta de relojes tal como los conocemos ahora, la noche se medía mediante velas encendidas. Tres por noche. Así, según lo consumido, sabían a qué hora de la noche se encontraban.*

Cuando el de Sangarrén se presentó muy a primera hora en la almofalla de Gamboa, encontró a Caldera y a Ruiz ya levantados, junto a una lumbre y a una sartén humeante. En camisotes y calzas, al primer gris de la mañana, desayunaban gachas de trigo y vino en jarra. Ruiz, con el rostro colorado por su natural rubicundo, el calor de las brasas y ese otro calor del vino, apuntó al aragonés con su cucharón.

—Pero hombre, ¿qué te trae por aquí tan pronto?

—Noticias que no deben esperar, porque no son buenas. ¿Dónde está Vega? ¿Puede atenderme o está en una de esas misteriosas escapadas tuyas?

Caldera, con la pelambre entre roja y cana alborotada, con el brazo izquierdo en cabestrillo y otra cuchara de palo en la diestra, contestó con una de sus muecas, antes de volverse a Ruiz.

—Compadre, ¿nos haces el favor de ir a la tienda del adalid? Mira a ver si está, y, si es así, que venga lo antes posible.

Como vio que el de Sangarrén abría la boca, quizás para ofrecerse a acompañarle, se le anticipó.

—Siéntate, hombre, y coge una cuchara. Donde comen dos, comen tres.

El visitante acercó las narices a la sartén. Aspiró.

—A un buen desayuno no se le dice que no. Pero cuchara ya tengo. —Sacó una de madera de la faltriquera—. Se equivocan los curas. Un hombre que no desayuna bien no le saca provecho a las jornadas.

—Eso pienso yo. —Caldera se giró a Ruiz—. Apura, compadre.

El aludido dio un buen trago al jarro y clavó su cuchara en las gachas antes de irse. El aragonés se hizo con una cucharada humeante, antes de echar atrás el cuerpo para comerlas con calma. Preguntó mientras soplaba para enfriarlas:

—¿Cómo va el brazo, Caldera?

—Tieso como un leño. Y duele como el demonio.

—Eso es bueno. Que una herida duela es señal de que camino va de sanar.

—Ya. —El herido bebió antes de pasar el jarro al visitante—. ¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí? ¿Me lo vas a contar o es secreto?

—¿Qué secreto voy a tener para ti, hombre? —Señaló con el jarro—. Pero vienen María Henríquez y tu compadre. Aguarda, para que no tenga que repetir lo mismo dos veces.

Se giró Caldera en su asiento. Venía la dama, sí. Velada, por su puesto. Con la mano, ella indicó al de Sangarrén que no se levantase.

—Sigue, señor, y que aproveche. ¿Qué te trae tan temprano?

—Nada bueno, por desgracia. —Apuntó con la cuchara—. Veo que estoy de suerte. Ahí está nuestro adalid.

Caldera giró de nuevo la cabeza. Llegaba sí, y a buen paso, Jufre Vega, con jubón negro claveteado y el almete. Le acompañaba Martín Abarca, sin cofia, con los cabellos y las barbas alborotados, y bostezando. El enlutado repitió el gesto de María para indicar que no se levantase nadie. Pero la que preguntó fue la dama:

—¿Y bien? ¿Cuál es esa noticia mala?

El aragonés, antes de entrar en materia, tendió el jarro a Abarca, que aceptó de grado.

—¿Y tu primo?

—Durmiendo la mona. Anoche bebimos y todavía no sabe medir sus fuerzas.

Les cortó Caldera, que estaba viendo irritarse a María.

—Al grano, Sangarrén. ¿No decías que era urgente?

El aludido asintió. Se rascó la barba corta y dura.

—Cuadrillas de zenetes han cruzado el río.

Ruiz, que se había sentado y recuperado su cuchara, estaba soplando para enfriar sus gachas. Volvió los ojos.

—¿No han tenido bastante?

—Parece que no.

—Si son grupos aislados, no es para alarmarse tanto.

—Tal vez. Pero la noticia llegó enseguida al real. Y han salido compañías de a pie a presentarles batalla.

—Eso no nos afecta a nosotros. —Caldera metió su cuchara en la sartén.

—O sí. Se han puesto en marcha por su cuenta, sin que nadie se lo mande. Los de esas compañías andan llenos de resquemor porque el otro día no obtuvieron ganancia. Han salido con mucha algarabía y con la cabeza llena de pájaros. Hablaban de batirles, de repetir la hazaña de los jinetes y ganar botín.

Los presentes cambiaron miradas. Abarca se frotó las manos para entrar en calor y Ruiz le indicó que se sentase. Caldera agitó su cuchara.

—¡Bobos! Y habrán salido en desorden.

—¿Qué orden van a llevar esas bandas de muertos de hambre?



—¿Son muchos?

—Más de quinientos, le echo.

Caldera golpeó con la cuchara contra el borde de la sartén.

—¡Rediós!

María Henríquez, que asistía a la discusión cada vez más impaciente, cortó como con cuchillo:

—¿Y bien? Si los moros los matan, ellos se lo habrán buscado por su mala cabeza.

Ruiz, que había recuperado el jarro, alzó la vista a ella.

—María, no hay que desear mal a cristianos.

Abarca se había hecho un hueco junto a la sartén y de algún lado había sacado también su cuchara de palo.

—Esto no es casual. Anoche los de Téllez estuvieron calentando la cabeza a esos desarrapados.

—¿Cómo? —Los ojos oscuros de María se volvieron de repente cautelosos.

—Sí, señora. —Mascó unas pocas gachas—. Ya sabes que tengo a unos cuantos pillos de campamento a los talones de esos malandrines. Ayer Avellaneda estuvo convidando a vino a unos cuantos baldíos. Los picaban, se mofaban de su suerte y les decían que lo tenían merecido por flojos...

Caldera pegó otro cucharazo contra el borde de la sartén.

—Hay que dar aviso. Si esos necios se dejan atraer al otro lado del río, los zenetes no van a dejar ni uno vivo.

—¿Por qué te crees que he venido tan rápido? —El de Sangarrén se rascó la barba al tiempo que alzaba los ojos—. ¿Y tú, adalid? ¿Qué dices?

Pero, antes de que el enlutado pudiera hablar, intervino Caldera:

—Con permiso. Habría que juntar a la hueste. Hay que llamar a Beaumont y Bailoque. Sabe Dios por dónde andarán los dos ballesteros a estas horas y, además, nos iban a ser de poca utilidad. Mientras tú, adalid, podrías avisar al rey o a alguno de sus oficiales.

El enlutado movió hombros y cabeza, cubiertos por el almete de hierro, a modo de asentimiento. Habló con esa voz resonante suya, producto de la visera calada:

—Me parece bien. Sangarrén, ¿puedes buscar tú a Bailoque? Entretanto, yo procuraré avisar al rey.

—Por supuesto, adalid.

El aragonés se zampó lo que quedaba de gachas en la cuchara y la limpió antes de echarla al zurrón. Y se fue, aunque no sin dar antes un último beso al jarro de vino. Los otros se quedaron unos instantes alrededor de la sartén, unos sentados y otros de pie. Caldera bebió largo, antes de incorporarse resoplando.

—¡Mal rayo me parta! ¡Esto sí que es jugar fuerte! En una de estas se destapa el engaño.

Ruiz metió su cuchara en lo que quedaba de gachas.

—Y que lo digas, compadre.

María Henríquez se echó a reír bajo el velo.

—¿Se os está aguando la sangre, padrinos?

Caldera la miró hosco.

—Lo que se nos aguaron fueron los sesos el día en que consentimos esta farsa.

Martín Abarca se pasó la mano por los cabellos alborotados. A punto estuvo de palmear en la espalda al enlutado, pero se contuvo porque estaban al aire libre.

—Bien hecho, primo.

Dentro del jubón claveteado y el almete, Juan de Beaumont estaba sudando y no de calor. No era la primera vez que se disfrazaba de Vega para aparecer en público a la vez que María y agostar así cualquier brote de sospecha en ese sentido. Pero sí era la primera ocasión en la que se había visto obligado a hablar. Y, pese a la visera y a que solo había pronunciado tres frases cortas, había temido que le delatase el acento.

María en cambio se estaba riendo. Tanto que sus dos padrinos cambiaron miradas al comprender que estaba dando salida a los nervios. Ruiz la señaló benevolente con la cuchara.

—No hay que tentar a la suerte. —Señaló ahora a Abarca—. ¿Y qué es eso de que los de Téllez anduvieron anoche alborotando a los allegadizos?

El navarro se pasó los dedos por cabellos y barbas.

—No os lo pude contar anoche porque ya os habíais acostado. Avellaneda les estuvo convidando a vinacho. Se burló de ellos, los tachó de pusilánimes. Les decía, por lo visto, que si querían botín solo tenían que cruzar el río y pelear con los moros.

—Y esta mañana aparecen partidas de zenetes a este lado del río. Mucha casualidad me parece.

—Eso creo yo también.

Irrumpió en la discusión María.

—Ellos solos se han puesto la soga al cuello. Es el momento de...

—De nada —la cortó Caldera bufando—. ¿Estás pensando en desenmascarar a esos felones ante el rey? Olvídalo. No toca ahora. Recuerda que ayer mismo llegaron con la cabeza de un adalid nazarí.

Se rascó el cuello con los nudillos de la mano sana.

—Por cierto, no sé cómo cuadra una cosa y otra.

Ruiz agitó de nuevo su cuchara.

—Haznos caso, María. La hazaña de ayer pone por ahora a Téllez a salvo de sospechas.

—Ya. Tanto como a mí el que me hayan visto con Vega. Si nos han visto juntos, ¿quién va a sospechar que Vega soy yo?

Los presentes cambiaron miradas. Caldera puso los ojos en las brasas, con el ceño fruncido.

—¿Sugieres que Ozmín sirvió a Téllez en bandeja la cabeza de ese granadino?

—¿Por qué no?

—Bien podría ser. Pero no puedes ir al rey con suposiciones basadas en más

suposiciones. Y tampoco es momento. Deberías volver a tu tienda, María. Y Vega a la suya, con la excusa de aprestar sus armas. Cambiad de atuendos lo más rápido posible.

Se acarició el brazo herido.

—Vega debe acudir al alfaneque del rey, sí. Pero no con chismes sobre la supuesta deslealtad de Aznar Téllez, sino para alertar del desastre que puede ocurrir hoy junto al río.

Jufre Vega ni llegó a presencia del rey ni lo esperaba. Pero consiguió que le atendiese Alfonso Fernández Coronel, alguacil mayor de Sevilla. Y él sí le escuchó con atención, aunque no dio, de entrada, importancia a su relato.

—El rey está en misa. No te preocupes, le transmitiré tu recado, aunque es algo que ya sabemos. Los que guardan el río nos mandaron avisos a primera hora sobre que los zenetes campean por la orilla con bocinas y pendones.

—Eso no es casual.

—Por supuesto que no. Vienen a hacer alarde y desafío para sacarse las espinas de la derrota de antes de ayer.

—Pero señor, ¿no sabes que han salido compañías de a pie a hacerles frente?

—¿Te extraña? Los ánimos están ahora altos. La victoria y la conquista del real de Ozmín han llenado a los nuestros de sensación de vitoria. Logramos caballerías, despojos, también alimentos, que iban escaseando... En fin. Los moros nos desafían y los nuestros salen a darles réplica.

—Es una trampa. Una de esas añagazas que tanto le gustan a Ozmín.

Coronel perdió su aire displicente. Puso los brazos en jarras.

—Explícate.

—Las nuestras que han salido son compañías de gentes baldías. Allegadizos. Están disgustados por no haber obtenido honores ni ganancia. Los benimerines lo saben y han venido a provocarlos. Han hecho ostentación de ricos mantos, armas, caballos. Esos infelices creen que pueden repetir la hazaña de la caballería. Van de cabeza a la trampa.

Coronel frunció los labios. Puso las manos a la espalda y dio pasos de acá para allá.

—Sigue, que te estoy escuchando.

Se pensó el enlutado las siguientes frases. Oculta tras el yelmo calado, María tuvo en la punta de la lengua sus sospechas sobre Téllez. Pero se impuso la prudencia y los consejos de sus padrinos, y no sacó el tema.

—Los espías de Ozmín han debido de informarles del descontento. Les han tendido una trampa y esos jinetes son el cebo. Les van a hacer pasar el río y entonces harán una matanza.

—¿Tienes alguna prueba de ello?

María titubeó. Sin embargo, gracias al almete el otro creyó que se estaba tomando su tiempo antes de contestar.

—Pongo en prenda mi palabra. Tienes que creer que lo que digo es cierto.

—Tu palabra aquí tiene su peso. Te lo has ganado. Pero ¿no podrías haber sacado conclusiones erradas a partir de las circunstancias?

—Señor, esos allegadizos se dirigen en masa a la muerte. Van con sed de batalla y hambre de botín. Cruzarán el río y no quedará ni uno para contarlos.

Coronel se quitó su gorro semiesférico, como si le estuviera calentando la cabeza. Observó adusto al enlutado, que volvió a urgirle.

—Luego será tarde. Si esperamos, cuando queramos hacer algo, los moros ya los habrán pasado a todos a cuchillo.

Su interlocutor resopló.

—Muy bien. Confío en tu buen juicio. Nadie conoce de veras tu identidad, pero hasta hoy nunca has fallado. Voy a avisar de inmediato a don Alfonso.

—No te arrepentirás.

—Eso espero. Nuestro señor no es de los que perdonan que les alarmen en vano. Mientras le aviso, quiero que hagas algo.

—¿Qué, señor?

—Aconsejaré al rey que mande hombres de a caballo para que obliguen a retroceder a esos mentecatos. Y si no llegan a tiempo, que les presten auxilio. Pero convencerle me llevará algún tiempo. Así que quiero que cabalgues con tu hueste a ver si puedes persuadirles o, llegado el caso, prestarles socorro si te es posible.

—Iremos. Dalo por hecho. Pero ya sabes que solo somos un puñado.

—Mandaré a cuanta hueste libre pueda convencer, no solo a la tuya. Se trata de poner algo de caballería en el campo, hasta que llegue la real.

El enlutado asintió y las plumas negras ondearon.

—Voy entonces. Espero que no tardes en convencer a don Alfonso, o no solo esos allegadizos estarán muertos antes del mediodía.

## ADARGA Y MOHARRA

*La adarga era el escudo moro por antonomasia. De concepción muy distinta al escudo cristiano de la época, estaba hecha mediante capas de cuero endurecido y superpuestas, lo que le daba una gran liviandad. Su forma era de corazón, de modo que la doble curvatura superior y la hendidura intermedia atrapaban con facilidad los golpes de las armas enemigas.*

*Moharra es toda la parte metálica de una lanza. Esto es, tanto la cuchilla como el cubo en el que se encaja el asta.*

Galopaban entre los árboles, escaramuzando con los zenetes. A la cabeza, Vega, lanza en mano, con la sobreveste negra flameando. A su izquierda, el de Sangarrén con la bandera e, inmediato a él, Ruiz. Blaylock detrás de ellos, con el capacete y el tabardo azul de estrellas blancas, situado de tal forma que con el rabillo veía a los dos navarros a la derecha y a un par de cuerpos de caballo detrás del enlutado.

Corrían atentos a las rocas, a las raíces, a los desniveles y por supuesto a los enemigos que a su vez galopaban con largos ululatos, blandir de lanzas y ondear de mantos. Procuraban evitar los choques, pues estaban allí para provocarlos y no para combatir. Para amenazarlos por la espalda y obligarlos a aliviar la presión sobre las compañías de a pie.

Compañías que, como temían, habían cruzado el río en pos de partidas zenetes que se retiraban ante ellos en desorden. Desorden que era pura artimaña. Solo lo escabroso del terreno los salvó del exterminio. Incluso así, cuando los moros se revolvieron contra ellos, dejaron gran número de muertos en el campo. El escocés, en la cabalgada, pudo ver cuerpos caídos y dispersos. Acertó también a divisar entre las frondas a fugitivos que trataban de escapar a los aceros benimerines. Los veía correr, oía sus gritos. Pero para todos los efectos era como si estuvieran al otro lado del mundo.

A la carrera, fingiendo atacar, volviendo grupas cuando los zenetes salían a combatirlos, el escocés tenía visiones fragmentadas de lo que estaba ocurriendo. Las compañías de baldíos, como les tildaban los fronteros, se habían refugiado en unos relieves del terreno algo al oeste de donde les atacaron los jinetes. Gracias a los

taludes, los afloramientos de rocas y los árboles resistían tras escudos de cruces negras sobre blanco. Los benimerines hacían cargas, disparaban dardos. Ellos blandían hierros, daban voces, tiraban piedras para espantar a los caballos.

La hueste negra no estaba sola en la arboleda. Coronel había cumplido su palabra y enviado a cuantas pudo. Ahí estaban todas al galope, cada una por su lado, en un juego mortal de amagar, de tratar de sorprender sin ser sorprendidos. El sol caía a plomo entre los fresnos, centelleaban las armas en claro, flameaban los pendones como manchas de color en las frondas y los gritos broncos de guerra se alargaban con ecos entre los troncos.

De golpe se vieron ante una cuadrilla de zenetes que venía de frente a rienda suelta. Demasiado cerca ya para darse la vuelta, so pena de ser muertos por la espalda. Así lo entendió Vega, que agitó su lanza.

—¡A ellos! ¡A ellos! —gritó con esa voz de campana que le salía por la visera.

Chocaron a velocidad endemoniada. La impresión era la de que los benimerines llegaban en alas del viento. Blaylock se inclinó sobre el cuello de su bayo al tiempo que tendía la lanza. Por entre las crines alborotadas, vio a un enemigo de manto azulado que cargaba contra él ululando y volteando su espada.

Azuzó al bayo a la par que tiraba de riendas para irse a la derecha. De reajo veía a sus compañeros al galope desplegados. La silueta negra de Vega, las sobrevestes blancas de los demás. El ondear enloquecido de la bandera negra.

Los árboles hacían difíciles los choques. Impidieron de hecho los de Vega y el de Sangarrén con enemigos que les venían de frente. No fue el caso de Blaylock, que vio por entre las orejas de su caballo cómo se le echaba encima un rostro fiero de barbas negras, con casco envuelto en turbante azul. Evitó el espadazo y su lanza pasó raspando la adarga enemiga.

Hizo dar la vuelta a su caballo. Pero los benimerines, pese a ser más, no habían hecho lo propio, sino que seguían su carrera entre los árboles. Su primer impulso fue perseguirles, pero le contuvo con voz bronca el de Sangarrén.

—¡Quieto, escocés! ¿Quieres morir como murió tu señor?

Esa intimación le hizo sofrenar al caballo. Lanzó una ojeada atrás, a ese varón rudo de barba áspera, capellina y bacinete de hierro que portaba la bandera negra. Volvió luego la mirada a los que huían al galope entre ululares y con los mantos ondeando. Sí. Escapaban para provocar una persecución. Para luego volverse y lanzar a los imprudentes.

El de Sangarrén se le acercó con el ruano al trote. Reía ahora.

—Calma, joven, calma. ¿Tienes ganas de pelea? No te apures. Hoy la vamos a tener de sobra.

Echó un vistazo a través de los árboles. Desde allí entreveían a los de a pie parapetados tras sus escudos y a los benimerines galopando en círculos y en cargas. El escocés se pasó el dorso del guantelete por el rostro.

—Aguantan.

—Claro que aguantan. Esos solo tienen en esta perra vida su pellejo, así que lo venden caro. Pero, como no vengan pronto los jinetes del rey, de ahí salen todos con los pies por delante.

—Y nosotros también —gruñó Ruiz al pasar con su caballo.

Resonó un toque largo de bocina por entre los árboles. Ruiz volvió el rostro rubicundo en dirección al sonido.

—¡Por la Cruz! Si antes lo digo...

Los otros dos se giraron sobre las sillas. Otras huestes, a derecha e izquierda, estaban pasando la alarma a voces. Venían más moros y esta vez en gran número.

—¡A ellos! —volvió a gritar Vega.

El de Sangarrén ocupó su puesto a mano izquierda, con la bandera negra. Y se desplegaron para otra carga a través del arbolado.

El escocés conservaba su lanza. Otra vez inclinado sobre las crines al viento, volvió a tener la sensación de que se le acercaba un enemigo a una velocidad de magia. Solo que en esa ocasión no cruzaron armas. A muy poca distancia, cuando ya el escocés apretaba muslos contra la silla, aprestaba escudo y agachaba la cabeza para proteger el rostro con el ala del capacete, el bereber desapareció.

Desapareció. Estupefacto, el escocés giró la cabeza sin aflojar la carrera. Una ojeada rápida que le mostró que el corcel del zenete había tropezado y caído, lanzando a su jinete por los aires. Este yacía desmadejado. Debía de haberse partido la espalda contra las rocas. Su caballo, por el contrario, se había levantado y corría desbocado entre los árboles.

La atención del escocés se fue a otro lugar. Por tierra también yacía Ruiz. Los benimerines, según su táctica de costumbre, no habían dado la vuelta para pelear y seguían su carrera. Y uno de ellos se llevaba de las riendas el caballo de Ruiz, entre alaridos de victoria.

Vega bajó de un salto para acudir junto al caído. Los navarros habían llegado antes. Beaumont había desmontado, en tanto que Abarca seguía sobre la silla, atento y con la lanza presta.

Entre el enlutado y el navarro dieron vuelta al cuerpo. Tenía el rostro lleno de babas sanguinolentas. Había recibido un lanzazo en la garganta y debía de haberse ahogado con su propia sangre.

—¡Subidlo a mi caballo! ¡Subidlo! —urgía Abarca, que era el de montura más fuerte y de mayor alzada.

Entre los otros dos auparon al cadáver para dejarlo atravesado delante. El aragonés señaló con la moharra de la bandera. Por la arboleda llegaban ya gran número de jinetes con cruces —muchas negras, algunas rojas— sobre vestes blancas. Se oían sus gritos y el estruendo de la galopada.

—Los del rey.

El escocés asintió. El otro señaló con la cabeza al cuerpo sobre el caballo de Abarca.

—Desde luego, para él ya llegan tarde.



## ROPAS DE LUTO

*En esa época, los atuendos para el luto eran distintos según la extracción social. Las gentes humildes vestían de blanco, en tanto que clases más pudientes lo hacían de negro. En realidad, era el primero, el blanco, el color del luto. El negro no estaba asociado a la muerte y sí a la solemnidad. Vistiendo de negro se manifestaba la importancia del hecho, así como cierto nivel económico. Por eso no es extraño que en España, país en el que las apariencias siempre han importado mucho, acabase popularizándose el negro y confundiéndose con el luto.*

A la luz de los fuegos, descansaba el cadáver de Fernando Ruiz sobre andas de paños negros. Lavado, vestido con sobreveste blanca de cruces negras y cofia de cuero, con las manos sobre el pecho, cerradas en torno a su espada lobera. La espada, la mejor cruz para un hombre de armas.

Cerca, junto a la fogata, entre jarros de vino y guitarras, le festejaban sus amigos, sus vecinos y los compañeros de armas. Allí los encontró cantando y bebiendo el escocés Blaylock cuando acudió a presentar sus respetos al muerto. Mientras el morisco Dobra de Oro tañía una guitarra latina, varios de los presentes cantaban a coro una canción sin duda popular en esas tierras.

Se quedó al límite de la luz, a la espera de que finalizasen. El morisco guitarreaba absorto, con la cabeza gacha y el aire nocturno agitándole las greñas negras. Algunos cantaban bien, otros no tanto, y varios llevaban el compás con los jarros. Era una composición alegre, adecuada para honrar a un bueno de cuerpo presente.

Al resplandor del fuego, celebraban una suerte de funeral nocturno, tal como han hecho siempre los hombres de armas de muchas tierras, en honor a los suyos caídos en combate. Reinaba, si no alegría, sí un sentimiento especial hecho de afectos y recuerdos. El homenaje no era de recogimiento y llanto. Sus antiguos compañeros de aventuras festejaban al finado con música y alboroto, bien regado con vino y remembranzas de sus andanzas y hazañas.

Gome Caldera, compadre y vecino del muerto, hacía las veces de maestro de ceremonias. Con un brazo en cabestrillo y a cabeza descubierta, con los cabellos rojizos alborotados, era de los que coreaba la canción con voz bronca, entre agitar de

jarro de barro. Fue el primero en apercibirse de que el escocés aguardaba discreto entre las sombras y, no bien remató la canción, fue a su encuentro.

—Bailoque, bienvenido.

Bebió del jarro antes de pasárselo al visitante, que le dio un buen trago. Blaylock alzó luego el recipiente para saludar a los hombres que, desde sus sitios, le daban voces de bienvenida. Algunos ya estaban achispados. Antes de que acabase la noche más de uno no podría ni tenerse en pie.

Dobla de Oro comenzó a tocar de nuevo. Solo que en esta ocasión él era el único que cantaba. Y no lo hacía en castellano de frontera, aunque el escocés logró captar palabras sueltas. Debía de estar cantando en latín morisco. Pero ya Caldera tomaba al visitante por el codo para llevarle junto al cadáver. Blaylock se santiguó, al tiempo que se fijaba en cómo habían anudado el barboquejo de la cofia para cerrarle la mandíbula.

Caldera le arrebató el jarro. Bebió antes de menear pesaroso la cabeza.

—Pobre. Ha tenido mala suerte.

Volvió a beber hasta apurar el jarro.

—Fíjate que hasta hemos tenido que ponerle en las manos una espada prestada.

El escocés lo miró por un instante, desconcertado. Luego asintió. Hasta que no lo mencionó el veterano, no había caído en la cuenta de que esa no podía ser la espada de Ruiz. Aquella la llevaba colgada de la silla de montar y como los benimerines huyeron con su montura, se habían llevado por tanto también el arma.

Caldera proseguía.

—Al menos las mujeres han podido lavarle y vestirle con decencia.

Supuso el escocés que «las mujeres» eran María y sus dos criadas. Y eso le hizo recordar que el difunto era padrino de la dama.

—¿Cómo está María?

El otro lo miró con ojos desenfocados, como si la pregunta le hubiese pillado por sorpresa. Debía de llevar ya bastante vino en el cuerpo, aunque no se le notase al primer vistazo. Carraspeó.

—Bien, bien. Ruiz la tuvo en brazos el día de su bautizo. La conocía desde que la alumbraron...

Asentía educado su interlocutor, como si no conociese ninguno de esos detalles. Nada había que decir, porque era obvio que el veterano estaba dejando salir la pus causada por esa pérdida.

—... y corrimos muchas juntos. Muchas, sí. De guerra y de juergas. Pero ya se acabó. Se le acabó todo, como un día se nos acabará a mí y a ti. Tarde o temprano se nos acaba a todos.

Se apartó con brusquedad para llegarse hasta un tablón sobre caballetes. Ahí encima reposaba un gran pellejo de vino. Rellenó con dedos torpes la jarra, antes de regresar junto al escocés.

—María está bien.

Bebió arropado por los sonos de la guitarra del morisco.

—Es mujer de frontera. Con lo joven que es, ya ha enterrado a dos hermanos y a un esposo. Y tampoco es el primer padrino al que despide. Pero bueno. Ella y sus criadas están recogidas en su tienda, rezando por el alma de mi compadre.

—Cuando la veas, te ruego que le presentes mis respetos.

—¿Y por qué no se los presentas tú mismo?

—¿Yo? ¿Ahora?

—Sí, sí. Adelante. Ve a su tienda. Le vendrá bien una distracción. Llevan ahí las tres encerradas, rezando, desde la tarde.

Como viese que el escocés titubeaba, bebió antes de añadir.

—De paso, si no te importa, podrías pedirle la guitarra morisca.

—¿La guitarra?

—Eso he dicho. Tocas bien. Es el funeral de Ruiz. Buena música y canciones entre amigos. ¿Qué más podría pedir? ¿Qué mejor homenaje? Mi compadre era un hombre que amaba las alegrías de la vida por encima de todas las cosas.

El velo de María Henríquez era en esa ocasión enterizo. Una gran pieza de encaje negro que le cubría la cabeza para caer por la espalda, hombros y pecho. Si lo portaba en señal de duelo o para ocultar de dolor, eso no lo supo el escocés.

Las tres mujeres estaban rezando cuando llegó. Pudo oír su runrún justo antes de agitar las lonas de entrada. Fue la propia María la que asomó, vestida de negro según su promesa. Las dos criadas, en cambio, habían cambiado las ropas pardas de costumbre por otras blancas impolutas. El blanco, el color del duelo entre la gente humilde.

Blaylock solo pudo entreverlas un momento, porque María salió abriendo un resquicio y cerró a sus espaldas. Así que no tuvo más que un vistazo fugaz por esa rendija. Velones encendidos, penumbras cálidas, las mujeres de blanco. Eso y un golpe de olor a hierbas aromáticas que salió en vaharada.

—Vengo a darte el pésame. Ruiz era tu padrino y respeto tu dolor. No sé si vengo en mal momento. Si molesto...

—No molestas en absoluto, señor.

Cerró los cordones de la entrada, antes de encararse con él.

—Esta noche velamos a mi padrino. ¿Qué mejor compañía para él que la de sus compañeros de armas?

Quizá el tono algo frío fue lo que hizo que Blaylock, de habitual mesurado, respondiese asimismo un poco seco.

—Estoy de acuerdo. Por eso me extraña la ausencia de Jufre Vega.

Ella se envaró en la semioscuridad.

—Se ha retirado a la soledad, a rezar por el alma de mi padrino.

—No lo diré en público, por respeto al muerto. Pero no me parece correcto que nuestro adalid no esté velando junto a los demás el cadáver de uno de sus cuadrilleros.

—Estás en tu derecho de creer eso. Pero te doy mi palabra de que Vega tiene sus

motivos. Está rezando por el alma, ya que su cuerpo lo velan vecinos y amigos.

Blaylock contuvo un suspiro hastiado. Volvió los ojos a los que ahora cantaban nuevamente a coro otra tonada.

—¿Qué haréis con Ruiz? ¿Le vais a enterrar aquí, en el camposanto?

—No. Mañana a primera hora se lo llevarán a Estepa. Son unas horas de viaje. Allí los suyos dispondrán de él, le darán debida sepultura y organizarán misas por su alma.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—Soy frontera, señor; hija de frontero. La muerte armada es para nosotros cotidiana. No es el primer allegado que entierro.

Otra vez se ahorró el escocés el suspiro, ahora casi de enojo. Siempre esa altivez, presta a alzarse de golpe como una barrera infranqueable por el motivo más peregrino, como por ejemplo para ocultar la pena.

—Ya. No deseo incomodar en esta noche triste. Solo vine a darte mis condolencias... de paso, me atrevo a pedirte que me prestes tu guitarra morisca.

Eso la descolocó.

—¿La guitarra? ¿Para qué?

—Es cosa de Caldera. Me ha pedido que toque. Piensa que eso habría complacido a Ruiz.

Un golpe de brisa hizo ondear ese velo que le cubría por completo la cabeza. Se giró hacia las andas y el cuerpo yacente a la luz del fuego. Cuando respondió, su tono de voz se había dulcificado un tanto.

—Sí que le gustaría. Espera, te lo ruego.

Deshizo los nudos de la entrada y abrió lo justo para colarse dentro. El escocés dio la espalda a la tienda para quedarse mirando a esa alegre compañía junto al difunto. Cuando quiso darse cuenta, ella había regresado con el instrumento.

—Toma. Él lo agradecerá. Era un hombre muy alegre.

—Lo sé. Procuraré estar a la altura tocando.

—¿A la altura tocando? No. Tú no entiendes lo que te ha pedido mi padrino.

Él le echó una mirada breve en la penumbra, luego devolvió los ojos a la hoguera. No replicó, sabiendo que ella iba a explicarse.

—Esta guitarra morisca era de mi hermano menor, Gil. Murió con mi otro hermano en el desastre de la Vega junto a los tíos del rey.

Blaylock carraspeó, cogido por esta vez del todo por sorpresa. Tomó la guitarra que le ofrecían como si fuera una reliquia. Ella apostilló.

—Es la primera vez que se la entrego a alguien. Ocurre que esta guitarra en concreto... —Hizo una pausa, como si no supiese muy bien cómo expresarse—. Ruiz era también padrino de mi hermano. Él se la regaló hace muchos años.

—Me siento muy honrado.

—Te la dejo por ser tú, señor. A nadie más se la confiaría.

Blaylock buscó en vano alguna respuesta adecuada. Los cambios de humor de

aquella mujer le descolocaban. Si por fin la encontró, no tuvo ocasión de formularla. Antes de que pudiera articular palabra, ella se había deslizado de nuevo al interior de su tienda, esta vez para no regresar.

## ESCOCESES

*Los escoceses medievales no tocaban la gaita. Esa, tal como la conocemos, apareció en Galicia de mano de los suevos y fue popularizándose por toda Europa gracias al Camino de Santiago. Hasta el siglo XVII los escoceses usaban sobre todo el arpa, que sí es el instrumento tradicional de pueblos de origen céltico. Tampoco estaba tan desarrollado todo el código de tartanes (los cuadros de colores de los ropajes) como luego lo estaría.*

*De hecho, los habitantes de las Lowlands (Tierras Bajas) no usaban kilt (falda). Se vestían de un modo parecido a los ingleses o los franceses de la época. En esa época, ellos mismos denominaban a su idioma inglés, y solo en fechas posteriores comenzarían a conocerlo como scotish. Eso no significa que no fuesen un pueblo bien diferenciado, sino que —como ocurre con muchas otras gentes— muchas de las características con las que se les han adornado después son falsas o anacrónicas, productos de una visión romántica o nacionalista del pasado.*

—¿Es verdad que la muralla ha cedido por fin?

Blaylock se abstuvo de sonreír, no fuera María a irritarse. Se veía que estaba escaldada de chismes y prefería asegurarse. Así que él, con la guitarra morisca en las manos, entornó los párpados y demoró la respuesta, como si buscara frases en ese idioma que no era el suyo.

—Más o menos. No se ha derrumbado, pero no tardará. Han aparecido nuevas grietas y las que había se han ensanchado. Han caído mampuestos, y los maestros de ingenios juran que mañana, a lo más tardar, cederá todo ese lienzo.

—Entonces, es cierto el rumor de que mañana se producirá un asalto.

—Está decidido, sí. El rey ha mandado que se avise a todos los adalides.

—¿Y qué es eso de que tú vas a participar?

Era una afirmación en forma de pregunta. Fue un cambio de registro que desorientó a Blaylock, entre otros motivos porque solo tenía puesta en parte la

atención en lo que hablaban. Consiguió ocultar su azoramiento gracias a las sombras.

—Veo que estás bien informada.

—Para lo que me interesa, suelo estarlo.

No contestó el escocés a eso. Paseó los dedos por la curva de la guitarra. Reprimió ese impulso que a veces le asaltaba de acercarse el instrumento a nariz.

Estaban los dos solos junto a una lumbre, al pie de la tienda de ella. En esta ocasión María llevaba un velo que sí le descubría los ojos oscuros. Y hoy sí vestía el escocés el tabardo azul de estrellas blancas, así como cofia de cuero. Ella le preguntó el porqué de esto último. Él meneó la cabeza.

—Podrían llamar a armas en cualquier momento. Tú misma lo dijiste en cierta ocasión: si puede ocurrir que haya que combatir, no hay que vestirse como para un paseo.

—¿Combatir? ¿No hemos quedado en que el asalto será mañana? Dudo mucho de que el rey mande atacar de noche cerrada.

—No. Pero no podemos descartar una salida de los de Teba para tratar de incendiar nuestros ingenios.

—Me han dicho que han mandado más ballesteros y peones a protegerlos. Sería una salida a la desesperada, a morir.

—Quizá lo prefieran así. El tiempo se les acaba.

Incluso mientras conversaban ahí, sentados junto al fuego, se batallaba en la cara norte de la fortaleza, sin importar que el sol se hubiera puesto hacía mucho. Las cabrillas lanzaban piedras enormes, de muchas arrobas, haciendo retemblar las murallas. Otros ingenios disparaban bolaños más livianos, así como bolas de paja, estopa y pez en llamas. Al resplandor de los incendios, los ballesteros cruzados batían con sus virotos las almenas para cubrir a los ingenieros, que al haber acercado sus máquinas estaban muy a tiro de los defensores.

—¿De verdad es preciso que participes en el asalto de mañana?

Él giró la cabeza para mirarla con sus ojos claros.

—¿Por qué preguntas eso?

—Corren rumores de que haremos un ataque en redondo. Se dice que el plan es que las compañías de a pie ataquen a Teba por todos lados para abrumar a la guarnición. Y que enviarán a una gran fuerza contra el portillo, que no tardará en abrirse en la muralla norte.

—Es lo mismo que he oído yo.

—Lo moros se defenderán a la desesperada. Algunos tienen a sus familias ahí dentro. Se va a librar una lucha terrible en la brecha.

—Razón de más para estar presente.

—¿Por qué? —Se inclinó hacia él, sujetando el velo con la mano—. Escucha. También he oído que contra el portillo, a la lucha frontal, van a mandar a muchas de esas compañías de gentes baldías que están por su cuenta en la cruzada.

Él tabaleó con suavidad sobre la caja.

—Yo haría lo mismo. Para eso han venido esos hombres, para ganar galardones luchando.

—No lo entiendes. Será una batalla muy cruenta. Esos hombres están mal armados y carecen de disciplina. Ni el rey ni sus oficiales los tienen en nada. Para ellos, son como ganado. Los van a lanzar en masa para que abrumen con su número a los defensores en la brecha. Muchos de ellos morirán mañana.

—Ya lo sé. Y supongo que ellos también lo saben.

—Si sabes que va a ser una carnicería, ¿por qué te has alistado para mañana?

De nuevo demoró él su respuesta. Guitarreó suave.

—Esos baldíos no van a un matadero vano. Lo de mañana no será una maniobra de sacrificio. El objetivo es irrumpir por el portillo que están abriendo los ingenios...

—No lo lograrán.

—Ya veremos. Es verdad que esas gentes no valen nada para el rey. Ni para él ni para nadie. Los fronteros, las milicias de las ciudades, las tropas de las órdenes militares, todos los miran por encima del hombro.

Otro rasguñar de cuerdas.

—Eres tú la que no lo ve. Ellos saben que son desdeñados. No tienen más que sus vidas y armamentos de fortuna. Que si un martillo de guerra este, que si un hacha de guerra aquel. Pero van a luchar. Van a empeñar sus vidas, que es todo lo que tienen. Los que sobrevivan recibirán galardones y entrarán en los repartos. Puede que a algunos se les concedan algunas tierras cuando la comarca esté asegurada.

—Tú no buscas nada de eso.

—Por supuesto que no.

—Por eso no te entiendo.

—Es muy fácil. Ahí dentro está lo que custodiaba mi señor natural. El relicario por el que abandonamos nuestra tierra para venir a la cruzada y al que protegieron con su vida mi señor y todos mis compañeros.

Inclinó la cabeza, deslizó los dedos a lo largo del mástil, acarició las cuerdas.

—Tienes razón en que no busco botín ni tierras, ni tampoco ser celebrado por mis hazañas de armas. Ya lo hemos hablado. Yo lucho por mi honor.

—¿Tu honor?

Blaylock sonrió a su manera tranquila. Siguió tocando suave, de forma que la música no obstaculizase su conversación.

—¿De qué te sorprendes? Yo también tengo mi honor. Y no vale para mí menos de lo que pueda valer el tuyo para ti.

—Eso ni se discute. Pero no entiendo por qué dices luchar por tu honor. Has probado de sobra tu valor y tu pericia con las armas. No veo cómo puedes acrecentar tu honor batallando mañana junto a gente baldía en lo que será una degollina.

—Yo no pretendo dar lustre a mi honor. Quiero limpiarlo.

—¿De qué? Tu honor no está en entredicho.

—Eso no es cierto y los dos lo sabemos. Debiera haber estado junto a *fir* James



aquel día. Debiera haber combatido a su lado. Haberle escudado ante el peligro y haber muerto con él como hicieron los demás.

—Fue voluntad del Señor que ese día guardases cama, enfermo de fiebres. No fue culpa tuya.

—Eso no es suficiente.

Puso los ojos en el fuego sin dejar de tocar. Prosiguió como si eligiese cada palabra.

—Sueles hablar con mucho orgullo de esta frontera. *Tu* frontera. Yo vengo de la mía propia. Y ni en esta ni en aquella valen las excusas. Si tu honor puede verse en entredicho ante propios o extraños, estás obligado a ponerlo a salvo de toda crítica.

Cesó de tocar con brusquedad para alzar la diestra e impedir una réplica. Luego tornó a rasguñar.

—¿Por qué llevas velo? ¿Por qué juraste no mostrar el rostro en público hasta haber sido vengada? ¿Por qué abandonó Vega su retiro y vino a desafiar a Téllez? No fue porque tu padre faltase a sus obligaciones ni porque cometiese ningún acto deshonesto. Fue porque un malandrín ultrajó el buen nombre de vuestro linaje.

»A mí me enseñaron que el deshonor es como el lodo. Puedes caer en él y también pueden arrojártelo. El resultado es el mismo. Ensucia tu honor y debes limpiarlo. Mi honor se ha visto empañado por las circunstancias. Ha sido la voluntad del Señor y lo acepto. Tengo que lavar mi honor, aunque no tenga nada que reprocharme.

Hubo un silencio largo entre ellos. Suspiraba el aire nocturno y él tañía la guitarra. Asintió ella despacio.

—Tienes toda la razón.

—Entonces, entiende que he de estar allí mañana. Debo estar. Y, si logramos entrar, Dios lo quiera, buscaré ese relicario hasta debajo de las piedras.

—Ah. Pero por eso pierde cuidado. Nadie osará apoderarse de él. A quien lo hurtase, el rey don Alfonso sería capaz de sacarle el corazón del pecho con sus propias manos.

—He de estar.

Se incorporó de un tirón, como de repente desasosegado. Guitarra en mano, se volvió hacia el sur. Hacia esa ciudadela que era ahora una mole contra las estrellas. Observó cómo pasaba un proyectil incendiario para estrellarse contra el muro con gran estallido de llamas. Pensó en los hombres que debían de estar tratando de reforzar las grietas bajo el martilleo de los bolaños de piedra y de las bolas de material ardiente.

—Muchos tienen que estar muriendo en Teba esta noche.

Ella, desde su asiento, observó sus espaldas anchas, cubiertas con el tabardo azul que entre ella y sus criadas bordaran días atrás.

—Cada uno hace lo que debe.

—Así es.

Él seguía con los ojos puestos en la fortaleza. María Henríquez se incorporó.

—¿Sabes? Me has hecho recordar una historia que oí contar hace algún tiempo a un hombre sabio al servicio del rey. Una antigua, sobre un joven soldado romano.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cuando aquel joven partió a la guerra, su madre le exigió que volviese con su escudo o sobre el escudo, pero de ninguna manera sin él.

Blaylock volvió a medias el rostro.

—Yo oí una historia que, si no es esa misma, es otra muy parecida.

—Es posible. Esta la contó un ingeniero genovés. Sabía de muchas materias y diseñaba ingenios enormes. Contó esa historia una noche en casa de mi padre. Mi padre, como es maestro de ingenios desde hace muchos años, se ha relacionado con hombres sabios.

Él sonrió en la penumbra de la hoguera.

—En la historia que a mí me contaron, el joven soldado era griego.

María Henríquez se encrespó algo.

—Griego. Romano. ¿Es importante eso?

—No. Te pido disculpas.

Ella se acercó a él. Juntos contemplaron el vuelo de un nuevo proyectil incendiario. Este impactó contra una de las torres. Añadió él.

—Tienes razón. Lo importante de la historia es que trata de una madre que exige a su hijo que cumpla con su deber. Un deber que para ella pesa más que el amor materno.

María sonrió bajo el velo.

—Es una interpretación. Otra sería que es la historia de una mujer atrapada por el «qué dirán». Un cuento sobre una a la que le importaba más la imagen de su familia que la vida de su hijo.

Blaylock carraspeó.

—Una idea curiosa.

Luego, quizá consciente de que la respuesta había sido más bien pobre, se palmeó con la diestra el cinto de armas.

—¿Cuál sería para nosotros el equivalente de aquel escudo? Tal vez la espada.

Puso la mano sobre el pomo de su espada jineta. Ella suspiró.

—Ay, Bailoque, ¿por qué tendrás que irte siempre por las ramas? Yo te hablaba de otra cosa.

—No creo haberme ido por las ramas. Más de una vez me he preguntado si actuamos por sentido del deber o por lo que dirán de nosotros.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—A que supongo que nos mueve una mezcla de ambos.

—Ya. —Ella parecía haber cambiado de humor con esa rapidez suya, semejante a las llamas al viento—. Pues, hablando del «qué dirán», lo decoroso será que me retire a mi tienda. Es tarde, estamos aquí los dos solos y nos están mirando.

Él se giró hacia ella.

—Tienes razón. Es tarde. Yo también he de irme. Debo descansar para estar fresco mañana. Quiero además despedirme de mis compatriotas, por si la suerte me fuera adversa.

—Dios no lo quiera. Mañana, durante la batalla, estaré en mi tienda rezando por nuestra victoria y tu seguridad.

Él dejó con sumo cuidado la guitarra sobre su asiento. Tomó las dos manos de ella, que se dejó hacer, y las besó en señal de respeto. Ella, al retirarlas despacio, le dijo con voz que quería ser neutra.

—Ve con Dios, que dicen que guarda a los buenos. Espero verte mañana de regreso. Sano y salvo y, por supuesto, con tu escudo y no sobre él. O, ya que te gustan tanto los detalles, con tu espada al cinto.

El espectáculo desde las almenas debía de ser aterrador. El ejército cruzado atacaba en redondo, por todos lados. Redoblaban por docenas los tambores y atabales, y el griterío guerrero era ensordecedor. Cargaban las huestes del rey, las de las órdenes, los cruzados extranjeros, las compañías libres. Aullaban las bocinas, ondeaban los pendones blancos con cruces negras o rojas.

Se luchaba con furia por los cuatro puntos cardinales de la fortaleza. Los defensores corrían a lo largo de los paramentos bajo una tempestad de virotos. Se veían obligados a multiplicarse para rechazar a los grupos de asalto que acudían por doquier al amparo de sus escudos. Llegaban estos bajo las flechas y las piedras hasta el pie de los muros. Trataban de clavar estacas en los huecos de la mampostería para crear apoyos por los que trepar hasta lo alto. Desde arriba les tiraban cuanto tenían a mano y ellos iban y venían como las olas, rechazados pero sin cejar.

Pero la lucha más dura se libraba en la zona del derrumbe. Un hueco contra el que el rey castellano había lanzado a una torrentera de hombres armados de la forma más diversa.

Con las primeras luces, todo un lienzo de muralla norte se había hundido al fin, tal como pronosticaban los ingenieros. Colapsó bajo los tiros en batería que recibía sin tregua. Se vino abajo con lentitud fantasmal, en una onda de destrucción que, partiendo de una de las grietas, se extendió a ambos lados. Se derrumbó con estruendo y polvareda, arrastrando a aquellos ballesteros que, desde las almenas en ruinas, todavía tiraban para estorbar a los ingenieros castellanos.

No se había posado el polvo ni se habían apagado los ecos del rodar de piedras cuando comenzaron a atronar tambores. Docenas de ellos. Un retumbar lento, bronco, que nació entre las tropas apostadas ante la muralla hundida y que se fue propagando todo en la redonda, de hueste en hueste.

El asedio había sido duro desde antes del alba. Los ingenios machacaban ese lienzo, con los ingenieros operando al abrigo de escudos. Porque los de dentro, faltos ya de máquinas propias, les habían estado flecheando sin tregua, expuestos ellos mismos a las ballestas de los cruzados.

En cuanto constataron que el muro vencía, que caían piedras a cada impacto, el

rey don Alfonso hizo salir a su ejército al cerco. Mandó que todos esperasen sobre las armas la señal de atacar. Y esa señal la dieron los tambores.

Así, de mañana, con batir sobre parches y tremolar de pendones, con clamor de voces y resonar de armas, una muchedumbre cargó contra las murallas de Teba.

Los supervivientes habrían de recordarla como una jornada confusa y sangrienta. Entre redobles, las compañías avanzaban contra la brecha, arrostrando la lluvia de virotos que les disparaban desde las torres contiguas. Y de la polvareda surgieron los de dentro para cerrarles el paso, con adargas, cimitarras y martillos de armas. Entre remolinos de polvo y rodar de cascotes, se trabaron en una lucha cuerpo a cuerpo que esa neblina de demolición volvía casi fantasmal.

Pelearon apiñados, escudos contra adargas, tan juntos y en tal confusión que muchos abandonaron las armas contundentes para empuñar cuchillos y apuñalarse en corto. Y allí, en lo más reñido, estuvo John Glendoning, al que llamaban Blaylock, peleando al lado de los gallegos de Castro. Perdido entre la polvareda y el tumulto de hombres que se martillaban y acuchillaban.

En vano le buscaba de lejos Vega el enlutado. Estaba él con la hueste negra cubriendo la retaguardia, fuera del alcance de las ballestas moras. Iban y venían con los caballos al paso, atentos a la pelea descomunal que libraban en la brecha. Su misión en ese día rojo era la de cubrir a los cristianos en caso de una posible desbandada. Si el asalto fracasaba, si los atacantes volvían la espalda, debían impedir que los defensores salieran en su persecución, los matasen como borregos por la espalda e incluso destruyeran los ingenios. Evitar, en suma, que un posible revés se convirtiera en desastre.

Veían a la riada de hombres de armas que pugnaban por irrumpir. Subían por los cascotes, entre el polvo, y desde las torres no dejaban de disparar contra ellos. Alcanzados, no pocos caían rodando por los cascajos, entre los pies de los que seguían trepando al asalto. Los de las torres a su vez estaban pagando un tributo enorme, porque los ballesteros castellanos, a cubierto de sus paveses, batían a descargas esas posiciones elevadas.

También Juan de Beaumont tendía la mirada en vano, buscando al escocés. Le comentó a Abarca:

—No veo a Bailoque. Ni tampoco a Téllez.

—Pues ahí tienen que estar, vivos o muertos.

Porque, en efecto, Aznar Téllez y su hueste de pendón partido eran otros que se habían alistado para el ataque a pie contra la brecha. Beaumont se pasó la mano por la frente. Comenzaba a hacer calor. Tentaciones tuvo de quitarse bacinete y capellina, pero se contuvo sabiendo que su primo le reñiría. No quitaba este ojo al estruendoso combate a pie de ruinas. Se acarició las barbas.

—¿Qué habrá llevado a un bribón como Téllez a un asalto que sabía que sería tan reñido?

—¿La vanidad?

Ante esa salida, el hombretón sonrió. Una de esas sonrisas que tan fiero le hacían parecer cuando calaba el bacinete con nasal.

—Ni por asomo. Ese pájaro tiene veneno en las venas, no fuego.

—No digo que lo haga por honor, sino por deseo de notoriedad. Trata de ganar méritos.

—¡Bah! —Arreó a su caballo—. ¿Qué dices? Ahí hoy lo único que se puede ganar es la muerte.

—Han ofrecido galardones...

—¡Bah! Esa es una apuesta arriesgada, buena solo para hombres desesperados. Algunos los conseguirán, pero muchos no sacarán de esta jornada más que un agujero en la tierra.

Beaumont a su vez apuró a su montura. Estaba aquel día testarudo, nada proclive a ceder en la discusión.

—El rey cubrirá de mercedes a quien rescate el relicario de los escoceses.

—¿Y qué? El relicario está ahí dentro, sin duda. Pero estará en el recinto interior. Aunque los nuestros logren invadir, los moros se harán fuertes en esa segunda fortaleza. Salga bien o mal el asalto, hoy no se recuperará el relicario, primo.

No dijo más. Hizo girar a su caballo para ver mejor, imitando así a Vega y al de Sangarrén. Porque parecía que la presión de los cruzados al asalto había roto la defensa desesperada de los moros. Sí. El tapón humano de granadinos y bereberes había cedido. Las compañías cruzadas invadían el recinto exterior a través de la polvareda del derrumbe. Algunas huestes de a caballo próximas a la suya comenzaban ya a vitorear.

Pero enseguida apreciaron que todo había sido un espejismo. Ilusión o tal vez añagaza. Luego supieron que los defensores luchaban con furia enloquecida. Hasta los labriegos de las alquerías allí refugiados acudían con palos, cuchillos, aperos, temerosos de que, si el recinto caía, sus familias fueran masacradas. Y la victoria momentánea se trocó en derrota.

Así lo vio enseguida María Henríquez, oculta tras el disfraz de Jufre Vega. Con el corazón en un puño, presenció cómo los asaltantes caían de espaldas, cómo rodaban empujados por la presión hacia atrás de sus propios compañeros, que retrocedían ante las espadas de los defensores. Luego supieron que estos, al presionar por ambos flancos, cortaron la invasión y dejaron embolsadas a varias docenas de invasores, a los que pasaron a cuchillo hasta el último hombre.

El retroceso no se detuvo en la brecha. La confusión llevó al pánico y algunos salieron corriendo. Una acción contagiosa que desató en un abrir y cerrar de ojos la estampida. Si algunos retrocedían en orden tras los escudos triangulares, muchos lo hacían a la carrera y sin mirar atrás.

—Atentos —campaneó la voz metálica de Vega.

Pero no había nada que temer. Los defensores no parecían con ganas de perseguir a los derrotados. Se mantuvieron en la brecha y, a cubierto de sus adargas, se

contentaron con rematar a los enemigos y retirar a sus propios heridos. Desde las almenas disparaban contra las espaldas de los fugitivos, pero ni siquiera con mucha densidad. Los ballesteros moros habían sufrido mucho bajo las descargas de los cristianos, superiores en número, y debía de haber gran número de muertos en los adarves.

Juan de Beaumont suspiró.

—Nos han dado una paliza.

—Eso ya lo veremos.

—¿Qué dices? Hemos dejado a cientos de hombres ahí.

—¿Y qué? Para eso están. Son nadie de los que podemos prescindir. Los de dentro también han tenido muchas bajas y para ellos sí que cada hombre cuenta. Ya veremos si esto al final es una derrota o la antesala de la victoria.

Observó de reojo a Vega, que buscaba con la mirada por entre los fugitivos y los grupos en retirada ordenada.

—Don Alfonso puede mandar otro asalto, y otro. Todos los que hagan falta. Teba caerá. Por rendición o conquista. Pero ahora es seguro que caerá.

# ARQUITECTURA DEFENSIVA

*La guerra de asedio y la arquitectura defensiva siguieron en la Baja Edad Media una evolución paralela, como una variante más de la eterna pugna entre proyectil y escudo. Aunque se construyeron fortificaciones enormes, no todo era cuestión de tamaño y grosor de los muros. Era todo un diseño que iba desde la edificación con ángulos que absorbían los impactos de los proyectiles a toda una trama defensiva que frenaba disparos y ataques. Los taludes, así como los muros bajos y adelantados —falsabragas, barbacanas—, conjuraban el peligro de los disparos rasantes que, a la manera de las bolas de los bolos, llegaban rodando y provocaban vibraciones catastróficas; servían también para romper las cargas masivas de hombres. Por eso los ataques al asalto eran tan costosos en vidas y en heridos, y se meditaban muy mucho antes de lanzarlos.*

La escena era horrenda. Un infierno de solana, calor espantoso y moscas negras. Aun ya bien entrada la tarde, los alrededores de la fortaleza eran una caldera que, tras horas al fuego, irradiaba insoportable. Las piedras quemaban, la atmósfera rielaba. Los hombres deambulaban por un paisaje de aire tembloroso, sembrado de muertos caídos y armas abandonadas. El olor era nauseabundo, el zumbido de las moscas ensordecía y los lamentos de los agonizantes se mezclaban con los graznidos y los aleteos de las aves carroñeras.

Blaylock fue de los que regresaron a la tarde a la escena de los combates. Vuelta a la sombra de aquellas murallas temibles, solo que ahora con una misión distinta. Otra vez con capacete y escudo, sí, y ciñendo armas. Pero en esta ocasión dando escolta a los sirvientes enviados a retirar a los heridos, así como los cadáveres de aquellos hombres de alcurnia caídos durante el ataque fallido.

El silencio y la quietud eran temibles. Había una sensación de vacío, producto del aire recalentado, que causaba casi vértigo. El escocés se sentía bañado en sudor y, cuando alzaba la mirada, veía a los ballesteros moros que, asomados a las almenas castigadas, los observaban con ojos duros.

Esos mismos ballesteros que horas antes se aplicaban a disparar contra los heridos que trataban de salir del campo a rastras o dando tumbos. En los momentos posteriores a la derrota y desbandada hubo actos de gran valor; esos a los que los españoles llamaban «hazañas». Hombres resueltos volvieron sobre sus pasos para rescatar a los heridos. Los moros tiraban contra ellos desde las murallas y no tardaron en acudir en gran número los ballesteros cruzados a dar la réplica. Se produjo así una suerte de epílogo a la batalla, con no pocas bajas por ambos bandos.

Luego dejaron de disparar desde las almenas, pero los rescatadores se contentaron con salvar a los supervivientes más alejados de Teba. Los próximos quedaron a su suerte, entre muertos y moscas. Alguno logró salir a rastras, de forma tan penosa como lenta, sin que le clavasen un virote en los riñones.

Más tarde acudieron parlamentarios castellanos. Lograron hablar con el alcaide de Tujibi al pie de la brecha y que este accediese a que retiraran a sus heridos. Gracias a ese acuerdo estaban ahí ahora con los escudos de cruces negras o rojas prestos, tan cerca de las murallas, vigilantes mientras los criados recogían a todo aquel que aún respiraba. Se llevaban cuerpos, que no armas. Así se había pactado. Los hierros habían de quedar en el campo.

En esa ocasión hubo allí muchos cruzados extranjeros. Acudieron a buscar a sus nobles muertos, que eran casi los únicos hombres de abolengo que perdieron la vida en esa batalla, pues los hidalgos y los señores castellanos se habían reservado para posteriores combates. Blaylock de hecho no había perdido a nadie, ya que no hubo más escocés que él en el asalto.

Observaba las almenas desdentadas. Veía el revuelo de aves negras sobre las torres cuadradas. Oía los quejidos y se preguntaba por qué había acudido, si no tenía a nadie que rescatar y sentía una fatiga tremenda, producto de la tensión y de la lucha. Le dolían los ojos por culpa de la luz hiriente de la tarde.

Unas voces destempladas le hicieron volver a lo inmediato. Unos criados habían encontrado a un moribundo. Pedía agua en latín y uno de los recogedores había acudido solícito con una bota. Ese era el motivo por el que un hombre de armas ya añoso le reprendía con palabras ásperas.

—¡Animal! ¡Buey! ¿Quieres matarle? ¿No ves que está herido en la barriga?

—Deja que se la dé, hombre. Ese no sale de esta. Si ha de morir, que no lo haga con la boca seca. Aunque, ya puestos, dadle vino y no agua.

Se giró Blaylock. El que había replicado era otro hombre de armas. Uno de aspecto correoso y arreos gastados, francés a juzgar por la cruz blanca sobre veste azulada, aunque, lo mismo que el otro, había hablado en castellano de frontera cargado de acento. Habló el escocés a su vez, en el mismo idioma.

—No. No le deis agua. Que se lo lleven al real.

El otro volvió el rostro, sudoroso bajo el bacinete.

—¿Para qué? Morirá durante el transporte. Sufrirá en vano.

—¿Quién sabe? Dejemos a Dios la decisión de si vive o muere. Y, si consigue



llegar al real, al menos morirá a la sombra y entre los suyos, y no aquí tirado.

—Ahí tienes razón.

El francés alzó los ojos a las almenas y a los ballesteros apostados. Blaylock le imitó por debajo del ala del capacete. Murmuró:

—Muy caballeroso ha sido el alcaide al permitirnos recoger a los heridos.

—Más que eso. Nos está mandando con ello un mensaje.

Bajó Blaylock la mirada.

—¿A qué te refieres?

El francés escupió en el polvo.

—Estuviste en el asalto, escocés. Yo te vi. Seguro que te diste cuenta de cómo dejaron de disparar contra nuestros caídos. Lo hicieron de golpe y eso no fue por azar. Debió de ordenarlo el alcaide. Y luego permite que saquemos a los supervivientes. ¿Por qué crees que lo hace?

—Lo dicho. Por hidalguía.

Su interlocutor se encogió de hombros.

—No lo dudo. Este alcaide es lo que aquí llaman un «bueno». Pero son gestos de buena voluntad con los que muestra su deseo de negociar. Si las condiciones que le ponga don Alfonso no son inaceptables, no tardará en rendir Teba.

Volvió a escupir sobre una piedra ardiente, de forma que la saliva siseó.

—Y ya no habrá más lucha.

Blaylock regresó una vez más con la mirada a esa ciudadela de muchas torres. Imponente, no importaba que todo un lienzo estuviese ahora por los suelos. Contempló el vuelo de las aves y el de las nubes de moscas. Recordó la matanza en la brecha, el estruendo de las armas y el chorrear de sangre sobre las piedras rotas, así como el encono en la defensa de los moros.

—Dios te oiga.

# HORAS

*La cuenta de las horas seguía el viejo sistema romano de dividir el día en segmentos que no tenían igual duración. Sin embargo, ya en este siglo comenzaban a aparecer los relojes de torre, que medían el tiempo sobre una esfera dividida en doce partes iguales. Eso dio lugar a una controversia muy interesante entre los partidarios de este sistema, mucho más racional y eficaz, y el antiguo, que lo consideraban natural e instituido por Dios, ya que marcaba, entre otras cosas, las labores y los rezos de los religiosos.*

*Se impondría la esfera, claro, aunque entre los sacerdotes seguiría usándose el antiguo. Este último también dejaría rastros en los idiomas y los usos. Por ejemplo la palabra noon (mediodía en inglés) procede de la hora nona, y la española siesta de la hora sexta.*

Dios no debió de oír al cruzado francés, ya que al crepúsculo se libró un combate reñido cuyo primer choque tuvo lugar no lejos de la muralla sur de Teba. Aznar Téllez y los suyos fueron testigos de lejos. Vieron galopar a los zenetes entre dos luces, con los mantos agitados y las lanzas tendidas. Observaron también cómo los cristianos acampados junto a la senda abandonaban sus fogatas y sartenes, entre gritos y toques de alarma.

Se ceñían aprisa cotas de malla, calaban cascos mientras los almocadenes llamaban a cerrar el paso, a aprestar las ballestas. Corrían de un lado a otro en tanto los centinelas repicaban sus esquilas. Para todos había sido una jornada interminable. Primero luchar en la brecha y luego aguantar el campo sobre las armas. Y ahora, cuando ya iban a cenar y pensaban en acostarse, el enemigo hacía una salida.

Más tarde, al tratar de explicarse ante los oficiales del rey, los almocadenes se excusarían con que tanto el terreno como la hora habían sido bien elegidos. El terreno porque era quebrado y allí las cuadrillas estaban dispersas, además de que les costaba más acudir en refuerzo de un punto a otro. Y la hora porque fue al crepúsculo, cuando los hombres se habían relajado.

Unos, sueltas las armas, cenaban y no pocos se habían echado a dormir, molidos,

sin ganas ni de tomar bocado. La luz engañosa del anochecer ayudó a que los zenetes se distanciasen un buen trecho de Teba antes de que nadie diese la alarma. Salieron de forma abierta y todos, como estaban a otras cosas, creyeron que eran de los suyos que regresaban de campear cerca de la ciudadela.

Estaban ya casi encima de los centinelas más adelantados cuando algunos se fijaron en ellos. Primero extrañados, luego recelosos y por último llenos de alarma. A los primeros gritos, los bereberes abandonaron todo disimulo. Con alaridos fieros, consignas religiosas a grito pelado y mucho blandir de aceros se echaron al galope, envueltos en el mugir de cuernos y el estruendo de las bocinas.

Arrollaron a una compañía acampada sobre la propia senda. Les pasaron por encima lanceando y tajando a los hombres en desbandada. Sin detenerse, camino del sur. En columna al galope, que era lo que permitía el sendero y porque eso evitaba el peligro de ser barridos por una posible descarga de ballesteros desplegados camino adelante.

Así, a rienda suelta por campos ya en sombras, entre polvareda, griterío y agitar de hierros, los vio un hosco Téllez que aguardaba retirado con los suyos. Contempló cómo atropellaban a una segunda compañía.

—No. Si todavía pasarán —rezongó Avellaneda, que observaba desde lo alto de su caballo.

—Lo dudo. Aunque para nosotros sería lo mejor.

Los bereberes, tras llevarse por delante a esa segunda compañía, seguían su galopada hacia el sur. Es posible que también ellos llegasen a pensar por un instante que de verdad podían llegar al Guadalteba. Salieron preparados para la muerte, pero se habían abierto paso. Habían dejado atrás a las líneas de cerco. Por aquellos pagos de rocas y matojos corrían entre sombras rojas peones y ballesteros, en desorden y dándose órdenes vanas. Algunas cuadrillas de jinetes acudían en ángulo, pero estaban demasiado lejos como para cortarles el paso.

Pero más adelante les aguardaban ballesteros. Y a esos sí que les había dado tiempo a armarse y a tomar posiciones. Don Pedro Fernández de Castro había aprendido la lección y nadie iba a pasar con tanta facilidad como aquella malhadada noche del incendio de la bastida.

Los ballesteros formaban a los lados de la senda y no en ella en barrera. Así que la táctica de galopar en columna, tan exitosa en los dos primeros choques, se volvió ahora contra los zenetes.

A la primera descarga, cayeron hombres y monturas por docenas. Rodaban los animales entre relinchos y pataleos, y los jinetes volaban por los aires. En un instante, lo que eran gritos de guerra y victoria se trocaron en confusión de lamentos y llamadas.

La compañía de pendón partido de Téllez no presenció el momento del desastre. Podrían haberlo hecho, gracias a los caprichos del terreno y pese a la luz escasa. Pero para entonces ya trotaban hacia el norte, justo por aquella misma senda por la que

pasaron poco antes los zenetes, simulando ser cruzados. Téllez urgía a los suyos, pues la luz menguaba con rapidez y el clamor lejano le daba a entender que las cosas no iban muy bien para los bereberes.

—¡Ahí! —los alertó el desdentado Pérez.

El adalid volvió sus ojos verdosos. Aliviado, advirtió la presencia de un saco o atado entre matojos secos. Tal como habían convenido. Los zenetes lo habían arrojado al paso, para que ellos pudieran recuperarlo. Un envoltorio de tela muy blanca, tanto que casi parecía resplandecer en la cada vez mayor oscuridad.

Llegó con su montura al paso y, sin detenerse, se inclinó sobre la silla para recogerlo. Se lo mostró a los suyos como el que enseña un trofeo, antes de colgarlo del borrén de la silla, de forma que nadie diría que aquello era otra cosa que una alforja improvisada. Y, sin perder instante, arreó a su caballo para salir de allí, seguido de buena gana por los suyos.

Más al sur, los zenetes se habían abierto paso a costa de pérdidas cuantiosas. Por suerte para ellos, no había grandes partidas de a caballo cerca de los ballesteros. Solo patrullas pequeñas, insuficientes para hacer frente a esos jinetes aguerridos, enconados además ahora por las muchas bajas. Porque habían dejado casi a la mitad de los suyos bajo las descargas de virotas. Y si no perdieron a más, o a casi todos, fue gracias a la luz escasa y a que galopaban como suicidas.

Azuzaban como posesos a sus monturas. Los jinetes cristianos les iban a la zaga, lanceando a los rezagados. En fuga a través de terrenos accidentados, la columna se fue desintegrando. Se convirtió en una desbandada, en la que cada cual procuraba llegar por su cuenta al río. Muchos de ellos no lo lograron.

En la orilla misma del Guadalteba, a la última luz, los supervivientes tuvieron que librar luchas desesperadas con los de a caballo que guardaban las riberas. Dispersos, atrapados, allí cayó luchando hasta el último de los zenetes. Ni uno solo consiguió llegar con su caballo hasta las aguas.

Nada de eso vio Téllez. Mientras los bereberes eran aniquilados, su pendón partido cabalgaba ya de regreso al real. Lo hizo dando un rodeo por el oriente de Teba, para evitar así a las cuadrillas montadas que acudían en gran número desde el real, por el oeste, al reclamo de los cuernos y las bocinas. No le pesaba esa vuelta ni el retraso que suponía. Era de prudencia, y lo que de verdad importaba era el atado de tela blanca que colgaba de su silla.

Era ya noche cerrada cuando Aznar Téllez deshizo el atado. A la llegada, mandó acudir a una perola comunal; una de esas en las que, por una cantidad módica, podían comer y cenar las huestes pequeñas y sin medios para cocinar. Esa orden fue una proeza de voluntad por su parte, ya que no tenía hambre y casi ni el vino le pasaba por el gaznate. Estaba sobre ascuas; mucho más que sus hombres, que eran de los que vivían la vida al día. Para ellos la meta más ambiciosa estaba en un golpe de suerte, en hacerse con un gran botín o en capturar a un rehén noble cuyo rescate les permitiese dejar la vida de errantes.

Pero él, Aznar Téllez, hijo de Tello Rojas, tenía metas más elevadas.

Los suyos comieron como lobos y bebieron en abundancia, en tanto que a él cada bocado le supuso un esfuerzo. Pero había que evitar posibles sospechas, al menos en esas pocas horas que necesitaba para rematar.

Ya de vuelta a la almofalla, solos ante unas brasas, abrió el atado con dedos a los que obligó a moverse despacio, a sabiendas de que los suyos le observaban. Ese atado sería grande como una cabeza, pero dentro era todo trapos viejos que servían para hacer bulto, y también para proteger. Proteger, porque sí, ahí dentro estaba. El relicario.

Rozó con la punta de los dedos la cadena, luego la cajita lacada. No la sacó, porque nunca había certeza de que no hubiera nadie observando. Anunció con voz ronca:

—Aquí está, hombres. Aquí está nuestra fortuna.

Tanteó de nuevo y la cadena resbaló por su mano. Estaba rota, porque el noble Jaime Dugel se arrancó el relicario de un tirón para arrojarlo por encima de los zenetes que le atacaban en gran número. Sus hombres, sentados, alargaban los cuellos y observaban como embrujados, aunque no veían nada.

—¿Cuál es el plan, adalid?

Téllez levanto la cabeza. Había sido Pérez el que había roto el hechizo con sus palabras.

—Se lo vamos a llevar a... a quien vosotros sabéis. Nuestra fortuna está hecha. Él nos colmará de beneficios. Empacad lo que tengáis que llevaros. Mañana nos iremos para no regresar.

Los tres sentados en torno a las brasas se miraron. Avellaneda carraspeó.

—¿No aguardaremos a que caiga Teba?

—No. Nos iremos mañana mismo, lo antes que podamos, pero sin despertar sospechas.

Los otros cruzaron de nuevo miradas. Adrede, Téllez no se dio por enterado. Bajó los ojos a ese relicario entre trapos. Avellaneda fue el que se atrevió a objetar:

—Adalid, no lo entiendo.

—¿El qué?

—Que nos vayamos ahora. ¿Por qué? Teba está a punto de caer. Hemos combatido, nos hemos esforzado en esta campaña. ¿Por qué tenemos que renunciar a nuestra parte? Ahora que la victoria está al alcance de la mano...

Téllez sonrió distraído, con la cabeza gacha.

—No os dais cuenta. Tenemos en nuestro poder algo mil veces más valioso de lo que pueda tocarnos en el reparto.

—Poco o mucho, es nuestro. Nos lo hemos ganado. Además, eres tú el que siempre habla de lo importante que es no levantar sospechas. Si nos vamos de esa manera...

Téllez suspiró para indicar que se estaba hartando.

—¿Cuántas veces os tengo que decir que me dejéis a mí lo de hacer planes?

Levantó con brusquedad la cabeza.

—Ya no es hora de disimulos, hombres. ¿No os dais cuenta de que esta tarde nos vieron al sur de Teba? Teba caerá, sí, tal vez mañana mismo. Y el relicario ya no está dentro. El rey se va a volver loco de rabia. Se revolverá contra todo y contra todos. Y entonces más de uno recordará que nosotros estábamos donde no debíamos hoy, justo cuando salieron los benimerines.

Arrojó una ramita al fuego.

—No sabemos si habrá supervivientes entre los zenetes. Si los del rey han capturado a alguno y le hacen hablar...

Pérez movió la mandíbula.

—Los zenetes son hombres duros.

—Más lo son los verdugos de don Alfonso.

Esa frase produjo un silencio largo junto al fuego. Luego volvió a la carga Pérez, como mascando las palabras:

—Por lo que dices, corremos gran peligro. ¿Por qué no nos vamos ahora mismo?

Téllez se echó a reír.

—¡Qué cambio! No. Eso sería un suicidio. En estos momentos, la mitad de nuestro ejército campea en busca de zenetes supervivientes. Me extrañaría que no hayan sospechado que trataban de sacar el relicario. Mañana seguro que baten todo el campo.

»Si nos marchamos ahora, de noche, y nos interceptan... Nos registrarían y encontrarían el relicario. Gracias, pero conozco formas mejores de morir que a manos de los verdugos reales.

»Vamos a esperar. Mientras no caiga Teba, no tendrán certezas. Y cuando caiga, será la hora de escabullirnos porque estarán todos atentos a eso y no a quien entra o sale del real.

# BUENOS

*Aplicado a las personas tenía el sentido de calidad y no de bonachón, como ahora. Por ejemplo, los caballeros buenos eran aquellos hombres que sin ser caballeros poseían un caballo. De hecho, al cabo de tres generaciones de mantener caballos de guerra, podían acceder al rango de hidalgo. De igual forma, bueno podía ser un apelativo elogioso. Así, en la Gran Crónica de Alfonso el Onceno, al referirse a la defensa enconada de los moros en la brecha del muro de Teba se dice: «E a tales fueron los moros desa vegada por ganar honra y prez, que olvidaron la muerte e estuvieron en aquel lugar a guisa de buenos. E los christianos daban se allí grandes cuchilladas con ellos».*

Consternado quedó el hidalgo Juan de Lira al saber que el relicario no estaba en Teba. Tan mala cara se le puso que el alcaide al Tujibi, que fue quien le dio la noticia, no pudo evitar un ramalazo de compasión. Compasión que enseguida hizo extensiva a sí mismo. Era conocida la dureza con la que don Alfonso trataba a aquellos que frustraban sus deseos o le llevaban malas noticias.

Meneó la cabeza mientras repetía despacio en castellano de frontera:

—Puedo rendir el castillo. Puedo entregar las armas y los alimentos que nos quedan. Todo eso está en mi mano. Pero no puedo devolveros el relicario, ya que no está en mi poder. Nunca lo estuvo, pero ahora no sé ni qué ha sido de él.

Lira suspiró antes de responder con voz igual de lenta en el mismo idioma. Esa lengua de buhoneros y soldados le resultaba todavía menos familiar que al granadino.

—¿Cómo es posible, alcaide?

Estaban los dos ante las puertas de la ciudadela, al pie del camino y a la sombra misma de las torres. Pero los defensores no habían abierto los portones claveteados. El alcaide, con solo dos guardas, había salido por la zona del derrumbe para negociar. De hecho, Lira, cuando llegaba —en compañía de un alférez que portaba pendón de leones y castillos, para indicar que negociaba en nombre de don Alfonso—, lo vio mientras bajaba haciendo equilibrios sobre los cascotes sueltos.

Fueron los granadinos al alba, antes de que los del asedio pudieran reiniciar su

machaqueo de bolaños contra las murallas, o lanzar otro asalto devastador, los que tremolaron estandartes desde las torres, a la par que hacían sonar a todo pulmón los añafles. Pendones rojos, estandartes de Granada. Luego, ya seguros de haber llamado la atención de los sitiadores, varios mensajeros salieron a pedir tregua y parlamento.

Por eso Juan de Lira, hidalgo al servicio de Pedro Fernández de Castro, había acudido a negociar con instrucciones precisas. Por desgracia, una de ellas era la entrega inmediata del corazón del difunto rey de los escoceses. Algo que el alcaide negaba tener en su poder.

—Ayer, a última hora de la tarde, una hueste zenete salió de mi castillo. Imagino que estarás al tanto.

Esa expresión casi hizo sonreír al gallego.

—¿Al tanto? Señor, armaron una que despertaron hasta a los muertos. Causó tal alarma que levantó a todo el real. ¿Cómo no voy a estar al tanto? Tras todo un día de guerra, una anocheada de guerra también.

—Bueno. Si es por guerra, esos ya no darán más. O eso supongo por lo que vi desde la muralla. ¿Salió alguno con vida?

—Creemos que no. Pero ¿quién sabe? Oscurecía y se dispersaron, así que tampoco pondría yo la mano en el fuego de que no quedase alguno.

—Convendría que el rey don Alfonso mandase a sus mejores montaraces a rastrear. Debéis estar seguros de que ninguno pasó. Ellos tenían el relicario en su poder y me da que no lo dejaron atrás al marcharse.

El otro lo miró de medio lado.

—Eso que dices es sensato y ya se ha hecho. Pero ¿por qué nos lo aconsejas?

—Porque, cuanto antes vuelva el relicario a sus legítimos custodios, tanto mejor nos irá a todos.

—En eso te doy la razón. —Se permitió una sonrisa seca—. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Habla con tu señor. Que él interceda ante don Alfonso.

—Lo haré. Pero que sepas que registramos hasta al último zenete muerto. Ninguno llevaba el relicario encima. Ha sido un gran desengaño.

Al Tujibi resopló. Se acarició la barba cobriza.

—Dios me guarde. Creí que ya estaría en vuestro poder. Estaba convencido de que esa salida a la desesperada había sido para tratar de sacar el relicario antes de que Teba cayese.

Volvió a resoplar, como hombre que soporta una carga insufrible sobre los hombros. Señaló a la mula del caballero.

—Amigo. Esa bota ¿es de vino o es de agua?

—Vino con algo de agua. Los físicos han desaconsejado el beber agua pura. Dicen que hace enfermar.

—Cuánta razón tienen...

El gallego se llegó hasta su cabalgadura para descolgar la bota.



—Vamos a echar un trago, que se parlamenta mal con la boca seca.

—Venga.

El cruzado dio un trago largo él primero, según las reglas de cortesía. Se la pasó al alcaide, que bebió todavía con más largueza. Lira, al advertir de soslayo cómo los miraban los dos guardas granadinos, indicó con un gesto a su portaestandarte que les convidase de su propia bota.

Al Tujibi bajó el pellejo con expresión de deleite. Se miró la pechera de la túnica blanca que vestía para la ocasión. Chasqueó los labios al ver que habían caído varias gotas.

—Las manchas de vino en la ropa son tan nobles como las de sangre, sea esta propia o ajena.

—Bien dicho.

El de Granada dio un segundo trago antes de devolver la bota a su dueño.

—Se nos acabó el vino. Pero, cuando todavía nos quedaba, teníamos que beber a hurtadillas. Esos voluntarios de la fe, ya sabes, odian el vino. Son demasiado rígidos.

Hizo una pausa mientras Lira bebía.

—Te lo digo como ejemplo de que no había buena relación con esos hombres. Iban a su aire, sin darme cuentas, y de hecho abandonaron Teba sin mi permiso. Se apoderaron a la fuerza de un portillo. Sí, como lo oyes. Redujeron a mis soldados y salieron por las bravas.

Un soplo de aire cálido estremeció su túnica blanca. Dejó caer los párpados, como si la luz ardiente le hiriera en los ojos.

—Fue una solemne estupidez —continuó—. Solo tenían que pedirlo y yo les habría dejado ir de buena gana. Eran buenos guerreros, pero también un quebradero de cabeza. No sabía yo cómo negociar la rendición, estando dentro de mi castillo esos diablos.

Bajó algo la voz, para dificultar que sus escoltas le oyesen.

—Tenía muchos voluntarios de la fe en la guarnición. Pero gran número de ellos murieron ayer en la brecha. Son duros y arrojados, y buscan los puestos de más peligro para ganarse el paraíso. No tuve que mandarlos, que ya fueron ellos de buena gana. Y ayer muchos de ellos encontraron eso que tanto ansiaban.

»Ahora que han caído tantos, y que los de a caballo se han marchado, también directos al paraíso, ahora sí que puedo negociar sin miedo a una revuelta.

—Me alegra oír eso. Todos estamos hartos de este asedio.

—Por eso te juro que me desazona la desaparición del relicario.

—Es un gran inconveniente, vive Dios. No sé yo qué dirá don Alfonso.

—Quiero darte argumentos de peso, para que a tu vez se los expongas.

—Soy todo orejas.

—Que sepa que prestaré toda mi colaboración. Os indicaré cuáles eran los aposentos y las cuadras de los zenetes, por si lo ocultaron allí antes de marcharse. Y ha de saber don Alfonso que todavía me quedan hombres y arrestos si no se acepta mi

rendición. Todos perderemos si porfiamos en la lucha.

»Perderé yo, porque Abu Said Utman ha sido derrotado en esta campaña. No puedo esperar ya de él ni auxilio ni alivio. Si me emperro en defender el castillo hasta el final, lo único que conseguiré será que mis hombres y yo acabemos todos muertos.

»En cuanto a vosotros, también tenéis mucho que perder si se alarga el asedio. Te diré qué planes tengo por si don Alfonso no se aviene a una rendición razonable. No defenderemos más la muralla exterior. Ayer ya tuvimos bastante. No malgastaré más hombres en ese portillo. Me refugiaré con los que me quedan en el recinto interior, donde tengo alimentos y agua para algo de tiempo. Y también armas de sobra para las tropas que me quedan.

—Condenarías a muerte a los refugiados de los patios intermedios.

—Razón de más para que quiera negociar. Se acogieron a mi protección y me tengo por hombre de bien. Odiaría verlos masacrados o esclavizados. Pero si no me queda más remedio que abandonarles a su suerte, lo haré a mi pesar. La guerra es así.

»Me defenderé en la fortaleza interior. Daremos batalla. Resistiremos hasta el final si las alternativas son el patíbulo o la esclavitud en las minas. Aguantaremos semanas y vuestro ejército quedará aquí atascado. Sé que andáis escasos de víveres y que hay fiebres en vuestro real. Tendréis multitud de bajas. Y estaréis expuestos a que el sultán Abu el Hassan mande refuerzos desde...

El gallego, bota en mano, alzó la diestra.

—Basta, basta. Creo que te he entendido.

—No tomes mis palabras como bravatas. No deseo morir aquí. Ambos bandos tenemos que perder si seguimos luchando y algo que ganar si negociamos. Lo lógico sería lo segundo.

—Eso opino yo. Y lo mismo diría cualquier hombre sensato.

—Te ruego, pues, que trasmitas estas mismas reflexiones. Yo deseo rendir Teba, salir de aquí con vida y evitarnos a todos males mayores.

# VINO

*La elaboración y conservación del vino mejoró de forma notable durante la Edad Media. Se convirtió también en una bebida con prestigio social, aunque los había de muchas calidades. Algunas de las formas de beber vino nos resultan bastante exóticas, como la de hacerlo caliente o la de, por parte de algunos, echarle cal. En la España musulmana nunca se arrancaron las viñas, con la excusa de obtener mosto y pasas y también vino para los mozárabes. Lo cierto es que el consumo era habitual entre los andalusíes, algo que los almohades, almorávides, benimerines y demás grupos político-religiosos, extranjeros y ajenos a las costumbres de la tierra, llevaban muy mal.*

Los vencidos iban lentos por la senda polvorienta. Como una culebra de humanos bajo el sol, con buenos ropajes pero todos a pie y desarmados. Una columna larga, aunque ni por asomo tanto como muchos habían creído. Y eso que a los supervivientes de la guarnición de Teba se sumaban todos aquellos de las alquerías que en vez de huir a comarcas más seguras optaron por refugiarse tras las murallas.

Se suponía que aquellos refugiados sumaban gran número de gentes. O eso dijeron los espías. Tal vez lo fueron en su día. Pero los tiros de los ingenios, así como las privaciones y plagas, debían de haberse cobrado su tributo.

Tributo no solo de muerte. Entre el polvo en suspensión se tambaleaban muchos heridos, sin ni siquiera pellejos o calabazas de las que beber un sorbo de agua. Brazos en cabestrillo, cabezas vendadas, cojos que se apoyaban en cayados o que avanzaban con la ayuda de compañeros de armas. Y muchos quemados; otra señal del castigo infligido por los ingenios de los cruzados.

Las condiciones para la entrega habían sido rigurosas, aunque tampoco excepcionales. Los de la defensa tuvieron que dejar dentro las armas, los alimentos, los pendones y los bagajes. Abandonarlo todo para conservar la vida y la libertad. Solo pudieron sacar las ropas sobre el cuerpo. Por eso cada cual había procurado vestirse con su atuendo de mejor calidad. Y ahora de esa guisa caminaban en columna hacia el oeste, hacia zonas controladas por las tropas del rey de Granada.

Las mujeres, sin más excepción que alguna muy vieja, iban con los rostros tapados para evitar despertar la lujuria de la soldadesca cristiana. Aquellas compañías abigarradas no eran de fiar y eso había llevado al propio don Pedro Fernández de Castro a enviar gentes de a caballo a proteger a la columna. «El de la guerra» era valedor de los acuerdos y recelaba de que malandrines y gentes baldías atacasen a los moros para esclavizar a mujeres y a niños, o por simple sed de sangre.

No iba descaminado en sus temores. Grupos de hombres de armas, tanto de los de a pie como de los de a caballo, acechaban a cierta distancia de la senda. Eran como perros salvajes que se moviesen a la par que la columna. Aunque no todos estaban allí con la esperanza de atacar a algún rezagado. Algunos se habían acercado a curiosear.

Tal era el caso de una docena de navarros, entre los que estaban Abarca y Beaumont. Habían querido ver con sus propios ojos esa evacuación y retirada para después tener algo más que contar a su regreso a casa. El joven Beaumont, en concreto, no se perdía detalle. Los soldados de túnicas rojas que caminaban desarmados, los campesinos cabizbajos que daban las espaldas a sus terruños para nunca volver, las mujeres con sus hijuelos en brazos.

—¿Lo notas? —le espetó de golpe su primo—. ¿Notas el halo?

—¿Qué halo?

—El de la derrota, hombre. Si casi se puede ver sobre sus cabezas.

Entornó los párpados el mozo. La atmósfera rielaba con el calor. Las figuras temblaban como peces bajo el agua de un estanque. Flotaba en el aire el polvo, y los vencidos marchaban en silencio, envueltos en el fragor sordo de los pasos y los cascos.

Volvió a hablar el grandote Abarca:

—Mira, «el de la guerra».

Ocurría que, como iban al paso, habían ido adelantando por la columna y ahora tenían a la vista la cabecera. Y sí, allí delante estaba el propio don Pedro Fernández de Castro, el ricohombre más poderoso de Galicia. Apartó Beaumont los ojos de ese desfile de siluetas tristes para ponerlas en aquel varón recio, de sobreveste blasonada con cruces negras.

Cerca tenía un nutrido grupo de guardas a caballo, con lanzas y los pendones de la cruzada, el del caldero y el de los roeles de plata de su linaje. Pero él mismo había echado pie a tierra para caminar al lado un hombre de rico manto rojo, bonete blanco y barba cobriza. Al Tujibi, ya exalcaide de Teba. Beaumont le señaló de forma discreta.

—Muy loable que don Pedro se asegure en persona de que todos estos llegan sanos y salvo junto a los suyos.

—Empeñó en ello su honor. Y seguro que no descarta el poder conseguir algún dato útil sobre qué ha sido del relicario escocés.

No andaba descaminado el hombrón. Era sabido que el rey de Castilla estaba fuera de sí por culpa de la desaparición del famoso receptáculo de plata lacada. Suerte que los nobles, los oficiales mayores, los adalides, todos habían intercedido para que

se aceptase la rendición. Muchos porque estaban seguros de la buena fe del alcaide, al que avalaba su historial y que nada tenía que ganar ocultando el corazón. Y todos preocupados por la escasez de víveres, las bajas que podía costarles tomar el recinto interior y la posibilidad de que en el ínterin se rehicieran los enemigos.

Las opiniones estaban divididas. Unos creían que los zenetes habían ocultado el relicario antes de salir. Otros que se lo habían llevado consigo y que su portador, al verse perdido, lo tiró lejos de sí, por lo que ahora debía de estar caído en alguna parte entre Teba y el río. Al hilo de esa idea, el rey tenía a gran número de hombres batiendo toda la zona.

Y sí. Castro había cabalgado hasta la cabecera para discutir con al Tujibi sobre aquel asunto enojoso. El ahora antiguo alcaide se explayaba con gusto, mientras caminaba con un báculo tallado en la mano.

—Yo, señor, soy el primer interesado en que el relicario aparezca. Temí que el carácter fogoso de don Alfonso se impusiera y no aceptase nuestra rendición. Me veía muerto en Teba con todos los míos.

Con un golpe del bastón, apartó un canto suelto de la senda.

—Y ahora temo que su mal carácter nos busque la desgracia. No es la primera vez que la ira de un rey provoca una guerra devastadora. Me da miedo que, de no aparecer ese bendito relicario, don Alfonso prosiga la guerra con resultados catastróficos para todos.

El ricohombre asintió taciturno. Don Alfonso no encajaba bien los reveses y ese asunto del relicario era una mácula en su honor. Ya había cambiado sus planes de campaña solo por ese tema. Si continuaba guerreando, podía debilitar a Granada al punto de que esta acabase por convertirse en un simple protectorado de los benimerines. O desgastando a Castilla tanto que animase a estos a cruzar el Estrecho con ánimo de invasión.

Apartó esas ideas de su cabeza para centrarse en lo concreto.

—¿Qué crees que habrá pasado con el relicario? Te pido tu opinión personal.

—Le he dado mil vueltas al tema en la cabeza. Mis hombres de confianza han preguntado. Hemos buscado hasta debajo de las piedras. Juraría que los zenetes se marcharon de Teba con el relicario. ¿Por qué, si no, se iban a apoderar por las armas de un portillo de la fortaleza para salir sin mi permiso?

—Dímelo tú.

—Yo los habría dejado marchar de buena gana. Si querían morir como mártires, era su problema, no el mío. Así que debían de temer que les exigiese el relicario como requisito previo a abrirles las puertas.

—Es posible. Pero ¿dónde está? Si todos fueron muertos y ninguno lo llevaba encima...

Al Tujibi suspiró de forma exagerada. Golpeó con el báculo sobre el polvo de la senda. Hizo pantalla con la mano para echar una mirada al cielo y al sol cegador. Volvió luego los ojos atrás.

—Suerte que no son muchas leguas de camino.

Puso otra vez la mirada camino adelante, por donde cabalgaba una avanzada de los jinetes de Castro.

—Señor, quiero compartir contigo una sospecha sobre este asunto.

—Dime.

—Tras hablar con ese hidalgo a tu servicio, Lira, y mientras vuestros emisarios regresaban con la respuesta de don Alfonso, mis hombres registraron las estancias y los establos de los zenetes. Buscaron cualquier indicio de que hubieran podido remover o tapiar algo. No encontraron nada. Eso me hizo pensar que quizá tenemos que sopesar más posibilidades.

»Cuando se dio la alarma anoche, por la salida a la fuerza de los zenetes, acudí a esa parte de la muralla. Esos desgraciados mataron a dos de mis soldados, señor. Estaba tan enojado que a punto estuve de mandar a mis ballesteros que disparasen contra ellos. Me contuve de milagro.

»Con estos ojos que Dios me ha dado vi cómo los vuestros los destrozaban. Y también vi a una hueste pequeña de cristianos entre los zenetes y Teba, fuera del alcance de nuestras ballestas.

Castro le miró con viveza, aunque optó por una respuesta prudente.

—¿Una patrulla?

—Ahí está lo raro. No me parecieron ninguna patrulla rebasada por esa salida intempestiva. Cabalgaban sin prestar atención al combate, como hubiera sido lo lógico. No acudieron en ayuda de los vuestros ni galoparon para unirse a la persecución. Recorrían al trote la misma senda por la que pasaron momentos antes los zenetes.

El ricohombre enarcó una ceja.

—¿Podrías darme algún detalle?

—Cuatro de a caballo. Estaban lejos y era al crepúsculo, te lo recuerdo. No pude distinguir señas, blasones o colores. Tal vez sí fuera una de vuestras patrullas que no se quiso arriesgar al combate. Pero me extraña. Ese recuerdo me ha dado que pensar y aprovecho esta ocasión para comentártelo. Quizás pueda arrojar alguna luz sobre este misterio que tanto daño nos ha hecho a todos.

## РЕПАРТО У АЛМОНЕДА

*La guerra era una actividad económica importante y, en consecuencia, el reparto del botín estaba regulado al detalle. Muchos fueros dedican capítulos a los intercambios de rehenes, a las multas a los remisos a acudir a la guerra y a los castigos a aquellos que escondan botín. Estipulan qué ha de recibir cada cual, sea en tierras, en reparto o en numerario, en cuyo caso se hacía almoneda de bienes y luego se dividía el dinero. También estaba estipulado cuánto se había de percibir en caso de sufrir daños en vida o hacienda por causa de haber acudido a la guerra. Había indemnizaciones por heridas, invalidez y también por la muerte del caballo.*

A la vista de las primeras patrullas nazaríes a lo lejos, como manchas rojas al galope, los de Castro se rezagaron. A ojos de un ave de paso, habrían parecido como peladuras de piel de legumbre que se abriesen para dejar que las semillas —la columna de vencidos— siguiese camino hacia la protección de los suyos.

Pero para entonces el rico hombre gallego ya se había dado la vuelta con todos sus pendones. Y ya antes que él se marcharon los asaltadores frustrados. También los navarros, una vez satisfecha su curiosidad. Cabalgaban ahora de vuelta al real, deseosos de saber si había novedades sobre el botín. Ese que los hombres del rey estaban amontonando en el interior de Teba como paso previo a hacer reparto y almoneda.

A su vez, Abarca y Beaumont se apartaron de sus compañeros ya a la vista de las tiendas. Fue decisión del primero, al ver cómo algunos mocosos, de aquellos que tan buenas informaciones les habían dado ya antes, rondaban cerca de la almofalla como perrillos inquietos.

—Esos tienen algo para nosotros. Vamos a ver qué es y si merece la pena.

Y así estaban ahora los dos navarros apeados de los caballos, junto a los pillos, lo bastante lejos como para que nadie pudiera oír por azar de qué hablaban. Porque ofrecían una estampa que sin duda llamaba la atención. Dos hombres de armas junto a media docena de golfillos de senda, harapientos y vocingleros. Abarca había abierto sus alforjas para repartir galleta dura de soldado.

Roían los chicos como ratones, sin dejar escapar ni una miga, y el que llevaba la voz cantante, como sabía que le picaba a Abarca, pronunció solo un nombre:

—Aznar Téllez.

—¿Qué es lo que hay con ese malnacido?

—¿Te interesa?

El navarro le enseñó los dientes por entre las barbas.

—No juegues conmigo, que te sacudo. Sabes de sobra que todo lo relativo a Téllez me interesa. Cuenta.

—¿Y qué nos vas a dar a cambio?

—Depende. Tú desembucha, que ya decidiré yo. Sabes que cicatero no soy.

Pese a sus actitudes entre desenvueltas y displicentes, los mocosos estaban tensos como gatos, lo que hacía pensar al hombrón que tenían algo de veras interesante. O al menos así lo creían ellos. Indicó a su primo que repartiese más galleta y él echó mano de la bota.

—Desembucha.

El chico no se olvidó de coger su porción de galleta antes de hablar.

—Téllez y los suyos han partido hace un rato hacia el este.

Abarca echó la cabeza para empinar la bota. Se secó las barbas de posibles salpicaduras antes de contestar.

—¡Pues vaya noticia! Habrán salido a atajar.

—¿Con mulas y bagajes?

El navarro lo miró con el ceño fruncido. Entre arrearle con la bota en la cabeza o darle cuerda optó por lo segundo.

—Explícate de una vez, que no estamos regateando.

—Han desmontado su almofalla. Lo han cargado todo en dos mulas y lo que no se han llevado lo han malvendido a ropavejeros.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—Lo he visto con estos ojos. Han aceptado por sus trastos lo que les han querido dar y eso lo hacen los que tienen prisa.

Abarca dio otro trago, ya no por sed, sino para darse tiempo a pensar. Buena observación la del chico. Así que Téllez y los suyos habían salido del real casi a uña de caballo, sin esperar siquiera al reparto del botín.

—¿Cómo es que una salida así no ha extrañado a nadie?

—Están todos haciendo cuentas sobre cuánto se sacará del reparto y lo demás les tiene sin cuidado. He oído decir a uno que Téllez se ha marchado en gesto de hidalguía. Que vino a luchar por su honor, a lavar el nombre de su linaje. Y que para demostrarlo se marcha ahora sin tocar una moneda.

El hombrón se echó a reír a carcajadas.

—¿Quién es el imbécil que ha dicho eso? —Miró entre risotadas a su primo, que también reía—. ¡Por Cristo! Pero si ese desgraciado es un malandrín, un mercenario. Antes se dejaría destripar que dejar escapar un grano de trigo que viese en el suelo.



El pillito removi6 los pies ante ese ataque de hilaridad algo tenebrosa.

—Bueno. He oído decir a otros que se ha fugado. Que ha huido por miedo a Vega. Una vez tomada Teba, se acabó la prohibición real de batirse. Decían que se ha marchado corriendo para no tener que luchar con Vega.

—¡Otros idiotas! ¡Cuánta tontería sale por las bocas! Téllez tiene muchos defectos, pero la cobardía no es uno de ellos.

—Pero decían que cogió miedo a Vega cuando venció a Balban el Tuerto...

—¡Bah y bah! Aunque hubiese vencido al mismo diablo. Téllez no le tiene miedo a nadie y odia a los Gamboas.

Le lanzó la bota a su primo, que se la requería para dar un trago. Habló el mocosu, luego de consultar con la mirada a sus compinches.

—¿No se merece la noticia algún premio?

El hombrón echó mano a la bolsa sin ni siquiera mirarle, pues tenía la cabeza en otra cosa.

—Sí, hombre. De sobra.

Al amparo del velo, María Henríquez oyó la historia que le traían los dos navarros. Aunque estos no pudieron concluir el relato porque ella, apenas su hizo idea de lo ocurrido, estalló como un tonel de furia. Se puso a dar paseos nerviosos de un lado a otro, agitada y sujetándose el velo contra el rostro, lanzando maldiciones contra Téllez, sus vilezas y sus malas artes.

—¡Ese, ese, ese...! —Se atragantaba de ira sin encontrar las palabras—. ¡No se saldrá con la suya! ¡No se saldrá! ¡Veré cómo los verdugos del rey le arrancan el corazón a él!

Gome Caldera se adelantó para reconvenirla.

—¡María! ¿Qué comportamiento es este? Recuerda quién eres.

La dama se giró hacia él bufando.

—Tengo presente quién soy en todo momento. Soy hija de Henrique Gamboa, de Estepa, y procuro hacer honor a ello. No consentiré que el que le infamó a él y a la memoria de mis hermanos muertos se salga con la suya.

Esa cólera desatada podía echar algo atrás a los navarros, pero no así al desgarrado Caldera, que para algo era padrino suyo y la conocía desde que nació.

—Pues no consentas tampoco que te vean así en público, tan alterada. Estamos al aire libre. Nos están mirando.

Eso era cierto. Discutían al pie de la almofalla y ya más de uno de tiendas vecinas se había parado a observar con disimulo. Alargaban la oreja a ver si pescaban el motivo de que la hija de Gamboa estuviese tan enfurecida. Porque puede que el velo le ocultase las muecas, pero sus ademanes no dejaban lugar a dudas.

Los reproches de Caldera dieron en la diana. Al menos dejó de pasear como un tornado y contuvo los aspavientos. Pero la satisfacción del veterano duró poco. Lo que tardó María, tras recuperar un poco el control sobre sí misma y encararse con los navarros para hablar con cólera ahora contenida:

—¿Me haríais el favor de ir a buscar al de Sangarrén y los dos ballesteros? ¿Sí? Armaos todos para salir en pos de esos malandrines. Id y decid que vayan a la entrada norte del real. Vega estará allí esperando.

Asintió Abarca por los dos. Se fueron prestos y, no bien se alejaron, le tocó a hablar a Caldera. Recordando lo que acababa de recriminar a su ahijada, contuvo el tono.

—¿Se puede saber qué pretendes? ¿Enfrentarte con tres jinetes y dos ballesteros a todo el ejército de Granada?

—Con los de Granada no tengo nada. Sí con Téllez.

—En este caso viene a ser lo mismo. Téllez les lleva el relicario.

—Por eso hay que perseguirle.

—No le darás alcance antes de que se reúna con Ozmín. ¿Y qué más da? Ya se ha destapado. Es un traidor, lo demostraremos ante todos y tu honor quedará vengado.

Ella pareció a punto de perder otra vez los estribos.

—¿Así de fácil, padrino? ¿Y qué pasa con el relicario? Él fue la causa de que el rey denigrase a mi padre en público. Por su causa lo desposeyó de su oficio y eso le provocó la congestión.

Caldera resopló como si estuviese agotándosele la paciencia.

—¿No ves que la fuga de Téllez da sustancia a la sospecha de traición? A saber si no fue también él quien ayudó a tender la celada a los escoceses. Ahora me explico por qué había tantos moros aquel día a este lado del Guadalteba...

—¡No me basta! —Ella manoteó ante el rostro del veterano—. ¡Tenemos que recuperar el relicario!

—No es posible. No tardará en estar en manos de Ozmín...

—No tenemos certeza de ello. Tenemos que intentarlo.

Caldera bufó como un toro.

—¡No seas testaruda! No puedes luchar tú sola contra toda la caballería de los voluntarios de la fe. —La miró atravesado—. ¿Y por qué no has pedido que avisen a Bailoque?

—Porque no podemos contar con él. Los escoceses están dentro de Teba. Ellos y los alguaciles reales están registrando cada palmo de las estancias de los zenetes.

—Voy a mandar que le llamen.

La dama se echó a reír de mal humor.

—Hazlo. Yo no voy a esperar. ¿Pretendes retrasar con tretas mi partida? Que nos conocemos, padrino. No me lées.

Se sujetó el vuelo de la falda para marcharse.

—Volveré a ser Vega una vez más. Si Dios quiere, la última. ¿Pedirías a alguien que ensille el alazán, ya que tú no puedes con ese brazo? Pero te agradecería que fueses tú el que lo llevase a la tienda de Vega.

Se marchó sin dar lugar a más réplicas del veterano, que se quedó unos momentos en el sitio, gruñendo. Luego, mientras iba a por el alazán, se cruzó con un vecino de

Estepa. Le espetó:

—¿Conoces a Bailoque?

—¿Que si...? Tú estás tonto, Caldera. ¿Cómo no lo voy a conocer, si se pasa el día rondando a tu ahijada? Muy amigos se han hecho.

—Eso no es asunto tuyo. Déjate de chismes y hazme un favor. Vete a buscarle y, si no puedes, manda a alguien de confianza. Hay que darle un recado confidencial.

—¿Qué recado?

—Que Aznar Téllez se ha ido con demasiada prisa del real y Jufre Vega va a perseguirle. Creemos que tiene el relicario, así que dile que no pierda el tiempo buscando dentro de Teba. Dile que venga a verme lo antes posible. Por el tema del relicario y po... —Algo gruñó entre dientes—. Y también porque Vega, que es tan burro como mi ahijada, está a punto de meterse en la boca del lobo.

# OZMÍN

*Abu Said Utman ben Abi il-Ula, conocido en las crónicas cristianas como Ozmín, fue uno de los grandes generales de Granada en el declive de este reino. Comandante de las fuerzas de norteafricanos que luchaban al servicio de Granada, guerreó durante décadas contra los cristianos y también participó en las luchas dinásticas del reino nazarí. Su mayor victoria fue la conocida por los cristianos como el desastre de la Vega, en el que perecieron los infantes don Pedro y don Juan, así como los dos hermanos de María Henríquez, entre otros muchos hombres de armas castellanos. Fue en realidad el propio Ozmín quien, en atención al elevado rango de los dos prohombres muertos, presidió la guardia de honor que veló los cadáveres en la Alhambra. Ya viejo y enfermo, acudió con toda la caballería disponible en auxilio de Teba; no le fue posible forzar el levantamiento del asedio y, vencido en batalla y habiendo perdido los bagajes por el saqueo de su real en Turón, hubo de retirarse y abandonar a la fortaleza y a su comarca a su suerte. Murió pocas semanas después.*

Solo Aznar Téllez llegó a Ozmín. Sus hombres tuvieron que quedarse a distancia. Los dejó atrás sin temor a que tuvieran un altercado con los zenetes. No en vano eran todos veteranos de los tiempos de Tremecén, hechos a los moros y a sus costumbres, y conocedores de sus idiomas. De hecho, mientras aguardaba sobre su caballo a que el general le atendiese, les oyó a sus espaldas hablar y cambiar chascarrillos en bereber.

Tieso sobre la silla bajo el castigo del sol de la tarde, se permitió un relajo luego de ese viaje de pocas leguas que se le había hecho interminable. Entrecerró los párpados. Lo envolvían los relinchos, los tintineos de metales, y el aire estaba lleno de olor a caballo. Pasó un pájaro con las alas extendidas y, sin nada mejor que hacer, siguió con los ojos su vuelo hacia el sur.

Cuando por fin le llevaron hasta Ozmín, lo encontró muy desmejorado. Ya en sus reuniones nocturnas no tenía buen aspecto. Pero ahora, a pleno sol, parecía un

cadáver ambulante. Un casi moribundo que vistiese como un caudillo de guerreros y cabalgase corcel soberbio de arreos lujosos.

El castellano pudo ocultar a duras penas su pasmo. Era como si muchos años hubieran caído de golpe sobre el maestro de los voluntarios de la fe. Tal vez así había sido, por culpa del fracaso en Teba. Parecía que la pérdida de la ciudadela había apagado esa hoguera del alma que a veces mantiene a algunos hombres con vida.

Luego se le ocurrió que quizás siempre había estado así, envejecido y enfermo. Que la diferencia estaba en que ahora lo veía a la luz de la tarde, a caballo y entre hombres fuertes de armas, y no a la luz mentirosa del fuego, que tanto distorsiona y esconde.

Fuera como fuese, lo que no había abandonado a Ozmín era esa forma de hablar suya, entre sentenciosa y sarcástica. A sus espaldas tenía la sierra. De ahí bajaba un viento que a la noche sería frío. Viento que agitaba los mantos de los voluntarios de la fe, así como los preciados pendones verdes que el propio sultán otorgó a Ozmín en su día, por su fe y por sus hazañas.

—¡Aznar Téllez! —Pronunció su nombre como si estuviera en los patios de su casa y él fuese un visitante llegado por sorpresa—. Bienvenido. Hoy no puedo ofrecerte ese café que siempre me desdeñas.

—Así no tendré que rehusarlo, *saydy*.

—Tampoco tengo ajedrez. No se puede jugar a lomos de caballo. —Sonrió de forma desvaída—. No deja de ser una buena metáfora de la situación. Porque la partida ha terminado.

Meneó la cabeza, cubierta de casco envuelta en turbante verde.

—Esta partida al menos ha concluido con la pérdida de Teba. La gran partida sigue. Esto solo ha sido una jugada en el torneo que juegan los reyes de España y África. En ese tablero yo solo soy una pieza más. Una de tantas.

Movió otra vez la cabeza.

—Esta ha sido mi última jugada, como pieza y como jugador. Después de servir y jugar durante muchos años, estoy a punto de ser apartado del tablero por la mano del jugador más grande: Dios Todopoderoso.

Como para remarcar esa sentencia, una ráfaga les alcanzó susurrando. Hizo flamear pendones y mantos. Alborotó el verde de Ozmín y, por un pestañeo, Téllez pudo ver que, bajo esa prenda holgada, el anciano iba sujeto a su silla mediante correas anchas. Amarrado para que no se cayese del caballo.

Comprendió entonces que aquellos encuentros en la oscuridad no habían sido caprichos de viejo sino artimañas. Una forma de ocultar —gracias a la oscuridad, el fuego, el estar sentado en una manta— que su estado de salud era tan malo que no podía ni tenerse en pie.

—Tú tampoco tienes ninguna utilidad como pieza para mí, ya que mi juego ha terminado.

Téllez sintió de repente frío en la columna, pero el viejo lo miró con ojos

apagados.

—No me entiendas mal. Me limitaba a señalar un hecho. No tienes nada que temer. A ti te esperan otras partidas, a mí no. Esta ha sido la última y me habría gustado salir del tablero con una victoria. Aunque, al fin y al cabo, ¿qué es la muerte sino derrota? No importa que nos espere el paraíso, solemos luchar con denuedo para seguir respirando en este mundo áspero.

El fugitivo callaba, pensando para sus adentros que el viejo algo desvariaba. Este puso los ojos en la lejanía.

—Sí, Aznar Téllez. Si eres listo y te acompaña la suerte, podrás jugar más partidas, unas veces como pieza de reyes y señores, otras como jugador de las tuyas propias. A menudo, ambas simultáneas.

El castellano, que estaba sudado bajo el jubón, asintió mudo. Esa parquedad hizo volver al viejo de muy lejos.

—Te alabo el coraje, amigo. Lo has demostrado estas semanas y me has prestado grandes servicios. Otra cosa es que no hubiese suerte. Perdona las divagaciones de este viejo. Me apago, el alma se me quiere salir del cuerpo y las derrotas rara vez nos hacen más grandes.

»¿Qué os trae con mulos y bagajes? ¿Os han descubierto? Pierde cuidado. Me ocuparé de que pases el Estrecho y obtengas un buen oficio con el sultán, sin que tengas que renegar de tu fe.

Téllez inclinó la cabeza, cubierta con capellina, a modo de homenaje. Negó luego.

—No, *saydy*. Vengo a prestarte un nuevo servicio. Aunque es verdad que para ello he tenido que salir a escape del real y eso nos ha puesto en evidencia.

—¿Qué servicio es ese?

—Te traigo eso que tanto hemos buscado.

—¿Me traes la victoria?

Al soltar ese sarcasmo, por un momento los ojos se le encendieron con el viejo fuego. El renegado no pudo por menos que apreciar el espíritu bravo de aquel anciano a las puertas de la muerte.

—Ojalá, *saydy*. Pero no está en mi mano. Sin embargo...

Con un gesto que tenía algo de malabarismo, sacó de bajo su sobreveste de cruces negras un cofrecillo al extremo de una cadena rota.

Los ojos del anciano volvieron a iluminarse como rescoldos de una hoguera casi extinta avivados por un golpe de aire. Alargó una mano temblorosa. Téllez arrimó su caballo al del caudillo para ponerle el relicario en la palma, sin que ningún guarda hiciese gesto de detenerlo.

El viejo observó aquella caja de plata lacada ahora en la palma de su mano.

—El corazón de un rey. Cuéntame.

Téllez hizo recular a su caballo antes de contestar.

—Hubo que sacarlo a la desesperada. Tus zenetes, los que mataron al conde escocés, huyeron de Teba al ocaso. Pretendían abrirse paso luchando hasta el

Guadalteba, atravesarlo y unirse a ti. Yo estaba en contacto con ellos gracias a mensajes en saetas...

—Tengo poco tiempo. ¿Cómo ha llegado a tus manos?

—Ya te he dicho que fue una salida a la desesperada. Ninguno lo consiguió. Creen los cruzados que perecieron todos y me parece que es cierto, porque veo que no habías recibido noticias de todo esto.

»Había acordado con ellos que dejarían caer el relicario dentro de un saco, a algo más de un tiro de ballesta de Teba. Mis hombres y yo solo tuvimos que recogerlo mientras los demás batallaban.

—¿Solo? Fue una acción arriesgada.

—En sí misma no mucho. Pero tanto desde las almenas de Teba como algunas de nuestras patrullas nos vieron. Por eso hemos tenido que salir a escape, antes de que alguien llegase a la conclusión de que dos y dos son cuatro.

Ozmín asintió, relicario en mano. Una nueva ráfaga agitó vestimentas, gualdrapas, pendones. Se interesó Téllez:

—¿Qué harás con él ahora que por fin lo tienes?

El maestro de los voluntarios de la fe volvió los ojos a la sierra, como si quisiera determinar dónde nacía aquel viento. Suspiró.

—Ya nada.

Hasta los bereberes de su guardia cambiaron miradas. Téllez replicó con voz ronca:

—¿Qué dices, *saydy*? Pero si lo ansiabas.

—Llega tarde. Ya no me vale para nada. Esto y lo que contiene no eran para mí más que un instrumento. De haberlo tenido hace solo dos días, quizá hubiera todavía podido encender el orgullo desmedido de don Alfonso. Conseguir que hiciese alguna maniobra desafortunada. Pero ya, ahora...

—Tus jinetes murieron todos, hasta el último hombre, por sacarlo. ¿Qué hay de esas vidas sacrificadas?

El viejo se encrespó, ahora echando fuego por los ojos hundidos.

—¿Y qué hay de mi honor, también sacrificado? Así es la guerra. Me muero, Aznar Téllez. ¿Crees que no hubiese preferido caer en la batalla el otro día? Morir contra el infiel. Una muerte digna del caudillo de los voluntarios de la fe. Pero tuve que conformarme. Mi último servicio a mi fe, al sultán y a Granada ha sido asumir una derrota.

»Hago lo que debo. Mis jinetes hicieron también lo que debían. Sacaron el relicario a costa de sus vidas, ignorantes de que no valía ya nada. Mala suerte. En todo caso, murieron libres y a caballo, con las armas en la mano y luchando por la fe, en vez de hacerlo esclavos en las minas.

Téllez no replicó nada, sabiendo que había sido un error ese reproche. Era consciente de la proximidad de los guardas, de los destellos del sol en sus lanzas. Enojarse a hombres como Ozmín solía ser buena forma de pisar la antesala de la

muerte.

—En cuanto a ti...

Dejó la frase en suspenso como si reflexionase. Téllez volvió a bañarse en sudor. ¿Y si este caudillo a las puertas de la muerte decidiera librarse de un testigo que podría manchar su memoria? Él mismo había reconocido en alguna ocasión que todo este asunto del corazón le parecía poco honorable.

—Me has servido bien, con astucia y valor.

—Gracias, *saydy*.

—Te prometí grandes recompensas. Es hora de que cumpla lo acordado.

De nuevo el sudor en regueros. Los jefes moros eran en ocasiones muy crípticos. Lo de «grandes recompensas» podía en ese contexto significar casi cualquier cosa, incluida la liberación de las miserias de esta vida.

Pero los temores de Téllez eran vanos. Ozmín tendió la diestra. Entre sus dedos, al extremo de la cadena, el relicario bailoteaba.

—¿Qué significa esto, *saydy*?

—Ya te he dicho que a mí ya no me sirve. No lo quiero. No deseo profanar las reliquias de un rey lejano y muerto. ¡Cógelo!

Téllez arrimó otra vez su caballo al del general, para que este dejase caer la pieza en su mano enguantada.

—A ti te servirá de mucho si sabes usar la cabeza. Es un gran tesoro. Piensa.

Ahora fue el cristiano quien contempló con ojos achicados la cajita lacada en su palma. El viejo apostilló con voz cascada.

—Un gran tesoro, Aznar Téllez. Un gran tesoro. Pero recuerda que, como bien avisan los cuentos, todo gran tesoro lleva aparejada una maldición.

El otro alzó la mirada.

—¿A qué te refieres?

—En tu mano tienes el corazón de un rey. Gracias a él podrás colmar uno de los dos grandes deseos que albergas en tu propio corazón. Pero solo uno y a costa de renunciar para siempre al otro.

Gracias a ese relicario puedes rebrotar a tu linaje en Castilla. Solo tienes que regresar y entregárselo a don Alfonso. Seguro que un zorro como tú podrá dar una explicación aceptable sobre su partida y regreso. Y don Alfonso te colmará de honores y mercedes.

»O puedes usarlo para vengarte. Venganza, hombre sin linaje. Esa que tanto has deseado. La que te envenena desde hace tantos años. Si escamoteas a don Alfonso el corazón, quedará cubierto de oprobio. La vergüenza manchará a tus enemigos y tú estarás vengado.

»Medítalo. Decide. ¿Qué deseas más? ¿Un lugar en Castilla o la venganza?

Hizo un gesto fatigado.

—Ahora vete, amigo. Los dos hemos cumplido y aquí acaba todo. No nos veremos más. Toma tu decisión y que Dios te dé sabiduría.



## ALPERZA

*Pieza antigua del ajedrez que se situaba junto al rey y representaba al visir. Pese a esa posición era una pieza débil y con escasa capacidad de maniobra, pues solo se podía mover una casilla cada vez y en ángulo. Fue sustituida por la dama, pieza inventada en Valencia, ya en el siglo xv.*

Caía ya el sol. Al resplandor tardío de la última tarde, Dobra de Oro y Fierros estudiaban los rastros en el polvo de la encrucijada. El primero rodilla en tierra y el segundo acuclillado. Cruzaron miradas varias veces antes de volver los ojos al suelo, como para asegurarse de lo que leían en la tierra.

El almogávar hizo rodar la lengua dentro de la boca. El morisco se puso en pie para observar a uno y otro lado con los brazos en jarras. Fue él quien dictaminó.

—Volvieron sobre sus pasos. Han ido al sur.

Como si sus palabras en castellano de frontera no hubiesen sido claras, apuntó con el dedo. Los de a caballo se quedaron observando su índice tendido casi como si fuera el de un oráculo, desconcertados por la insólita acción de los de Téllez.

Estaban en un cruce de sendas, en las soledades de lo que ahora era tierra de nadie entre los dos ejércitos. Vega sobre su alazán y a su lado el de Sangarrén con la bandera negra. Los dos navarros algo detrás. Fue Juan de Beaumont el que preguntó, como si no conociera ya al morisco y la forma que a veces tenía de responder.

—¿Eso qué significa?

—Pues que se dieron la vuelta y aquí torcieron hacia el sur.

—¿Por qué habrán hecho algo así?

—Mejor se lo preguntamos a ellos, si logramos alcanzarlos.

El de Sangarrén se rascó la barba dura, al tiempo que tendía la mirada hacia el sur, a través de las ondulaciones del terreno y de los bosquecillos.

—Pensemos. Ozmín está al oeste. —Señaló con la punta de la bandera—. Mejor para nosotros que Téllez haya dado la vuelta. Todo el ejército de los voluntarios de la fe es demasiado, incluso para uno de Sangarrén...

—¿No habrán sido bien recibidos? —aventuró Beaumont.

—En ese caso los habrían apresado o muerto, no dejado ir.

Miró a la punta de la bandera negra, como si ahí pudiera estar la solución. La

llevaba plegada, tanto por no llamar la atención como por pudor. Uno de la hueste estaba muerto y otro convaleciente. En puridad, ya no tenían derecho a esa bandera, ni siquiera sumando los vecinos de Estepa alistados por Caldera de manera ficticia bajo el mando de Vega. Así que solo la desplegarían en caso de combate.

—¿Qué hacemos, adalid? ¿Seguimos al este o torcemos al sur?

Vega, con la sobreveste y las plumas negras ondeando en la brisa cálida, no se lo pensó.

—Lo primero es el relicario. ¿Seguirá en poder de Téllez o se lo habrá entregado a Ozmín?

Silencio incómodo. Los dos ballesteros cambiaron miradas, los jinetes refrenaban sus monturas con los ceños fruncidos. Abarca fue el primero que se atrevió a opinar.

—Apuesto a que lo tiene Téllez. No tiene sentido que se lo den a los moros y luego los abandonen, cuando con ellos estarían protegidos.

—Volvemos a la pregunta de tu primo. ¿Por qué se han vuelto?

—No sabemos si llegaron siquiera hasta ellos. Tal vez recelaron algo y retrocedieron.

Intervino el de Sangarrén:

—Ese Téllez no tiene un pelo de tonto. Si abandonó el real como lo hizo, cortándose cualquier posibilidad de regreso a nuestras filas, era porque jugaba seguro.

—O por temor a que le hicieran preso.

—También.

—O porque tenía prisa por cobrar la recompensa —añadió Beaumont.

El de Sangarrén negó con la cabeza.

—No. Si tiene el relicario, la recompensa está asegurada. Se habrían quedado al reparto del botín, aunque solo fuese por prudencia. Creo que tiene razón Martín. Temerían ser apresados por sospechas. Todos sabemos cómo las gastan los verdugos de don Alfonso.

Cortó esas digresiones Vega, con esa voz suya de campanadas.

—¿Este o sur?

—Sur, adalid. —El de Sangarrén remachó su afirmación apuntando de nuevo con la bandera.

—¿Tan seguro estás de que lo tiene Téllez?

—No. Pero hay que elegir. Y, si erramos, al menos Téllez y los suyos, si es que dejamos a alguno vivo, podrán decirnos qué ha ocurrido con el relicario.

Asintió Vega desde lo alto de su caballo.

—Al sur entonces, a no ser que alguien tenga opinión en contra. ¿No? —Hizo girar a su alazán—. Vamos entonces. Vamos a por esos felones.

# ПАРТЭСНАЯ

*Una lanza de hoja afilada, que en la base tiene guardas o aletas. Estas guardas pueden ser tanto rectas como en forma de media luna o de U. Eso permite bloquear golpes e impide que la hoja se clave demasiado hondo en el cuerpo enemigo y quede atascada.*

Soplaba un viento rugiente que sacudía la arboleda. Agitaba las llamas. Hacía que los hombres se arrebujasen en las capas y se arrimasen al fuego. Esa noche de agosto había refrescado mucho en ese paraje alto al que los atajadores cristianos llamaban «de las cuevas», situado ya en las estribaciones de las sierras. Por suerte, no faltaba por allí leña con la que alimentar fogatas.

Fue al arrojar un par de ramas a la lumbre cuando Pérez volvió la cabeza. Movi6 la mandíbula como si rumiase un pensamiento.

—¿No habéis oído nada?

Tan solo le prestó atención Avellaneda, que masticaba un trozo de carne seca.

—Solo a mis tripas.

Pérez ni se molestó en replicar. Se incorporó con el martillo de armas en la mano para observar receloso la oscuridad más allá de la luz de las llamas. Nada. Las frondas se agitaban con estruendo, silbaba el viento. Cerca, relinchó uno de sus caballos.

Habló Aznar Téllez, sin levantar los ojos del relicario que tenía entre las manos.

—¿Qué te pasa esta noche? Ya es la segunda vez que imaginas haber oído algo. Me parece que estás nervioso de más.

El otro volvió a sentarse, todavía rumiando.

—Puede, adalid. Nunca me ha gustado pernoctar de esta manera.

Avellaneda, que esa noche estaba de humor malicioso, sonrió torcido.

—¿No te gusta dormir en cuevas?

—No. A mí me gusta dormir al raso, bajo el cielo. Han sido muchos años de guardia de caravanas con los moros. Y no entiendo la necesidad de meternos en cuevas, habiendo torres por aquí cerca.

Téllez volvió a hablar sin despegar los ojos de la cajita:

—Torres y alquerías. Es cierto. Y ya puestos a buscar comodidades, nos habríamos metido en alguna de las segundas. Pero es justo en esos sitios donde podrían atraparnos.

—¿Los hombres del rey?

—O zenetes. El ejército de Ozmín está en retirada, y no me fío de que alguno de sus adalides no decida hacer su fortuna gracias a este relicario.

Piafó un caballo. Téllez levantó al fin la vista para poner sus ojos claros en las bestias.

—A las caballerías les pasa lo que a ti. Esta noche están nerviosas.

Volvió la mirada al fuego.

—Bueno, hombres. He estado pensando, y ya es hora de que os explique mis planes.

Sus tres compañeros volvieron a él los rostros. Como los caballos seguían agitados, Avellaneda se incorporó con un reniego de hastío para irse hasta ellos y comprobar que no sucedía nada anómalo. Téllez jugueteó con la cadena rota del relicario.

—Tenemos la opción de volver al rey don Alfonso. Contarle algún cuento y entregarle el relicario. Sin embargo...

Volvió a alzar los ojos para pasearlos por sus hombres, los dos sentados y el tercero de pie, Avellaneda, que ya de regreso aguardaba un poco más atrás.

—Sin embargo, ¿sería lo más acertado? ¿Qué ganancia podemos esperar por ese camino? La gratitud del rey. O sea, nada. Humo que se lleva la primera ráfaga.

Adelantó la cabeza Pérez como una tortuga, para objetar.

—Pero el rey ha prometido en público grandes mercedes a quien recupere ese relicario. No se echará atrás...

—O sí. Ya dicen, antes hay que esperar agradecimiento de los bueyes que de los reyes. —Frunció la boca—. Esa gratitud puede ser que nos den oficio de monteros o alguaciles, o que nos otorguen algunas tierras por estos pagos.

Se incorporó de un salto, como acometido de repente por la ira, e hizo a un lado la capa.

—¡Valiente gratitud! Veros aquí asentados, fronteros contra el moro. Sí. Estoy convencido de que eso es lo que vamos a sacar.

Iba ahora de un lado a otro, echando miradas coléricas a sus compañeros.

—Si fuéramos señores, otro gallo nos cantarían. Por esto mismo nos darían oficios mayores. Pero para los hombres como nosotros se reservan las palabras vacías y mercedes que en realidad serán más fatigas para nosotros a su mayor provecho.

Suspiró tan hondo que fue como si echase algún demonio de dentro.

—Eso si se tragan nuestros cuentos, claro. Si no nos creen o si el rey recela, nos darán mala muerte. Lo cual, de paso, sería para ese rey ingrato una buena excusa para no recompensarnos.

Se produjo un silencio. Habló Pérez.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—Este relicario vale una fortuna. —Lo alzó al resplandor, con los cabellos alborotados por el viento—. Pero solo para aquel hombre que sepa sacarle partido.

Tengo un salvoconducto librado por el propio Ozmín, en el que se pide que se dé a su portador buen trato, posada y ayuda. Con él, nos será fácil llegar a Málaga y embarcarnos.

—¿Hacia dónde?

—Tenemos más de una opción. El rey de Tremecén, por ejemplo, pagaría muy bien por esta reliquia. Él sí. El corazón de un rey cristiano que fue en muerte a la cruzada.

Un nuevo paseo de un lado a otro entre el estruendo de los ramajes.

—Podemos también partir al norte. A Inglaterra. El rey Eduardo pagaría muy bien por este corazón. ¿Y los escoceses? ¿Qué no darían por recuperarlo? Sí, son varios los caminos que se nos abren.

Pérez y Pulgar se miraron. Habló el segundo:

—Y ninguno de esos caminos lleva a don Alfonso.

—No. —Sonrió con crueldad—. Esta pérdida será una mancha en su honor. Y, dejando de lado eso, ya os lo he dicho, es de quien menos podemos esperar. ¿Estamos en ello de acuerdo?

Nadie respondió nada de entrada. Los dos que estaban sentados se miraron con el rabillo del ojo. Debían de estar pensando lo mismo. Que tanto Téllez como su lugarteniente, Avellaneda, estaban de pie. Y que el segundo estaba a sus espaldas. El adalid volvió a preguntar:

—¿Estamos de acuerdo?

Primero Pulgar y luego Pérez asintieron. Téllez volvió a sentarse y el primero habló con cautela.

—¿Y Ozmín?

—¿Qué pasa con él?

—Si decidimos llevar el corazón a Tremecén y él se entera o lo sospecha, se convertirá en nuestro enemigo.

—Eso son suposiciones sobre suposiciones. —Arrojó una ramita al fuego—. Y el viejo no va a durar mucho. Así que...

No acabó la frase. Le interrumpió Avellaneda al girarse con brusquedad, con la mano sobre el martillo de armas. Qué pudo oír o percibir a sus espaldas, no llegaron a saberlo. Todos oyeron, entre el ruido del viento y la enramada, el chasquido inconfundible de una ballesta. Avellaneda recibió el tiro en pleno pecho. El virote, disparado desde distancia corta y estando él sin cota ni loriga, le traspasó con potencia tremenda y fue a clavarse en un tronco al otro de la hoguera.

Pero, antes de que el cadáver tocase el suelo, hombres armados irrumpían ya con gritos ásperos en el círculo de luz. Sin embargo, los dos que estaban sentados, con esa rapidez de reacción propia de los que se las han visto en muchas, brincaron y echaron a correr hacia la oscuridad, sin hacer amago siquiera de plantar cara a los atacantes.

—¡Dejadlos!

Una voz sonora como una campana contuvo a los recién llegados. Pulgar y Pérez

se esfumaron en la negrura. Téllez, por su parte, acorralado por los taludes y la cueva a sus espaldas, no hizo ni intención de tratar de escapar. Se había pasado el relicario a la mano izquierda y apoyado la diestra sobre el pomo de la espada, consciente de que contra tantos enemigos estaba muerto.

A la luz del fuego, en camisola y calzas, con los ojos verdosos echando chispas, observó a los recién llegados. Ahí, entre las sombras, un moro greñudo que le apuntaba con su ballesta. Algo más atrás, entrevisto, uno vestido a la almogávar que cargaba su arma. A su izquierda tres hombres de armas. Y a la derecha otro todo de negro, con almete emplumado y una partesana en las manos.

Téllez le enseñó los dientes. Le mostró la cajita lacada.

—Aquí lo tienes, Vega. Tuyo será en cuanto esos dos valientes me flechen.

El enlutado ni se dignó responder. Se limitó a señalar con la partesana y, al seguir la dirección de la punta, vio Téllez que le mostraba el lugar donde habían dejado las armas y bagajes, luego de descargar las mulas. Advirtió también que los cuadrilleros de Vega cambiaban entre ellos miradas entre perplejas y consternadas.

Volvió a mostrar los dientes, esta vez en amago de sonrisa de tejón acorralado.

—Si te mato, ¿me dejarán marchar tus hombres?

—No.

—¿Entonces, qué gano luchando contigo?

—Lo que acabas de decir. Matarme. Has estado diciendo por todos lados que los de la sangre de Gamboa no valen nada. Tenemos un asunto personal, por eso no te hago ahorcar como hizo Gamboa con tu padre.

Esa alusión hizo pasar a Téllez de tejón a lobo atrapado. Sonrió por tercera vez con los dientes y se acercó a la pila. Dejó el relicario sobre una roca, antes de tomar una partesana para estar igualado con su enemigo. Al resplandor del fuego, sopesó el arma, la blandió, tiró un golpe contra un enemigo imaginario.

—Nadie de la sangre de Gamboa vale lo que el hijo de Tello Rojas. Ahora vamos a comprobarlo.

Con la mano izquierda, Vega mandó a los suyos que se apartaran unos pasos. Luego, los dos contendientes se adelantaron y, con el fuego entrambos, giraron primero hacia un lado y después hacia el otro. Rugía el viento, bramaban los follajes agitados, se agitaban las llamas entre nubes de chispas, llevando hasta los que observaban los olores de la madera quemada. Aleteaban las plumas negras del almete, danzaban las sombras sobre el rostro de Téllez y las puntas de las partesanas centelleaban.

Se hicieron los dos oponentes hacia un lado, de forma que la hoguera dejase de interponerse entre sus hierros. Se aproximaron en diagonal, con las puntas por delante y los codos junto al cuerpo, para tener así margen para golpear.

Los dos navarros y el aragonés seguían sus movimientos con las armas en las manos. El morisco devolvió el virote al goldre, antes de destensar la cuerda para evitar que sufriera. Un instante más tarde, el almogávar le imitó.

Téllez atacó primero. Lanzó un puntazo repentino, como un picotazo de víbora, buscando la ingle de Vega. Este paró con las guardas de su arma. Pero sin pausa le tiró Téllez otra lanzada a la axila, pues la primera había sido una treta para abrirle la guardia. Sin embargo, el enlutado estaba alerta. Con un brinco de lado evitó la hoja enemiga, que silbó en el vacío.

Con la punta por delante, Rojas volvió a enseñar los dientes. Era obvio que había puesto grandes esperanzas en abatir a su enemigo al primer cruce de hierros.

Se movían ahora a uno y otro lado, amagando. Ninguno quería girar y dar al otro la ventaja de quedar en las sombras, de cara al fuego. Faltos de escudos y luchando con esos hierros en asta, el primer fallo podía ser el último. Téllez había optado por pelear ahora a la manera de los brabucones, con quiebros bruscos, pisotones fuertes y denuestos para desconcertar a su contrario. Vega se movía en cambio a la manera de los gatos, flexible, con cautela y amagando menos, como luchador que se reserva.

Téllez tiró un lanzazo al vientre. Bloqueó Vega. Pero en esta ocasión aquel, en vez de retirar el arma, dejó que se trabasen las guardas en forma de U de las partesanas. Y al tiempo se dejó llevar por su impulso provocando un movimiento de tijera de las varas, con las moharras trabadas a manera de bisagra.

Se echó así encima de Vega, metiendo mano al cuchillo. Algunos de la hueste negra soltaron exclamaciones. Maldijo bronco el de Sangarrén. Pero Vega tampoco se dejó aturullar. Soltó sin dudar la vara para recurrir a su propio puñal. Con el guantelete izquierdo desvió la puñalada de Téllez al vientre y con la diestra le clavó su hoja en el gaznate.

Reculó el herido con traspiés y boqueando. El cuchillo cayó de sus dedos. Se llevó las manos a la garganta. Soltaba sonidos roncacos, babeaba sangre. Retrocedió todavía dos pasos para luego caer al suelo de espaldas.

Durante unos instantes, la escena quedó tan quieta como en un cuadro. Vega junto al fuego con el cuchillo en la mano. Los suyos en distintas actitudes, aferrando las armas. El cadáver de Avellaneda un poco más allá. Y Téllez tendido entre sombras, con las manos sobre el cuello, dejando escapar gorgoteos y resuellos.

El enlutado recobró su partesana antes de llegarse al moribundo. Puso rodilla en tierra a su lado. Se inclinó hasta que el pico de gorrión estuvo solo a un palmo del rostro de su enemigo, que roncaba y le miraba con ojos que querían salirse de las órbitas. Entreabrió en la penumbra la visera y le habló bajo, para que solo él pudiera oírle.

—Que Dios juzgue tus pecados. De lo que has hecho en la tierra, ya estás juzgado. Pero antes de que te reúnas con el Hacedor, quiero que sepas quién soy. Por si no puedes verme, soy María, hija de Pedro Gamboa. Y esta noche he vengado las ofensas y los daños que has causado a los míos.

Cerró la visera. Se incorporó para dar la espalda al moribundo. Se acercó a la roca y recogió el relicario. Un acto que rompió el hechizo que tenía a los demás congelados. El de Sangarrén envainó su tizona resoplando. Abarca apretó risueño el

hombro de su primo. El almogávar Fierros mostró a Dobra de Oro las caballerías, señalando con su ballesta.

—Vaya, moro. Por fin sí que hoy vamos a hacernos con caballos.



# BRAVEHEART

*Aunque gracias al cine se ha asimilado en los últimos años a William Wallace el apodo de Braveheart, Corazón Valiente, en realidad el que lo ostentaba era Robert the Bruce, rey de los escoceses. Según una tradición, cuando James Douglas se vio cercado por los moros y perdido, se arrancó el relicario del cuello y lo arrojó por encima de la cabeza de su caballo. Luego se lanzó a la muerte gritando: «¡Ve delante, Corazón Valiente, que yo te sigo como hice siempre!». Claro que esto pertenece a los dominios de la leyenda porque, como es obvio, de los que oyeran lo que pudiese decir el duque Douglas en sus últimos momentos, ninguno quedó con vida para contarlo.*

No lo iban a conseguir. Bastaba con tener ojos en la cara y saber un poco de caballos para darse cuenta de ello. Sus monturas estaban fatigadas luego de horas de cabalgar. Y a las ancas les venía una cuadrilla de moros con cabalgaduras frescas. Nazaríes, a juzgar por el rojo de sus ropajes y unos treinta a tenor de la polvareda. Más que suficientes para derrotarles varias veces.

Guardaban las distancias. Les seguían de lejos como si dieran tiempo al tiempo. Como si quisiesen fatigar todavía más a los caballos de los fugitivos y no arriesgarse a un ballestazo. Martín Abarca los había señalado con la lanza, lacónico.

—Esos saben lo que se hacen.

El de Sangarrén, que llevaba plegado el pendón, convino con él.

—Y tanto. —Alzó la voz para dirigirse a Vega, que cabalgaba delante—: ¿Cuál es el plan, adalid?

—Seguir, a no ser que alguien tenga otro mejor.

El aragonés echó la vista atrás.

—Con el mayor de los respetos, adalid. Nos van a alcanzar.

El enlutado se giró a su vez en la silla para observar a aquellos jinetes lejanos. De forma inconsciente, llevó la mano al relicario que ahora colgaba de su cuello.

Llevaban todo el día huyendo, dando vueltas y revueltas por aquella comarca montuna, retrocediendo incluso para buscar una forma de escapar hacia el este. Pero

parecía estar escrito que no lo lograsen. Ozmín se había retirado con sus voluntarios de la fe, sí. Pero el campo estaba ahora lleno de partidas nazaríes, dispuestas a hacer pagar caro el avance de aquellos imprudentes que se adelantasen al grueso del ejército cruzado. Y entre todas esas cuadrillas habían tejido una red que les había atrapado.

—La otra solución es parar y plantar cara. Y son muchos más. Moriríamos.

—¿Qué más da morir ahora que dentro de un rato?

—Que si luchamos ahora moriremos de cierto. Más adelante, ¿quién sabe?

La respuesta contentó al aragonés, que golpeó con sus nudillos enguantando la silla de montar. Así que siguieron la cabalgada, en busca de alguna posible escapatoria.

Pero la cosa no se puso mejor sino peor más adelante. No habían recorrido ni media legua cuando Doble de Oro, que cabalgaba por delante sobre su tan buscado caballo, lanzó un grito gutural al tiempo que señalaba con la ballesta. Al seguir la dirección del arma, vieron que a su derecha, por las laderas arboladas, corrían hombres de a pie, ballesteros granadinos sin duda, con intención de cortarles el paso.

—¿De dónde han salido esos? —preguntó Juan de Beaumont, desazonado.

—¿Quién sabe? —Abarca se encogió de hombros, ceñudo—. Tal vez alguno de los que escapó anoche dio aviso y nos andaban buscando.

Tras los calados del almete, María Henríquez observó con desaliento a los ballesteros que correteaban como hormigas furiosas por los cerros. Acarició el relicario. Nunca lograría llevárselo al rey. Al menos Aznar Téllez estaba muerto...

Le sacó de esos pensamientos confusos otro grito inarticulado del morisco. Apuntaba ahora en dirección distinta y la expresión de su rostro era, como poco, peculiar. Volvió ella la cabeza, creyendo que había avistado a más enemigos. Puede que otra cuadrilla que, en unión a la primera, les aplastaría como las ruedas del molino al grano.

Pero no eran moros, ni menos cuadrilla, y sí un único jinete que se dirigía a ellos azuzando a su montura como si le llevara el diablo. Cristiano, sin duda. Capacete, tabardo. De haber podido, Vega habría abierto la visera para poder ver mejor y atreverse así a dar crédito a sus ojos.

Fue Juan de Beaumont, quizá por ser el más joven, el que anunció lleno de asombro lo que todos veían:

—¡Bailoque!

El escocés, en efecto. Salido de sabía Dios dónde, galopando a su encuentro a rienda suelta. Los ballesteros granadinos que corrían por los cerros, sorteando troncos y arbustos, y saltando rocas, también le habían visto. Se gritaban unos a otros, le señalaban, antes de seguir su carrera.

El de Sangarrén fue el primero en reaccionar. Adelantó a su caballo ruano con ímpetu para ponerlo a la par del de Vega. Y antes de que este pudiera reaccionar, le había colocado la bandera negra en la mano.

—Adelante, adalid —urgió—. Sal a su encuentro. Apura; salva el relicario y la

bandera de la hueste.

Vega se giró hacia él muy despacio, como en sueños, con las plumas del almete agitándose. Luego arreó con brusquedad a su montura para hacer lo que le exhortaban.

Ambos al galope, se encontraron rápido y a cierta distancia del resto. Vega refrenó su alazán al tiempo que tendía al escocés la bandera, como acto previo a sacarse el relicario. Pero el otro, sin hacer ningún caso, detuvo a su bayo pero para desmontar a toda prisa, dejando al enlutado con el pendón tendido. Agachó este la cabeza. Iba a decir algo, estupefacto, pero Blaylock no le dio tiempo. Con voz áspera, producto de la tensión o del polvo del camino, le urgió.

—¡Pasa a mi caballo! —Y como viese que su interlocutor se quedaba helado, con el pendón negro todavía tendido, levantó más la voz—: ¡Monta!

Vega sacudió los hombros.

—¿Qué estás diciendo? Este es el corazón de tu rey. Te corresponde a ti...

—¡Pasa a mi caballo, maldición!

Ahora el enlutado se inclinó con ardor sobre la silla.

—¿Cómo quieres que haga eso? ¿Te parece honroso que un adalid abandone a los suyos en un trance así?

El escocés, con el rostro y las barbas llenas de polvo, sonrió de repente de esa manera amable tan suya.

—¿Te parece a ti honroso que yo, John Glendoning, abandone a la hija de Henrique Gamboa en un trance así?

Se quedó el enlutado como de piedra sobre su silla. El hombre de las barbas claras volvió a sonreír con sosiego.

—Por favor, pasa a mi caballo. No tenemos tiempo de discutir.

Bajó ella de su montura, le habló con esa voz como de campana:

—¿Desde cuándo lo sabes?

Sin responder, sonriendo, el escocés volvió la mirada a los jinetes granadinos que allá a lo lejos ahora habían puesto sus caballos al galope. Más cerca, los de la hueste negra habían formado para cerrarles el paso, aun sabiendo que los iban a arrollar. Miró luego a los ballesteros que corrían por los cerros tratando de ganar posición y ángulo. Borró la sonrisa de la cara.

—¡A mi caballo! Aquí hacen romances por todo y no quiero pasar a la leyenda como el hombre que perdió dos corazones. Con uno y una vez ya me vale. ¡Arriba!

Ella también echó una ojeada rápida a los granadinos al galope. Entreabrió la visera, de forma que el escocés llegó a entrever el rostro de mujer tocado con cofia de armas.

—Téllez ha muerto. Cuando entregue al rey el relicario y dé noticia de tu hazaña, Vega quedará liberado de sus juramentos. Se irá como llegó. Y yo volveré a mi casa de Estepa. Allí te estaré esperando.

—Allí iré, si salgo vivo de esta.

—Hazlo. Vive y ven a Estepa. Mejor sin la espada que sobre la espada. Dame tu palabra.

—La tienes. —Miró angustiado a los ballesteros—. ¡Corre!

Ella no se hizo más de rogar. Cerró de golpe la visera, se encaramó a la silla y lanzó al bayo camino adelante. Blaylock, con el alazán de las riendas, observó cómo galopaba a toda velocidad, inclinada sobre las crines. Algunos de los ballesteros que trataban de cerrar las sendas dispararon sus armas. Pero con la distancia, la velocidad del caballo y la premura de los tiros, fallaron todos. El escocés vio cómo los virotes pasaban silbando por delante y por detrás de la fugitiva, sin alcanzarla.

Para cuando recargaron las ballestas, ya había rebasado su horizontal y se alejaba envuelta en una nube de polvo.

El escocés montó entonces para galopar al encuentro de la hueste negra. Allá, ya a unos cincuenta pasos, los jinetes rojos habían sofrenado sus caballos, como si asumiesen que no iban a alcanzar a aquel jinete de negro cada vez más lejano. Los ballesteros, dando por perdida también esa presa, seguían su descenso y despliegue para bloquear el paso.

Acercó el alazán al ruano del de Sangarrén, que observaba acercarse a los jinetes nazaríes ahora al trote. Saludó a los navarros y a los dos ballesteros, ahora montados también, supuso que en caballerías tomadas en despojo a los de Téllez.

—¿Qué podemos hacer?

El aragonés se encogió de hombros, con los ojos puestos en los nazaríes de a caballo, que estaban cada vez más cerca.

—Lo que esos amigos quieran. Parlamentar o combatir, y en ese segundo caso moriremos. Preferiría parlamentar. Me disgustaría morir así aquí, sin que nadie pueda llevar noticia a Sangarrén de mis hazañas.

Blaylock esbozó una mueca que quería ser sonrisa ante esa ocurrencia. Los jinetes moros se detuvieron a cierta distancia, tal vez recelosos de las ballestas que ahora veían colgadas de las sillas de dos de la hueste negra. Se observaron así, con terreno de por medio. Luego, uno de ellos apuntó con su lanza de manera inconfundible.

El de Sangarrén se rascó la sotabarba con el guantelete.

—Te reclama a ti, escocés. Te ha tocado negociar por todos.

—¿Yo? Pero...

—Si quiere negociar contigo, mejor no le desairemos. Los que estamos en desventaja somos nosotros. —Echó una mirada atrás, a los ballesteros moros—. Y en más desventaja a cada instante. Aligera, escocés.

Así fue cómo Blaylock se adelantó en el alazán de Vega. Observó cómo de los granadinos, ahora detenidos del todo, se destacaba aquel que le había señalado con la lanza. Se aproximaron con los caballos al paso, observándose con mutua curiosidad. El escocés apreció, aún a distancia, la riqueza de los atavíos bermejos del otro, el yelmo de damasquinados envuelto en turbante rojo, la opulencia de los arreos de su caballo. Y la curiosidad se trocó casi en estupefacción cuando, ya más cerca, pudo

apreciar que llevaba el ojo derecho cubierto por una banda roja de bordados dorados, a manera de parche.

Con curiosidad idéntica estudiaba Balban el Tuerto a ese guerrero alto, de capacete de alas caídas y tabardo de tres estrellas blancas bordadas sobre azul. Ese era sin duda el escocés de la hueste de Vega, del que tanto había oído hablar. Algo que explicaba por qué se había arriesgado a adelantarse a las vanguardias del ejército cruzado, en busca de la hueste negra y por tanto del relicario. Pero no por qué se había sacrificado y cambiado de caballo con el adalid, pese a que, por los gestos vistos de lejos, la intención primera de este había sido pasarle el receptáculo.

Fue por eso que al llegar a su altura le saludó con deferencia.

—Un gesto muy noble el tuyo, señor.

El otro se tocó el ala del capacete con la lanza.

—Gracias, señor. Pero no creo haber hecho más que lo que debía.

—No lo dudo. Y no dudo que lo mismo ha hecho Jufre Vega, al que me habría gustado tener ocasión de saludar. Digo eso porque me sorprende que haya huido, supongo que con el relicario, dejando atrás a los suyos.

—Motivos tenía.

—Sin duda, sin duda. —Mostró una sonrisa deslumbrante—. Puedo dar fe de que es un hombre de honor. Además, eso ahora ya no importa. Sí que Dios me ha dado la oportunidad de devolver el gesto que tuvo conmigo hace unos días. Os ofrezco que depongáis las armas y os respetaremos la vida.

—Te quedo muy agradecido, pero debemos rehusar.

El nazarí lo miró de medio lado, como es hábito en los tuertos.

—Supongo que pretendéis defender el camino para ganar tiempo para Vega. Sería una hazaña vana. Somos muchos más. Ya os habríamos arrollado si hubiésemos querido.

—Incluso unos instantes pueden marcar la diferencia.

—No lo entiendes. A mí ese relicario no me importa nada. Nada. No estoy dispuesto a matar a valientes por conseguirlo, ni a perder a algunos de mis hombres por su causa. Tampoco deseo apoderarme del corazón de ningún muerto, ni rey ni pelaire. Que descanse en paz en vuestra tierra.

El escocés se echó casi atrás en la silla, ante la vehemencia de la respuesta. El granadino añadió en tono más sosegado.

—Deponed las armas, por favor. No tengo intención alguna de perseguir a Vega.

—Permíteme que consulte con mis compañeros. Siempre hay hombres que prefieren la muerte al cautiverio. Y algunos son gente humilde que no podrá pagar ningún tipo de rescate...

—Me ocuparé de todo eso. No he olvidado el duelo con Vega, cuando la suerte de las armas me fue desfavorable. Consulta con los tuyos y por favor no tardes. No sea que —señaló con su lanza— esos ballesteros que por ahí vienen con la lengua fuera hagan alguna trastada.

Su caballo se agitó como impaciente. Giró de lado la cabeza para observarle con su único ojo.

—Espero que acepten. Deseo pagar mi deuda de honor y, además, tengo curiosidad por saber por qué no escapaste con el corazón de tu rey.

Blaylock ahora sonrió.

—Señor, es una historia un poco complicada.

El otro sonrió a su vez.

—Esas son las mejores. Y, buen amigo, para tu desgracia, me temo que vas a tener tiempo más que de sobra para contármela.

# ALBAQUEQUE

*Cargo oficial de aquellos que en esa época negociaban la redención de cautivos y la liberación de los prisioneros de guerra.*

Cuando Gome Caldera acudió a las puertas de la casa, encontró a la sombra del zaguán a un viajero cubierto de polvo de los caminos. Uno alto, de ojos claros y barbas rubias, con tabardo azul de tres estrellas blancas y un bastón de viaje en la mano. El veterano compuso una de esas muecas exageradas suyas antes de tenderle la diestra, porque el brazo izquierdo seguía en cabestrillo.

—¡Bailoque! Esta sí que es una sorpresa agradable.

Se giró hacia el criado que había abierto la puerta.

—Avisa al ama. —Se encaró con el escocés—: ¿Un poco de agua?

Sin esperar siquiera respuesta, ya él mismo descolgaba un botijo que pendía de un gancho del techo. El viajero dio un trago agradecido y Caldera le tomó por el brazo.

—Enseguida sale María. Tienes pinta de cansado. Vamos a sentarnos.

Se instalaron a la sombra en el patio, en un rebanco. Con el bastón en las manos, el escocés paseó los ojos por aquel espacio pequeño y fresco, entre paredes altas y sombreado por un par de árboles copudos. Caldera chasqueó los labios.

—Vamos, hombre, que me tienes en ascuas. ¿Conseguiste escapar?

El viajero sonrió con el rostro manchado de polvo.

—No. Ninguna hazaña en eso. Nos entregamos a Balban el Tuerto; el mismo que fue vencido por Vega en duelo singular.

—Esas noticias nos llegaron, así como la de que estabais cautivos en Antequera.

—Sí. Aunque más bien hemos estado como invitados. Balban acordó dispensarnos trato favorable e intervenir para que nos liberasen lo antes posible y sin pagar rescate alguno. Y como puedes ver, ha cumplido su palabra.

—Un bueno ese Balban. Entiendo entonces que todos nuestros compañeros de armas están salvos y libres.

—Todos, hasta el último. Aunque —sonrió—, Dobra de Oro no tiene motivos para estar demasiado contento.

—¿Y eso por qué?

—Porque logró por fin su tan buscado caballo. Pero fue solo para perderlo. Los moros nos dispensaron el mismo trato que nosotros dimos a los suyos de Teba.

Conservar las vidas y las ropas sobre el cuerpo a cambio de perder armas, caballos, bolsa. Es todo lo que pudo conseguir Balban para nosotros.

—No hay que quejarse. Bastante ha hecho.

—Tenía empeñado su honor en ello. Consideraba que quedaría deshonrado si no lo lograba, luego de que Vega no quisiera quedarse con su caballo negro. Así que al final aquel gesto ha dado grandes beneficios.

Algo gruñó por lo bajo Caldera, con mueca de disgusto. Como vio que el escocés lo miraba sorprendido, alzó las cejas.

—No es que no me alegre de que estéis libres. ¡Por Dios! Pero estoy pensando que esto me va a costar tener que aguantar las sornas de María.

Sonrió una vez más el recién llegado. Echó otro trago al botijo.

—¿Cómo se encuentra tu compadre, el maestro Gamboa?

—Cada vez mejor, a Dios gracias. Sigue recuperándose aunque despacio.

—¿Y qué me puedes contar del relicario?

—Pues Vega... —Se interrumpió, echándole una mirada de soslayo—. Vamos a llamarle Vega, aunque los dos sabemos su identidad. Él en persona se lo entregó al caballero que portaba la llave del relicario...

—*Fir* Simon Locard.

—Ese. Vega se ocupó también de que los tuyos conociesen de tu hazaña. —Ahora fue su turno de sonreír de forma algo truculenta—. Aunque no les contó toda la verdad, claro.

Se acarició las barbas rojizas con la mano sana.

—Tus compatriotas se han marchado. La cruzada acabó y el rey repartió despojos, tierras y galardones. Se volvió a Sevilla y los tuyos partieron.

—Eso me contaron mientras venía de camino. ¿Y los restos de mi señor *fir* James?

—Hirvieron el cuerpo en vinagre, tal como estaba acordado. La carne la enterraron en el camposanto de Teba. Tus paisanos se han llevado los huesos junto con el relicario. Hace días de eso. Tal vez si te apuras puedas darles alcance.

—Tal vez.

El veterano volvió a echarle una mirada de reojo.

—Entonces, ¿todos los compañeros bien?

—Todos bien. Vienen de camino y no tardarán. Yo me adelanté un trecho.

—Aquí serán bien recibidos.

Advirtió que el escocés había levantado la mirada. Al girar la cabeza, pudo apreciar que María Henríquez había aparecido al otro lado del patio, vestida de negro, en las sombras del umbral de entrada. Caldera hizo un gesto con la cabeza.

—Ve, hombre, que tenéis cosas de qué hablar. Yo me quedo aquí un rato a la sombra.

Blaylock se incorporó con lentitud. Dejó abandonado el bastón de viaje contra el rebanco. Cruzó despacio los pocos pasos del patio. Hacía calor, temblaban los contraluces bajo las copas de los árboles y en una jaula cantaba un pájaro. Ella iba con



el cabello recogido pero sin toca, y también sin velo. Le tendió sin palabras las manos, que el escocés besó con lentitud.

—Como puedes ver, señora, he cumplido mi palabra. Me pediste que volviera a ti, y así lo he hecho. Con un poco de retraso, es cierto. Pero es que Balban el Tuerto tuvo a bien obsequiarnos con su hospitalidad en su casa de Antequera.

Una sombra de sonrisa le pasó a ella por el rostro.

—Eso me contaron.

Él se palmeó el tabardo a la altura de la cintura, lo que levantó algo de polvo.

—Eso sí. Como puedes ver, he tenido al final que venir sin el escudo... y también sin la espada.

—Eso es irrelevante, señor. —Ahora sí que sonrió, con la boca y también con los ojos oscuros—. Esta es tu casa. Aquí no necesitas escudo ni espada.

Se retiró hacia el interior umbrío.

—No te quedes fuera. Pasa.

# AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y como ya en varias obras, tengo una deuda de gratitud con mi amigo Hipólito Sanchiz Álvarez de Toledo, que primero me puso sobre la pista de esta historia y luego me asesoró sobre diversos aspectos históricos y técnicos.

También Fernando Prado me aportó no pocos datos sobre la historia, la sociedad y los detalles militares de la época, y sería una falta no mencionarle en estos agradecimientos.

Ignacio Páez aportó sus contactos y sus conocimientos para llegar a personas que han podido aportar a esta novela.

Manolo Pinta, concejal de cultura de Teba, me brindó información de manera generosa acerca de los detalles geográficos durante el asedio, y es obligado reconocer eso en esta página de agradecimientos.

Por último, mencionar Alberto Bomprezzi en particular, de la Asociación Española de Esgrima Antigua, que ha permitido la inclusión de vídeos sobre el manejo de armas medievales mediante códigos QR.

# NOTES

[1] Eduardo II, rey de Inglaterra, que se consideraba con derechos al trono escocés. <<

[2] Ciudad del norte de África, en la actual Argelia, rival de los benimerines. <<

[3] La barra en heráldica es una franja que cruza el escudo de esquina superior izquierda a inferior derecha, al contrario que la banda, que lo hace de superior derecha a la inferior izquierda. <<

[4] Café. En esa época recibía el nombre árabe de *qahwa*, estaba llegando de Oriente y era una relativa novedad no por todos apreciada. <<

[5] Lo cierto es que necesitaban diez de a caballo para enarbolar la bandera, pero ahí había intervenido la veteranía de Caldera, que alistó a vecinos de Estepa — convalecientes de heridas o veteranos asignados a labores de guardia de campamento — hasta completar la cifra necesaria. Esos vecinos, como es lógico, no participaban en realidad de las correrías de la hueste y no aparecen en la narración. <<



[6] Aljaba de los virotes de ballesta. <<